

Con «El disputado voto del señor Cayo»

Miguel Delibes y la agonía de Castilla

A Miguel Delibes no le gusta hablar de sus novelas. Prefiere que lo hagan los críticos, que para eso entienden de ello, y porque piensa que «cada una de ellas se explica por sí sola». Lo cierto es que, aunque hace tan sólo un año, se mostraba escéptico ante la idea de escribir una nueva novela —porque diarios de caza y pesca ha seguido publicando— las tierras castellanas, sus gentes que gritan la agonía del campo, de la industria, le han impulsado a reflejarlo ahora, de alguna forma, en *El disputado voto del señor Cayo*.

En más de una ocasión, el escritor que desde hace muchos años vive en Valladolid, ha mostrado su profunda preocupación ante los problemas castellanos. «En los pueblos queda una generación de niños a los que los padres han dejado circunstancialmente, mientras ellos encuentran acomodo, y otra generación, la de los viejos. La de los muy viejos diría yo. Las generaciones intermedias, la de los treinta y la de los cincuenta años, prácticamente no existen en los pueblos de Castilla. Pero cuando a los ancianos los entierren y a los niños se los lleven sus padres, entonces, estos rincones nuestros quedarán completamente abandonados.»

Y ante tanta desidia, su novela viene a demostrar que la política ha llegado también tarde a estas mismas zonas. «Yo presento unos candidatos a diputado en un pueblo donde quedan sólo dos vecinos. En un pueblo figurado, pero como él existen docenas en Soria, en Burgos e incluso en León. Lugares en los que el estado moral de las gentes es verdaderamente muy desesperanzado. No tienen ni un mal casino, ni un mal club, ni una sala de conferencias, ni una biblioteca... no hay nada de nada. De

●● Su última novela viene a demostrar que la política ha llegado tarde a los pueblos de la región

manera que a la gente sólo le queda como recurso de evasión, el sexo y el vino.»

A Miguel Delibes, que conoce las tierras castellanas palmo a palmo, le duele que sean las más desangradas de España, las más desertizadas. «Por matar, nos están matando hasta el lenguaje —confesaba no hace mucho—. Yo he aprendido de esta gente más que en todos los libros. ¡Con qué precisión hablan! Cuando me dicen una palabra que ignoro, estoy siempre seguro que la

encontraré en el diccionario. Pero, dentro de diez años, todos hablarán como la televisión.»

La caza como deporte

Y como no puede vivir sin esas bocanadas de Castilla, Miguel Delibes, consume parte de su tiempo, de su ocio, dedicado a la caza y a la pesca, hasta el punto de que últimamente se decía que eran más habituales en él estas dos actividades que la de escribir. Pero se ríe cuando se lo comento y contesta que, «desgraciadamente son más los días que escribo que los que pesco, pero cazando y pescando, es la única manera que tengo de cargar la batería.»

La imaginación no cuenta casi en la obra del escritor. Sus experiencias en el campo, ante una pieza cualquiera o ante una caña de pescar, le han servido de base no pocas veces para hilvanar una historia. Una historia de la que él se considera el protagonista, porque rara vez inventa, y sólo como excepción, y para ver hasta dónde era capaz de llegar su imaginación, trató de forzarla en *Parábola del naufrago*.

Con *El disputado voto del señor Cayo* no se rompe la trayectoria literaria que Delibes se propuso desde un principio. El hombre humilde, el hombre rústico sigue siendo de su predilección. «Éstos son los únicos sinceros, porque el hombre del gran mundo es el sofisticado, el que trata de cubrir sus intereses con ideales, y yo, en el fondo, lo que he venido haciendo es una exaltación del



(Archivo)

hombre rural, de los que han sido hasta el fin fieles a la tierra.»

Aunque en ciertos aspectos se muestra pesimista, desilusionado, sus novelas raramente reflejan ese estado de ánimo, y más bien, diría yo, encierran casi siempre una cierta dosis de humor, que en algunas ocasiones, añade el autor, «se ven teñidas de negro».

Y mientras en su cabeza bullen diversas ideas, que podrán cristalizar algún día en una nueva obra («es muy difícil predecir los pasos que uno va a dar en el futuro»), su último libro, definiendo una Castilla que lucha contra la adversidad y contra la muerte, que tiene más fe en el hombre que en la política, que cree en la sinceridad más que en el dinero, que dice que es pesimista, pero nunca ha perdido su esperanza.

Teresa F. TADEO

NUEVA OBRA DE MIGUEL DELIBES

MD 2

Madrid (Efe).— La novela titulada «El disputado voto del señor Cayo», en la que Miguel Delibes aborda el problema del abandono del campo, ha sido publicada por «Destino», en su colección «Ancora y Delfín».

La acción transcurre en uno de los muchos pueblos prácticamente vacíos y en ruinas del Norte de Castilla. A este pueblo llega un grupo de jóvenes de un partido político a hacer propaganda electoral. Les recibe el señor Cayo, uno de los dos vecinos que quedan en el pueblo.

La novela ofrece el contraste entre la vida robinsoniana, de hablar reposado, lleno de una ancestral sabiduría del señor Cayo y el lenguaje crudo y desenfadado de los jóvenes que lo visitan, cultos unas veces, ignorantes e inconscientes otras. La resultante es el diálogo entre dos culturas que, en gran medida, se ignoran.

13-111 D. Burgos

El libro extranjero



España, la democracia y una novela

"El disputado voto del señor Cayo"

Por Miguel Delibes

(Ediciones Destino, Barcelona)

EL éxito editorial que la última novela de Miguel Delibes —"El disputado voto del señor Cayo"— está experimentando en España no es casual. Por una razón muy sencilla. La novela describe un momento de urticante actualidad política: los primeros pasos, un tanto vacilantes todavía, de la recién nacida democracia.

La novela gira en torno de un partido político de izquierdas, presuntamente el Socialista Obrero Español —aunque no se lo dice expresamente abundan las alusiones— que prepara su campaña electoral de junio de 1977 —las primeras elecciones parlamentarias celebradas después de la muerte de Franco, en noviembre de 1975—. Pulula en la sede provincial del partido una serie de personajes extraídos de la actual realidad política, acertadamente caricaturizados. Entre ellos se destaca el candidato a diputado Víctor Velasco —en realidad, y en honor a la democracia, a la que corteja decorosamente, Víctor, a secas—. Procede de la "oposición"; ha estado varios años en la cárcel por motivos políticos, actúa en medios universitarios. Es, en fin, un teórico del socialismo. En una de sus giras electorales por campos de Castilla se topa con un curiosísimo personaje: el señor Cayo, campesino, apegado a su tierra y a su trabajo, y que, aparentemente, no se ha enterado de la España democrática.

La novela narrará el contraste entre estos dos personajes, que va más allá de lo político para poner al descubiertos dos maneras de entender, en definitiva, la vida.



El diputado simbolizará la vida en la ciudad, vertiginosa, sin humanidad, desligada de la naturaleza, sustraída a la verdadera "cultura".

El señor Cayo, por el contrario, asumirá todo aquello que hace al hombre más persona: el amor por la naturaleza, el trabajo digno y la contemplación.

Delibes ha confesado recientemente haber puesto mucho de su propia personalidad en este humanísimo señor Cayo. Y también de haber empapado a la novela de un hondo pesimismo: el diputado es símbolo de un modo de vida condenado al fracaso, metafóricamente expresado en su incapacidad de gozar con el perfume de una flor. La filosofía rústica del campesino lo derrotará completamente. Pero las creencias del señor Cayo, aun cuando

sean verdaderas, no tienen cabida en el mundo alucinante del diputado. De ahí el pesimismo final de la novela: los dos mundos están enfrentados y sin comunicación posible. El mundo de la ciudad, el de los politiquillos —que tanto da sean de izquierdas o de derechas, aclara Delibes—, ha destruido una cultura rural. "Nosotros, los listillos de la ciudad, hemos apeado a estos tíos del burro, con el pretexto de que era un anacronismo y... los hemos dejado de a pie —concluye el diputado—, sin producir nada en sustitución. Poco importa el régimen político —el autoritario anterior o el democrático de hoy— ya que el señor Cayo es un mundo que, sin remedio, se nos va."

En síntesis, la novela reviste una doble importancia. Por un lado, testimonia un momento político español. Es en este nivel que resulta interesante compararlo con las novelas de Vizcaino Casas, que reflejan, básicamente, el mismo momento y, por otro, es el canal que Delibes utiliza para plantear un tema que nos atañe a todos los que vivimos en una sociedad que sufre alteraciones profundas: cómo ser más personas en un mundo que nos empuja aceleradamente a la despersonalización.

La solución no la da Delibes porque, simplemente, no cree que la haya. El diputado ha perdido su seguridad espiritual y no tiene los medios para recuperarla. Ha palpado la diferencia entre los dos mundos pero es absolutamente incapaz de saltar el abismo que los separa. La novela será, pues, el planteo estético de este drama ético, y a cada lector le corresponde encontrar una respuesta. La que ofrece Delibes no es más que un interrogante sugestivo.

María Elena de las Carreras

en

El Ateneo

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES



Ciudad entrañable

por RAMON GARCIA

No sé si le cuadra mucho el adjetivo, pero a mí me gusta. Ciudad entrañable, entrañable Valladolid de hace cincuenta años. ¡Qué bien, qué sutilmente nos lo ha evocado Antonio Corral Castanedo en su discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción! Martín Abril ha dicho que «quedará como una de las más fascinantes piezas literarias de nuestra querida Valladolid». Y yo lo ratifico. Es un placer escuchar los recuerdos de Antonio.

¿Era así Valladolid? ¿De verdad? ¿Así de sereno, así de habitable? ¡Pues, madre mía, cómo ha cambiado!

Sólo se aprecia la salud cuando se pierde, dice el dicho popular. Y qué bien encaja aquí. Cómo se añora aquella ciudad apacible desde esta ciudad mostrenca, ruidosa, intransitable, caótica, contaminada, especulada, deshumanizada, arrasada, vandálica, sucia, sin alma, sin carácter, sin sabor. ¡Cómo nos hemos empeñado en hacer una ciudad inhabitable, ay Dios! Desde cada rincón del discurso de Corral Castanedo, y más en estas fechas cándidas y transparentes de la cercana Navidad, qué oscuro se me parece el Valladolid de ahora mismo. ¿De verdad cualquier tiempo pasado fue mejor? En esto del urbanismo y la convivencia ciudadana, seguro que sí, ¡vaya que sí!

«Valladolid —dice Antonio, entornando los ojos— era una ciudad para el paseo. Paseaban los canónigos al terminar los rezos, los niños del Hospicio, de dos en dos, agarrados de la mano, los colegiales camino de las afueras para jugar al fútbol en en las tardes de los miércoles o de los jueves, los seminaristas catalogados por orden de estatura, con sus becas rojas o azules.»

Valladolid una ciudad para el paseo... ¡ja! Qué sarcasmo decir hoy esto de nuestras embrolladas calles, de nuestras angostas aceras, que más parecen maromas de circo en las que hay que mantener el equilibrio si uno no quiere caer en las fauces de los coches que rugen en la calzada.

¿Se han percatado ustedes de cómo está el tráfico en Valladolid? «El Norte de Castilla» se alarmaba el viernes pasado, y decía cosas tan drásticas como que «el P.O.T. es una especie de fraude a la ciudad», que «es malo de solemnidad», que «es un desastre», y que «difícilmente puede encontrarse otra ciudad española en la que el tráfico sea más caótico que Valladolid».

¿Pero no lo dije y lo redije yo, desde este mismo rincón, justo en el momento de poner el Plan de Tráfico en funcionamiento? ¡Pero aquí nadie hace caso de los que claman en el desierto, nadie! ¿Qué pecado habrá cometido Valladolid para merecer Ayuntamientos tan manazas? ¿Saben lo que se atrevieron a decir cuando implantaron el P.O.T. y preconizaron sus excelencias? ¡Que lo había hecho un ordenador!

¿Puede un ordenador conocer el pulso de una ciudad, las manías de una ciudad, la temperatura vital de una ciudad, sus altibajos sentimentales, que hoy

echan a la calle cien mil trapisondistas cándidos, y mañana encierran, tras los visillos, a todas las señoritas enamoradas, dejando las aceras interminables y vacías?

La ciudad, Valladolid, ya sin alma, mecanizada, se está haciendo inhóspita y agresiva. Echarse a la calle es echarse a una continua y violenta agresión de mil elementos que te atosigan, que se meten con uno, que te zancadillean, que te maltratan.

¿Saben cuál es mi calvario cotidiano? Llevar y traer a mis dos hijos del colegio. No es un trayecto largo, a Dios gracias, pero a esas horas punta de idas y venidas, coches y barullos, la calle se convierte en una carrera de obstáculos, donde hay que andar con mil ojos y mil manos —¡y el alma en vilo!— para no perder a un niño o que no te lo chafe un coche bastardo.

¿Y si llueve? ¡Huy, si llueve! ¡El apocalipsis! Al follón habitual, hay que añadir los paraguas y los charcos procelosos. ¿Hay algún sitio en el mundo donde se haga más mala sangre que en una acera vallisoletana, flaca como una maromilla, apretada de gente con paraguas, sorteando charcos?

¡Valladolid, ciudad de paseos, Antonio querido! Valladolid ha perdido ya su pasado y su soledad sonora, como ha perdido a la Señorita García, a Don Cándido,

a Ricardo el Sacristán, a Don Peluquín, a Cañas, a La Caribi, a Miguelín el Enano... Todo lo que tiene sentido, gracia y hasta utilidad cordial. ¿Sirve para algo la torre de La Antigua? ¡Oh, claro, sirve para medir las fidelidades y los escalofríos! Y por eso nos la roban ¿sabes, Antonio?

Miguel Delibes, en su última novela «El disputado voto del señor Cayo», hace decir a su hombre de campo:

—«Son malvas. La flor es buena para aligerar el vientre.

—¡Joder! —responde Rafa, urbano y torpe—. En este pueblo todo sirve para algo.

—Natural —replica el señor Cayo—. Todo lo que está sirve. Para eso está, ¿no?».

Pues ahora ya nada. Lo que está sólo sirve para estar y estorbar.

Antonio, tu entrañable Valladolid de niño se ha convertido en un desván intransitable y mostrenco. Sin olor propio y sin sorpresas. Claro que a lo mejor, como decía Paco Martín Abril en la respuesta a tu discurso, «un buen día, tal vez cuando más distraídos estemos o cuando ya no estemos, renacerá bellísima, ideal, de las cenizas de sus luces, tan difícil y tan abierta, tan honda y tan alta, como siempre nos hemos imaginado nuestra ciudad».

Dios —y los futuros Ayuntamientos— os oigan a todos.

El señor Cayo y los políticos



Desde luego, no es una novela política la que acaba de publicar Miguel Delibes (1). Puede quedar la duda de si será una novela antipolítica. Cuando la izquierda le argumenta al señor Cayo, 83 años de continuo trabajo y aprendizaje directo con y en la naturaleza, que ha de votar por la transformación de una sociedad que permite que un hombre de su edad tenga que seguir trabajando "de sol a sol para ganarse la vida", el señor Cayo se asombra y protesta: "Ande, ¿es que también va usted ahora a quitarme de trabajar?... ¡Toó! ¿Y si me quita usted de trabajar el huerto, en qué quiere que me entre-tenga?" Cuando la derecha intenta prevenirle: "No se fie de estos: vienen a quitarle sus tierras", el señor Cayo tiene respuesta aplastante de realidad: "Por eso no: tierra hay aquí para todos. ¿Ha visto cómo están los bajos? Pues el páramo, tal cual. Doce años que no se mete el arado allí."

Delibes aprovecha el ambiente de las primeras elecciones democráticas para enfrentar dos concepciones bien distintas de la vida, dos culturas que se ignoran: la rural, que se alimenta de las enseñanzas de la Naturaleza y la observación, y la urbana, nutrida de libros y teorías. Y, naturalmente, toma partido a través de Víctor Velasco, el candidato "cunero" al Congreso de Diputados que dialoga con el señor Cayo y se olvida de la campaña y de todo lo aprendido hasta emborracharse lúcidamente: "El señor Cayo podría vivir sin Víctor, pero Víctor no podría vivir sin el señor Cayo. Entonces, ¿en virtud de qué razones le pido yo el voto a un tipo así?" Porque el señor Cayo sabe para qué sirve la flor del sauco, y cómo actúan las abejas, y los peligros de la sombra de la nogala...

El diálogo entre el protagonista campesino y los jóvenes políticos de la capital va revelando las mil y una contradicciones del conocimiento que descansa sobre una serie de supuestos teóricos, aparentemente incontrovertibles, pero ajenos a la absoluta realidad de los hechos naturales. El contraste está especialmente cuidado en el lenguaje, del que Delibes es un maestro. A las expresiones llanas, directas, simples, del señor Cayo, sin otro adorno que las rústicas interjecciones, pone el escritor el contrapunto de ese lenguaje "progre", salpicado de tacos las más de las veces artificialmente colocados en la frase, en el que abundan las palabras que han adquirido un sentido convencional bien diferente al que tuvieron en origen; un lenguaje casi "pasota", en el que se nota sin embargo que Delibes no se desenvuelve tan en su ambiente como en el habla natural, mucho más rico en palabras y en conceptos, de la gente de campo.

La teoría a la que sirve la novela tiene un punto negro, que el mismo escritor denuncia con amargura en los últimos párrafos. El señor Cayo es uno de los dos únicos vecinos que quedan en un pueblo castellano del Norte, en las estribaciones serranas: no se habla con "el otro": "Háganse cuenta de que si hablan con ese, no hablan conmigo." Y Víctor lo acusa, dolorido: "El también odia, ¿sabes?: Odia como nosotros."

Hoja Lunes 18-XII-78 R. G. Y. 7

(1) "El disputado voto del señor Cayo", de Miguel Delibes. Ediciones Destino. Colección Ancora y Delfín. Volumen 533. Barcelona, noviembre, 1978. VALLA SOLID

Jueves 21 de diciembre de 1978



El Norte de Castilla

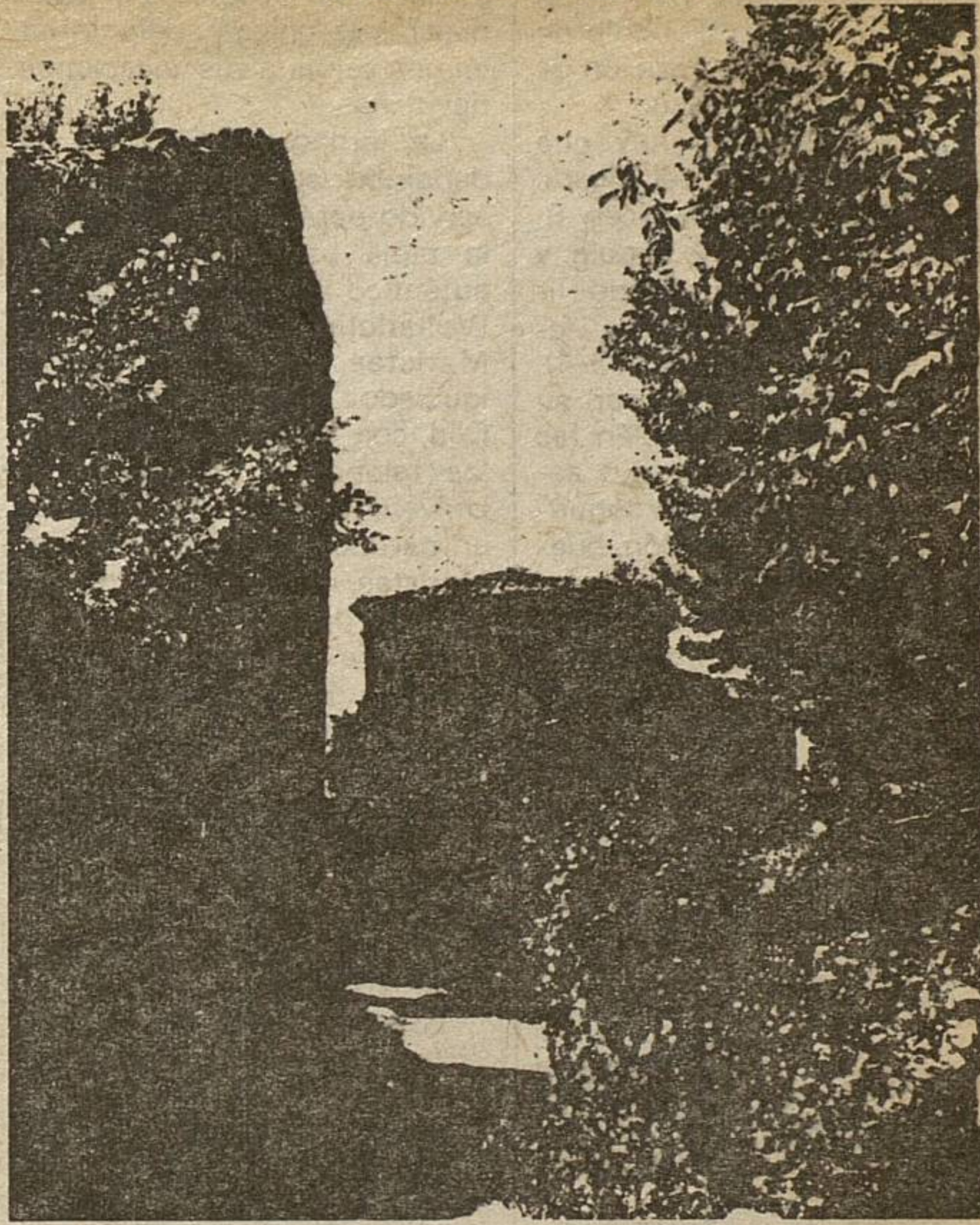
LITERATURA Y SOCIEDAD

LA ÚLTIMA NOVELA DE DELIBES CAMPAÑA ELECTORAL EN UN PUEBLO MUERTO

Por EMILIO SALCEDO



Cuando el señor Cayo aún se hablaba con su convecino, con Delibes en Cortiguera



Cortiguera, el pueblo muerto

Sobre el cañón del Ebro, en tierras burgalesas, queda un pueblo abandonado: Cortiguera, de singular significación en la obra de Miguel Delibes. En 1965 ó 1966 estuve allí con el historiador e hispanista francés Bartolomé Bennassar y el novelista. Era una aventura llegar al pueblo en mi 2-CV, paciente rodador de una carretera desaparecida, devorada por el abandono y la naturaleza, con curvas peligrosas y el abismo a mi izquierda que me llamaba tanto la atención como la esperanza de descubrir ese pueblo desconocido en el que vivían ya sólo cuatro personas: dos matrimonios viejos que no se trataban, que se odiaban y estaban empeñados en una sorda guerra, hecha de silencios y rencores, de pequeños daños cotidianos.

De los varones, uno era el alcalde y el otro el pueblo; elegir hablar con uno de ellos excluía radicalmente al otro. El ruido del agua y el latido del reloj apenas eran alterados por el eco de nuestras pisadas. Era como visitar un pueblo ya muerto del todo, habitado acaso sólo por fantasmas que esperaban la llegada de la noche para señorearse de las sombras. En la iglesia, una carretilla de manos en forma de ataúd, con los símbolos de la muerte toscamente pintados y ya desvaídos sobre su negra y carcomida madera, deteriorada por la humedad, el abandono, cubierta de excrementos de ave, parecía proclamar que ya no era necesaria para más muertos, que no podría morirse nadie más en Cortiguera, porque todos sus habitantes habían muerto. Hablábamos casi a media voz y nos sabíamos espiados desde dos puntos donde por nuestros pasos y la intensidad de las palabras que percibieran estaban pendientes de nuestra decisión; las dos únicas puertas que podrían abrirse estaban cerradas: se habían atrincherado en su desdén y en su desconfianza y rehuían incluso salir a la calle porque nosotros éramos intrusos, forasteros perturbadores de su abandonada soledad y no querían encontrarse súbitamente con los descono-

cidos, aunque Delibes no fuese extraño para ninguno de ellos. Teníamos que elegir nosotros. Algunas casas estaban ya agrietadas, iniciado el proceso de corrosión de las ruinas. En pie, gallardas, unas pocas fachadas señoriales de piedra berroqueña, dorada por el sol y el aire, proclamaban con sus blasones un muy lejano esplendor y grandeza. Aquella tarde no hablamos con ninguno de los habitantes de Cortiguera. Al caer el sol regresamos hasta Sedano, en La Lora; yo dejaba de ver el abismo a mi izquierda de conductor y me pegaba al repecho de las piedras y breñas, al muro trepador que algún día se desmoronaría devorando el ya casi perdido sendero. El abismo lo llevábamos dentro de nosotros: era la soledad de los demás, de los desconocidos, su huida colectiva, lo que impresionaba como testimonio de la muerte de un pueblo.

Unos cinco años después Delibes me dijo que Cortiguera había quedado ya deshabitado: los viejos supervivientes habían emigrado arrastrados por sus hijos a las zonas industriales en que éstos trabajaban. La carreta-ataúd, réplica agraria de la mitología barca de Caronte, realmente estaba abandonada cuando la vimos, porque ya no fue necesaria. El reloj perdió sus agujas y dejó de latir, testimonio de una muerte colectiva lentamente gestada y sólo quedó el ruido del agua sobre un paisaje entregado a la naturaleza, embravecido, visitado a veces por los cazadores.

La última novela de Miguel Delibes (1) tiene a este pueblo abandonado como paisaje y protagonista. Es la soledad del pueblo, la realidad del campo en el que aún quedan huellas del paso del hombre, la principal motivación de *El disputado voto del señor Cayo*. Le rondaba a Delibes este pueblo como una obsesión en los últimos años. Su paisaje se había asomado por *Viejas historias de Castilla la Vieja*, por *Las Ratas*, pero allí era tópico — lugar común que él transformaba y alteraba en el nivel textual de sus escritos al servi-

cio de su imaginación creadora. En *Las guerras de nuestros antepasados* reaparecía de nuevo, en forma más explícita, aunque era un pueblo todavía habitado en el que se iniciaba la huida. La carretilla de la muerte le servía para uno de sus mejores momentos creadores, como lecho del amor desahogado del pobre Pacífico y su amante, contraponiendo en un paroxismo erótico el principio de la vida sobre el de la muerte que será siempre la gran triunfadora.

Una mínima base real: un pueblo como el que hablamos visitado hacía tantos años y el efecto que allí podía producir la visita de un candidato a diputado en plena campaña electoral empeñado en no dejar de visitar ningún pueblo de su distrito. De haber permanecido allí el señor Cayo, su diálogo con ese hombre, levemente socialista al estilo utópico del P.S.P., ya desaparecido, un poco ubicable entre los liberales integrados en U.C.D., hubiera sido posiblemente igual. Esto es lo que da fuerza a esta novela. Delibes observa la política como un hecho humano más que se proyecta en las conciencias de los hombres y en dos niveles de comunicación: el campesino aislado, aferrado al terruño y el hombre de la ciudad con sus concepciones abstractas y generalizadoras. No es el consabido menosprecio de corte y alabanza de aldea que siempre es fácil de aceptar y que en Delibes ha estado lúcida y racionalizado viendo en la caza y en el campo una gratificación de la vuelta después a los hábitos o comodidades de la civilización en que uno ha nacido y se ha ido condicionando.

Hay, desde luego, un contraste entre la primera parte del relato presentando al mundo de la oficina de un partido con sus preocupaciones electorales, caídas en el tópico, etc. Quizá el lenguaje esté aquí más descuidado inscribiendo a estos afiliados en un orden cultural y lingüístico algo extraño para ellos y que ha tenido su fijación en algunos comentaristas madrileños, especialmente en revistas de hu-

mor y en algún periódico serio, con mucho «oye, tío», mucho «Jo», etc.

El mundo del pueblo es más real, por la simple razón de que, a buen seguro, Miguel Delibes no visitó ni una sola oficina electoral de partido en aquellos momentos de entusiasmos, desconfianzas, fiebre en fin, cuya apreciación hubieran hecho del suyo acaso un libro político, de circunstancias y así no lo es. El lenguaje de Cayo, del viejo solitario que piensa que está bien que su mujer sea muda por que así deben ser las mujeres, que observa impasible la agresión de que es objeto Víctor, el candidato, pero que da cuerda al reloj que ya sólo tiene una aguja «porque acompaña», es el habla rural que no se ha contaminado por la radio y la televisión, un lenguaje tal vez limitado pero preciso, aprendido en el libro de la naturaleza y la realidad agraria.

Pero Delibes sabe y se lo hace descubrir a su protagonista, que no es el señor Cayo, sino el candidato, que no hay ya comunicación posible, que el pueblo es un paraíso perdido que nunca fue tal paraíso y que en él hay también lugar al odio. En la actitud final de Víctor, en su lúcida borrachera y, sobre todo en su silencio al aceptar un dolor físico y un riesgo sin lamentarse por ello, hay una conciencia nihilista, la aceptación de una enorme, una grande desilusión, la de tantos que han de curtirse en escepticismo y seguir considerando la inutilidad de toda pasión; hasta la de la inexplicable existencia de uno mismo.

Es, tal vez, una parábola; desde luego, una novela corta — no por la extensión en sí, sino por su estructura: la rapidez con que puede ser leída —, pero es también una muestra de la madurez de un novelista cuya obra no ha sufrido el menor deterioro ni ha perdido el vigor de los más logrados momentos. Este es uno de ellos.

(1) Miguel Delibes: *EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO*, Ediciones Destino. Colección Ancora y Delfín. Barcelona, 1978. (188 páginas)

LA SEMANA LITERARIA



Por Florencio MARTINEZ RUIZ

ESTA última novela de Miguel Delibes podría haberse titulado la «parábola del solitario» o algo parecido. Pues «El disputado voto del señor Cayo» mucho contiene de fábula, que ilustra una vez más su concepción del mundo y del ser humano. Pero ha preferido —por si los malos duendes de la «Parábola del naufrago» comprometían el éxito del libro— introducirnos de hoz y coza en la propia materia del argumento, delibiano de la cruz a la fecha, y en el que el novelista y académico vallisoletano alcanza la máxima verdad de su narrativa, de su lenguaje, de su personalísima filosofía.

actualidad demasiado oportunista si toda una frecuentación del medio no avalase la aventura. Qué, mal contada, puede sintetizarse en el viaje que durante la campaña electoral del pasado 15 de junio hacen a Cureña, un pueblo al norte de Castilla, un grupo de jóvenes compuesto por la sofisticada y feminista Laly, Víctor, como cabeza de can-

voto del señor Cayo con otra formación política, es ya el desencadenamiento de crisis.

Dejando al margen, ahora, la posible reducción al absurdo del asunto, hay que reconocer que Miguel Delibes ha encontrado su gran tema: Con pocos elementos humanos y con una situación aparentemente esquemática, el gran narrador vallisoletano ha dado en el clavo. En diez magistrales capítulos nos introduce sin alardes de composición ni matices esperpénticos en la gran y polémica verdad de nuestro tiempo, como es la manipulación del hombre por la estructura y por la sociedad masificada. Sometidos a su muñeca literaria, a su ritmo vivo, sosegado, nos lleva a su terreno. No importaría, incluso, discutir sus tesis, siempre que aceptemos el éxito total, su magistral resultado narrativo. Por esta vez Miguel Delibes lleva razón, al menos la suficiente parte de razón, y aprovecha sus excepcionales dotes estilísticas para imponerla.

MIGUEL DELIBES, EN LA CUMBRE DE SU ESTILO NARRATIVO

A mi ver, era inevitable. Miguel Delibes se ha congraciado con el «otero castellano», en el que fray Antonio de Guevara aparte, se encuentra muy seguro, tanto ecológica como estilísticamente hablando. «El disputado voto del señor Cayo» (1) es, por supuesto, una alabanza de aldea y un menosprecio de corte, pero en términos de una profundidad existencial que obliga a cuestionar el sentido de la civilización actual en líneas generales, así como una determinada política española en particular. Siempre ha confesado Delibes que encuentra los valores estables, en estado puro, en el campo, en el medio rural. Y esta novela es el documento extraordinario que prueba su deserción y abandono.

Pero claro es que simplificar el mundo de Delibes y la dialéctica de esta novela en una vuelta al ruralismo es empobrecedor y poco perspicaz. Creo que nuestro novelista —y al decir «nuestro» no hay duda que nos identificamos con él por un reflejo más o menos condicionado— ha proyectado en el «El disputado voto del señor Cayo» sus posibles condicionamientos realistas, su dramatismo contenido y su capacidad para reproducir el lenguaje popular hacia un estrato más alto. Nunca como en esta novela ha estado Miguel Delibes más cerca de la perfección: «El disputado voto» es la última purificación y objetivación de su arte narrativo sin caer en el amaneramiento o en el vacío. Pero es también el hallazgo de una situación humana en la que —por fin— se identifican su visión intelectual con la preocupación rural. El hombre de ciudad y el hombre del campo se encuentran en este libro a sus anchas, sin preconcebidas tensiones, con la sola fuerza de su presencia. El choque o el

desafío, entre el «homo» problemático y el «homo» natural llega sobre un contexto libre, limpio, definitorio.

Hay que añadir, por si hiciera falta, que Miguel Delibes se ha encontrado consigo mismo. Como narrador, como espíritu reflexivo, como preocupado por el hombre castellano. «El disputado voto del señor Cayo» conecta los problemas del individuo —la soledad, la supervivencia, la muerte— con los más amplios problemas sociales. La búsqueda delibiana de las vivencias campestres, generalmente condenadas al automarginamiento o al solisismo, cobran ahora una importancia más solidaria, más humana, más cósmica, diríamos. Y así su preferencia por los seres llenos del encanto áspero y de la mágica sabiduría que da la Naturaleza —Daniel «el Mochuelo», «el tío Ratero», «el Nini», o Lorenzo «el Cazador», etc.— se explica ahora en una parábola total donde la cultural ancestral, simple y primitiva pone en evidencia a la cultura sofisticada y masiva, que no siempre descubre a tiempo el eje de sustentación, su punto de apoyo.

Miguel Delibes ha agarrado un asunto de la máxima actualidad. Casi diríamos que de una

didatura, y Rafa. Gentes, en suma, para quienes el campo no pasa de ser una anécdota y los pueblos no mucho más que una chincheta puesta sobre el mapa electoral por Dani, el flamante jefe de la campaña montada para conseguir el acta de diputado para Arturo González Torres.

Se trata de un grupo progresista, previsiblemente alineados en la disciplina del socialismo, cuyas ideas avanzadas sufrirán un rudo golpe al contacto con la realidad. La emigración ha dejado despoblados los pueblos del camino y el señor Cayo, en Cureña, les muestra una cara de la moneda que no deja de asombrarlos.

El largo rato que pasa con el viejo campesino cambiando impresiones, acompañándole mientras coge un enjambre o replanta remolachas, les descubre un mundo insospechado, rico en sí mismo y en sí mismo revelador de unos modos de vida. Lo que en verdad descubren es la realidad de la felicidad natural y casi roussoniana que les desarma interiormente y les hace ver lo impracticable de su misión, que carece de sentido. La vuelta a la capital de la provincia, después de disputarse el

Lo que más me interesa subrayar es el hecho de que Miguel Delibes es la maestría misma. El tema posee todo el encanto de una situación excepcional, pero también incluía la tentación de lo alucinante Delibes, rasgando todo posible revoco crispante, reduciendo la ironía a la propia textura del lenguaje, desnudando éste en una operación de la máxima objetividad no sólo no quita el fluido humano y el temblor del paisaje en su soledad, sino que es la Naturaleza la que se mete dentro, filtra a través del lenguaje de unos diálogos absolutamente fieles, de este raro ejemplar del señor Cayo, que habla por boca de una sabiduría antigua y —¿por qué no válida todavía?—. La gran duda que Delibes propone queda formulada por uno de sus personajes: «¿Por qué es más importante recitar a Althusser que conocer las propiedades de la flor del saúco?» Todo una pregunta para cuya respuesta habrá que acudir a los filósofos y a los sociólogos.

(1) «El disputado voto del señor Cayo», por Miguel Delibes. Ediciones Destino, Barcelona, 1978. 188 páginas.



crónica de madrid

EL LIBRO DE MIGUEL

Miguel Delibes ha escrito la novela de las elecciones generales de 1977. Bueno, no la novela de las elecciones, sino una reveladora y significativa anécdota de las mismas. El libro se llama «Disputado voto del señor Cayo».

Esta novela comienza sorprendiéndonos con unas escenas y unos diálogos de lenguaje cheli, mediante los cuales Miguel Delibes, tan sensible para las hablas del pueblo, tan favorecido por el genio dialectal, incorpora a su prosa particular y personal el argot callejero de ahora mismo, desde Forges hasta Ramoncín. Es la ya estudiada influencia inversa de los jóvenes en los maestros, que se ha dado muchas veces.

El partido político que Miguel nos presenta en sus vísperas electorales parece ser el PSOE, y el novelista hace una inevitable crítica de personas y mecanismos, quizá porque esa crítica entra ya en el juego democrático que estamos viviendo, quizá porque lo que ha visto y sabido de la política actual le ha decepcionado en gran parte, quizá porque su escepticismo literario y humano va ahondándose inevitablemente.

La idea —muy buena idea novelesca, muy propia de Miguel—, es enfrentar a estos jóvenes socialistas en plena campaña con unos paletos castellanos que resultan ser uno solo, porque la acción transcurre en un pueblo abandonado, donde el señor Cayo es alcalde de sí mismo.

Cuando dejan de hablar los cheli-progresistas, cuando empieza a hablar el señor Cayo, con su riqueza de arcaísmos y sabidurías, con su cultura vieja, eterna, frente a la cultura improvisada de los nuevos políticos, es cuando reencontramos al gran Miguel Delibes, al maestro, al inconfundible, entregado de lleno a su mundo, creando otro personaje inolvidable y definitivo.

Por decirlo, como lo dirían los socialistas del libro, el viejo es «demasié» para ellos. La visita al pueblo abandonado se convierte en un abrupto encuentro con la realidad para los visitantes, que son tres: un progre-macarra, un socialista más serio y maduro y una bella feminista del partido.

En el boxeo verbal entre los capitalinos y el paleta, que se desarrolla a lo largo de una tarde, muy hábilmente llevado por Delibes, sin enfrentamientos directos, sino con sinuosidades reales de frase y conducta, de matiz y anécdota, quedan los tres visitantes noqueados sin esfuerzo por el viejo.

Hay una connotación de violencia sombría a cargo de una banda fascista que cruza por el pueblo. Los socialistas, hacia el final de la excursión, se emborrachan; el uno, deslumbrado por la realidad de la naturaleza, y el otro, desconcertado por la frustración del viaje. La feminista se mantiene irritada por lo que a su propia guerra se refiere (la mujer del paleta es muda y casi esclava), pero serena en todo, ejemplar y clara.

Miguel Delibes, con enorme sabiduría de novelista, explica que el viejo y su vecino se odian, se ahorcan los gatos y se envenenan los perros, no se hablan, de modo que la verdad tampoco está con ellos. ¿Entonces? Entonces la solución no parece estar en ninguna parte. La política ha llegado tarde a Castilla, a los pueblos deshabitados, pero Delibes, aunque refleje también la maldad cainita de los campesinos, nos ha dejado ahí una imagen deslumbrante del señor Cayo, octogenario y omnipotente en su pequeño mundo: «Es como Dios, es como Dios».

¿Roussonianismo, como llega a sugerir uno de los políticos? El encuadre final (la obra tiene algo de guión: otra influencia, la del cine) nos presenta al socialista más solvente cruzado de zurriagazos por los fascistas. El mensaje puede ser que, a pesar de todo, estos políticos amateurs suponen la única opción, porque ahí está, acechante, la violencia, y el señor Cayo es arcaico. Delibes deja la novela sabiamente en la duda y estéticamente resuelta, con pleno vigor, en la creación de un personaje casi milenar, patriarcal, sencillo y sabio. El señor Cayo, uno de sus grandes personajes.

FRANCISCO UMBRAL



DIARIO DE UN SNOB

El disputado voto de Miguel Delibes

FRANCISCO UMBRAL

Llama el cartero con el último libro de Miguel Delibes, *El disputado voto del señor Cayo*, y ya con el sueño machacado marco el número de Miguel en Valladolid, ¿cuál es el prefijo de Valladolid?, nueve, ocho, tres, eso es, nueve, ocho, tres, y ahí, detrás de su prefijo, en mi Valladolid de entonces, en un Valladolid de sol y frío —«Hoy no hemos tenido niebla»— está la voz cordial y fraternal de Miguel, que me he caído de una silla, Paco, que iba a coger un libro y al caerme he roto con la mano el cristal de un cuadro y el cristal me ha cortado, he sangrado mucho, y me ha dado en la cabeza un retrato que me hizo Alvaro Delgado, esto es un accidente puramente intelectual, porque encima he metido un pie en la papelera.

Dice que estaba solo en casa, se puso un pañuelo en la sangre y se fue al médico de al lado:

—Creían que me había cortado el tendón, pero no, ahora ya puedo mover mejor el dedo, es el índice de la mano derecha, pero esto me impide firmar los ejemplares del libro, *El señor Cayo*, que los tengo aquí, tú conociste un poco los pueblos en que ocurre esta novela, la he escrito en un año, en Sedano, son pueblos de Castilla, León, Palencia, Burgos, lo que quieras, pueblos con dos vecinos, que encima no se hablan entre sí, o resulta que una es muda, se odian y se ahorcan los gatos mutuamente y se envenenan los perros, que aquí en

España llevamos siglos hablando de la envidia nacional, y no es envidia, Paco, es odio, la gente te odia en cuando triunfas un poco, luego se presentan los de un partidos político que se supone progresista y quieren sacarle el voto al señor Cayo, y uno de los políticos, el más joven, que no ha visto nunca un paleta tan auténtico y tan de cerca, se queda perplejo, y cuando le dicen al señor Cayo que dónde podrían reunir al vecindario, el señor Cayo les dice «tendrían que llegarse ustedes hasta Bilbao», porque la verdad de estos pueblos, Paco, es que todo el mundo está trabajando en Bilbao, aunque el País Vasco también está lleno de odio y esto parece que no tiene arreglo, la consecuencia que sacas de la novela, me parece a mí, es que la política ha llegado tarde a Castilla, en Castilla había una cultura arcaica que no ha sido sustituida por nada y alguien dice en el libro «nos han matado ustedes el burro, pero nos han dejado a pie».

—¿Qué te duele hoy, Miguel, aparte de la mano?

—Parece que nada, hombre, hoy estoy bien y me voy a pasar el día leyendo las novelas de un concurso. Había pensado dedicar el día a hacer el vago, pero ahora veo que tengo que leerme todo esto y a la noche tengo una cena literaria y luego también me están liando para unas cosas culturales en Madrid, de modo que a ver si voy con más frecuencia, para navidades vienen los chicos, vienen todos, sí, y lo pasaremos aquí, en casa, que por cierto me voy

a cambiar para tener dos pisos juntos e independientes, yo arriba y mi hija Elisa abajo, con el marido, luego en la novela hay una cosa de lenguaje que me parece a mí que te interesará, es el enfrentamiento de dos lenguajes, el del paleta y el del político joven, progre, que dice carroza y jo, macho, y todo eso, que hay gente que te está copiando Paco, y hasta gente muy importante, lo he pasado bien escribiendo el libro ¿sabes?, he disfrutado, sí, me divierte otra vez escribir, crear unos personajes, puede ser una vuelta a la literatura, no sé.

—Que a ver si vienes y nos vemos, Miguel.

—Ahora no puedo guiar, con lo de la mano, y de trenes hay malas combinaciones para ir, que lo han desviado todo por Burgos, la política la veo fatal, se dedican a meterse unos con otros, no arreglan nada, y aquí la abstención ha sido bastante alta, en el referéndum, me parece que nos aproximamos otra vez a las dos Españas, lo de siempre, Paco, ¿respuesta?, yo no tengo respuesta para esto, quizá este libro refleje un poco mi sentir, una especie de acracia, porque los escritores nos avenimos mal con las ideas fijas de los partidos, claro que los ácratas de las comunas que vienen ahora a estos pueblos dicen que van a cultivar la tierra, y luego sólo hacen collares, le he preguntado a uno si vive de los collares, y dice que su padre le manda dinero de Madrid, eso ya es otra cosa, le dije; digo, un abrazo Paco, que tenemos mucho que hablar, que hace ya tiempo que faltas de aquí, Paco.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES



Domingo Cultural

Sección a cargo de
Florencio MARTINEZ RUIZ

EL REGRESO DE DELIBES

SI hay en España un escritor enemigo de alharacas y oportunismos ése es Miguel Delibes. Y, sin embargo, desde su soledad castellana acaba de dar en esa diana que en este momento buscan afanosos todos los escritores españoles: encontrar el tema, la novela que aclare este momento de transición que estamos viviendo. Y lo ha logrado con su habitual sencillez en una desgarradora parábola.

«El disputado voto del señor Cayo» —el título es lo menos feliz de la obra— es «una obra más» de Delibes. Y digo esto como el mejor de los elogios posibles. El novelista vallisoletano sigue fiel a su mundo y a sus temas. Y es ésta fidelidad la que hace que esta novela sea tan altamente oportuna como poco oportunista.

Delibes no ha caído en la trampa de ofrecernos una falsa novela histórica, ha contado una pequeña fábula que profundiza en la realidad que nos rodea mucho más que los folletones al uso.

Una historia muy simple: un grupo de jóvenes políticos de las últimas hornadas —miembros de un partido al que no se da nombre, pero que parece ser el P. S. O. E.— recorren en vísperas del 15-J los pueblecitos castellanos en busca de votos. Van a ellos como los redentores que llevarán la libertad a los pobres pueblerinos. Y aterrizan en un pueblecito abandonado, en el que ya sólo restan dos viejos, que, para más INRI, no hablan entre sí, por lo que uno de los dos ni llega a aparecer en la novela.

Y los jóvenes salvadores descubren que el señor Cayo está mucho más salvado —porque está mucho más vivo— que ellos. Encuentran allí una cultura que ellos han perdido y una libertad interior mucho más profunda de la que ellos predicán. Ellos han ido a redimir a los pobres y se encuentran a este señor Cayo que —desde la más absoluta falta de todo lo que para los políticos es esencial— protesta diciendo: «¡Pero yo no soy pobre!» Porque realmente lo único que el viejo necesita —«que pare de llover y apriete la calor»— es lo que ningún político le podrá dar jamás.

Hay en el libro de Delibes esa profunda y serena tristeza —ese llanto por una Castilla que agoniza— que respiran todas sus últimas obras. Pero todo está contado sin melodramatismos. Sin caer siquiera en la trampa de convertir al señor Cayo en un filósofo, en un hombre especialmente profundo o simpático. Es su vulgaridad la que desborda a los «salvadores» de la capital.

Y detrás de la historia está, naturalmente, el lenguaje de Delibes que esta vez se bifurca en el doble —y tan diverso idioma— de los jóvenes de capital y el viejo de pueblo. Pero está, sobre todo, la desgarradora parábola que descubre todo lo que de tinglado tiene nuestra «España política» de hoy. Nadie verdaderamente había señalado con tanta exactitud ese tremendo «bache» que existe —que sigue existiendo— entre la España real y la oficial.

Por todo ello estamos, como españoles y como lectores, doblemente de enhorabuena. Si este libro no aparece pronto entre los más vendidos del mes será la enésima prueba de que preferimos la bambolla a la verdad.—

J. L. MARTIN DESCALZO.

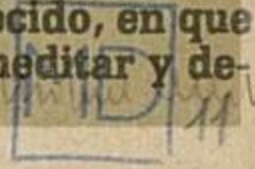
«EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO», novela, por MIGUEL DELIBES. Vol. 533 de «Ancora y Delfin». Ediciones Destino. Barcelona, 1978.

Miguel Delibes contrapone en este relato —modélico— dos modos de ser y dos maneras de expresarse verbalmente, que son lógico fruto de dos concepciones del mundo y de la vida que hoy están en ardua pugna. La progresiva violencia de los novadores, de los colectivistas, de los revolucionarios arrumbadores de los modos viejos del vivir, de una parte. La serena, imperturbable vida de los campesinos, de otra. Estos últimos están a punto de desaparecer; apenas si sobreviven en unos pueblos perdidos, abandonados, habitados tan sólo por unos viejos aldeanos ochentones como este señor Cayo, cuyo voto se trata de conquistar. Son como robinsones, pero tienen el hondísimo valor de Robinsón. Hacen lo que siempre hicieron; están donde estuvieron, aman la tierra y el campo, a los que conocen; comprenden, valoran a cuantos seres, vegetales o animales, incluso minerales hay en él: lo que está, está por algo, para algo, sirve; viven satisfechos, serenos en él, en medio de unos seres a los que aprecian, en un paisaje que ha sido siempre el suyo. Los otros padecen la herejía de la prisa, el mal del azacanamiento; no entienden, por tanto, esa quietud; desean transformarlo todo para mejor uniformarlo todo. Sus hablas son tan antitéticas como sus movimientos o andaduras. Sosegada, sentenciosa, armónica, el habla del señor Cayo; pausado su ademán, seguro su gesto. Estremecida de violencia, empedrada de idiotismos, de palabrotas, la de los jóvenes propagandistas, que se mueven sin cesar, que vociferan, que no se están quietos jamás, que no saben estar silenciosos. Lo que estos jóvenes dicen es jerga o es ruido. Lo que Cayo expone se tiene en pie, convence, ilu-

mina, obedece a raíces muy profundas. El choque es revulsivo para dos de los recién llegados, sobre todo para el diputado en ciernes: «hemos venido a redimir al redentor», gime, repite una y otra vez. No le vamos a servir de nada a este viejo y él, en cambio, podría alimentarnos, si todo se perdiese. La alegoría es expresiva, es convincente. Y el relato, conciso, rápido, es modélico en su ritmo y en la perspicacia e ironía con que están pintados por el autor todos los tipos episódicos que en él aparecen. Lo considero como una instantánea admirable del momento, un tanto enloquecido, en que todos nos estamos debatiendo; un libro que puede hacernos meditar y debería hacernos reaccionar. Ojalá.

"Heraldo de Aragón"

28 XI 78





LA VOZ DE LA INTRAHISTORIA EN LA ÚLTIMA NOVELA DE DELIBES

Un relato brotado de las elecciones del 15 de junio

PROSIGUE la racha de las novelas que evitan los grandes temas, la espaciosa o concentrada totalización; novelas de episodio, novelas ejemplares trabajadas en algunos casos como pequeñas obras maestras. Ello no quiere decir, ni mucho menos, que la reducción del campo o el virtuosismo técnico obligue a centrar el relato sobre algo frívolo o baladí. Miguel Delibes ha conseguido sus mejores aciertos en otras, así como «La hoja roja», «Las ratas», «Cinco horas con Mario», «El príncipe destronado». Hace pocos días, con el joven profesor Joaquín González Cuenca, que habla con muchos de esos timitos «cheli», mezclados con expresiones exclusivamente leonesas y terracampinas, y con el veterano y eminente crítico y profesor en los Estados Unidos, Joaquín González Muela —caminábamos por tierras manchegas—, salió, por la parla del primero, Delibes a relucir: los tres pusimos sobre nuestras cabezas la singular belleza de «Las ratas». No había leído todavía la última novela de Delibes, que viene a unirse a esta serie de piezas magistrales y que hubiera sido un buen motivo de comentario a lo que sobre el lenguaje y el novelista veníamos hablando: «El disputado voto del señor Cayo» (Destino).

Aquí está el Delibes de muchos de sus cuentos, el Delibes roussonianos de «El camino» y de la atención sociológica por la actualidad de «Cinco horas con Mario». Más actualismo no cabe: la propaganda electoral de un amistoso grupo de muchachos universitarios progresistas por los pueblos de Castilla, por pueblos tan despoblados que en uno de ellos sólo hay dos vecinos ancianos, que además no se hablan. Uno de estos ancianos, ochentón, lúcido y vigoroso, es el señor Cayo por quien Miguel Delibes hace hablar a la intrahistoria. El lenguaje de los muchachos está captado con la naturalidad con que Delibes dialoga, entre-

verando el casi «cheli» usadero —que Umbral codifica y da esplendor, como en su día Arniches al madrileño de comienzos de siglo— con vocablos y giros vallisoletanos. El señor Cayo no es nada catequizable. El encuentro es una sorpresa para los propagandistas. «No hay derecho», dice uno de ellos. «¿A qué no hay derecho, macho?» «A esto —dijo Víctor, apuntando a los últimos edificios del pueblo—, a que hayamos dejado morir una cultura sin mover un dedo.» La cultura del señor Cayo es vivir con los ritmos de la Naturaleza, el buen sentido y las sabidurías ancestrales sobre las cosas, la conformidad religiosa, la libertad del acuerdo con la propia idea de la existencia y la convivencia frente a los módulos ajenos impuestos por la historia, por las ajenas salvaciones. No hay manera de lavarle el cerebro al señor Cayo para el voto del 15 de junio... Poner en pie al señor Cayo para que hable y actúe en nombre de una cultura perdida, de un residuo intrahistórico desde campo castellano, le permite a Delibes llamar a cada cosa —objeto, trabajo, concepto— por su nombre verdadero, que él sabe y utiliza no como exhibición de arqueología lingüística, sino en función y dinámica de su técnica narrativa. Una de sus mejores virtudes, por la que su novelística es lo que es. Con ella sobrepasa la mera descriptividad de lo que llamamos «buena prosa» para encarnar el argumento, la narración, en su lenguaje intransferible, único y diferenciador.

Hay que notar cómo el novelista, en rigurosa función de tal, ha de apropiarse del decir actual capitalino y juvenil con toda la propiedad posible para que el contraste con el agrario, y las ideas que cada uno comporta, se haga más ostentoso. Está claro que a pesar de ese lamento de una cultura perdida no pretende Delibes mostrarnos que fue o que pudo ser ésta la utopía rural que él ha cantado con singular fuerza poética en «Las ratas», ni tampoco dar como innane y sin sentido el fervor y la «melé» del propagandístico político un punto caricaturizado o inclito en la tradición del costumbrismo crítico. No se trata —ya lo dije al comienzo— de una novela «total», sino ejemplar, coyuntural epistémica, corta, en la que el maestro vallisoletano pone tantas de sus preocupaciones y el ejercicio en la cima de la madurez y de la destreza de su arte.



DE OLIVER BELMAS

a Carmen que lo haga constar en próximas ediciones y, si es posible, se haga la rectificación en el segundo tomo.

Miguel Delibes y «El disputado voto del señor Cayo»

Por JOSE ACOSTA

Un mundo está agonizando claramente, un mundo de comunidades pequeñas y alejadas; el mundo de los pueblos de antaño, minúsculos, con cuarenta o cincuenta familias; un mundo que sabía producir para sí mismo, que apenas si necesitaba nada del exterior, salvo la Medicina y el Correo; un mundo quieto, sosegado, donde cada ciudadano era dueño de su propia vida que tan sólo compartía con los demás en señaladas fechas anuales; un mundo donde la cultura era, simplemente, la vida.

Ese mundo está en sus estertores. Quedan pueblos diseminados con diez, ocho y hasta un par de vecinos, que esperan la muerte por consumición. Huyeron los jóvenes en busca de otra vida más diná-

mica, entre la fiebre de la civilización industrial y apenas si vuelven para la visita anual al padre y a la madre que aún respiran en la aldea. Se trata, por tanto, de un mundo evanescente que va aquedarse perdido entre las sierras, rodeado de árboles, circundado por ríos naciendo, vestigio en ruinas de un pasado que no volverá.

Pero aún tienen esos pueblos, sus escasos habitantes, fuerza para dar el contraste frente a los estragos de la civilización aglomerada, corrupta, repleta de «hombres beta» que distorsionan el lenguaje a la vez que su propia existencia, incapaces de admitir que el mundo es algo más que su propia animalidad.

Y un pueblo de esos frente a un grupo político que prepa-

ra unas elecciones, da motivo a Miguel Delibes para plasmar una sátira que rezuma melancolía, angustia, y que presenta un problema que difícilmente tiene solución a nivel personal.

Los tres jóvenes que van a un olvidado lugar donde sólo residen dos familias, en busca de votos para sus candidatos, serán utilizados como símbolo por Miguel Delibes, de la misma forma que Cayo, el alcalde de la aldea, el único hombre que en ella habla, será otro símbolo, viejo Robinson capaz de sustentarse sin ayuda, sano producto de la tierra, ejemplo de un hombre que no necesita sino del ligero contacto con los demás para pervivir sobre algo de donde ha nacido y que acabará por nutrir.

Reconocido el sabio arte narrativo de Delibes, su amor hacia la tierra, su conocimiento de los pueblos y lugares alejados de la Castilla que recorre en peregrinar cinegético y pescador, así como el soberbio manejo que hace de su idioma, es fácil asegurar que consigue con «El disputado voto del señor Cayo» otra novela que se encuadra en su honradez y su estilo, perfectamente matizados por uno de los jóvenes cuando afirma: «El cine o la literatura que no exploran el corazón humano no me interesan. Las artes de laboratorio son pura evasión».

Los tres jóvenes representan tres calas en la actividad político-social del maremagnum. Uno, Víctor, aún roza la reminiscencia de una civilización donde el pueblo, el campo, la tierra tuvo especial importancia, y vive preso de esa melancolía, con el perpetuo deseo de volver a lo que Alejo Carpentier denominaría «Los pasos perdidos». Rafa es la absoluta negación, hombre de ciudad, perfecto producto del propio sublenguaje que masturba en incoherencias, uno entre miles de los excrementos del día; Laly es la mujer en honesto principio de liberación, lo más ecuánime del trío, pero bajo tal dominio de la razón que aún comprendiendo me-

lancolías acabará por admitirlas pero no ejecutarlas.

Este trío está frente a Cayo, el viejo de los montes, Robinson en la isla del abandono, hombre a quien todo el lenguaje que le llega no le dice nada, porque lo que no entiende no le importa y porque lo que entiende no le sirve. Cayo es suficiente por sí mismo y sabe que su cultura de vida le sobra para el tránsito terrenal. Del enfrentamiento, cada lector sacará consecuencias en razón de sus avatares personales, pero todos se abrirán al hecho cierto de que un mundo, como siempre, devora a otro, hasta el momento, ¿cuántos siglos faltan?, en que no quede nada por devorar.

La sátira contra los «nuevos hombres» se expulsa desde el lenguaje a la acción, pero no da más de sí, porque la sátira es a toro muerto, incapaz de redimir lo que no tiene remisión.

Lo fíne de la novela de Delibes es que es en ese pueblo perdido hay sólo dos familias y no se hablan; que Cayo, el sabio de la cultura como vida, odia a su vecino; que el trío se encuentra con un grupo de rivalidad política, nostálgico, que de nuevo emplea la agresión y el cadenazo... En fin, que la división perpetua no será vencida. Quizás, por ello, una simple borrachera será el fin de la sátira, borrachera que meterá a Víctor en cantinela de su nostalgia, para que repita una y mil veces aquello de «hemos ido a redimir a un redentor». Una borrachera para alejarse de la única razón de vida y de una comunidad que nace, vive y muere en el odio. Porque esa es la única dinámica constante, la razón de vivir: el odio.

31-XII-78

MD

14

MIGUEL DELIBES, PARABOLA DEL SOLITARIO

LA obra de Miguel Delibes es toda una parábola, no tanto del naufrago como del solitario. Si, como se ha dicho, Pedro de Lorenzo nace en la soledad de Extremadura y Alvaro Cunqueiro de la fraga gallega, Miguel Delibes es fruto del silencio de Castilla. Hay un mundo delibiano perfectamente delineado en su obra, que responde a este sentimiento de soledad. No una soledad que alinea o turba, sino de la que nutre y reconforta.

En su último libro —que no hay que llamar indefectiblemente novela, aunque lo sea, y posiblemente con «Las ratas» la mejor de las suyas— la soledad está elevada al cubo. Y a una categoría suprema. Aquella melodía interior que acongojaba a sus héroes anteriores, como el viejo Eloy o el tío Ratero, Daniel, el Mochuelo o el Nini, se magnifica ahora en el señor Cayo, viejo campesino del norte de Castilla, protagonista de «El disputado voto del señor Cayo», y emblema de la filosofía delibiana. Diríamos que el académico vallisoletano ha encontrado su «soxias» definitivo, su «otro yo», para trasvasarle su inquietante zozobra de hombre llano y elemental, de ser primario y neto, alimentado más por una cultura natural que literaria.



Miguel Delibes

La ya conocida alabanza de aldea y menoscipio de corte, inscrita un día sí y otro también en la narrativa de Miguel Delibes, tiene en «El disputado voto del señor Cayo» una expresión cabal y definitiva. Delibes se encuentra a sí mismo.

Delibes había realizado importantes escarceos experimentalistas en su técnica de novelar. Uno de ellos, respecto de la estructura, con «Cinco horas con Mario», muy felizmente conseguida; en la ocasión de «Parábola del naufrago», según un simbolismo melvilleano y una alternativa lingüística demasiado abstractizante. En «El disputado voto del señor Cayo», ha regresado a las raíces de su operación narrativa inicial, simplemente.

Al acierto de haber «aislado» en la fauna ibérica un ser humano tan representativo de sus preocupaciones —este hombre solo, dedicado como un Fabre rousseauniano a la captura de enjambres y al cultivo de las remolachas— Miguel Delibes añadió el de situarlo como agente revelador de un mal endémico en la sociedad española: el éxodo rural. Y la coartada es de efecto fulminante y seguro. Con escasos, pero muy definidos elementos humanos, y según el trazo de una situación esquemática, el novelista castellano denuncia con enorme fuerza poética la manipulación del hombre por la estructura.

De todos modos, la excelencia de este libro hay que ponerla en el lenguaje. Miguel Delibes ha hecho la última carrioca estilística, la final reducción posible de su vocabulario, lleno de riqueza expresiva y de selectividad magistral. Y cuando todo parecía llevarnos a una hieratización o amaneramiento de los términos y voces, despliega con desenfadada cobertura, un fluido coloquial de enorme riqueza psicológica, sostenido por la fuerza de los diálogos, donde se relevan el código «pasota» de los jóvenes de ciudad y el lenguaje castizo y sabio del viejo solitario.

No sé si era un Rubicón que Miguel Delibes debía de cruzar. Mas si lo era, el salto ha resultado limpio y sin obstáculos. Listo, en suma, para una medalla de oro de la narrativa española. — Florencio MARTINEZ RUIZ.

Do miarpo - 31-XII - 1.978

15

● ARTES Y LE

ESTA NOVELA DE DELIBES

Por J. TABERNEO IÑIGUEZ



Se hace preciso echar un vistazo atrás. Los dos últimos libros que Delibes lanzó al público fueron «Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo» y «Mis amigas las truchas», dos libros que tuvieron en común el ser publicados en el mismo año (enero y diciembre del 77), contener un a modo de diario de las últimas jornadas de caza y de pesca disfrutadas por el autor y, justamente, aparecer como dos libros de esos que se agavillan solos, recopilando artículos o reseñas ya publicados con anterioridad en la prensa. Antes, en el 76, había sido «S.O.S.», el libro aquel que contenía su discurso de ingreso en la academia, y tenemos que remontarnos a enero del 75 para encontrar una novela —aquella gran novela— «Las guerras de nuestros antepasados». Ahora acaba de darnos su libro del 78, que precisamente vuelve a ser una novela: «El disputado voto del señor Cayo».

Hay ahí un tramo de casi cuatro años entre una y otra, ocupado entre tanto el autor en el pequeño relato testimonial, cronista del breve día de una afición con que produjo jugosa literatura de aperitivo, tan sabrosos pinchitos de entretiempo. Consciente, recuerdo que allá en el pasado abril me decía en una pequeña carta: «Ahora habrá que mirar el mundo y los hombres de hoy y tratar de seguir en la novela. A ver si encuentro el equilibrio preciso para ello».

Efectivamente, mirando al mundo y los hombres de hoy ha escrito Delibes esta su nueva novela. Pero uno puede sentir curiosidad por aquello que él llamó «equilibrio preciso para ello». Equilibrio, ¿entre qué? Por de pronto, y asomándonos al trance, nos parece ver al escritor que lleva a costas este hombre, trazando un puente de transición: Si he contado toda una infinidad de mis días en que salgo en automóvil de la ciudad hacia el campo, hacia el pueblecito de la sierra, para allí hacer mi juego con la naturaleza cazando, pescando truchas y tropezando con esas gentes tan olvidadas como genuinas, cabría ahora la posibilidad de encajar una novela dentro, precisamente, de uno cualquiera de esos días. Ya está. Ya tiene Delibes en su mano la nueva pinza para la extracción de la espina. Seguro que será una espina pequeña, esencial, gotita de esencia, esencia de la que él frecuenta y en la que es tan hábil, espinita que localizará enseguida precisamente en ese hombre rural: el señor Cayo. Pero Delibes, que uno de verdad no sabe si va de acá y se asoma allá, o si más bien viene de allá y se asoma acá (dos mundos, dos civilizaciones o dos culturas), ya que allá es viejo quiere aquí ser nuevo y busca la novedad, o sea, la actualidad, la oportunidad. De ahí, aquello que me decía él de que «habrá que mirar el mundo y los hombres de hoy». Como todos los españoles, Delibes asiste a

las campañas electorales de los diferentes partidos políticos con los afanosos viajes de sus militantes, hasta los últimos pueblecillos, antes de aquel quince de junio, y se encuentra ahí con la ocasión para que esos dos mundos tan dispares — dos culturas que se ignoran: la nueva ciudadana y la ancestral del pueblecillo que muere—, se encuentren y salte la chispa en el arco voltaico. El escritor ha dado ahí sólo con la oportunidad, o, si se prefiere, con el envase, el pequeño recipiente en que escanciar aquel diminuto contenido esencial. Puede haber, es cierto, otra añadida interpretación de lo del «equilibrio»; pero ese otro lado y trazo nos los ha sabido resolver él siempre por medio de la comprensión o, mejor aún, de la ternura: si en él la hay para la naturaleza y todos sus frutos, la ha de haber inexcusablemente para todos los hombres y el contorno humano. Desde esta perspectiva manipula el empeño y proselitismo políticos, así como su misma coyuntura, trascendiendo punto seguido su nivel.

Todo lo otro ya no es sino un juego de círculos. Son, en el montaje de la novela, planos que aparecen lineales y que funcionan como concéntricos. Al igual que Delibes se escapa de la ciudad una tarde y llega a ese campo y gentes de sus predilecciones, tres militantes de un partido salen con intención de mítin hacia un pueblecito de la sierra en que se encuentran con que ya sólo quedan dos habitantes, uno de los cuales es el señor Cayo. Podemos decir que si hay poco tiempo, hay mucho paisaje; el suficiente para contribuir a la transfiguración de un personaje que llega y se lo encuentra. Para enmarcar, sólo para enmarcar, se le hace preciso tomar un rato de la tarde anterior en la sede del partido, a donde después se regresará (es curioso: en Delibes tiene una notoria función eso de «la casa», de la que se sale y a la que se regresa, a la hora de encuadrar lo que él suele denominar «la llamada del campo»). Si su maestría está en el paisaje no menos que en el lenguaje del hombre rural castellano, en esta novela juega con gran habilidad al contrapunto con el lenguaje de este otro mundo nuevo de la ciudad.

Hay una sabiduría y paz, tan rústicas como seguras, en el señor Cayo que apabulla a Víctor, el aspirante a diputado. Ha intentado ir a redimir al redentor, quien en un caso hipotético extremo habría de tener en su mano la propia supervivencia, que se lo pediría de rodillas.

Laly (una mujer) y Rafa (un muchacho) son, acompañando a Víctor, dos personajes suficientemente logrados como para completar el sabor del juego.

Miguel Delibes: «El disputado voto del señor Cayo». Destino. Barcelona.

Con un contenido notable.

EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO

Miguel Delibes

Voto a V.V.

Una sátira de nuestro tiempo

Desde que en 1947 Miguel Delibes obtuvo el Premio Nadal con *La sombra del ciprés es alargada* se ha ido ganando con firmeza el favor del público y de la crítica, siendo hoy uno de los escritores más leídos de nuestro país. Miembro de la Real Academia Española, cada libro suyo es un acontecimiento.

Ediciones Destino

El Ciervo, 335
Enero 1979

LIBROS



notas de lectura

ENRIQUE SORDO ha leído EXTRAMUROS, de Jesús Fernández Santos
EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO, de Miguel Delibes.

Indudablemente, este último libro de Fernández Santos —*Extramuros*— es, en cierto modo, una novela histórica. Pero sólo en cierto modo. No se trata, en absoluto, de un relato de los llamados “góticos”, ni siquiera de una de esas bellas, minuciosas y eruditas reconstrucciones de época, como el *Bomarzo* de Mújica Láinez o el *Yo Claudio* de Robert Graves, por ejemplo. Y menos aún de una miniatura medieval idealizada en la línea del *Narciso y Golmundo* de Hesse. Lo que busca y logra plenamente Fernández Santos es la recreación psicológica, moral y ambiental de toda la España de las postrimerías del Imperio, allá por los reinados de Felipe III o de Felipe IV, en la centuria de la decadencia política, económica y social de este país, cuando eso que se ha llamado Siglo de Oro envolvía en genialidad la miseria y la cochambre del reino.

Los escenarios principales son elocuentes: un paupérrimo convento de monjas en un lugar del yermo castellano y los alucinantes calabozos de un tribunal de la Inquisición. Al fondo: procesiones de alumbrados flagelantes, pestes y hambrunas que se extienden vertiginosamente, sequías pertinaces y letales, mesnadas que luchan contra los desesperados campesinos famélicos. El tema principal: una singular historia de amor. Entre dos monjas. Un amor humano indefinido, indeciso, casi inconsciente, cuyo ardor se confunde con la llama del amor divino. La superchería de unas falsas llagas milagrosas, la implacabilidad del Santo Oficio, frailes rijosos y relapsos, motilonas calenturientas y sanas, prioras hoscas y envidiosas, duquesitas despóticas y crueles... una formidable y patética mixtura. Una españolísima combinación de mística, erotismo inconfesado, miseria y picaresca. Y todo ello narrado en primera persona por una de las monjas protagonistas; narrado con una llaneza limpia (que a veces adquiere acentos terebianos), profundamente humana, ingenuamente joven, transida de sinceridad y de amor.

Esta vez, la prosa de Fernández Santos —siempre grave y severa— ha tenido que ceñirse a las exigencias de un discurso arcaizante, pero sin caer nunca en la tentación del “pastiche” estilístico y retórico. Es una prosa que nos comunica la melan-

colía o el patetismo, sin ser melancólica ni patética; una prosa enjuta que, sin embargo, está transida de ternura. ¡Y qué espléndida culminación la de este relato! Un final de una belleza aterradora, agobiante. ¿La mejor novela de este autor? Es probable. De cualquier forma, un libro extraordinario, para leer despaciosamente, para ser degustado párrafo a párrafo. Un libro trágico, dolorosamente encendido de amor y tremendamente asolado por pasiones y miserias, pero en el que nunca se desliza el detallismo crudo, la descripción incómoda. Un libro, en fin, que deja entrever todo el trasfondo de la sordidez de un país tan singular como éste. Y, también, tal vez, buena parte de su grandeza.

En esta admirable novela corta de Delibes que se titula —con poca precisión— *El disputado voto del señor Cayo* se podrían encontrar varias tesis: la de la confrontación entre la cultura urbana y la cultura rural, la del patético absentismo del campesino español, la de la eterna dicotomía entre masificación e individualismo, la de la latente tendencia pendular del hombre hacia la sociedad y hacia la soledad, etc. Delibes, sin embargo, no cae en la tentadora trampa de lo rousseauiano, ni entona un “beatius ille” a ultranza. El campo no es tan virgiliano, tan eglógico, tan bucólico. Delibes sabe que en los agrestes rincones castellanos anidan también el odio, la envidia, las más mezquinas pasiones. Sabe, en fin, como supo Machado, que no estuvo en estos campos el bíblico jardín. Y no obstante... En el enfrentamiento entre lo urbícola y lo agrario, triunfa —para Delibes, para mí— lo segundo: la verdad del campo.

La primera parte de esta novela es una simple presentación de tres de sus protagonistas y del ambiente que les rodea y les determina. Se desarrolla en la sede ciudadana de un partido de izquierdas, con toda la galería de tipos propia de estos lugares. Los tres personajes son: un joven y culto candidato a diputado; una bella, arriscada y dubitativa muchacha feminista, y un chico típicamente de hoy, mezcla de inge-

nuidad y de insolencia, estremecedoramente vacío de saberes, “pasota”, frívolo y de buena fe. Tres espléndidos arquetipos; pero llenos de humanidad, de autenticidad, de esa inseguridad y esa proclividad hacia la duda, hacia lo ambiguo, que subyace siempre en la condición humana.

En esta primera parte, la menos importante del libro, queda diseñada la tríada deuteragonista con perfiles y matices muy definidos. Al mismo tiempo, Delibes, con su gran acuidad para todo lo que al lenguaje popular se refiere, recrea el habla “cheli” de nuestros días, compuesta de unas cuantas expresiones comodines (“tío”, “enrolle”, “paliza”), que sirven para todo, y de recios y más clásicos tacos.

Pero en la segunda parte, válida por sí misma y que podría ser desgajada de la obra sin ningún menoscabo para ella, es donde el verdadero Delibes aparece, amagado detrás de los riscos de la montaña castellana y dentro de la figura, simbólica y realísima a la vez, del verdadero protagonista: el tío Cayo. El tío Cayo y su mujer —significativamente muda— son los únicos habitantes que quedan en Cureña, un viejo pueblo montañés en ruinas, a donde acuden los personajes antes citados en busca de votos para su partido. Cada cual a su modo, los tres jóvenes están desconcertados, conmovidos, atónitos, ante el mundo que el viejo Cayo y su dintorno les descubren. Al muchacho, despreciando cuanto ignora, le parece, sin excesiva convicción, que todo aquellos son “chorradas”. A la chica, cuya sensibilidad y buen sentido casi logran ahogar sus dogmatismos, se le despierta una inexpressada insatisfacción, un filón de oculta ternura. Y al futuro diputado se le ilumina el alma: son unas frases finales pronunciadas por éste las que dan la clave del libro. “Imagina por un momento —le dice a un dirigente del partido— que un día los dichosos americanos aciertan con una bomba como esa de neutrones, que mata pero no destruye, ¿no? Bueno, es una hipótesis: una bomba que matara a todo dios menos al señor Cayo y a mí, ¿te das cuenta? ... Pues si eso ocurriera, yo tendría que ir corriendo a Cureña, arrodillarme ante el señor Cayo y suplicarle que me diera de comer, ¿comprendes? El señor Cayo podría vivir sin Víctor, pero Víctor no podría vivir sin el señor Cayo. Entonces, ¿en virtud de qué razones le pido yo el voto a un tipo así...?” Porque “ese tío sabe darse de comer, es su amo, no hay dependencia... ¿comprendes? Esa es la vida, la vida de verdad, y no la nuestra.” “¿De veras te parece más importante recitar a Althusser que conocer las propiedades de la flor del saúco?”

Delibes, en la culminación del desconcierto esclarecedor que surge en su personaje, resume con una frase de éste toda su filosofía: “La cultura es la vida”. En este excelente relato del novelista vallisoletano transparece, limpiamente, una buena parte del ser y el estar de España. De la España intrahistórica, que diría Unamuno.

Extramuros, de JESUS FERNANDEZ SANTOS (Argos-Vergara), Barcelona, 1978.

El disputado voto del señor Cayo, de MIGUEL DELIBES (Destino), Barcelona, 1978.

Revista "Vida Nueva"

Nº 1164

Enero. 1979.

18

Delibes, siempre castellano,
ecológico, popular,
románico y campestre.



LITERATURA

Un Delibes electoral



He aquí un nuevo éxito, sin duda, del académico vallisoletano Delibes; un cuento largo o relato novelado sobre las pasadas elecciones del 76. Una jornada de propaganda electoral de Víctor Velasco (V. V.), acompañado de Rafa y Laly. Cuatro primeros capítulos de preparación, otros cuatro centrales con el señor Cayo en su pueblo abandonado e idílico, y dos finales donde se recoge el relato con la paliza que los contrarios propinan a V. V. y vuelta a casa como final. Así de sencillo... pero... Yo creo que a estas alturas de la producción literaria de Miguel Delibes, nada importará que el relato en cuestión nos parezca poco. M. Delibes tiene una obra mayor que lo acredita; y aquí mantiene, en su parte central —amor a los pueblos castellanos, defensa ecológica, cultura

popular, arte románico, vida campestre (¡el viejo Juan Jacobo)—, su mejor modo de hacer y su léxico más enjudicioso —tolmos, dujos, gárgol, alholvas, etc.— con caídas como «de súbito» o «sudeste», que él, que es académico, sabrá por qué.

Pero algo me impresiona tremendamente: La soledad del señor Cayo es en cierto modo trágica. No por el éxodo de los labradores al Norte, que ya es bastante, sino por su enemistad con «ese» vecino del que ni siquiera sabemos el nombre. Con «ese» no se habla. Pasa ante nosotros y se aleja. Nada sabemos de él. La paz idílica que llega a confundir al diputado en ciernes y hacerle sospechar que han llegado al pueblecillo para «redimir al redentor», se viene abajo ante tan terrible confrontación. ¿Cómo se puede vivir en un lugar aislado donde el único vecino existente es objeto de una enemistad que obliga al desprecio de «ese» ser humano próximo o prójimo? El viejo Juan Jacobo no pensó en ello. La Biblia sí, y asoma, como en los versos de Machado, «la sombra de Caín sobre el planeta». Definitivamente el señor Cayo no puede redimir a nadie.

Y hay otro aspecto que se le tendrá que perdonar al autor por su asidua ocupación de caza. Supongo que Delibes no habrá sido nunca un cazador furtivo; pero mucho me temo que haya invadido el coto del señor Cela y le sobre al relato toda esa carga de lenguaje escatológico tan abrumadora en la primera y última parte. Rafa principalmente, y Laly, y Dani, «ed altri tali», han hecho progresos en el uso del «diccionario secreto» de C. J. C. Alguien dirá que así habla la joven progresía. Conozco gente así, no lo discuto. Pero me pregunto qué quedará de las cincuenta y dos primeras páginas si se traducen al checo o al polaco como simple experiencia. Aquello del espejo a lo largo del camino, es, creo yo, en primer lugar «espejo», es decir, no un sucedáneo de la realidad. Aquí nos encontramos en otra realidad, la literaria, que se construye con palabras que conllevan una significación, creo, una cosmovisión en último término. Bueno, todo son opiniones, y en ese campo nos movemos.

Me pregunto finalmente en qué partido milita Víctor Velasco. Los de las cadenas y las porras que lo atacan está bastante claro. Pero Víctor Velasco podría ser, al cerrar el libro, un mártir de la causa, y algún partido se lo va a tener que agradecer al novelista. He preguntado a varios lectores y coinciden conmigo en el nombre del partido, siquiera por ex-

clusión. Pero el autor no lo nombra y basta. Recuérdese lo del «espejo».

JACINTO HERRERO ESTEBAN
El disputado voto del señor Cayo.

Miguel Delibes. Col. Ancora y Delfín, 533. Destino. Barcelona, 1978

SIETE POR SIETE

MD

¿Para qué sirve la flor del saúco?

por RAMON GARCIA



Vayan por delante mis mejores deseos de buenaventura y bienandanza para el año inaugurado hoy, lectores míos. No es un cumplido, claro que no, a pesar de que la fórmula suene a lugar común. ¿Sabemos, acaso, hablar sin tópicos?, pregunto. Mi primer artículo de este año de gracia va a versar, precisamente, sobre la malasombra y lepra de los tópicos, fórmulas, estribillos, latiguillos, subterfugios, galimatías, recursos y vaciedades que empleamos al comunicarnos los unos con los otros, que es tanto como no comunicarnos.

¡Se ha escrito tanto sobre la Incomunicación humana, sobre la inutilidad del lenguaje! Quizá lo último y tremendamente revelador sobre el tema haya salido de la puma de gallina de corral de Miguel Delibes, que acaba de tener —por si alguien no se ha enterado— su último libro. Valladolid debería haber festejado ya tal alumbramiento o paternidad, como quieran llamarlo, pero Valladolid es un papel secante que absorbe las efemérides de los suyos con la mayor indiferencia.

“El disputado voto del señor Cayo” es una novela regocijante y sería como un fiscal con cistitis. Ambas cosas a la vez. Se lo pasa uno de cine leyéndola —porque Delibes escribe con la santísima libertad de los hijos de Dios, o de Cervantes, que tanto da—, y a la vez hace pensar que vaya Babel en la que andamos metidos con esto de la política y de la vida, cada una por su lado.

El señor Cayo, en un punto, mira fijo a los ojos de los políticos recién venidos de la ciudad, y suelta la reflexión definitiva:

—Me parece que aquí no vamos a entendernos.

Y no, no se entienden. El lenguaje sofisticado y huero de la urbe, la jerga política al uso en mítines y panfletos, resbala, raspa tangencialmente el diapason vital del hombre

de campo, y ocurre que éste no sintoniza la onda, no sigue la cuerda, no le importa un rábano lo que vienen a predicarle los políticos de uno u otro color, que tanto da porque todos cacarean al mismo son y al mismo ton.

Pero aquí me salta a mí la pregunta clave y urgente: ¿Es don Cayo quien no entiende a los políticos cortesanos, o son éstos quienes no sintonizan la filosofía pragmática, fundamental y lisa del campesino?

Pienso que es importante responder a esta cuestión, porque en ella está, a mi entender, todo el hondo contenido de la novela de Delibes, y donde, descarnadamente, nos jugamos la baza de la validez o nulidad del proceso dialéctico en el que nos hallamos inmersos.

¿Quién no entiende a quién? De entrada, pienso que nadie a nadie. El lenguaje está roto, enajenado, el verbo está vacío. Todo él. “Siento esta noche heridas de muerte las palabras”, dice Alberti. Y César Vallejo, siempre radical, se lamenta de que el lenguaje “sufrir de una aguda e incurable consunción social. La palabra ha perdido toda su esencia y atributos colectivos”.

Ni don Cayo entiende a Víctor, ni Víctor a don Cayo. Así es.

Pero ahora viene el nudo de la cuestión: ¿qué consecuencias trae, para uno y otro protagonista, la incomunicabilidad con su interlocutor? En otras palabras: ¿a quién le duele, a quién le importa esta incapacidad de entenderse? A don Cayo no, por supuesto. Don Cayo no entiende ni a Víctor ni a Rafa, no alcanza el sentido del mensaje político que vienen a traerle, pero lo cierto es que tampoco le importa lo más mínimo; aquella jerga, demagogia o filosofía le trae absolutamente sin cuidado. ¿Y por qué? Porque no la necesita, ni más ni menos. Su ámbito humano y vital es-

tará por encima o por debajo del que le proponen, no lo sé, pero lo cierto es que es autosuficiente, se basta a sí mismo.

No ocurre otro tanto con el político ciudadano. Víctor se da cuenta, de pronto, de algo tremendo. Y lo suelta al final del libro, en esa lúcida borrachera que infunde a su lenguaje más contenido que nunca: “El seyor Cayo —dice— podría vivir sin Víctor, pero Víctor no podría vivir sin el señor Cayo”. Y la razón es muy sencilla. El protagonista ciudadano la suelta en forma de una desconcertante pregunta al líder de su partido: “¿Sabes tú, Dani, por cacualidad, para qu sirve la flor del saúco?”.

No, no lo sabe. Ellos, llegados al pueblo llenos de palabras, de fórmulas taumaturgicas para resolver la abyecta situación social del proletariado campesino, no saben para qué sirve la flor del saúco, ni que las malvas son buenas para aligerar el vientre.

Nada hay más dramático ni más imperdonable que el fraude a la vida misma. Cuando una política o una ideología se percatan de que el hombre sólo cuenta como militante o como votante, digo yo que será como para pegarse un tiro.

Víctor opta por emborracharse, que también es buena fórmula para asumir incongruencias y paradojas sarcásticas. “¡Hemos ido a redimir al redentor!”, grita con la elocuencia lapidaria que dicta el alcohol. El redentor es don Cayo, el hombre, solitario y autosuficiente, insolidario incluso. Lo sabe todo de la vida, y lo desconoce todo de la dialéctica que sólo sirve para argumentar, pero no para el calor y el frío.

Ya no es el lenguaje sólo el que distancia al hombre rural —al hombre a secas—, de la tramoya político-social orquestada desde donde sea. Es la propia consustancialidad de las posturas vitales de Víctor y de don Cayo.

Y esto es como para ponerse a uno los pelos de punta, digo yo. Bueno, lo dice Delibes, que del mítico y desgajado hombre del campo lo sabe todo. Todo.



La inquietante lectura MD

DURANTE unos días, abandonando otros menestres literarios que dejo para más adelante, me he dedicado con una especial entrega a la lectura. No han podido ser muchos los libros elegidos. Voy a divagar un poco sobre los últimos que me han acompañado de noche. Sin grandes pretensiones de crítico; sino como un amigo de la lectura que nunca dejó la intemperie. Y así me encuentro con EL PAIS DE LOS LOSADAS, novela, relato original del poeta Antonio Pereira, quien, para descansar del verso, penetra en la prosa con una grandeza repleta de matices, de observaciones. Las freses de la novela se nos introducen en la mente con vértigo. El libro es nuevo, como un traje nuevo; atrevido, como tantos atuendos del alma; pero muy interesante y desordenado. Elimino el argumento y me quedo con la prosa bella, con los rincones de la intimidad, con las divergencias de los corazones, con la intriga. Una buena novela la de Antonio Pereira que eleva considerablemente el tono de la amenidad y el de la sorpresa.

LA profundidad de un estudio esmerado se refleja con la máxima sabiduría en el libro ALDOUS HUXLEY, original de Doireann MacDermott, esposa de Ramón Carnicer. Es un ensayo maravilloso para quienes deseen conocer la personalidad y la obra de este excepcional autor, quien «se hace impopular por mantenerse firme en su postura contraria a toda violencia. «No creo que nadie haya llegado tan lejos en el examen de los matices literarios que la profesora, en consonancia con la personalidad divergente de Huxley, nos ofrece con una riqueza excepcional de

detalles. Parece que la escritora ha vivido al lado del corazón del escritor, de su narrativa, de sus inclemencias, de su intransigente sentir. Casi todo lo que fue Huxley se estremece en este libro. No se trata solamente de la vida de un hombre acosado por las más diversas circunstancias humanas. Es también el alma que luchó y venció, que convenció a la Humanidad. La prosa es excelente y, dentro de ella y con ella, renace el estilo de quien dejó sobre la tierra infinidad de alegorías, de esencias inquietantes, de labores de artesanía estética. La autora eleva a la categoría de acontecimiento todo aquello que, tal vez, Huxley, no pretendió que fuese nada más que el suspiro alucinante de un pasar, de un estar, de un morir.

UN comisario se enfrenta con los problemas de todo comisario en los relatos de Esteban Padrós de Palacio. VELATORIO PARA VIVOS. Son siete problemas, tan policiales como humanos, tan intrigantes como divertidos, tan irónicos como absorbentes. Quien coja en sus manos este libro no se separará de él hasta el final, hasta que lea esta frase: «Los faros del coche delataron unos minúsculos copos de nieve serenos y puros como una dicha infantil. «Porque Padrós de Palacio, muy culto e inteligente, tiene la virtud de saber llevar de la mano con una habilidad emotiva a quienes lleguen a sus literaturas. En todos estos relatos el escritor se produce con sensible deleitación. Hay en ellos lucha e inquietud nada ofensiva. EL VELATORIO PARA VIVOS es un proeza literaria que, en algunos momentos, alcanza una sencillez muy difícil

de superar en esta clase de aventuras. Padrós de Palacio está sumamente documentado. Es en cierto modo un malabarista de la narrativa.

EN este espacio de mi inquietante lectura, en el que no he dejado de releer, lo más reciente ha sido el libro —¿novela?— de Miguel Delibes EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO. Lo que dice Cayo, el alcalde de un pueblo dormido, goza de un gran valor expresivo y coloquial. Algunas frases de Cayo son incomparables, sabias, terrenas, porque están impregnadas de la tierra en que vive. No quiere el hombre más, quiere que le dejen en paz. Lo otro, lo que dicen los otros, gente de un partido político, es una sucesión de palabrotas, de brutalidades dialécticas —antiacadémicas, desde luego— que no sólo cansan, sino que hieren la sensibilidad de cualquiera. El lenguaje, casi constante, de la obra no es únicamente crudo, es despiadadamente chabacano y de mal gusto, incomprensible. El libro termina sin el menor interés. Una especie de golletazo. Si la literatura es la exteriorización de la estética, este libro de Delibes es todo lo contrario. Insisto, se salva la bondad de Cayo. Lo otro es un trallazo de palabras malsonantes, sucias. No lo comprendo, admirado Miguel. Y hay que ver lo que sabes para escribir cien libros de belleza, de íntimas realidades, de amor; de verdadera literatura... La literatura, la novela, es otra cosa. Nunca, esta osadía. Esta ligereza. Desde mi intransigente punto de vista, se entiende. Respeto el de los demás.

JOSE LUIS MARTIN
ABRIL

"Balcón"
Palma 3-1-79

MD

24

LOCAL

LOS CUADERNILLOS

Por JUAN BONET



El último Miguel Delibes

HE acompañado esta pausa de las fiestas, pequeña vacación que le regalan a uno, con el «último» Miguel Delibes. Es una novela que, en apariencia, es una sátira sobre las elecciones, una sátira llena de bonhomía y gracia. En apariencia. Por dentro y de verdad corre un libro y una soflama por la concordia. Más aun yo diría que es el libro de la concordia y de la cordura. Lo que pide Miguel Delibes, en esta narración titulada «El disputado voto del señor Cayo», es que no seamos estúpidos, que nos enfrentemos con la verdadera realidad y, sobre todo, que no seamos vesánicos, que no continuemos tirando piedras contra nuestro tejado...

Un grupo de gente dedicada a la política patea una provincia, hasta lo más recónditos, pidiendo los votos de las buenas gentes de pueblos que están desapareciendo del mapa. Las buenas gentes de pueblos que el mocerío abandonó, buscando trabajo en las grandes urbes. Y del encuentro entre los propagandistas de «un mundo mejor» y los viejos de los pueblos abandonados, nace un contraste de un enorme cargamento cómico y también dramático. El «mundo mejor» que algunas pobres gentes supieron hacerse con sus manos y ese mundo de papel y palabras que predica la política.

El libro acaba en punta. Es el encontronazo entre los propagandistas, es decir, lo de siempre. Que los que representan la «nueva» cultura, la que viene a sustituir a la vieja cultura de esos pueblos que se van, como tragados por el progreso, resultan ser unos bárbaros con muchísimas cosas por aprender, bárbaros que necesitan, a su vez, lecciones de humanidad.

Miguel Delibes, con esta hermosa y cómica narración (ya se ha señalado, tragicómica) pone el dedo en la llaga de uno de los males más evidentes de nuestra época: su pedantería, su creer, que lo sabe y lo puede todo, cuando, realmente, un viejo de pueblo, que «hace» la vida con sus manos, está en posesión de verdades eternas, de verdades sencillas y de tan sencillas, olvidadas.

«El disputado voto del señor Cayo», el último libro de Delibes, te hace un bien inmediato, te penetra y te convence. Y su escritura es directa, graciosa y profunda.

«El disputado voto del señor Cayo», por Miguel Delibes, editorial Destino, 1978

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

ya

22

4-I-1979

Apuntes

MD

El señor Cayo

QUIZA habría que hacer una edición especial de la última novela de Miguel Delibes y repartirla entre los políticos y quienes doctrinan sobre política. En la solapa de la edición de "El disputado voto del señor Cayo" se dice que en ella Delibes aborda el tema del abandono del campo. Me permito discrepar, o al menos sugiero una matización. El verdadero tema de la novela—en el que se manifiesta, una vez más, el dominio que el autor tiene del lenguaje coloquial y el conocimiento de la psicología humana—es la ignorancia que la ciudad tiene del campo, fruto o causa—cualquiera sabe—de ese abandono. Basta que un candidato salga una tarde de su ambiente para que se encuentre en un mundo distinto.

Víctor, el candidato, ha llegado a un pueblo en el que viven dos únicas familias, que, encima, están reñidas, no se hablan (he aquí otro símbolo). Quiere ganarse "el disputado voto del señor Cayo", y casi de sopetón le dice:

—... lo primero que debemos decirle es que estas elecciones, las del día quince, son fundamentales para el país.

—Ya—dijo lacónicamente el viejo.

—O sea, que es una oportunidad, casi le diría "la" oportunidad, y si la de esa provechamos, nos hundimos para siempre.

El rostro del viejo se ensombreció. Parpadeó por dos veces. Se tomó un poco de tiempo antes de preguntar:

—¿Y dónde vamos a hundirnos, si no es mala pregunta?"

PORQUE resulta que el señor Cayo no tiene peligro de hundimiento; porque resulta que el señor Cayo tiene otros problemas—el tiempo, las cosechas, los hijos lejanos—que no tienen nada que ver con los problemas ni con el lenguaje de Víctor, el candidato a diputado...

Pero lo más grave, lo que no dice Delibes, pero obliga a pensarlo, es que España—la España de los pueblos, la España que está un poco más allá de los clubs políticos, de las sedes de los partidos—está llena de señores Cayos, a quienes suena "distinto" el lenguaje doctrinario que les llega cuando ellos están esperando que llueva o deje de llover, cuando tienen el problema de su trabajo, de su familia o de su país entendido de otra manera.

Ciertamente, en la soledad trágica del señor Cayo, Delibes ha buscado una situación límite, necesaria para el dramatismo del relato y que le ha servido para crear un tipo inolvidable. Pero hay otras muchas situaciones no tan extremas, pero parecidas, en las que la soledad y el odio—porque el señor Cayo "odia como nosotros", según dice Víctor—no se remedian con promesas genéricas. Y, en cambio, se puede perder la paz.

A.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

**ESCRIBE:
JOSEFINA
CARABIAS**



«El señor Cayo»

El señor Cayo lleva, como muchos viejos de nuestras aldeas, un nombre de origen romano, que recuerda a los mártires del cristianismo.

El señor Cayo es uno de los dos vecinos que quedan en un pueblo donde llegaron a juntarse hasta cuarenta y cinco—que, con sus familias, sumarían fácil las trescientas almas—en las épocas en que a los jóvenes no se les ofrecían posibilidades migratorias.

El señor Cayo no sabe lo que es la marea negra, ni la bomba de neutrones, ni la explosión demográfica, ni las opciones políticas. En cambio sabe que las abejas enjambradas no pican. Conoce las hierbas que curan el mal de ijada y las que son buenas para el reuma. Sabe hacer queso y amasar pan, ordeñar, sembrar y cuidar hortalizas. Claro que su ciencia no llega a la del Paulino—el que se ahorcó con la gorra puesta—, que conocía, solamente mirando los huevos al trasluz, si lo que tenía dentro la galladura era un pollo o una pollita.

* * *

Se ignora si el señor Cayo votó en las elecciones del 15 de junio de 1977, aunque se lo preguntaron unos jóvenes que fueron por allí haciendo propaganda unos días antes.

—Mire: si no está malo el tiempo, lo mismo me llevo a Refico, que es donde siempre hemos ido a votar todo el personal de aquí, del monte.

Dado que el voto del señor Cayo depende en mucho de la meteorología, se supone que figuró entre los que se abstuvieron el 6 de diciembre. Nadie sabe tampoco si aprovechará la ocasión de votar que se le presentará de nuevo el día 1 de marzo y que se repetirá el 6 de abril.

Es probable que para el señor Cayo resulte más bien enigmático que después de haber pasado tantos años sin votar, o votando, de tarde en tarde, “sí” o “no” (el señor Cayo prefiere el “sí”, porque dice que “para qué andar ya con rencores”), ahora nos pasemos la vida votando. Como él tiene ochenta y dos años, seguramente se acuerda de que cuando subían por allí a pedir el voto los liberales y los conservadores y después los republicanos, era cada dos o tres años y no cinco veces en poco más de dos años.

* * *

Así le saldrán las cuentas al señor Cayo cuando comente la actualidad política con el Manolo, que baja con la furgoneta de los refrescos el día 15 de cada mes, si no cae en domingo. Cuando ve al señor Cayo en el cruce de los caminos, se para a echar con él un rato de palique. Gracias a esa charleta mensual con el Manolo, el señor Cayo se entera de lo que pasa en los contornos y aun más lejos.

Claro está que se entera con algún retraso. Por ejemplo, de la muerte de Franco no se enteró el señor Cayo hasta el día 15 de diciembre de 1975. El Manolo había pasado el 15 de noviembre, cuando todavía vivía.

—¿Y qué pensó usted?—le preguntó uno de los jóvenes que habían ido a pedirle el voto.

—Pues que ya le habrían dado tierra.

Sin el paso de la furgoneta y la charla con el Manolo, el señor Cayo se pasaría meses o tal vez años sin oír una voz humana. Su mujer es muda de nacimiento y con el otro vecino que queda en el pueblo está enemistado.

—Aquí, contra menos somos, peor avenidos estamos. Ya ve: somos dos y todavía sobra uno.

* * *

El señor Cayo es un personaje de ficción. Miguel Delibes lo saca como figura central de su última novela, “El disputado voto del señor Cayo”.

Pero ¿es realmente una invención del novelista ese personaje, que nos fascina; ese tipo humano, cuyo lenguaje es mil veces más rico y, sin duda, más correcto, dentro de su llaneza ejemplar y expresiva, que el de los jóvenes universitarios que van a pedirle el voto y que acaban no pidiéndole nada, profundamente impresionados y hasta confusos?

Más bien pienso que es el trato con los ya escasos ejemplares de “señores Cayos” que aún quedan diseminados por los pueblos vacíos de la España vieja lo que ha hecho de Miguel Delibes algo más que un novelista excepcionalmente bueno: un maravilloso definidor—sin definiciones, ni conclusiones, ni moralejas—de una época plagada de contrastes y paradojas.

Con el aire modesto de quien no pretende hacer nada más que una novela corta, un ligero y ameno boceto del ambiente electoral de junio de 1977, Miguel Delibes nos ha trazado un retrato magistral de los dos mundos que aún viven sobre este país, ignorándose el uno al otro. El de los jóvenes tan monótonamente mal hablados, aunque bien intencionados, y el de una especie “a extinguir” que les deja de una pieza cuando la descubren. La especie de los señores Cayos, que, viviendo trabajosa y duramente de un cachito de huerto, responde cuando le hablan de “la opción de los pobres”,

—Pero yo no soy pobre...

Y cuando le dicen que si realmente siente que no necesita nada, reacciona ya con más viveza:

—¡Hombre!... Como necesitar..., mire: que pare de llover y apriete ya la calor.

(En junio no es bueno que llueva y que haga frío ni para los animales, ni para los frutos, ni para las personas.)

* * *

La deliciosa novela de Miguel Delibes será documento inapreciable cuando los “señores Cayos” que aún quedan vayan “cerrando el ojo” y sus descendientes vengán de Francfort, de Lieja, de Barcelona, de Bilbao a “darles tierra”, para regresar en seguida en sus coches, soltando dos tacos—siempre los mismos—cada tres palabras, como los señoritos y las chicas con títulos y saberes, que se impresionan tanto al descubrir estos ejemplares humanos, de los que no tenían ni idea.

Una pregunta a...**MIGUEL
DELIBES**

«La pérdida de la cultura hablada, lo más lamentable del éxodo rural»

Miguel Delibes (Valladolid, 1920), escritor, académico de la Española, acaba de publicar una novela: «El disputado voto del señor Cayo», en la que sitúa, como telón de fondo, la soledad y el abandono de Castilla, constante en la obra de este novelista. De la influencia que en la cultura del país está teniendo el éxodo, la desertización, nos dice el escritor: «Pienso que lo más importante de este éxodo rural es la pérdida de la cultura hablada. Hoy día esta parla campesina, que yo uso en mis novelas, se ha refugiado en los viejos que van quedando en los pueblos. Las generaciones jóvenes, incluidos los niños, hablan de otra manera completamente distinta, puesto que los medios de comunicación han cambiado, por completo, la manera de hablar de nuestras gentes, que era no sólo rica, sino también de una gran precisión ¿La filosofía del castellano? El castellano ha tenido una paciencia secular... Si las cosas que se han hecho en Castilla, a través de estos últimos cincuenta años, se hubieran realizado de un solo golpe, hoy existiría en Castilla una conciencia regional y, que, en la actualidad creo que no existe, que nos la estamos inventando, y tratamos de crearla a través de actos como los de Villalar. El castellano se siente en su mayor parte español; no creo que se sienta específicamente castellano.» — PEREZ MATEOS.

"El Manuel"
Madrid 4-1-79

MD

25

El tiempo

cultura

LIBROS

«El disputado voto del señor Cayo»

de Miguel Delibes



MIGUEL Delibes es escritor de temas actuales, comentarista de situaciones en las que el hombre común es siempre principal protagonista, analizando el medio rural y sus implicaciones sociales, dando fe de la diáspora de sus habitantes hacia la ciudad y trascendiendo por vía poética las circunstancias que significan lo cotidiano, lo de cada mañana con lo que tiene de esencial los hechos que configuran el paso de los días.

La última novela del escritor vallisoletano hace uso de un doble juego lingüístico, actual y falto de vocabulario, el de los sabios militantes que buscan el voto del pueblerino, y pleno de conocimientos y sensibilidad el castellano que sale de los labios del señor Cayo que, además, añade en cada uno de sus parlamentos el cántico real de la naturaleza, llevando a cabo una labor docente sin proponérselo. De este modo, la novela se consume conservando a lo largo de ella un sabor a tierra húmeda, a calor de hogar y a verdadera comunicación, pero solamente en los instantes necesarios, porque, además, el señor Cayo habla con su mujer sin pronunciar palabra desde hace medio siglo; ella es muda, y pese a accionar torpemente para dar rienda suelta a sus necesidades comunicativas, siempre se han entendido,

de lo cual podemos colegir qué violenta enfermedad es la palabra cuando la insensatez y el desconocimiento nos hacen utilizar siempre un número determinado y cuando el parloteo se convierte en una fruición sin sentido.

La obra está ambientada en los días que precedieron a las elecciones generales del 15 de junio de 1977, y, para ser más exactos, se centra en la campaña que realiza un grupo nominado como el Partido, con mayúscula, aunque tal grupo resulta fácilmente identificable con el PSOE, porque el más importante de sus lemas es «El Partido es libertad», y por ende resulta ser la única formación que no se cita con sus siglas a lo largo de toda la narración.

«El disputado voto del señor Cayo» es la confrontación de dos culturas: la rural, prácticamente desa-

parecida pero que todavía permanece debido a que lo auténtico nunca muere totalmente, y la cultura impuesta por la estructura dominante que llega a los pueblos para conseguir los votos de los campesinos, y al mismo tiempo con el inconfesable propósito de mutar sus convicciones tan indestructibles como la propia tierra.

Delibes patentiza el aislamiento y la emigración como sepulcros en los que la cultura popular finaliza y sitúa estos villorrios en los confines de las provincias castellanas más norteñas aunque lejanas de lo que entendemos por civilización.

El señor Cayo es un hombre que no espera, que no entiende su mundo lejos de los gorjeos de los pájaros y de la silente soledad que trae la reflexión y conlleva el acto creativo a través del cual el novelista le da vida y se unce de un modo rotundo al fundamento incipiente de su filosofía existencial. Al personaje delibiano le importa un bledo la fecha exacta de la muerte de Franco, ignora el valor cívico que se le debe dar al ejercicio del voto y tampoco sabe si se ha inau-

gurado la época dorada de la libertad.

En el fondo de su ser el señor Cayo se siente dueño de todos sus actos, y por eso enfatiza en la defensa de su vida contemplativa cuando los elementos no le permiten una participación activa en los acontecimientos y la memoria recoge todos sus pensamientos en un determinismo lúdico y elemental que podríamos encontrar en el antiguo «Deja que la vida pase por ti; ella siempre tiene razón».

«El disputado voto del señor Cayo» es un libro de fácil lectura, en el que el tono de la voz de los protagonistas alcanza todos los registros, mientras el académico traza con pasión, al describirle, la línea de fusión en la que el señor Cayo y una parte importante de sí mismo confluyen.

Excepcional novela de Delibes, más por la forma de tratar la materia narrativa que por esta misma. Recomendada a todos los hombres de ancho espíritu.

(Editorial Destino. Barcelona, 1978.)

MIGUEL
CARLOS
GARCIA-OSUNA

"El disputado voto del señor Cayo", de Miguel Delibes



Ya

4-1-79

«EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO», por Miguel Delibes. Ediciones Destino. Barcelona.

CUANDO el año se acaba y están convocadas elecciones generales y municipales me echo a los ojos el último, recién salido, libro de Miguel Delibes, que sigue en la brecha, en su ya largo magisterio, y como siempre, no defrauda. Nacido del realismo se ha mantenido contra viento y marea, entre tanta experimentación—que es buena y necesaria, pero, con demasiada frecuencia, encubridora de ineptitud—, aunque sin renunciar a la búsqueda de nuevos caminos que ha transitado con prudencia y acierto y, desde luego, sin ningún género de exageración, ya que la exageración es algo así como lo anti-Delibes.

Estamos—y lo decimos sin desmesurar—ante un clásico de nuestros días, vivo por fortuna y no viejo. Esta novela, "El disputado voto del señor Cayo", es un ejemplo de que decimos verdad. Escribe poniendo una palabra detrás de otra y sobre algo que interesa hoy e interesará mañana y pasado y el otro. Queremos decir que cuenta con palabras lo que pasa a unos hombres, al hombre.

Cuenta, narra de una forma lineal, sin florituras—que no despreciamos ni mucho menos cuando vienen al caso; sólo que aquí no vienen—ni mezclas de tiempos. Los hechos, unos a continuación de otros, cronológicamente,

con fluidez, como agua que mana de la fuente, sin forzar nada las transiciones.

Utiliza palabras. Todas las necesarias—ni una más—y con propiedad—cualidad tan infrecuente en estos días—y riqueza, abundancia. Nos compensa así de tanta funcionalidad pobre, raquítica y de tanto enclenque vocabulario escasísimo en vocablos.

Se ocupa el libro de lo que le pasa a los hombres, hoy, en esta España electorera, con unos seres urbanos—de ciudad—y políticos que hablan—con un lenguaje más bien grosero y vacío—de algo que les resulta ajeno, en general, a los seres rurales, poseedores de un lenguaje humano.

Y se ocupa del hombre, del choque—mejor, divorcio—de una cultura campesina, dominadora de la naturaleza, al menos por la palabra, que ya es dominio importante y previo a otros, y otra cultura—¿cultura en ciernes, quizá?—hueca, epidérmica, que no dispone ni de palabras ciertas, unívocas, con sentido claro, y que quiere redimir a los otros, con inconsciente desfachatez interesada.

Y como es una historia de seres humanos, perfectamente dibujados, por estas páginas campean el humor, la ternura, la desesperanza, la ironía, el amor, la socarronería, la vaciedad, la desilusión, el afán de medro y todo lo humano.

Una excelente novela de un excelente narrador.

Manuel GÓMEZ ORTIZ

YA, 6-1-79

MD

27

CADA SEMANA UN NOMBRE

MIGUEL DELIBES

NO es sólo un gran escritor sino un hombre respetado y querido por todos los que le conocen: sencillo, auténtico, honesto, fiel a una trayectoria humana y literaria. Por eso, una nueva novela suya es siempre un acontecimiento. Más aún cuando incide sobre un tema tan actual y tan nuestro como el de "El disputado voto del señor Cayo", que acaba de aparecer.

Estamos en Castilla, en vísperas de las pasadas elecciones: unos políticos llegan a hacer propaganda electoral a un pueblo y conocen al señor Cayo, uno de los dos únicos vecinos. Se enfrentan dos concepciones del mundo, dos lenguajes (ahí brilla especialmente la calidad del escritor), una cultura moribunda y otra que va arrasándolo todo.

Por supuesto, el tema de una obra es sólo el punto de partida para el talento del escritor. Pero, de cara a un amplio número de lectores, no cabe duda de que la obra posee mayor interés si se ocupa—como ésta—de cuestiones que nos tocan tan de cerca.

DELIBES mira a su tierra con poco optimismo: los políticos sólo dan palabras; ni ellos mismos creen en sus discursos, "la parida de costumbre". No saben apreciar el paso del tiempo, el valor de la tierra; no saben comprender que en la naturaleza "todo lo que está, sirve. Para eso está". Pero el pueblo tampoco es un idilio: los dos únicos vecinos que quedan no se hablan y uno de ellos—la violencia, el odio his-



pano—le echa veneno al gato del otro.

Incluso los que no compartan del todo su "alabanza de la aldea" deberán reflexionar con preocupación ante el diagnóstico de muchos aspectos de nuestra naciente democracia que hace Delibes. Y lo hace como siempre ha escrito: sin énfasis, con una sencillez y maestría que convence.

Al fondo asoma claramente, a veces, la voz de Miguel Delibes: cuando defiende, por ejemplo, una vida menos ambiciosa, la del que "opta por servir desde un puesto modesto". O cuando afirma, tajante, por boca de un personaje: "El cine o la literatura que no exploran el corazón humano no me interesan". Y este libro sí interesa, desde luego.

Andrés AMOROS



FRANCISCO UMBRAL

Bueno, pues vamos a hacer un artículo fascista y reaccionario. Castilla, sí, Castilla, que está ahí, madre madrastra, fantasma y estameña, en **Miguel Delibes** y el disputado voto del señor Cayo, en la denuncia nacional-catalanista de **Federico Jiménez Losantos**, rehusada por la acracia exquisita y ramblera de *El Viejo Topo*, acracia dentro de un nacionalismo, dentro de un catalanismo, dentro de un patriotismo, o sea, dentro de un fascismo, porque toda idea de patria es una idea beligerante, como dije hace muchos años en el Ateneo de Madrid, en vida del difunto, con el busto de **Franco** a mi espalda.

Castilla, sí, la otra Castilla, la Nueva, que es la vieja, en la pintura de **Antoñito López**, una Castilla atónita y de primera comunión, que si el pintor no pintase como pinta, habría tenido que irse a Pueblo Nuevo, en Barcelona, a manufacturar nylon y aprender catalán por liberal decreto de **Tarradellas**, el presidente que volvió de la nada. **Dionisio Ridruejo** escribió una *Guía de Castilla la Vieja*, enfermo y cansado, guía mal pagada por los editores catalanes, porque la industria del papel impreso no daba para más, con lo que el gran escritor y frustrado Doncel castellano de Sigüenza se convertía en un charnego, emigrante o inmigrante a jornal, traductor de **Plá** con amor y desesperación, y otro **Ridruejo** (familia soriana de infinitos primos, como todas las familias de Castilla), ha muerto recientemente hablándome de la desertización de España, que él refería, claro, a la

DIARIO DE UN SNOB

Castilla

desertización de Castilla, que hace ya muchos siglos que pasó, de rama en rama, la ardilla heráldica que recorría Castilla alegre por las copas de los árboles. Fue casi lo último que dijo y me dijo aquel **Ridruejo**:

—La desertización, **Paco**, escribe algo de la desertización.

Y qué razón tenía. Mi querido amigo y maestro **Paco Yndurain** se quita el guante marrón para darme la mano en la mañana fina y fría de enero, cuando vuelvo de comprar el pan:

—¿Has pensado en el vasquismo de **Baroja**, **Paco**? Los buenos siempre son los vascos, en sus libros, y los malos son ya los riojanos o de por ahí.

Luego me cuenta algo más grave, el sabio:

—En una parte de Vasconia han quemado todos los pinos porque dicen que no es paisaje vasco, el pino, que es paisaje castellano.

O sea que no sólo los guardias, los generales, los capitanes de los Tercios de Flandes, sino también los pinos, sus propios pinos se los llevan por delante, no sé quiénes, en un fanatismo arboricida, en un arboricidio de hombres y generales.

Escribo esta crónica fascista, castellanista, imperialista, a la luz de un quinqué, como los románticos, porque estoy en un pueblo de Madrid y nos hemos quedado sin electricidad, que las reservas son pocas, que Castilla está exhausta, la imperial Castilla, la patriotertera Castilla, la habladora Castilla, que lleva

siglos muda, como la vieja de **Miguel Delibes**, y que ha olvidado —quizá para siempre— la idea de patria, porque la patria es una arboleda perdida —¿verdad, **Rafael**, andaluz español?— o es el caballo de **Pavía** o el caballo de **Franco**, y en Castilla no quedan arboledas ni caballos, en la desertizada Castilla de los **Ridruejo**, que hoy toda la periferia, grotescamente, ve como un emporio despótico y sangriento, como un **Calígula** con boina.

Franco era un cachondeo porque tenía una idea de patria, una idea nacionalista, racista y retro. Estábamos de acuerdo con vosotros, tíos, pero ahora resulta que el racismo castellano, que jamás existió (y no sé si en la mente lacónica de **Franco**) ha emigrado a la periferia y todos los multipequeños racismos nos amenazan con sus venganzas y sus lenguas de fuego fatuo.

A ver si os aclaráis, chelis.

Castilla, sí, Castilla, que hizo su imperio con la misma sangre que se hacen todos los odiosos imperios, pero que hoy es un teso desolado y un pendón que pasea a veces, por sus avenidas interiores, el lúcido **César Alonso de los Ríos**, judeocastellanomarxista de Carrión de los Condes, provincia de Palencia, Tierra de Campos, campos de tierra, como ya vio don **Antonio Machado**, tierra de panllevar que se lo han llevado lejos, al castellano, y tiene que ir a ganarlo a Altos Hornos, a Sabadell o a Suiza, donde **Eduardo Roldán**, obrero castellano y pintor absoluto, se partió la columna vertebral cargando y descargando cerveza. Castilla, sí, Castilla, pobre Castilla. Castilla, tíos, y qué.

LIBURUAK

Delibes, nostalgia de un mundo perdido



"El disputado voto del señor Cayo"
Miguel Delibes
Ediciones "Destino"
Barcelona 1978

Miguel Delibes, periodista y escritor vallisoletano, académico de la lengua, cazador y pescador empedernido, ganó el Nadal de 1947 con "La sombra del ciprés es alargada".

Desde entonces publica con frecuencia ininterrumpida sus libros en Destino. Un total de 21 obras, en su mayoría novelas, tienen en la colección "Ancora y Delfín" de la citada editorial. Las obras de Miguel Delibes nunca han sido sorprendentes ni han conmovido el mundo literario ni han supuesto investigaciones o experimentos. Pero han tenido siempre un sello de calidad indiscutible.

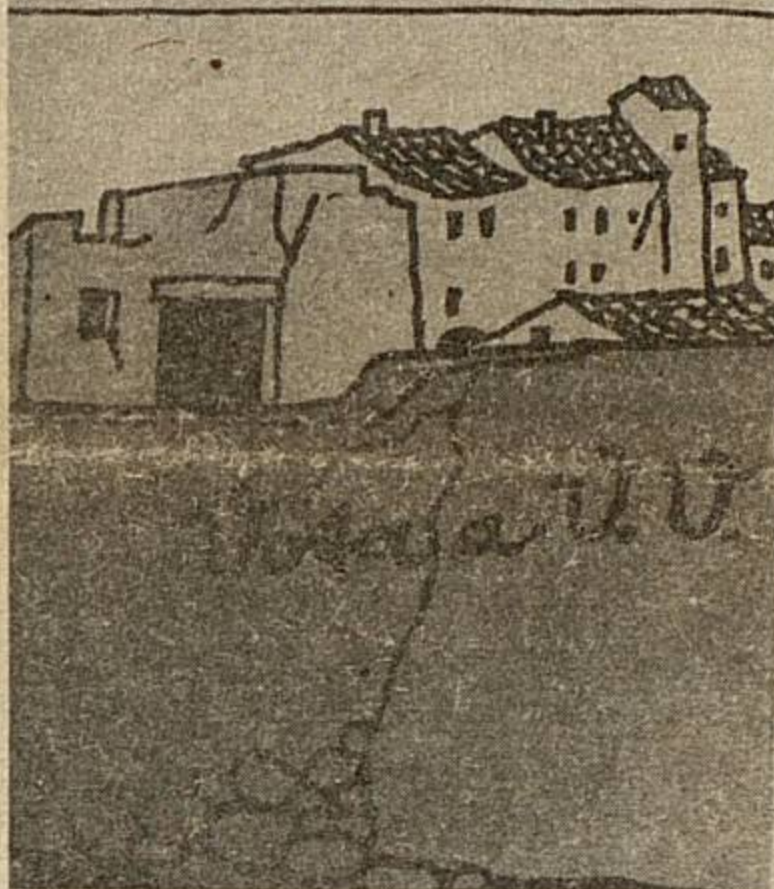
También han sido con frecuencia utilizadas para guiones cinematográficos o televisivos. "Cinco horas con Mario" y "El príncipe destronado" son dos ejemplos. Por otra parte su afición a la caza y a la pesca siempre ha estado presente en sus libros, cada vez más, siendo los dos últimos títulos publicados obras de este tema: "Aventuras y desventuras de un cazador a rabo" y "Mis amigas las truchas".

"El disputado voto del señor Cayo" vuelve, con obsesión, sobre el tema del abandono del campo, de los hombres casi solitarios que viven en los pueblos medio abandonados y son los últimos poseedores de una cultura diferente a la nuestra. La narración se sitúa exactamente el 11 de junio de 1977, cuatro días antes de las elecciones generales, y cuenta la visita de los candidatos de un partido (probablemente el PSOE) a un pequeño pueblo de una provincia castellana donde viven dos vecinos que no se hablan, del contacto con el alcalde, el señor Cayo, surgen en los personajes unas reacciones y unas reflexiones que constituyen la manifestación del problema que a Delibes le interesa plantear y ante el cual tiene todavía sus dudas. La verdad es que el campo se ha ido despoblando progresivamente, que hay muchos pueblos abandonados y en otros no quedan más que cuatro viejos, y con ellos está muriendo una cultura sin que se haga nada por salvarla. "El señor Cayo podría vivir sin Víctor, pero Víctor no podría vivir sin el señor Cayo. Entonces, ¿en virtud de qué razones pido yo el voto a un tipo así, Dani, me lo quieres decir? Dice el candidato al Congreso. Y en otro momento: "No hemos sabido entenderlos a tiempo y ahora ya no es posible. Hablamos dos lenguas distintas".

El candidato se queda perplejo ante los conocimientos del señor

Miguel Delibes

El disputado voto del señor Cayo



Cayo, y al igual que Delibes, se maravilla de la exactitud y la riqueza del lenguaje aldeano. Y en medio de una monumental borrachera sintetiza lúcidamente lo que el autor piensa del asunto: "Hemos ido a redimir al redentor".

La historia esta contada con ritmo, con sencillez y tocada de golpes de ingenio y rasgos de humor. Ante el dato de que el señor Cayo no se enteró de la muerte de Franco hasta un mes más tarde los del partido se quedan asombrados y el señor Cayo les pregunta: ¿Y qué prisa corría?

Delibes ha situado la historia en período electoral. Desde el mismo título no se puede negar cierta dosis de oportunismo (o de oportunidad, ya se sabe) a la novela, porque es casi lo de menos el asunto de las elecciones. De cualquier modo el ambiente y el lenguaje de los miembros del partido en su campaña está muy conseguido y admira comprobar la fina calidad de observador que posee el autor. Y junto al tema de las elecciones surge, en el pueblo, una visión del eterno problema de la convivencia entre los españoles. Por una parte el pueblo tiene dos vecinos, que no se hablan desde hace muchos años; por otra, en el pueblo coinciden dos grupos políticos que se pegan por colocar sus carteles en la misma pared. Para Delibes "esto no tiene remedio".

El libro está repleto de detalles, pequeños movimientos, acciones secundarias, descripciones de paisajes y personajes, frases dichas a media voz... un conjunto de elementos que son los que dan solidez a la narración, le dan cuerpo y crean un ambiente de credibilidad.

Desde el otro lado del camino, Delibes mira con nostalgia el mundo perdido del señor Cayo.

Ignacio ARANAZ

"EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO"

MD

(DELIBES O EL SENTIMIENTO PESIMISTA DE LA VIDA)

30

AMD, 40, 11, 13



ENTRO de la ya amplia producción literaria del escritor Miguel Delibes, nos llega ahora su última novela, "El disputado voto del señor Cayo" (Editorial "Destino", colección "Ancora" y "Delfín"). El libro, una vez comenzada su lectura, no es posible dejarla, pues, a la actualidad del tema, se une el acierto en el dominio del castellano del gran escritor. Como cazador y profundo conocedor del medio natural en que vive —de ese medio rural casi abandonado de Castilla— nos ofrece justas descripciones del paisaje.

Todo lector familiarizado con el campo experimentará al leer la descripción del paisaje en ese corto viaje de propaganda electoral, que Víctor, Laly y Rafa efectúan por esos pueblos de montaña, Cureña, Quintanabad y Martos, todo el hervir de los propios recuerdos cuando se describe el río, su rumor, allá en el fondo del barranco; la imagen de las amapolas que, en Víctor, comienza a producir también el revulsivo del cambio; la impresión de Cureña, bajo las altas rocas por las que revolotean las negras abejas que por aquí denominamos grajas; la impresión al entrar en la gruta de las Crines, donde el pueblo se refugiaba cuando la guerra, y se acercaban al mismo, alternativamente, las tropas de los

dos bandos; o, en fin, con quién está disgustado y no se hablan, cuando el primero va mostrando a los visitantes calles, caserones abandonados con los antiguos objetos de labranza, que ya nadie usa o habla de esos enseres abandonados en las casas vacías y que fueron, en otros tiempos, entrañables compañeros de las familias y como prolongación suya...

Son dos concepciones diferentes de la vida las que se van a enfrentar en el libro que comentamos: Los jóvenes del partido que se encaran alegres con las elec-



LA RUEDA DE LOS DIAS

ciones que después de cuarenta años se dan en el país; vemos la alegría en la sede de la ciudad, el lenguaje, la postura de estas generaciones y revivimos la impresión del 15 de junio de 1977, con sus carteles, pegatinas, letreros, altavoces y la profusión de la propaganda, con papeles de todos colores que, como en aquellos antiguos días de fiesta del carnaval, se acumulaban en las calles entre la alegría de todos y, en cierto modo, su recíproca tolerancia [¿será el ambiente de las elecciones que ahora se avecinan igualmente alegres?, o, alienta ahora, en cada español de buena fe, independiente el partido en que milita, cierto sabor amargo motivado por el ya trágico telón de fondo]. Con inteligente habilidad de profundo escritor, Miguel Delibes, sin citar cuáles son los partidos, nos los hace entrever. Es curioso que Víctor, el personaje central de los viajeros —futuro diputado que pudiera ser del P.S.O.E.—, es increpado en el viaje, denostado por unos jovenzuelos en la carretera, que les llaman "fascistas", y que, después, ya en Cureña, al llegar el grupo de Mauricio, sin duda en el extremo opuesto, sea agredido con fuertes latigazos propinados con duras cadenas. No es extraño, así, que Víctor, ya al final del libro, diga: "Esto no tiene remedio. Dani, es como una maldición". Mas, para comprender todo esto, se hace preciso conocer los antecedentes del sentido pesimista de Delibes, que alienta en buena parte de su obra, desde "La sombra del ciprés es alargada", y el lector amigo me va a permitir esta digresión, donde señalamos como tres hitos, tres estaciones de los misterios dolorosos de nuestra patria en su forma de ver ese fondo violento del español, en sus distintos enfren-

tamientos con la forma en que ha de enfrentar a ese camino que, a veces, con los años, se repite, como la rueda de la noria, en la saga ancestral de la historia.

En primer lugar, hay que citar aquella extraña novela, "La parábola del naufrago", donde, en un ambiente de pesadilla, el protagonista, que trabaja en una empresa, termina por tener que aceptar que, para sobrevivir, ha de doblegarse, "hasta en los ocios", a las directrices del propietario y a la rutina que sus compañeros siguen para evitar complicaciones; porque da la impresión en la empresa vital de todos, que hay que seguir la noria que los otros marcan y que no es posible ser singular. Esta es la tragedia de nuestro tiempo, porque el soñador, en la sociedad competitiva U.S.A., por ejemplo, es un triste muñeco.

Después —y los que estudien a fondo, en el futuro, la tan significativa obra de Delibes habrán de estar de acuerdo conmigo—, tenemos "Las guerras de los antepasados", escrita en 1975. Se trata de la supuesta transcripción que el médico de un sanatorio hace del relato de uno de sus enfermos, Pacífico Pérez, que al final morirá de tuberculosis, pero que, antes, nos dejará su iluminada visión de una familia ibérica de tres generaciones, cada una de las cuales tuvo su guerra: El bisabuelo, que con cerca de 90 años rememora su intervención en la última guerra carlista, por 1876, y la forma cómo utilizaba la bayoneta "tres dedos más abajo del ombligo"; el abuelo, que rememora su heroica defensa de la posición de Igueriben, en Africa, en julio de

1921. Y el padre de Pacífico, que rememora la última guerra civil. Hay como un signo trágico y, en el relato, la visita al pueblo abandonado —pues todos sus vecinos emigraron— del protagonista, con su novia, no puede olvidarse ya nunca y enlaza con la descripción de esos pueblos en ruinas, en Castilla, como Quintanabad, en su último libro, por el que Víctor y sus acompañantes pasan de largo, ya de regreso, pues ¡no queda en él ni un solo vecino!

En "El disputado voto del señor Cayo" se observa la gran equivocación de cuantos impulsaron a tantos millones de españoles de los medios rurales a que "dejaran de ir en burro" —dice Víctor—, pero como el resultado final fue que, ó se fueron a Alemania o... "tuvieron que ir a pie".

Por eso, el señor Cayo, que utiliza un extraño lenguaje tranquilizante para apresar un enjambre de abejas, labra su huerto y amasa a los 84 años su propio pan, dice que él no es pobre, cuando los propagandistas dicen que "vienen a redimirlo de su pobreza", y conoce para qué sirven las hierbas del campo, como esa flor del sauco que cura las pupas y dolores de ojos. Hay quien dice a Víctor que, el señor Cayo —al que mira como un redentor— es la prehistoria.

La conclusión final del lector, que observa la vida y no sigue las órdenes de la televisión ni quiere seguir consignas de nadie, es que, ni la sociedad de consumo que tantos persiguen dio la felicidad y que, por otra parte, ha hecho hombres desvalidos que no pueden actuar por sí mismos, sino que "en masa". ¿Actitud ácrata?... De todas formas, la verdad es algo disperso y nadie en la tierra puede atribuirse su absoluta posesión, se vista "la sabanilla" que se vista quien la predique.

De todas formas es de desear que el ciclo de nuestro infortunio termine, aunque la verdad absoluta, como la abeja que va de flor en flor, sea imposible que esté en el poder absoluto de nadie, ni de ningún partido. Si bien, con humildad, hay que ver qué tienen de bueno algunos de éstos, aunque con las actitudes totalmente honradas acabe uno con el pecho cruzado a verdugones sangrientos, o tenga uno que refugiarse como el señor Cayo o, como el propio Miguel Delibes, más de una vez, en los más altos peñascales de nuestras sierras, donde aún quedan hombres para los cuales, la vida conserva aún el sentido que se descubre por uno mismo dentro de su corazón, sin que ninguna consigna se lo imponga.

13. Curo - 79

IDEAL
DIARIO REGIONAL DE ANDALUCIA ORIENTAL

EMPRESA
EDICA, S. A.
Mateo Inurria, 15 (Madrid)

TALLERES:
Compás de San Jerónimo, 2 (Granada)

REDACCIONES EN:

GRANADA: Compás de San Jerónimo, 2.
Teléfonos Redacción: 235993,
232499 y 233698. Télex 78438.

MALAGA: Trinidad Grund, 2, 1.º. Teléfono:
no: 213895.

JAEN: González Doncel, 10, 1.º (antes
Alamos). Teléfonos: 231749 y
234031. Télex: 28244.

ALMERIA: Paseo del Generalísimo. Edi-
ficio "Remasa", 9.ª planta. Ofi-
cina 2. Teléfonos: 231545 y
231344. Télex: 78839.

Control de tirada
y difusión por:

Depósito Legal: GR. 2 - 1958

J. CORRAL MAURELL

EL SEÑOR CAYO



Es toda una figura el señor Cayo. Es todo un símbolo. Es toda una cultura que se nos va de las manos, si es que no se nos ha escapado ya. Sabe el señor Cayo cosas de raíz, de siempre, cosas que le entraron por los pies y le llegaron a la cabeza, pasando por el corazón, o que le vinieron por el aire para llenarle de secretos, esas cosas que no están en los libros, o que están ya sin atmósfera de lo caliente, fragante y directo. No es que lo sepa todo el señor Cayo. Sabe mucho y lo sabe bien, ayudado por una consuetudina de la categoría de Miguel Delibes, que devuelve ahora al señor Cayo, multiplicadas y transfiguradas, las sabidurías que el novelista fue aprendiendo en el campo, en los pueblos pequeños, solitarios y profundos, bien abierta la pupila y bien pegado el oído al aire de los descampados.

Es posible que el título de esta novela no sea cartelero. Ni falta que hace. Y hasta supongo que Delibes habrá tenido que librar una batalla con el editor en defensa de ese título: «El disputado voto del señor Cayo». Es un título difícil. Nos quedamos mal con él. Pues no puede ser otro. Es un título muy de Miguel, que da muchas vueltas a las ideas antes de decidirse a caminar.

En el título se condensa la esencia del duro relato, que comienza con el desenfadado alegre y confiado de los jóvenes de un partido o grupo político, enardecidos, lanzados, con su cultura, su quizá engreída superperiodidad y su vocabulario de tacos,

palabrones, expresiones de burdel, bengan o no a cuento. Qué mal hablan, si no aspirantes a políticos. Como hablan, si no todos, muchos jóvenes y niños de hoy. Oigan ustedes lo que van diciendo por la calle, acaso a la salida de los colegios, esas pandillas de jovencitos. Ellos y ellas. En ellas hace peor. O tápanse los oídos. Entre dos palabras de recibo, un taco. No hay frase sin una grosería. Y todo esto — ¿espejo a lo largo del camino? — se recoge en la reciente novela de Delibes. Lenguaje «cheli». De seguir así, destrozaremos el rico y hermoso idioma español: nuestro castellano.

Por Francisco Javier MARTÍN ABRIL

Ya sabe mi gran amigo que esto a mí me molesta. Antes de marcharme, hablé por teléfono con Miguel. Andaba yo esos días de mal temple. «No leas ahora mi libro. Te pondrán de mal humor los muchos tacos. Espera».

El novelista coge las riendas de la narración y con rigor ceñido, sin la menor fuga, va conduciendo a los personajes para que éstos no dejen de ser ellos mismos. Tal vez se ha extendido demasiado en los diálogos de los crispados y un tanto insensatos políticos en fáfara. Afilada crítica. Una manera de crear el clima para llegar a la cumbre existencialmente literaria, lírica, emocionante. Delibes se olvida, y hace bien, de las coordenadas de las

«generaciones perdidas» (Henry Miller, Lawrence, Céline, Anaïs Nin, etc.). que él conoce, para ser más creador.

A solas con él mismo, sin que su yo íntimo salga más que por reflejos, en unas pocas páginas, las verdaderamente cautivadoras del libro, nos regala Delibes una lección de prosa magistral, apretada, densa, suavizada de sobria ternura. Porque además sabe cómo se llaman todos los accidentes del campo, las cosas antiguas, los pájaros, los peces, los utensilios de los trabajos, los objetos que vemos junto a la lumbre en una casa escondida en un pueblo perdido. Dujo, humeón, alhovas, carraspo, perezosa.

Los políticos en ciernes, ya en el campo, se quedan patidifusos cuando el aire, el olor y la luz de la tierra, entran por la ventanilla del coche. No saben lo que es un barbecho. Pero hombre. Tienen prisa, van disparados. Y les sorprende que el señor Cayo no tenga prisa. «¡Toó! Y ¿a cuenta de qué iba a tener prisa?» Filosofía de lo eterno. ¿Desparecerá toda esta riqueza, toda esta cultura, cuando se mueran todos los señores Cayos? Nos quedaremos tan sólo con las técnicas, brutales a veces? ¿Y todo eso que está ahí? ¿Y todo lo que pasa ahí? «Son cosas que pasan». «Todo lo que está, sirve. Para eso está, ¿no?» ¿La solución? Porque resulta que el señor Cayo, hombre al fin y al cabo, también odiaba. Delibes parece decirnos: «Saquen ustedes las consecuencias».

"Le Nute de Carhille"

13-1-79

LIBROS

«El disputado voto del señor Cayo», de Miguel Delibes

Parece un tanto elemental acercarse a la última novela de Miguel Delibes con criterios estereotipados. Hay que ahondar un poco más profundamente en esta fábula, huyendo como alma que lleva el diablo de la etiqueta del clásico; menosprecio de corte y alabanza de aldea. Habría que adentrarse seriamente en las situaciones límite que, al desgair, propone el escritor. Desde su hondo pesimismo Delibes va a dejarnos en la penumbra de las espinosas comunicaciones, de las imposibles incomunicaciones, del dolor cainita inserto en el hombre. El robinsonismo del viejo Cayo puede aportar un utilitarismo de urgencia. Cayo superará siempre al hombre de la ciudad porque conoce la soledad, se ha hermanado con la misma y atiende en forma primitiva un sentido de supervivencia. Los hombres de la ciudad no saben de la fecundidad creadora de la soledad. Se emborrachan de su costumbrismo cambiante, del jersey alto y del lenguaje efímero. De las modas que una infraliteratura impone, lo «underground», lo «pop», lo «cheli», la manipulación que, por ahora, ha recalado en un tono conversacional que queda entre lo macarra y lo despectivo.

He aquí una primera reflexión; desde el lenguaje escueto, parco, de Cayo, al torpe barroquismo de sonoridades vacías, repetidas hasta el infinito de gentes a las que hay que suponer una cierta familiaridad con la cultura.

Pero hay muchas más incitaciones que el novelista apenas quiere desvelar. Una de ellas, esa página en la que Cayo ofrece su limpia hospitalidad a los forasteros en los que no cree, pero a los que da lo que tiene. La sensibilidad encallecida de los hombres de la ciudad es el contrapunto desconsolador, decepcionante.

Otra, el odio agazapado en el corazón. Víctor Velasco, el candidato a diputado, lo sabía: «Odia como nosotros.» Que el escritor quiera dejarnos el telón fijo del abandono de los pueblos, de las ruinas de la malamada Castilla, tan terriblemente querida y odiada por Antonio Machado, puede ser, y es en Delibes, un limpio alegato. Ya en «Las ratas», con seco dramatismo, o en esas «Viejas historias de Castilla la Vieja», más esparcido, el sentido trágico de la región que se desmorona piedra a piedra late vivo y preocupante. Habrá que reconocer noblemente, sin el más mínimo sentido de adulación, que quien escribe estas notas no practica, de oficio, toda esa hosca ternura que Delibes ha volcado sobre la región en que naciera, ese rescate que ha hecho, quizá para la historia, del ser y decir de los castellanos, antes de que el «600», la televisión y las mínimas infraestructuras de bienestar instauraran su ficticio reinado. La denuncia del escritor castellano puede conmovernos a quienes no cuestionamos ni los colores de una bandera ni las baratas auto-

nomías al socaire de una circunstancia política. Cayo odia también. Indiscriminadamente, pero con un sentido de grandeza, pueril si queremos entenderlo así. Víctor Velasco, el diputado que presenta un partido de izquierdas, se equivoca. Cayo no puede ser ningún redentor. Como los seres elementales, como las alimañas a las que tan bien conoce, como los pájaros a los que sabiamente distingue por sus graznidos, aplica un sentido sumario de supervivencia. Esta es su grandeza y su miseria.

Ocurre que Víctor Velasco queda desconcertado ante lo insólito, ante la desnuda verdad que Cayo simboliza. Y se le caen los palos del sombrero electorero, y se emborracha, y aguanta el tremendo dolor del bárbaro castigo de quienes no conocen otro diálogo que las cadenas y las pistolas.

Miguel Delibes, en este rápido juego de imágenes con el que pone fin a su novela, va a revelarnos su excepcional maestría. Todo va a desaparecer, por fin. Quedarán, frente a frente, la arriscada personalidad de Cayo y el doloroso aprendizaje del diputado. Lo demás es la anécdota, la trepidación de la pequeña historia de unas elecciones. El libro es, valga el tópico, de los que se leen de un tirón, de los que dejan huella.

(Ediciones Destino. Ancora y Delfín, 1978.)

MIGUEL ANGEL PASTOR

Domingo Cultural



los días y las horas

MENOSPRECIO DE CORTE Y ALABANZA DE ALDEA EN DELIBES

IRSE de lecturas tras Miguel Delibes es siempre una «gozaera», y aunque no se trate de meterse en el pozo quieto del iluminado Molinos, si por lo menos se trata de descubrir, a través de la naturaleza toda, los árboles, los animales, sean del corral o del monte, el rumor de las aguas o el talante de los sencillos campesinos, una cierta alegría de vivir plenamente acorde con la inefable sed mística de todos los enamorados de la creación, y es que Delibes, desde hace ya años —recordemos su discurso de ingreso en la Academia—, se ha propuesto contar y cantar este lado sencillo, provinciano, rural, auténticamente rural, de la vida, que esto viene a ser su último libro.

Un libro nada ocasional, aunque el tema pudiera parecerlo, sino algo muy meditado, muy sentido, una especie de adaptación nueva, y tan necesaria, del antiguo «menosprecio de corte y alabanza de aldea», aunque esta aldea sea sólo o casi sólo un hombre, quizá para hacérselo más arquetípico, más concentrado, más ejemplar, situación límite de un problema social, geográfico, demográfico, inquietante, que es este del abandono de nuestros pueblos, parábola mucho más profunda de lo que a primera vista parece este librito de Delibes, reflexión, sin embargo, jovial, llena de humor, sin amargura y sin encono, como corresponde a una beatitud alcanzada en contacto con ese campo, y que transmite al lector, como si fuéramos de paseo con él a través de la geografía española, esta geografía solitaria y abandonada, en la cual, a pesar de todo, campean no sólo la seguridad que da la tierra, sino el verbo de estos campesinos, habitantes, o habitante, de estos pequeños villorrios, y es un verbo que Delibes sabe decantar con autenticidad y brío, con un conocimiento notable de esos personajes cazurros, pero insobornables, socarrones, pero íntegros, en franca confrontación y choque con una juventud cuya personalidad reside exclusiva y tristemente en un vocabulario plagado de tacos, un vocabulario pobre y escaso, que es en lo que se va quedando nuestro lenguaje urbano, y, con todo, la peripecia externa de la obra es solamente un pretexto para el enfrentamiento ejemplarizador entre urbe y aldea, entre el plano riquísimo del oficio de campesino, señor de sí mismo, y ese río de la palabrería hecha cliché, monótona y rutinaria; personalidad, retranca y dominio del señor Cayo frente a politiquería, ficción y vaciedad, para acabar descubriendo que la verdad, la bondad, la belleza y la seguridad están en la soledad profunda de esa vida que en el señor Cayo se hace elocuencia y sabiduría, y por eso también, a medida que uno avanza en la lectura de este cuadro que quiere responder a la realidad nacional del momento, con el entusiasmo electoral de unos jóvenes y bisños políticos, la sonrisa se va insinuando en nosotros, hasta que termina casi en carcajada, porque el novelista, con sanísimo humor, logra extraer todos los contrastes de observación, expresión y mensaje que se acumulan en «El disputado voto del señor Cayo», incursión directa, fresca y regocijante en el mundillo político de expansión rural, poniendo como contrapeso del bullicio de la ciudad, con su jerga desenvuelta y «progre», el latido profundo, serio y contundente de la aldea diminuta y abandonada, con su habitante paradigmático y cachazudo.

Leer a Delibes es siempre una delicia, porque en su aventura, en su prosa, en sus menajes, están siempre la simplicidad, la transparencia, y lo demás se nos suele dar ex abundancia, todo lo que se puede exigir de una narración comprometida con esos seres que permanecen cerca del agua clara

y bajo el cielo luminoso, seres que llevan todavía el cordón umbilical que los une a la tierra, y lo segundo también porque Delibes no hace artificio con las palabras, las emplea con la mejor voluntad, con buena fe, lejos de la «mala fe» sartriana, por supuesto, y así su literatura es un baño puro en la balsa más próxima a la corriente dotada de transparencia cristalina, diálogos prístinos, sin contaminar, como salta el agua en la naturaleza, con esa viveza creacional maravillosa, y es que Delibes en sus novelas se pone siempre al principio del camino —«El camino» fue casi su primera novela—, de la mano de su fidelidad a la tierra, al hombre que vive apegado a esa tierra, a las cosas que le rodean en esa penuria entrañable de lo natural primitivo, periplo emocional capaz de regresar a un tipo de inocencia no ya roussoniana, sino anterior y posterior a cualquier código trazado, situaciones que nos reintegran la persona a su belleza interior, porque a Delibes se le podría definir como el hombre del camino y de las criaturas reconfortantes y pacificadoras, humildad gigantesca la de Miguel Delibes, que sabe buscar los orientes a las almas, escudriñarlas con amor bajo el sol, con una gracia especial, y si leer a Delibes es robustecerse en lo auténtico y liberarse de modas y de manías, es también descubrir cómo su carrera y su nombre se han ido edificando sobre una persistente perfección, y por eso ahora que nos llega a las manos esta enternecedora historia del señor Cayo y su disputado voto, no tenemos más remedio que sentir gratitud, porque efectivamente, un autor ha construido esta historia para alarma de la vanalidad de la clase política y dirigente, al menos en sus estadios más iniciales, ante un solitario viejo lleno de sabiduría y de humor, una historia que hace más trascendental el dormido sueño de nuestras aldeas, donde quizá todavía reside la paz que es posible encontrar en este mundo, verdadera parábola esta de Delibes donde la lectura comienza con el desarme de la pedantería y acaba con el reconocimiento de la única verdad que vale la pena de vivir en esta tierra, que es la de la libertad y la independencia totales. A estas gentes sencillas, antiguas y curtidas en todas las miserias y también en todas las resignaciones no se las puede ir a redimir con palabras, porque, en primer lugar, ellas tienen la palabra, la palabra con sus esenciales ingredientes de verdad, sinceridad, sencillez y autenticidad, la palabra que no ha sido todavía envilecida.—J. L. CASTILLO-PUCHE.

VENDO PISO DE 440 m²

Gran lujo, zona Generalísimo. De particular a particular. Interesados, llamar de 10 a 13 horas al 254 50 90 ó 254 78 45.

15. J. 79



34

Cosasque pasan
que dicen

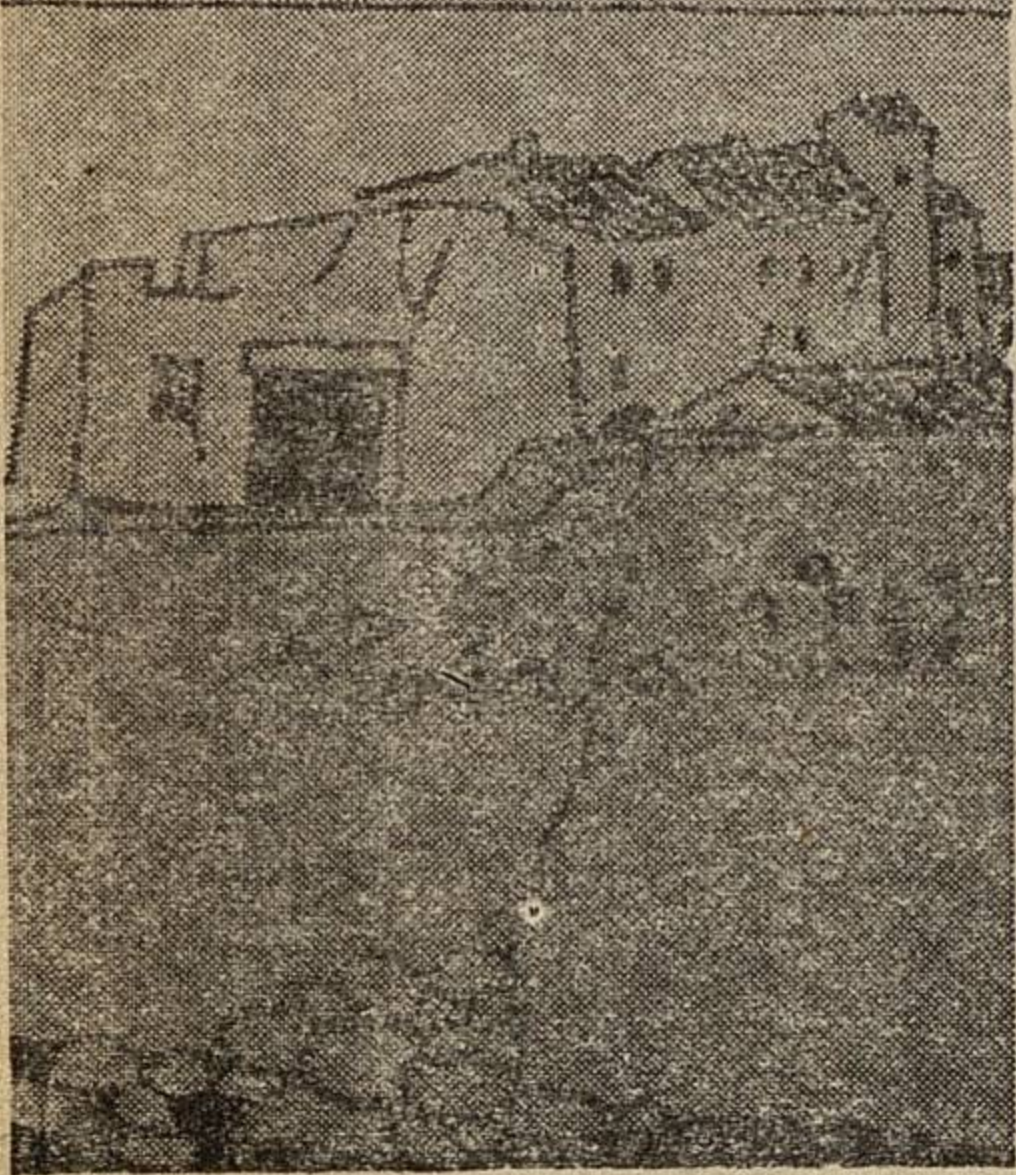
● Dicen que no hace mucho tiempo, José Manuel Lara, acompañado de María Teresa, su mujer, hizo un viaje a Valladolid con el único propósito de entrevistarse con Miguel Delibes. Lógicamente, no era una visita desinteresada, porque dicen que Lara le ofreció a Delibes el próximo premio Planeta. El editor no sabe cómo incorporar a su «cuadra» tan honesta y prestigiosa firma, y pensó que eso de los ocho millones, con los que estará dotado el próximo Planeta, pudieran ser un buen argumento. Pero Delibes sigue siendo fiel a Vergés, a pesar de que se queje porque éste no distribuye ni promociona sus libros como debiera hacerlo. Esto les ocurre a la mayoría de los autores de Destino, que se sienten un poco dejados de la mano de su editor. Precisamente parece ser que éste ha sido el punto argumentado por Lara para conseguir a Delibes. ¿Lo conseguirá?

EL LIBRO DE LA SEMANA

OTRA GRAN NOVELA DE MIGUEL DELIBES

Miguel Delibes

El disputado voto
del señor Cayo



Que cada nuevo título de un novelista resulte para su fiel lector una sorpresa y un hallazgo, significa que el escritor consigue superar la confianza en él depositada. Cada nuevo libro de Delibes es esperado por su público con expectación. Es el novelista español que de manera más consciente, metódica y rigurosa ha ido dando su obra; una obra de una riqueza, una autenticidad y un humanismo, como suma de valores, realmente admirables. Nada en ella, y en conjunto, se advierte de gratuito, convencional o, lo que sería más grave, de servidumbre a la moda o a los modos. Es el resultado de una actitud consciente dentro de una gran fidelidad para consigo mismo, y para con su responsabilidad en cuanto a lo que su quehacer le exige. Nunca la narrativa española, como en este caso, se hizo más sincera, espontánea y fértil. La obra de Delibes guarda una gran homogeneidad, en calidad literaria y en contenido formal, como no se advierte en ningún otro escritor español en nuestro tiempo. De ahí que le consideremos como la figura fundamental de nuestra novelística en los últimos cuarenta años.

Delibes es el novelista por antonomasia de Castilla. Su obra está impregnada del paisaje, del ánimo, del sentimiento y del espíritu de Castilla. Otros escritores se asomaron a Castilla por una atracción entre admirada y curiosa, sintiéndose seducidos y ganados; Delibes arranca de ella; hay en el hombre y en el escritor algo de raptó telúrico. De lo contrario no se comprendería cómo el escritor pudo captar de manera tan fiel y honda su secreto. Esta autenticidad nace de una comunicación real, servida, o fundida por un espíritu sensible y lejos, por lo tanto, de toda función de laboratorio. En ello radica su encanto y su verdad.

La nueva novela de Delibes, «El disputado voto del señor Cayo», responde a esos principios que informan la obra total del escritor: un relato literariamente impecable, estilísticamente perfecto, en el sentido de que a su riqueza y precisión, hay que añadir su virtualidad para la definición del mundo que refleja, y, por otra parte, un contenido de profundas resonancias. No hablamos de «mensaje» porque, aparte de que la palabra ha quedado, por su uso indebido, desvirtuada. Delibes no adopta una actitud determi-

nada para supeditar a ella todo lo demás, sino que, al contrario, es del conjunto de seres que maneja, de su convivencia y proyección, de donde arranca el verdadero mensaje. En esta ocasión nos habla de la soledad del hombre —del hombre de Castilla, concretamente—; de la agonía de un mundo secular; de la vejez o muerte de un modo de sentir y entender la vida, frente al imperioso crecimiento de una civilización amorfa, de hombres no individualizados, de seres conducidos irremisiblemente a un objetivo en el que apenas cuentan los sentimientos personales; o éstos quedan ahogados entre la corrupción o el egoísmo. En resumen, el enfrentamiento de dos actitudes irreconciliables porque no hay comunicación posible entre ellas. El proceso es distinto. Por un lado, el de la consunción de un mundo que agoniza, pero no en el sentido que Unamuno daba a «agonía», de lucha, sino de acabamiento y muerte; y, por otra parte, el de una civilización impulsiva, dinámica, que abdica voluntariamente de determinados valores o actitudes para asumir otros, acaso mejores, pero no tan ricos en dones del espíritu. Delibes, amante de la naturaleza, de los horizontes abiertos, toma parte decidida en favor del primero de estos mundos, que tan entrañablemente siente.

Una anécdota leve sirve de base al escritor para darnos una pieza literaria de carácter coloquial abierto y llena de riqueza expresiva, describiendo al mismo tiempo una problemática muy actual y de indiscutible resonancia humana. El escenario es uno de esos pueblos castellanos abandonados. La historia se ha dormido en ellos hace siglos. Sus casas, sus calles, están solitarias. La soledad es la constante de esta novela y de otras de la autor. Aquí adquiere un mayor patetismo. La dinámica de la vida ha hecho el proceso irreversible. Sólo quedan en el pueblo dos familias, irreconciliables entre sí, como símbolo de la individualidad y en insolidaridad hispanas, destacando en tan escaso núcleo social, el alcalde, Cayo. Y a ese lugar, aldea solitaria y casi muerta, llegan tres jóvenes dispuestos a arrancar los pocos votos que pueden lograr para su partido en las elecciones que se avecinan.

Una lectura en profundidad del libro permite captar todos los matices, la significación que encierra ese choque insólito de dos mentalidades diferentes, una sabia porque la naturaleza le dio una lección permanente; la otra, a base de un conocimiento asimilando los libros y la cultura de la gran ciudad. Delibes sabe singularizar los tipos, dotarles con un trazo agudo, sutil, de una entidad, de un carácter, lo mismo cuando se trata de captar la idiosincrasia de la ciudad, como cuando es el lugareño el motivo. La situación, pero sobre todo los diálogos, rezuman vitalidad, expresividad y una singular socarronería campesina; también subsiste una ternura solapada y una cierta tristeza que, como una neblina invernal, invade también este pequeño bosque de seres condenados a vivir y sin embargo, a no entenderse. Nostalgia, ternura e ironía sin acritud, componen en este contenido de carga humana compactada con sorprendente riqueza psicológica, haciendo de este libro uno de los más singulares y preciosos de nuestra narrativa moderna, y una prueba más del dominio de su autor para el manejo de una lengua, tratada por un auténtico artífice.

colaboración

ENCUENTRO CON EL SEÑOR CAYO

Por ELENA SANTIAGO

Ahora que el mundo se va quedando frío, es urgente y es hermoso hundirse en ese regalo de apretada nostalgia, transida y transitada de humanidad, de realismo veraz, restañando vida, que es el libro de Miguel Delibes: «El disputado voto del señor Cayo».

Es el lenguaje y es la imagen, esa capacidad creativa, depurada técnica, aparecidos para crear una realidad, para ser un hombre de pueblo, pueblo. El señor Cayo tiene la boina ajustada al pensamiento, a un cuerpo fundido de paisaje, agrietado del sol de muchos días, y también de inviernos. En los ojos, un polvo que las horas han ido dejando, un polvo que no perdona y que ha ido cegando el cuerpo de años aunque no de cansancios para seguir prendido a aquel campo — él ya casi es la tierra — que deja llegar y perderse cada amanecer, llegar y perderse los pájaros, llegar y perderse los sentimientos, en cada camino, en cada rincón, en la sombra del nogal, haciéndose arroyo, vuelo, silencio: y mientras la vida pasando y siendo. Y mientras aquella paz sin ninguna prisa.

Miguel Delibes descubre, nítido y atemperado, ese mundo, pueblo, hombre, que suena a agua y huele a saúco. Lo deja aparecer, rico y sencillo, con dolor y con ternura, con añoranza, con temor a esa invasión de oscuridad que está dejando a los pueblos vacíos y al señor Cayo con demasiados años para ser ese milagro que devuelva al suyo, a su pueblo, toda la vida que tuvo. Porque los hijos, ya son otra cosa. El señor Cayo, ingenuo, estremece la pasmosa verdad al explicar que ellos tienen otro vivir, diciendo: Tienen coche.

El señor Cayo — que Dios debiera conservar en todos los tiempos y en todos los tiempos Miguel Delibes describiéndolo — es hombre, «hombre viejo, corpulento, con una negra boina encasquetada en la cabeza y pantalones parchados de pana parda», aparecido como una extensa y admirable verdad. Es una cultura, un lenguaje, una forma de vida, de hacer y sentir, de sabiduría, de entendimiento y aceptación, historia de lustros con un origen sonando a hechos y palabras sabidas, abuelos, padres, vecinos, gentes, el calor, todo en verano, todo en hielo, el pan, la espalda inclinada, las manos removiendo la tierra, removiendo la vida misma, y alto, en cada cielo aparecido, el ruido de las chovas vigilando su propio vacío y todo aquel silencio. A un lado, la sombra — traicionera según el señor Cayo — de la higuera, la parra en la puerta, las gallinas rojas picoteando la masedumbre caída, y en la casa: la galería con tiestos y la ropa tendida, blanca, tendida, la ropa. Y, por el pueblo, una hora que bien puede ser la misma de ayer.

Miguel Delibes hace grande la historia, el mensaje, que es el señor Cayo, el abandono del pueblo, el ignorar tantos conocimientos de este hombre de pana y ojos desguarnecidos que lleva a dos hombres y una mujer de ciudad que llegan a visitarle para hablarle de política y mundos distintos, les lleva a la tremenda y fascinante realidad de que son ellos los que han de aprender, son ellos los que terminarán comprobando que el rico, el sabio, el que entiende, cree y sabe, es este hombre sin prisa.

Sin prisa — «Y ¿a cuenta de qué iba a tener prisa?» —, como un lento viajero de días y noches, de otoños y de veranos, de fríos. Ceñido a un pasado que lleva a la espalda como un huerto labrado y muy suyo donde hoy, aún, crece cada recuerdo, con un ritmo sosegado, inmarcesible, a los que solamente hay que asomarse para ver cada vez, sintiéndolos como la propia piel, quizás porque son la piel misma. El presente es una puerta dispuesta a ser abierta cada amanecer. El presente es ese sabido despertar para añadir nuevos pasos a los de ayer. Abrir y comprobar que todo sigue en su sitio, que todo está donde debe estar para verlo, sentirlo, y para seguir perteneciéndonos mutuamente. El señor Cayo es el paisaje. El paisaje está dentro de él. La tierra.

Tiene 83 años y trabaja de sol a sol para ganarse la vida. A los visitantes de la ciudad les parece injusto, la mujer así lo dice ante el asombro del señor Cayo: «¿Es que también va usted ahora a quitarme de trabajar?» A él, que ha sabido conservarse en el centro de la verdadera vida: contra la tierra, oteando el tiempo que va a hacer o el pájaro que pasa, llenándose de silencio o de murmullos nacidos de un viento que baja o de una quietud llena. Haciéndose el pan, el queso, el fuego, cada paso, y siendo, y llenándose de tanto, de todo. Mientras, estos viajeros llegados de ciudad, encuentran injusto que todo esto ocurra. Mientras ellos, en su ciudad, encierran a sus ancianos en un sillón, frente a una ventana que enmarca muy poco, a esperar el final. Sobre sus días, las manos de baldío.

El señor Cayo, sin radio, sin televisión, sin periódicos, es un salmo a la naturaleza, un salmo a una realidad irrefutable, patética, asoladora, que va a encerrar en una afirmación uno de los hombres de ciudad al caer en la idea de que si por una razón extrema quedase él a solas en el mundo con el señor Cayo: tendría que ser el señor Cayo quien le alimentase, porque sería quien seguiría manejando la vida, la sabiduría de la tierra, de las plantas, de las flores, abejas, pan, y todo aquel apretado conocimiento que puede salvar a cualquier hombre.

Porque el señor Cayo es una verdad. Esa verdad. Y alrededor, el agua y el olor a saúco.

CONFLICTOS ENTRE PADRES E HIJOS ³⁷

Miguel Delibes, académico y novelista

MD

EL ENTORNO SOCIAL INFLUYE MAS QUE LA VIDA FAMILIAR

- Desinterés por los problemas ajenos
- Inmovilismo en las ideas paternas
- Evolución demasiado rápida de las de los jóvenes
- Falta de actividades comunes y de temas comunes de conversación

Comenzamos hablando de la última novela del académico valisoletano, «El disputado voto del señor Cayo». Miguel Delibes nos dice:

—El «YA» está tratando muy generosamente a mi señor Cayo. Evidentemente, sus redactores han entrevisto el fondo mural del problema, que no es manco, aunque sí irremediable: la cultura rural está perdida. Acabará de morir cuando mueran los últimos campesinos viejos.

—¿Cuáles son las causas de los conflictos entre padres e hijos? — Desinterés por los problemas ajenos. Inmovilismo en las ideas paternas. Evolución demasiado rápida de las de los jóvenes. Falta de actividades comunes y de temas comunes de conversación.

—¿Ve alguna relación entre hijos que no se entienden con sus padres y matrimonios que no se entienden entre sí?

—Hay una, sin duda: erigir el propio «yo» en ombligo del mundo. El egoísmo, cuando uno se une a una mujer o a un hombre, no se deja en casa de los padres como un abrigo viejo. Nos acompaña.



—¿Y cuáles son las soluciones que habría que poner?

—Es difícil, porque yo creo que el entorno social influye hoy en los jóvenes mucho más que la vida familiar. Por otro lado, los negocios de los adultos (erotismo, droga, violencia) no se van a de-

tener por escrúpulos morales. Entonces lo único que nos queda a los padres es buscar inteligentemente puntos de afinidad con nuestros hijos y tratar de desarrollarlos.

Dionisio GONZALEZ ROPERO

CULTURA Y ARTE

Libros que dejan huella

DELIBES Y «EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO»

Un mundo está agonizando claramente, un mundo de comunidades pequeñas y alejadas; el mundo de los pueblos de antaño, minúsculos, con cuarenta o cincuenta familias; un mundo que sabía producir para sí mismo, que apenas si necesitaba nada del exterior, salvo la medicina y el correo; un mundo quieto, sosegado, donde cada ciudadano era dueño de su propia vida que tan solo compartía con los demás en señaladas fechas anuales; un mundo donde la cultura era, simplemente, la vida.

Ese mundo está en sus extertores. Quedan pueblos diseminados con diez, ocho y hasta un par de vecinos, que esperan la muerte por consunción. Huyeron los jóvenes en busca de otra vida más dinámica, entre la fiebre de la civilización industrial y apenas si vuelven para la visita anual al padre y a la madre que aún respiran en la aldea. Se trata, por tanto, de un mundo evanescente que va a quedarse perdido entre las sierras rodeado de árboles, circundado por ríos nacientes, vestigio en ruinas de un pasado que no volverá.

Pero aún tienen esos pueblos, sus escasos habitantes, fuerza para dar el contraste frente a los estragos de la civilización aglomerada, corrupta, repleta de «hombres beta» que distorsionan el lenguaje a la vez que su propia existencia, incapaces de admitir que el mundo es algo más que su propia animalidad.

Y un pueblo de esos frente a un grupo político que prepara unas elecciones, da motivo a Miguel Delibes para plasmar una sátira que rezuma melancolía, angustia, y que presenta un problema que difícilmente tiene solución a nivel personal.

Los tres jóvenes que van a un olvidado lugar donde solo residen dos familias, en busca de votos para sus candidatos, serán utilizados como símbolo por Miguel Delibes, de la misma forma que Cayo, el alcalde de la aldea, el único hombre que en ella habla, será otro símbolo, viejo Robinson capaz de sustentarse sin ayuda, sano producto de la tierra, ejemplo de un hombre que no necesita sino del ligero contacto con los demás para pervivir sobre algo de donde ha nacido y que acabará por nutrir.

Reconocido el sabio arte narrativo de Delibes, su amor hacia la tierra, su conocimiento de los pueblos y lugares alejados de la Castilla que recorre en peregrinar cinegético y pescador, así como el soberbio manejo que hace de su idioma, es fácil asegurar que consigue con «El disputado voto del senador Cayo» otra novela que se encuadra en su honradez y su estilo, perfectamente matizados por uno de los jóvenes cuando afirma: «el cine o la literatura que no exploran el corazón humano no me interesan. Las artes de laboratorio son pura evasión».

Los tres jóvenes representan tres calas en la actividad político-social del Maremagnum. Uno, Víctor, aún roza la reminiscencia de una civilización donde el pueblo, el campo, la tierra tuvo especial importancia, y vive preso de esa melancolía, con el perpetuo deseo de volver a lo que Alejo Carpentier denominaría «Los pasos perdidos». Rafa es la absoluta negación, hombre de ciudad, perfecto producto del propio sublenguaje que

masturba en incoherencias, uno entre miles de los excrementos del día; Laly es la mujer en honesto principio de liberación, lo más ecuánime del trio, pero bajo tal dominio de la razón que aún comprendiendo melancolías acabará por admitirlas pero no ejecutarlas.

Este trio está frente a Cayo, el viejo de los montes, Robinson en la isla del abandono, hombre a quien todo el lenguaje que le llega no le dice nada, porque lo que no entiende no le importa y porque lo que entiende no le sirve. Cayo es suficiente por sí mismo y sabe que su cultura de vida le sobra para el tránsito terrenal. Del enfrentamiento, cada lector sacará consecuencias en razón de sus avatares personales, pero todos se abrirán al hecho cierto de que un mundo, como siempre, devora a otro, hasta el momento, ¿cuántos siglos faltan?, en que no quede nada por devorar.



La sátira contra los «nuevos hombres» se explaya desde el lenguaje a la acción, pero no da más de sí, porque la sátira es a toro muerto, incapaz de redimir lo que no tiene remisión.

Lo firme de la novela de Delibes es que en ese pueblo perdido hay solo dos familias y no se hablan; que Cayo, el sabio de la cultura como vida, odia a su vecino; que el trio se encuentra con un grupo de rivalidad política, nostálgico, que de nuevo emplea la agresión y el cadenazo... En fin, que la división perpétua no será vencida. Quizás, por ello, una simple borrachera será el fin de la sátira, borrachera que meterá a Víctor en cantinela de su nostalgia, para que repita una y mil veces aquello de «hemos ido a redimir a un redentor». Una borrachera para alejarse de la única razón de vida y de una comunidad que nace, vive y muere en el odio. Porque esa es la única dinámica constante, la razón de vivir: el odio.

José ACOSTA

Miguel Delibes: «El disputado voto del señor Cayo».—Destino.—Barcelona.

Testigo, Miguel Delibes

«Estoy levantando acta notarial del lenguaje de un tiempo»

MD

Germán Losada

«La verdad es que no voy a seguir estas elecciones con la misma ilusión que la de hace dos años. Para empezar, hay un hecho que me ha entristecido: la desaparición de un partido como Izquierda Democrática que, a mi juicio, llenaba un espacio fundamental en el panorama político español.»

Hablamos con Miguel Delibes sobre su última novela, «El disputado voto del señor Cayo». Una novela que recoge el tremendo choque de dos candidatos a diputado y de los afiliados al partido que les acompañan al llegar en plena campaña electoral a un pueblo castellano en el que sólo viven ya dos vecinos.

«Aquellas elecciones de 1977 sí produjeron en mí un impacto —asegura Miguel Delibes— porque era la primera experiencia que vivía con verdadero uso de razón. Fue un momento de ilusión y de esperanza, sin olvidar el abigarramiento puramente formal que también era atractivo. Como al poco tiempo de las elecciones volví a vivir la dolorosa experiencia de muchos pueblos y aldeas del norte de la meseta que están abandonados o en trance de abandono, no pude sustraerme a la tentación de oponer a la oleada de entusiasmo y esperanza la triste realidad de pueblos que se quedan sin vida.»

Año y pico tardó el académico en desarrollar su idea. «Es un tiempo considerable si tenemos en cuenta que la novela no es larga.»

Un ser autárquico

Miguel Delibes está sorprendido por algunas interpretaciones dadas al contenido de la novela: «Algunos lo han entendido como un enfrentamiento de buenos y malos o de listos y tontos, cuando mi propósito está muy lejos de ese planteamiento. Yo presento a dos presuntos candidatos de un partido progresista con gran respeto y dignidad. Son hombres inteligentes y llenos de buenas intenciones, pero son hombres que también tropiezan con un ser autárquico, que no depende de nadie, que se basta a sí mismo, sin amos ni criados. Esto produce en ellos un deslumbramiento, y es ese deslumbramiento el tema característico de la novela y con el que pretendo demostrar una cosa muy sencilla que no va contra ningún partido en concreto: la política ha llegado tarde a extensas zonas de Castilla y León.»

Rechaza energicamente la imputación de reaccionario que algunos hombres del PSOE han hecho a la novela: «No veo posiciones reaccionarias en lo que he escrito. Lo que he tratado de exponer es una contraposición de dos culturas: una, agonizante, que es la campesina, y una político-intelectual. Es evidente que los políticos que se encuentran con el señor Cayo existen. Me he atenido a una realidad. En este punto no he inventado nada.»

Sorprende en la novela de Delibes la utilización de un lenguaje «cheli» frente a la parla rural del señor Cayo. «El lenguaje «cheli» —afirma el académico— no es patrimonio de nadie. Es un lenguaje cambiante que se enriquece o empobrece con las generaciones. En la novela lo hablan los diferentes jóvenes que aparecen en ella con desigual densidad. ¿Cómo conozco esas expresiones?, por mis hijos, que son muchos; no me falta contacto con los jóvenes, que aunque no hablen propiamente «cheli», sí utilizan palabras y muletillas comunes. Por otra parte, creo que para captar esta parla basta caminar por la calle con el oído despierto.»

Frente al lenguaje «cheli» de los jóvenes militantes, las expresiones del señor Cayo hay que seguirlas casi con el diccionario en la mano. Reconoce Delibes que incluso en los pueblos se han perdido ya muchas de estas palabras. «La crisis —señala— y empobrecimiento del lenguaje se opera igual en la ciudad que en el campo. Los jóvenes del campo, los pocos que quedan en Castilla, llenan su ocio con la televisión o se acercan los sábados y domingos a las discotecas. Por este camino el lenguaje se uniforma y vamos perdiendo día a día aquel otro expresivo, admirable, por su riqueza y exactitud, de los viejos campesinos. Yo —lo he dicho ya otras veces— estoy levantando una especie de acta notarial del lenguaje de un tiempo. «Diario de un cazador», «Cinco horas con Mario», «Las guerras de nuestros antepasados» y ahora «El disputado voto del señor Cayo» servirán mañana para saber cómo hablaba un país en la segunda mitad del siglo XX.»

Desierto rural

Delibes contempla con tristeza el hundimiento de los pueblos de Castilla. De hecho, su novela



podría estar situada en cualquiera de las muchas localidades que son ya un desierto. «Alrededor de Sedano, donde paso gran parte de mi tiempo, y en un radio de acción de 25 kilómetros a la redonda, puedo citar varios pueblos que están totalmente abandonados o que no cuentan ya con más de diez vecinos: Cortiguera, Huidobro, Nocedo...»

Es una sensación deprimente. «Sí, porque a ella no escapa el propio ambiente de Sedano. Aquí mismo hay un problema de difícil solución: la educación de los niños. En la comarca hay un servicio de autobuses para llevar a los niños a Sedano. Entre todos los pue-

blos de alrededor apenas si hay treinta o cuarenta niños en edad escolar. ¿Qué puede hacer un maestro y una maestra con tres niños de cinco años, cuatro de seis, siete de once, ocho de trece, etcétera? ¿Cómo montar un gran grupo escolar servido por diez o doce profesores para dos docenas de niños? Antes o después es un problema que los políticos han de afrontar.»

Odio nacional

Está convencido Delibes que el problema podría haberse resuelto hace tiempo. «Hubiera bastado un par de pequeñas industrias en cada cabecera de comarca y

acompañarla de la consiguiente mejora cultural del medio para que la juventud no emigrara.»

Casi todos los críticos han destacado el final de la novela de Delibes: aunque está solo, el señor Cayo también odia. «Es deliberada esa revelación final —confiesa Miguel Delibes—. El español sigue viviendo en un clima de violencia exacerbada, lo que me ha hecho llegar a pensar que es el odio y no la envidia —generadora también de odio— el verdadero sentimiento nacional. El hecho de que donde existan dos españoles exista odio, ha llegado a parecerme un hecho natural, pero que me deprime profundamente.»

«El disputado voto del señor Cayo»

Redimir al redentor

Carmen Martín Gaité

A tenor con el crecimiento de los grandes núcleos urbanos y de las necesidades que, en nombre del progreso, segrega e impone una propaganda favorecedora de las ideologías masivas del consumo, la literatura, como reducto intemporal y placentero que es, como recapitulación y añoranza de una serie de valores en bancarrota, hace ya casi un siglo que viene poniendo en guardia a la gente contra semejantes cantos de sirena y adoptando una actitud de escepticismo desdeñoso con relación a sus slogans.

Valga o no para algo (que la literatura cada día vale más para menos, y de ahí su gloriosa supervivencia), el escritor de ficción, a medida que ve aumentar en torno suyo esta propaganda esgrimida por quienes se arrojan avasalladoramente el papel de redentores, tiende a refugiarse en la utopía y a solidarizarse con esas gentes que, aferradas a los usos y tradiciones de la vida rural, aún ofrecen resistencia a dejarse «redimir». Bien es verdad que el número de resistentes se va diezmando y que, en la lucha entablada entre la vida urbana y la campestre, los incentivos de ésta se desprestigian a marchas forzadas, en tanto que

los de aquella ganan cada día más adeptos. El secular rechazo del campesino frente a las halagüeñas y decantadas ventajas del progreso constituye actualmente una actitud excepcional y casi heroica que contrasta con la deserción de la mayoría; de ahí el aborrecimiento del campo, cuyas faenas y saberes se abandonan, ya en trance de desuso, en manos de un puñado de seres anacrónicos, fieles y contumaces, dispuestos a mantener el fuego sagrado y a morir sobre la tierra roturada y sembrada por sus abuelos.

Uno de estos héroes viejos, tan infrecuentes hoy que su postura bien podría tildarse de aristocrática, ha sido rescatado para cobrar vida como protagonista del último libro de Miguel Delibes: «El disputado voto del señor Cayo», recién publicado por la editorial Destino.

Pocas veces, tal vez sólo en su relato «La hoja roja», ha conseguido el escritor vallisoletano llenar tanto y tan de verdad sus páginas con la mera presencia de un personaje, con su simple estar y hablar. El señor Cayo tiene tal empaque de actor consumado, tal peso específico que se convierte en figura única y, a lo largo de los tramos en que no aparece, se revela la torpeza bulliosa y estridente de los compar-

sas, como si cuando no lo tuvieran a él delante, perdieran la referencia esencial y nadie escuchara a nadie ni creyera en nada de lo que está diciendo. El elenco de comparas está formado por un grupo de jóvenes políticos que recorren los pueblos de una provincia castellana en vísperas de la campaña electoral con miras a hacer propaganda y con ánimo de redimir a quién, como el señor Cayo, no necesita redención alguna. La llegada a un pueblo perdido y recóndito, que al principio les parece estar totalmente deshabitado, tiene algo de episodio de ciencia-ficción, de aterrizaje en la Luna, y la mera aparición de uno de los tres vecinos del pueblo, que los está mirando impasible con una chispa de perplejidad en sus ojos azules, marca inmediatamente la alternativa que entregará las riendas de la narración al viejo señor Cayo, porque desde ese momento ya no habrá más narración que la que va a empezar a brotar pausadamente de sus labios.

Pendientes de esa historia que habla de utensilios, cultivos y usos en vías de desaparición, irán olvidando los visitantes la hora que es, el designio que allí los llevaba y hasta su propia identidad. E irán deponiendo paulatinamente, como avergon-



zados, la jerga uniforme y mimética que hasta entonces habían usado con desparpajo y que les había servido para apuntalar el vacío de sus convicciones. Este contraste entre la entidad del señor Cayo y la inconsistencia de sus visitantes se acentúa a medida que, agrupados alrededor de él, como si siguieran a un jefe indiscutible, le acompañan a mudar de lugar un enjambre, a cavar la huerta, a visitar la ermita y a merendar vino y roscos, encandilados con su plática sabia y serena que va fluyendo según cae insensiblemente la tarde. Cuando, al cabo con la llegada de la noche, se ven obligados a regresar a sus bases de la ciudad, la orfandad los acompaña.

«EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO»



MIGUEL Delibes, el de los oportunos «títulos». Apenas impreso el relato de su viaje —«La primavera de Praga»—, Praga se convirtió en hielo sin flor y acero con sangre. Ahora, «El disputado voto del señor Cayo» —esta vez una novela— sale a la calle muy poco antes de que nosotros hayamos de salir a votar... dos veces. Pero la novela de Delibes no es un libro político —libro de partido—, sino cosa bien distinta: una pequeña gran novela. Tiene menos de doscientas páginas, y esto hace que sea más densa su complejidad. Nos hallamos ante una obra de gran calado que se enfrenta en su acción con hechos y con situaciones humanas graves de la vida española y aun de la vida en sí. Literariamente, la novela cuenta lo que tiene que contar. De entrada, el lector cree tener en las manos un relato-reportaje, pero inmediatamente el relato se hunde hasta la raíz de una serie de problemas —tratados no periodísticamente— que se le ofrecen a flor de página y le aprehenden.

Esta novela «electoral» está construida —como es uso del autor— con tan buena ingeniería como un puente enlazador de dos distantes orillas, hincado en agua caudal violenta. Está escrita con arte de artífice, que sabe componer al modo nuevo de hoy armonías y desarmonías de tiempos, formas, colores, sentires, sentimientos, pareceres y... también violencias. Es novela para leída, no para referida. El hilo del suceso arrastra al lector, y hay páginas en las que el tiempo se estira y afina —como el aire de la serranía—, mientras en otras se atropella y

jadea. Pero todos sabemos ya que jugar con el tiempo les es necesario a los novelistas de esta hora; sin embargo, el juego limpio con el tiempo, en literatura, no es fácil.

Contemporáneos nosotros, los lectores, de los que salen en busca de votos, les seguimos en su recorrido —España de pueblos en desmoronamiento, yermos de presencias humanas. Tan yermos que, leyendo, llegamos a aquel en que hay sólo unos abuelos —el señor Cayo y su mujer, la bella muda—; y hay el enemigo suyo. La guerra suya consiste en quemarse los gatos y darse muerte a los perros respectivos. Su paz la cifran en no encontrarse. A pesar de ser este hecho —pueblo despoblado— terrible y de graves consecuencias para nosotros, no me parece tan importante como el modo de tratarlo. Pienso que nos hallamos ante la versión Delibes de la sátira horaciana: el ratón de ciudad y el ratón de campo. Fábula, no un «menosprecio de corte y alabanza de aldea». Estamos aquí ante la tragedia de la conjunción no realizada entre aldea y corte: dos vivires que se han distanciado hasta llegar a ignorarse recíprocamente. (En este punto, naturalmente, Delibes nos deja la puerta abierta a la meditación sobre el hecho flagrante.)

El personaje central de la novela, de bulto casi cervantino, es el señor Cayo. Un nuevo personaje de Miguel Delibes dispuesto a salirse de la novela y quedarse a morar en la memoria del lector. Sirve el señor Cayo para que contra él se estrellen los buscavotos entre sí. Al estrellarse, enseñan exceso de antihumanidad

los unos; los otros desvelan la raíz humana de su inseguridad y de su hombría de bien, al cabo.

Nos llevó a buscar votos Miguel Delibes, y no los hallamos. Pero hemos leído una fábula y comprendido una parábola: la del enjambre. Dos presencias claves de la novela: la colmena en la ciudad, donde zumba el partido en visperas de elecciones, y el enjambre salvaje en el campo, que el señor Cayo se lleva a una colmena —nueva casa de labor para las abejas—. Si a ellas les gusta o no su nueva casa, al señor Cayo le importa muy poco; quiere tener su miel, y, por añadidura, está seguro de merecerla.

La breve novela nos sobrecoge por su belleza poética, traída a nosotros en medio de las más inesperadas situaciones, las cuales serían ilegibles —como inviábiles en la misma vida— si no diera su sombra algún viejo y seguro nogal, su luz la bondad, su brillo la generosidad, y alma la comprensión recíproca.

Estamos en una muy buena hora de la novela. Los hispanohablantes creadores literarios de aquende y allende el océano son grandes novelistas. La generación del 27, que vino al mundo tras la primera guerra mundial, era sobre todo de poetas. La generación que ha surgido tras la segunda guerra mundial —y todavía carece de guarismo distintivo— es de novelistas. Nada importa. Lo importante y confortable es que ninguna guerra —Dios sea loado— acaba con el poder creador del hombre artista, del hombre mental que sobrevive o del que llega al punto.

Carmen CASTRO

"YA", 25 enero 1979

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

UNA NOVELA DE DELIBES 41

Miguel Delibes es un gran escritor. A lo largo de casi treinta años de carrera literaria sus novelas han ido llegando al público con puntualidad. Liberal en el más noble sentido de la palabra, humanista, amante entraña-

bre que esté más allá o más acá de cualquier planteamiento verdaderamente democrático, que tiene que pasar necesariamente por un proceso electoral. Pero sabe que en muchas ocasiones un planteamiento demasiado abs-



Delibes roza la actualidad política en su última novela

ble de su Castilla, Delibes ha recogido la peripecia de sus gentes olvidadas con el fino instinto de un narrador que sabe hacer suya una frase inolvidable de José Bergamín: «Amor no quita conocimiento, lo da». Ahora nos llega su última novela, «El disputado voto del señor Cayo», historia que tiene como fondo las pasadas elecciones del quince de junio. Delibes no es un escéptico, Delibes no es un hom-

tracto, demasiado esquemático de lo político puede dejar sin lugar en él a las «pobres gentes», a los olvidados, a los marginados. Y su novela es una llamada de atención sobre ello. Una llamada de atención escrita en una prosa soberbia, con estilo extraordinario que ha hecho de Miguel Delibes uno de los prosistas españoles más admirados de nuestro tiempo, un ejemplo difícil de seguir.

"Diez Minutos" 27, enero 79



realiza un magistral discurso, en tono irónico, sobre la sociedad moderna —especialmente la norteamericana—, las relaciones hombre-mujer y los conceptos de muerte y de vida. Se trata de una profunda reflexión, en la que a pesar de utilizarse el "gag" como elemento distorsionador de la realidad, ya está presente en toda su plenitud el pensamiento filosófico del gran realizador.

Los "Interiores" de la muerte

Tras "Annie Hall" se produce ese cambio de noventa grados en el trabajo cinematográfico de Woody Allen. Decide abandonar la interpretación y abordar directamente, sin obras intermedias, una temática claramente dramática —aunque no falten los elementos innatos del Allen creador de "gags". La aparición de "Interiores" no debe extrañar, pues ya Woody Allen, un año antes, había demostrado su interés por el cine dramático al interpretar el papel protagonista del film "The Front" (en España se presentó como "La tapadera"), de Martin Ritt, cuyo argumento se centra en la famosa "caza de brujas" realizada por el macarthismo en los Estados Unidos.



ANGUSTIA DE UNA FAMILIA "PERFECTA"

"Interiores" es un film extraordinario, de gran sensibilidad, magistralmente narrado y mejor interpretado, donde cada elemento está estudiado y trabajado hasta el límite. No hay nada dejado al azar o a la improvisación y todo está medido y equilibrado. La película es un drama sobre las relaciones familiares, una

exploración —casi científica podría decirse— sobre una familia norteamericana en un momento de crisis, de descomposición. Pero también es una reflexión sobre la mediocridad intelectual y sentimental del mundo moderno, un repaso, individual y colectivo, sobre las frustraciones de una sociedad —en este caso la norteamericana— perdida en la búsqueda de su propia identidad.

La trama del film se inicia cuando un hombre de una clase social acomodada —casado y con tres hijas, ya mayores— anuncia su intención de abandonar, por una temporada, el hogar. La crisis culminara con la muerte, pero antes de llegar a estas situaciones límites, Woody Allen recreará, con todo su sentido de observación, de desengañada ironía, el precario mundo en que se mueven los protagonistas.

Los escenarios —rodados en lugares naturales de Long Island y Manhattan— son, principalmente, interiores fríos, limpios de elementos distorsionantes, en cierta medida sofisticados o excesivamente impersonales, marcados por el estilo distinguido y exquisito de Eve (Geraldine Page), la madre, que absorbente y egoísta, excesivamente dominada por la belleza, pretende imponer a sus tres hijas, Renata (Diane Keaton), Joey (Mary Beth Hurt) y Flynn (Kristin Griffith), y a su marido Arthur (E.G. Marshall); una forma de vida, tan rígida y tan fría como los interiores que decora.

El papel primordial de la mujer

El amor, la muerte, el egoísmo, la mediocridad, la familia como célula social en descomposición, o el primordial papel que está ocupando la mujer en las actuales relaciones sociales, son los elementos que Woody Allen maneja con inusitada maestría, todo ello dentro de un tono narrativo perfectamente estructurado, donde el primer plano y el movimiento de "travelling" tienen un claro significado de descripción intimista y de unidad estética. Una fotografía delicadamente trabajada en colores suaves, que hace juego, por oposición, con una

interpretación voluntariamente crispada, viene a apoyar la idea de que Woody Allen ha iniciado una etapa creativa y narrativa verdaderamente importante y que su visión per-

sonal del ser humano y de la sociedad en la que se desenvuelve, pasa ya a ocupar un lugar de privilegio en este mundo, siempre mágico, de las imágenes en movimiento.



por Juan José Plans

de cómo atentamos contra la Naturaleza que nadie pudo dejarse de considerar culpable. Era el discurso de un escritor, de acuerdo; pero, ante todo, fueron las angustiadas palabras de un hombre que ama un mundo al que pretende salvar. Alguno comentó que deberías haber elegido otro tema para tu discurso de ingreso en la Real Academia Española. Grave error, propio del que desco-

UN VOTO PARA MIGUEL DELIBES

Miguel, querido Miguel, ay, cómo pasan los años. Que desde aquel 25 de mayo de 1975 no has tenido oportunidad de ofrecerme tu petaca para que lle un cigarrillo de buen tabaco picado. "Porque si la aventura del progreso, tal como hasta el día la hemos entendido, ha de traducirse inexorablemente, en un aumento de la violencia y la incomunicación; de la autocracia y la desconfianza; de la injusticia y la prostitución de la Naturaleza; del sentimiento competitivo y del refinamiento de la tortura; de la explotación del hombre por el hombre y la exaltación del dinero, en ese caso, yo, gritaría ahora mismo, con el protagonista de una conocida canción americana: ¡Qué paren la Tierra, quiero apear-me!", dijiste aquel 25 de mayo de 1975 sorprendiendo notablemente al auditorio que escuchaba tu discurso de ingreso en la Real Academia Española.

Un discurso más que ecológico

"El sentido del progreso desde mi obra" no fue cosa fácil para el personal, como diría tu admirador y también admirado Francisco Umbral. Porque hablaste tan claro acerca

noce por completo tu obra. Nunca has cantado, que yo sepa, el ácido sulfúrico que hay en el humo de las fábricas, de los automóviles; ni de los óxidos de nitrógeno de los hornos, los incineradores, los aviones; ni tampoco los plaguicidas destructoras; y, mucho menos, la radiación. Causan la muerte de los peces, ocasionan mutaciones genéticas, forman el "smog" de las grandes ciudades, corren los árboles... Y sí has cantado, y eso me lo sé muy bien, los cielos azules, los ríos transparentes, la verdura de los bosques, el silbar de los vientos, las llanuras doradas. Es lo tuyo. Y lo que crees que debe ser de todos, Lo defendistes. Y cómo. Con valentía, porque acusaste. Sí, querido Miguel, bien recuerdo aquel 25 de mayo de 1975. Me pareciste más escritor, más hombre que nunca. Porque hablabas en nombre de la Humanidad: "¿No se nos habrá escapado de las manos las fuerzas que nosotros mismos desatamos y que creímos controlar un día?" Difícil darte una respuesta alentadora. Desearía encontrarla. Lo intenté en mi novela "El juego de los niños" Y ya conoces el resultado. "Novela original y terrible, sostenida con un ritmo aluci-

nante." me escribiste de ella. Sí, terrible. No porque no haya solución, sino porque parece que no deseamos ponerla en práctica. Por eso ahora insistes en "El disputado voto del señor Cayo"

Las desventuras del señor Cayo

Miguel, querido Miguel, lo que es a mí no me engañas. Ciertamente que la novela está ambientada en los días que precedieron a las elecciones generales del 15 de junio de 1977, Por lo que, podía considerarse una novela política. Un grupo de jóvenes, políticos ellos de un partido fácilmente identificable porque uno de sus lemas es "El Partido es libertad", a mí eso me suena a PSOE, buscan votos por tierras castellanas. Llegan a un pueblo abandonado, habitado tan solo por dos viejos. Dos viejos que no se hablan entre sí. Uno, no hace acto de presencia en la novela. El otro, es el señor Cayo. Y todo se convierte en una fábula para que tú vuelvas a hablar de lo que realmente te importa hablar. Porque el señor Cayo, poseedor de la sabiduría del pueblo, es de los que no comprenden la vida sin oír a los pajaros. Socarronería, humor, ironía, amor, desilusión, tristeza, soledad. Miguel, querido Miguel, se trata de una novela excepcional. Y perdona. Porque andas diciendo cosas así, como lo que transcribo de "La Estafeta Literaria" del 15 de enero de 1977: "No estoy nada contento con lo que he hecho, y lo más descorazonador es pensar que nunca podré hacer nada mejor de lo que ya he hecho. De modo que podrán surgir otras novelas, pero no creo que rompan ningún molde". ¡Y nos sales con "El disputado voto del señor Cayo"! Coño, que no te sabes enjuiciar. O te sabes enjuiciar muy bien, no sé. Porque, desde luego, estoy en el pensamiento de que un escritor poco vale si está muy satisfecho de cuanto ha hecho. Tal vez eso es lo que quieres decir.

Todo empezó con el "Nadal"

Naciste en Valladolid el 17 de



CAZADOR PARA LA LITERATURA

octubre de 1920. Y a los veintisiete años, en 1947, tuviste otro nacimiento: el literario. Fue cuando te galardonaron con el Premio Nadal por tu novela "La sombra del ciprés es alargada" Aunque opines lo contrario, no era una novela tan mala. Pero, eso sí, como un árbol, un noble árbol, has ido creciendo literariamente. "Aún es de día", "El camino", "Mi idolotrado hijo Sisi" "Diario de un cazador", "Siestas con viento Sur", "Diario de un emigrante", "La hoja roja", Por esos mundos", "Las ratas"... Y vuelta a sorprender con novelas como "Cinco horas con Mario", "Vivir al día", "Parábola del naufrago" "El príncipe destronado", "Las guerras de nuestros antepasados". Cansado de guerras, cansado de basuras, cansado de torturas, cansado de amarguras. Pero siempre esperanzado. En el hombre. Pero en el hombre sencillo, claro, sereno, elemental. Dotado de una fabulosa cultura. La del contacto con la Naturaleza. La cultura que se recibe simplemente por ser miembro de una especie animal. Esa cultura que perdemos al ser captados por una sociedad animal. Esa cultura jóvenes políticos escucharán boquiabiertos al señor Cayo. Qué ironía. Dispuestos a enseñar a un pueblo al que nada tenían que enseñar. Dispuestos a hablar de un pueblo que ni conocían. Porque, una cosa es hablar en nombre del pueblo, ay, y otra muy distinta la de que ese pueblo haga tuyas tales palabras. Tienes miedo a la muerte, a la autocracia, a la deshumanización progresiva del hombre, al fanatismo... Eso has dicho. Estas en con-

tra de la pena de muerte, admites el divorcio pero no como pasatiempo frívolo, te gusta pasear, leer, andas en bicicleta, charlar con los amigos, ir al cine, pescar truchas, cazar, practicar la horticultura, pides tolerancia y capacidad de renuncia a los seres humanos. Eso has dicho. Sientes admiración por San Francisco de Asís, crees en Dios, no te atrae la política pero la sigues con interés. Diablos, cómo te envidio sanamente.

Enseñar con humildad

Miguel, querido Miguel, si fueras político, tendrías mi voto. Porque sabes defender aquello en lo que crees. Y nada menos que crees en el hombre. Aunque le pongas a parir por sus injusticias, por sus egoísmos, por sus brutalidades... Crees en él. Porque, bien que sabes, hay hombres que conservan la sabiduría. Esa sabiduría humana, heredada a través de

los siglos. Siempre estarán presentes, en cualquier época. Recordándonos lo que somos, lo que podemos ser. Miguel, querido Miguel, en "El disputado voto del señor Cayo", das una lección magistral, con una impresionante humildad, de lo que es y de lo que no debe ser. Espero que los políticos te la lean. Aprenderán mucho, no te quepa duda. Y, por si esto fuera poco, llevas a cabo un ejercicio estilístico e idiomático admirable. Si todos los años nos cae un libro así en nuestras manos, no hay razón para temer por el futuro. Significa que los valores humanos están en pie. Miguel, querido Miguel, que siempre me digo: Le llamas, coges el coche, te plantas en un par de horas en Valladolid y charlas largo y tendido con él. Pero, perdona. Me faltan horas en la gran ciudad. Eso lo entiendes. Porque por algo has escrito "El disputado voto del señor Cayo". Gracias.



por P. Espinosa Bravo

LINDSAY KEMP Y SUS ASOMBROSAS CEREMONIAS DE "FLOWERS" Y "SALOME"

El público teatral de Madrid y de Barcelona ha tenido este año un raro privilegio: la posibilidad de sentirse fascinado por los bellos espectáculos que ha creado, montado y dirigido un inquieto mimo escocés, Lindsay Kemp. Primero, fue "Flowers", un doloroso ritual de amor y de

La estética como principio

¿Quién es en realidad Lindsay Kemp? Ante todo un gran asimilador de influencias estéticas. Su carrera insospechada podría decirse que se inicia en 1962, cuando funda su propia compañía. Desde entonces,



Las novelas han de escribirse más cortas

■ LA VIOLENCIA Y EL SEXO PUEDEN HACERSE ENDEMICAS EN NUESTRA LITERATURA

■ LA PEREZA MENTAL HA CREADO EL LENGUAJE "CHELI", UN LENGUAJE DE TOPICOS

MD



MIGUEL DELIBES, en exclusiva para «La Prensa»

Hace tiempo que conozco a Miguel Delibes, sin conocerle. Me lo presentaron un día "sus amigas las truchas" Las del Rudrón por la parte burgalesa de San Felices, las del Orbigo leonés, las de vallisoletano Pisuerga, las del Najerilla riojano las serranas de Cameros del Iregua y hasta las del feble Moradillos, paje del Rudrón. Y conocí a Miguel Delibes y le tome afecto a fuerza de admirarle que la admiración fue siempre el único camino por el que llegar las verdaderas afecciones. Le conozco, le admiro y le comprendo, no sólo desde esta mi distancia actual, sino desde la distancia de "nacimiento" de mi plateresca Salamanca. ¡Y qué encanto leerle cuando se mete de lleno en su Castilla. Y cómo la conoce y cómo uno se reconoce en ella. Por eso, después de mi reciente lectura de "El disputado voto del señor Cayo", me atrevía al salto, por correspondencia, de su "sancta sanctorum" en demanda de contestación a un no exhaustivo cuestionario. Y Delibes, sacándose el tiempo de sólo sabrá él qué ocultos rincones de cortesía, me lo ha devuelto cumplimentado. Con brevedad, sí; pero con miga de la mejor cochura.

Le preguntaba yo de buenas a primeras, casi como un escopetazo, a él, artífice sin igual de "Diario de un cazador", si es que las epidemias de guerra civil, sexo y violencia que padece nuestra novelística habían iniciado ya la curva del descenso o si, por el contrario, se habían convertido en crónica. Y Debiles, sin titubeo alguno, me contesta:

—Aún no ha pasado ninguna, pero me temo que las dos últimas —sexo y violencia—, dada nuestra peculiar psicología, se hagan endémicas.

Concreto como en su narrativa, aun en la descripción. Pero uno está hecho a no contentarse con tan poco e insisto. Y lo hago sobre el hecho de que si esas epidemias arrastran consigo una avalancha de nuevos autores, un masivo aumento de títulos, mientras el índice lector baja, ¿qué hace para que las aguas de la narrativa y de su aceptación vuelvan a su cauce? Y ojo a la contestación de Miguel Delibes, que es definitiva:

—Ya he dicho repetidas veces que la única manera de que la novela coexista con el cine, la TV., el automóvil y todos los incentivos que nuestro siglo brinda para llenar el ocio, consiste en escribirías más cortas. La extensión, por sí misma, no hace literatura, quiero decir que no aumenta su calidad.

De acuerdo totalmente. Es el eterno problema del que no tiene tiempo de escribir más corto. Para mí que Delibes, castellano viejo, y escriptor a "nativitate", ha dado una vez más en el clavo. Ahora bien, su contundencia no puede con mi terquedad y así apuro la cuestión como si fuera un buen vegetal de los que me fumaba cuando mi corazón andaba todavía de recibo. Y lo hago sobre la incuestionabilidad de que el realismo y el naturalismo del XIX han sido desbordados por una enorme crudeza expresiva. ¿A dónde, pues, va nuestra novelística? No se inmuta, yo creo que, al contestarme, se ha puesto a mirar a una nube baja, cardada, de pronto, por una añosa encina.

—Esto sí que creo que es un sarampión pasajero.

Miguel Delibes es académico luego hay que hablarle del lenguaje. Y le digo que sí, como miembro de número de la Real de la Lengua, cree que se cuida el lenguaje o sí, por el contrario, estamos asistiendo a un proceso de chabacanería. Y parece, por la letra, como si le hubiese tocado un resorte de rapidez:

—No se cuida y antes que a un achabacamiento caminamos hacia un empobrecimiento. La pereza mental ha creado lo que ha dado en llamarse lenguaje "cheli", un lenguaje de tópicos. Por otro lado la TV., única escuela de muchos millones de españoles, se preocupa muy poco de este grave problema.

No quiero abusar de su tiempo y echo el cierre con mi interés por lo que tiene, ahora, en telar Miguel Delibes.

—Una adaptación teatral de mi libro "Cinco horas con Mario"; un guión cinematográfico sobre mi última novela "El disputado voto del señor Cayo" y un libro sobre Castilla.

¡Un libro sobre Castilla! Ya siento comezón sólo con la noticia escueta. Miguel Delibes, estoy seguro, nos pondrá una vez más en pie a la vieja Castilla. ¿Quién si no él pudiera hacerlo? Y perdón, Miguel Delibes, si he caído, en algún punto, en ese lenguaje "cheli". Perdón por la torre de la romana catedral de mi plateresca Salamanca, con su gallo como símbolo de la Iglesia vigilante. Así él vigile mi pobre palabra del acoso de los tópicos. Amén. Y mis gracias más expresivas a sus y mis amigas las truchas, de Rudrón por la parte burgalesa, de San Felice que me presentaron a Ud. Y en ellas incluyo a todas las demás, hasta llegar a las del feble Moradillos, en mi perenne gratitud. Laus Deo. — José María TAVERA.

MASS MEDIA '79

Literatura

La difícil sencillez de Miguel Delibes

«El disputado voto del Sr. Cayo»

No cabe duda que el encauzamiento de estas líneas puede entenderse de muy diversas formas y por ello voy, en primer lugar, a delimitar estrictamente lo que en ellas quiero condensar.

Parece que «difícil» y «sencillez» son conceptos excluyentes y que no pueden, por tanto, ir unidos. Sin embargo, y aquí surge la paradoja, en el caso de Miguel Delibes, son perfectamente compatibles y definen a la perfección las coordenadas en las que se dibuja este «clásico» de la literatura castellana.

Quien lea su última novela «El disputado voto del Sr. Cayo», sobre todo si no es un habitual de la lectura, podría exclamar: «Yo también soy capaz de escribir eso». La sencillez en el fondo y en la forma que toma cuerpo en las deliciosas páginas de la novela en cuestión, pudiera parecer algo fácil de lograr para cualquiera que sepa expresarse, medianamente, en el lenguaje escrito, pero nada más lejano de la realidad y nada, también, más difícil. Y por difícil, precisamente, no abundan estas muestras literarias en nuestro entorno editorial.

Miguel Delibes goza de una sintonía tan peculiar con la naturaleza y sus gentes que sus obras tienen un profundo eco de confesión sincera ante el papel en blanco, embotado a ritmo de equilibrado sentimiento. Pero este sentimiento va acompañado de un dominio tan grande del idioma que cada frase, cada palabra, guarda un equilibrio y «encaje» en el conjunto que nos hace exclamar: «Estamos ante un maestro».

Su novela «El disputado voto del Sr. Cayo» está entramada en uno de los temas con mayor actualidad en España: las campañas electorales. Pero no se trata, ni mucho menos, de un oportunismo editorial, al que Miguel Delibes haya prestado su pluma. La temática general es una anécdota trascendida en el personaje central, el Sr.

Cayo, y en la reacción que éste provoca en el posible diputado, Víctor. Hay algo más, en la novela, que el aquí y el ahora periodístico. Delibes ha construido una historia profunda y orientadora en un mundo de velocidades, prisas y derechos por obtener, más como necesidades programadas desde despachos políticos ávidos de «mandar» que de derechos realmente consistentes.

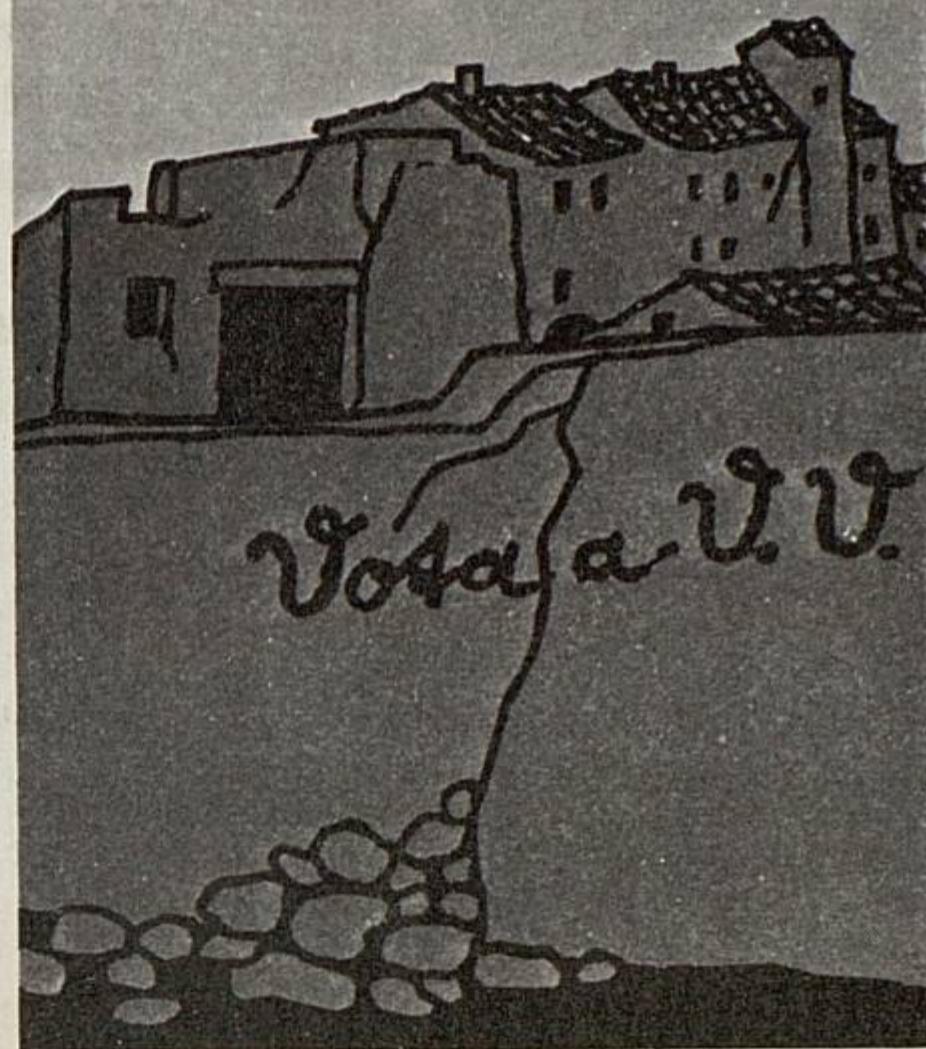
El Sr. Cayo es un «paleta» que vive solo en un pueblo abandonado de la meseta. Un buen día, tres adelantados de un partido político, irrumpen en la plaza del pueblo pretendiendo dar un mitin. «¡Como no vayan a Bilbao!», dice el Sr. Cayo. La emigración ha despoblado aquel núcleo rural que no parece, por otra parte, andar muy necesitado de bullicio. Durante unas horas, los tres jóvenes acompañan al Sr. Cayo en su trabajo y al ritmo de sus pasos van recibiendo una lección de vida tan sana y tan abierta que provoca nostalgias de ese «paraíso perdido», evocado en los gestos y palabras del «paleta».

El Sr. Cayo no sabe que vive oprimido por la injusticia, a pesar de los apremios argumentales del más joven de los «mitineros», ni tampoco que es necesario dar su voto al partido político de sus acompañantes, únicos en la nación que van a sacar del olvido y postración al campo español.

El Sr. Cayo es un pobre analfabeto que, poco a poco, va enseñando lo que es la vida a dos muchachos universitarios y a una joven feminista. Es un sabio de la vida a quien nada ni nadie le ha creado necesidades y que, todavía menos, le van a introducir en las marionetas del juego político. Y todo sin estridencias, con la suavidad con que corre el agua en el arroyo donde acaba de pescar unos cangrejos o con la estudiada parsimonia con que recoge un enjambre de abejas de la copa de un árbol para llenar una colmena.

Miguel Delibes

El disputado voto del señor Cayo



Víctor, el posible diputado del grupo, recibe tal impresión que intenta ahogarla con una serie ininterrumpida de copas. Ha procurado ganar un voto y lo que ha hecho es perder toda la gran opinión que tenía de sí mismo y del partido político al que pertenece.

«El disputado voto del Sr. Cayo» no puede quedarse como una novela más. Debe ser leída. Meditada. Saboreada. Alabada también. Aunque, en honor a la verdad, no esté exenta de fallos o de logros menores, como esa primera

parte, quizá algo larga y que únicamente tiene el valor de resaltar más el auténtico contenido del libro.

Desde la llanura castellana en la que habita Miguel Delibes, la visión del mundo es mucho más nítida que en nuestras contaminadas ciudades. El sabe comunicarnos su visión en una envoltura de palabras tan sentidas que uno no puede menos de coger de nuevo el libro y recomenzar su lectura.

Luis Manuel de la Encina

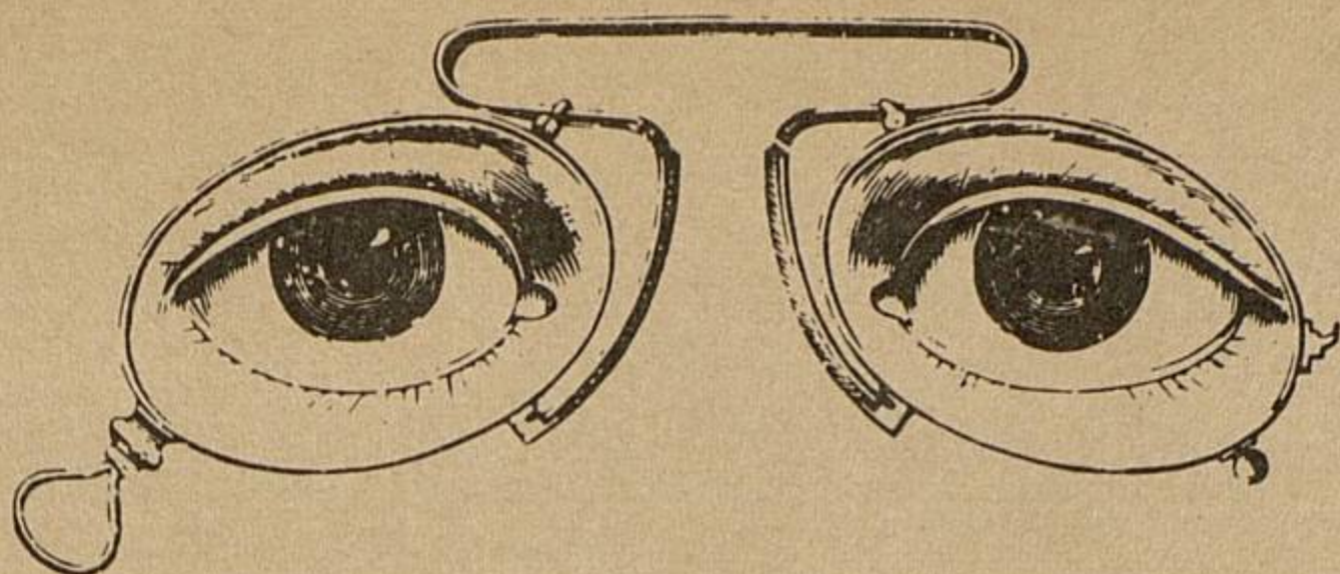
Libros

CUADERNOS DE INVESTIGACION HISTORICA, 2

Homenaje a M. A. Alonso Aguilera (Tomo 1)
FUNDACION UNIVERSITARIA ESPAÑOLA
Madrid, 1978

Profesores y especialistas nacionales y extranjeros rinden en este volumen, de los dos de que va a constar, un homenaje de simpatía y admiración al historiador vallisoletano Miguel Angel Alonso Aguilera, prematuramente fa-

llecido. El simple hecho de que este homenaje vaya dirigido no a un veterano profesor, dueño de una extensa bibliografía, sino a un joven investigador, con apenas unos títulos en su haber, habla bien claro de la reconocida valía personal y de las precias dotes para la docencia y la investigación de las que tantos frutos sazonados cabía esperar. El volumen consta de 21 artículos de varia extensión, entre los que destacamos, por la especial



PENTHOUSE INTERVIEW

Febrero 79

EL VALLISOLETANO O MIGUEL DELIBES

MD

Hay que distinguir una boina castellana de una boina vasca. Las boinas vascas ya saben ustedes cómo son y yo no soy especialistas en el tema. La boina castellana no es ni grande ni pequeña, pero puede quedar airosa (aunque a mí no me guste nada) en la cabeza de Miguel Delibes, que es un Gary Cooper de Medina del Campo o Medina de Rioseco.

—Miguel: Valladolid.

—En Valladolid, como en toda ciudad pequeña (y lo han estropeado mucho, a mí ya me parece caótico), se ven las vidas redondas, Paco. Se ve a la gente nacer y morir.

—¿Y qué pasa con eso?

—Que eso es bueno para el novelista, porque le da completos los ciclos humanos.

—Así te han salido a ti de bien, literariamente, los ciclos humanos, mamón.

Se quita la boina y se pienza con la mano cazadora y escritora el pelo casi rubio, casi escaso, casi corto, que le queda muy bien, siempre entre galán americano y paleto del monte de Torozos.

—Acabas de sacar una novela: *El debatido voto del señor Cayo*.

—Acabo de sacar una novela: *El debatido voto del señor Cayo*.

Petaca y librito de papel de fumar Zig-Zag, que es una fábrica de papel de fumar de Valladolid, que está o estaba en la calle Muro y que hace o hacía unos libritos largos, estrechos, rojos, con una hojita hacia el final, anunciando al fumador que quedaba poco material y que había que comprar otro librito.

—*La hoja roja*.

—¿Pero no íbamos a hablar del señor Cayo?

Lía el cigarro y no se deja liar.

—*La hoja roja* es tu mejor

novela, Miguel, te lo digo yo, palabra.

—Siempre te ha gustado mucho.

Y lo he probado, porque le puse prólogo en una edición multitudinaria y ese prólogo fue uno de los capítulos, me parece, de mi apresurada —ay— biografía de Miguel Delibes.

—Eran los tiempos, Miguel, en que uno hacía libros apresurados.

—Tú siempre has escrito con facilidad, Paco. Te envidio la facilidad. A mí me cuesta, coño. Mira, yo, cuando leo a otro escritor, un artículo, por ejemplo, me digo: "Aquí este cabrón se ha parado a fumar. Ya no se le ocurría nada." Porque es lo mismo que me pasa a mí. Bueno, pues a ti no se te nota eso. Tú parece que escribes todo seguido, como una meada. Hale. Y eso es lo bueno, en ti.

—Es que yo no fumo, Miguel.

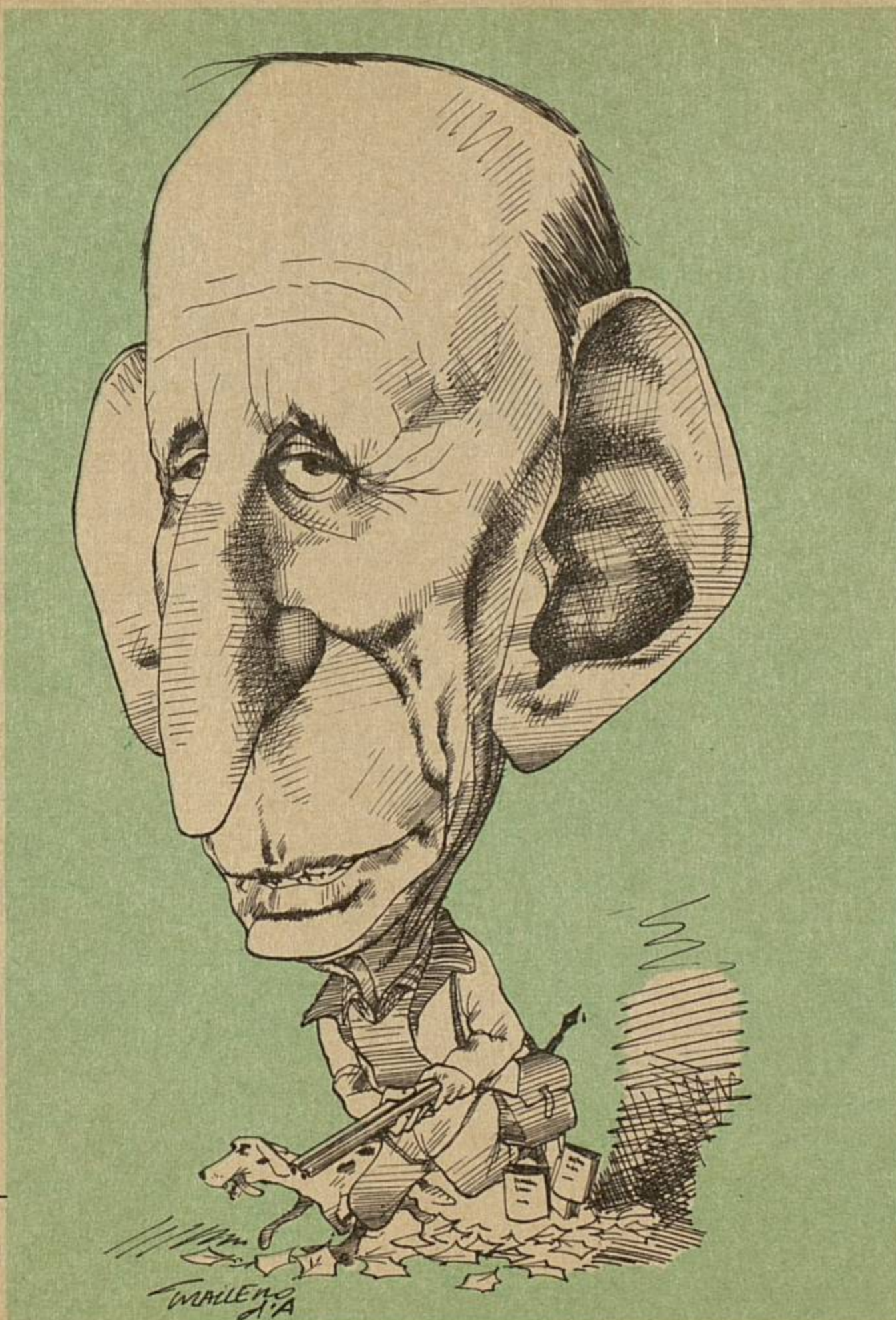
Entre sus novelas podríamos hacer una división sumaria: las campestres y las ciudadanas o pequeñoburguesas. Yo, naturalmente, prefiero las pequeñoburguesas, no por elección literaria, sino porque vengo —como casi todos— de un medio pequeñoburgués. El campo me dice menos o no me dice nada, como a Baudelaire. Y entre las novelas de la ciudad, creo que la obra maestra de Miguel es *La hoja roja*. ¿Por qué ahora que están llevando al cine gran parte de su novelística, nadie filma *La hoja roja*?

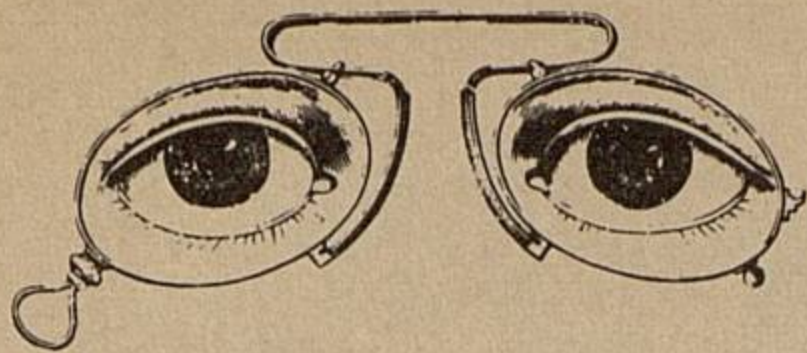
—Escribes poco, se te ve poco, Miguel. Dime qué haces.

—Monto en bicicleta.

Como Mario/Miguel, el protagonista de *Cinco horas con Mario*, otro gran libro pequeñoburgués del novelista:

—Ya no me gusta Mario. Era pedante de la moral. Hoy casi creo que tenía más razón





su mujer en algunas cosas.

Sé que andan por Madrid nuevos proyectos de llevar el *Mario* al teatro o al cine. Yo a Miguel lo veo más en el cine, primero porque sé que le gusta mucho (empezó casi de crítico de cine, en *El Norte de Castilla*), y luego porque en su prosa hay una plasticidad de caras y paisajes, un lenguaje corto y duro que le va mejor al cine que al teatro, como se ha visto en las películas realizadas hasta ahora sobre sus novelas.

—¿Qué más trastos usas, aparte de la bici?

—El tractor, cuando hay nieve. Y un poco el coche.

Se pone las gafas, que le hacen un poco cara de médico, como a casi todo el mundo. Tiene ojos claros inyectados en perro noble, en perro azul. Se quita las gafas.

—¿Cobraste por hacer el *A fondo* en la tele?

—Pues claro.

—Otros perderían el culo por ir.

—Yo tengo poco culo.

Está muy delgado siempre. Yo no sé si padece del estómago o qué.

—¿Por qué matas bichos?

—Cada vez mato menos, Paco. Fumo, paseo, miro el campo, pienso. Apenas disparo. Luego escribo alguna cosa de las impresiones de la jornada.

Quizás escribe más de caza que dispara a la caza. También pesca:

—La pesca es buena. Eso sí que permite pensar, esperar, recordar. No hay que hacer nada.

Me parece que su novelística va siendo cada vez más moralista, más de tesis. Marías se lo dijo en la academia. Yo no me atrevo a decírselo, pero creo que no es por ahí. Claro que su estilo, su verdad, su calidad, lo salvan siempre todo. No he leído aún lo del señor Cayo.

En mil novecientos cuarenta y siete yo era un niño con piojo verde que robaba libros de los quioscos y manzanas de las fruterías. En los quios-

cos estaba el libro de Miguel Delibes, "La sombra del ciprés es alargada", con una foto del autor, muy joven y con las orejas tiesas, y una faja del premio Nadal:

—Ya sabes que Vergés y yo llegamos a echar carreras de hijos. Creamos grandes familias, los dos.

—Dijeron que el libro era proustiano.

—Yo no había leído a Proust.

—Mal hecho. ¿Cuándo encuentras tu voz?

—Con "El camino". De pronto comprendí que no de-

cuadros, jersey de cuello bajo, que deja ver el cuello de la camisa, y abrigo loden para el frío.

—"Aún es de día".

—No me hables. Era el tremendismo de moda.

—"Mi idolatrado hijo Sissi".

—Ahí está ya, hasta en el cine. Yo defendía la tesis de que había que tener muchos niños y lo he demostrado. Tengo hijos y nietos. Ellos me acompañan.

—Otra película. "La guerra de papá".

—Sí. "El príncipe destronado". Tuve casi diez años el li-

he sido jurado de otros. Me pidieron ser jurado de un "Mariano de Cavia". Dije que bueno y nunca más se supo. Un día me entero por la radio del coche de que se lo han dado a Fernández de la Mora por unanimidad, o sea que yo había firmado el acta. Fui a Madrid y les armé el taco. Nada, ni caso, todo buenos modales y advertencias en el ABC de que podía perjudicarme romper la relación con la Casa. Ellos era una fuerza.

—Hoy te tratan bien.

—Se les habrá pasado.

—"Las ratas".

—Ya sabes. En la Castilla imperial y dominadora, que dicen hoy, la gente ha comido ratas de río para sobrevivir.

—Lo del "Náufrago".

—Un experimento.

—Los libros de viajes.

—Ahí está el periodista que es uno, malo o bueno.

"La primavera de Praga" fue un éxito de oportunidad y objetividad. Miguel Delibes está por un socialismo cristiano y en libertad, me parece a mí. Entendía mejor a los checos que a los rusos, como cualquiera."

—"Las guerras de mis antepasados".

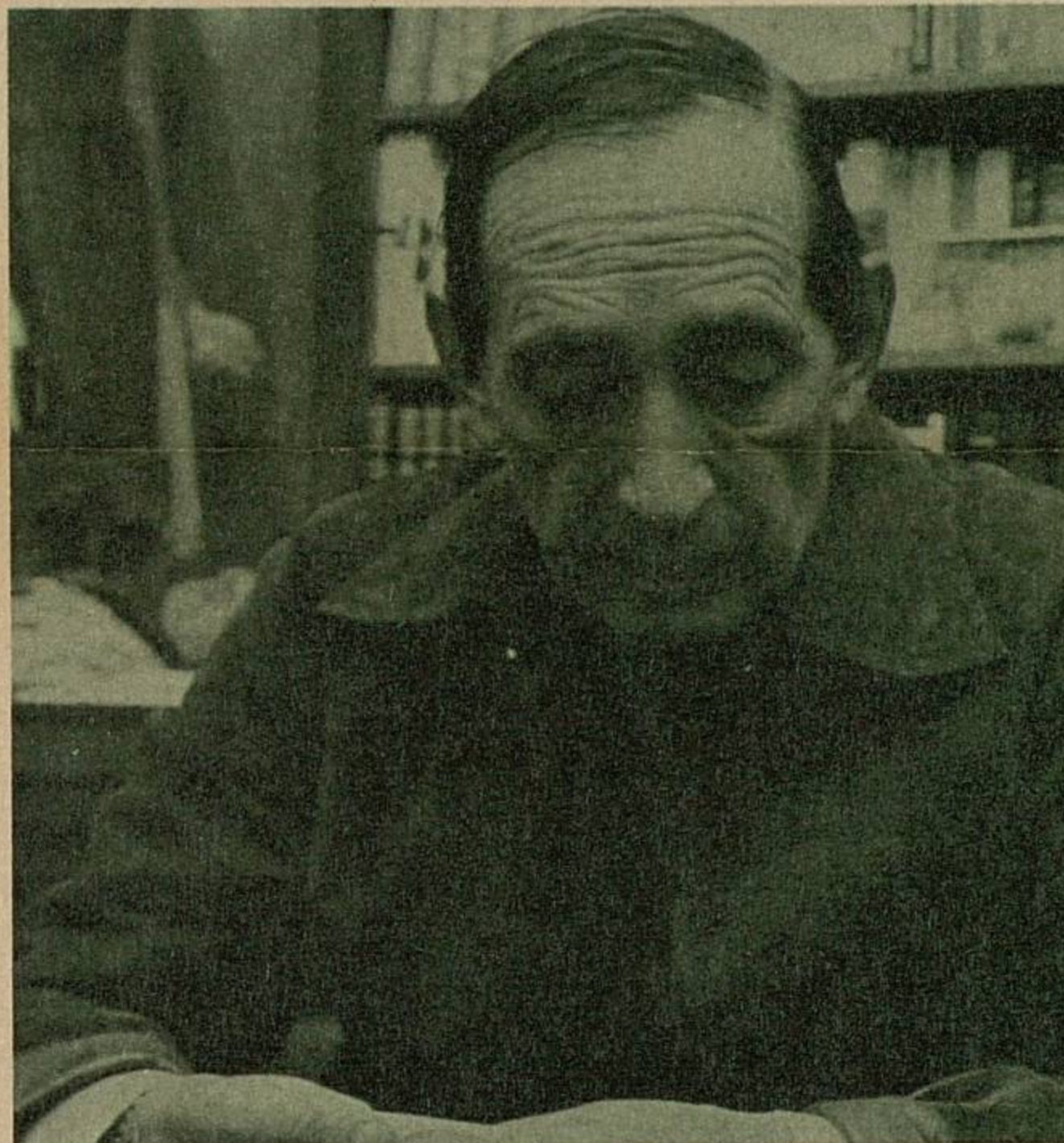
—Opina tú, Paco, que siempre has sido un buen crítico mío.

—Me parece que son dos buenas novelas, Miguel. Pero una novela debe ser una sola. La primera parte es prodigiosa. La segunda es una novela de cárceles, nada más. Y a eso te ha llevado el afán de tesis: a esa tenazón, a ese apurar las cosas, quiero decir.

Lía una picadura. Quiere decirse que no tiene ganas de pelea. Pasa la punta de la lengua por el borde engomado del papel, como si fuera a cerrar el sobre del cigarrillo, que luego emite mensajes de humo —indescifrables— al personal.

—Las escenas porno de tus películas.

—No me gustan porque me parecen innecesarias.



Miguel Delibes: "En Valladolid se ven las vidas redondas".

bía empinarme y ponerme literario. sino escribir como se habla, o sea, como habla la gente.

Después de "El camino", el "Diario de un cazador" me parece otro de sus libros sencillos, entrañables, sin empinamientos, una síntesis perfecta de campo y ciudad. Pero ahora quizás está volviendo a empinarse por otro camino: por el de la tesis. Todo lo salva o salvará su instinto de novelista. Lleva cazadora vieja, camisa de

bro en casa, porque no gustaba. Luego a la censura se le ocurrió decir que el título era alusivo y lo prohibieron. Y dentro hay una frase de una criada a un niño: "Sólo piensas en matar. Pareces un general." Me lo hicieron cambiar. Mejor dicho, suprimir lo del general. Ya ves.

—Al emigrante no le va tan bien en América como en Valladolid.

—No.

—Los premios.

—Me han dado muchos. Y

—¿Por qué vistes casi siempre igual?

—A ti siempre te dio por la ropa, Paco.

—Pero te nombraron el más elegante de Europa, con Malraux.

—Ya ves.

—Angeles.

—Qué te voy a decir.

Nuestras vidas están entrecruzadas de muertes, vidas, recuerdos, días, cartas, libros, ayudas, amistad y soledad. Sólo puedo hacerle una entrevista superficial. De lo contrario tendría que escribir un largo libro, otro libro.

—Los hijos.

—Parece que han salido bien, aunque uno se quemó y otro me ha dado disgustos. Pero nos entendemos.

—Los nietos.

—Son otra vez los hijos.

—Sedano.

—Ya has estado. Y te invité a conocer el pueblo del señor Cayo y al señor Cayo. Tú te lo perdiste.

Le tira el campo, la casona. Se ha inventado un ruralismo, una genealogía agraria, imaginativa, que sólo puede venirle de cuando iba a cazar con el padre, siendo niño. Descifra la naturaleza con naturalidad. (Hay que decirlo así: la naturaleza con naturalidad). Está joven y viejo.

—La ecología.

—Un desastre.

—La Academia.

—Les he llevado una nube de pájaros. O sea de fichas sobre pájaros. Me lo han agradecido mucho. Parece que del diccionario se habían volado muchos pájaros, o nunca habían hecho nido en él.

—La ropa esa que se ponen los académicos te sentaba muy bien.

—No sabía ni por dónde empezar a ponérmela. Tu mujer me ayudó un poco.

Es el hombre que más me emociona en este mundo. Quizás el único. Eso hay que corregirlo con la broma, con el ingenio, con la risa o el

chisme. Hay que ser castellanos, coño.

—Los nuevos escritores castellanos.

—No hay, Paco, o yo no los conozco. Fuisteis una generación: César Alonso de los Ríos, Jiménez Lozano, Martín Descalzo, tú y algunos más. Luego no ha venido nada o casi nada, que yo sepa, en literatura. En periodismo, el gran Leguineche.

—Tú nos aglutinaste. Con Carlos Campoy.

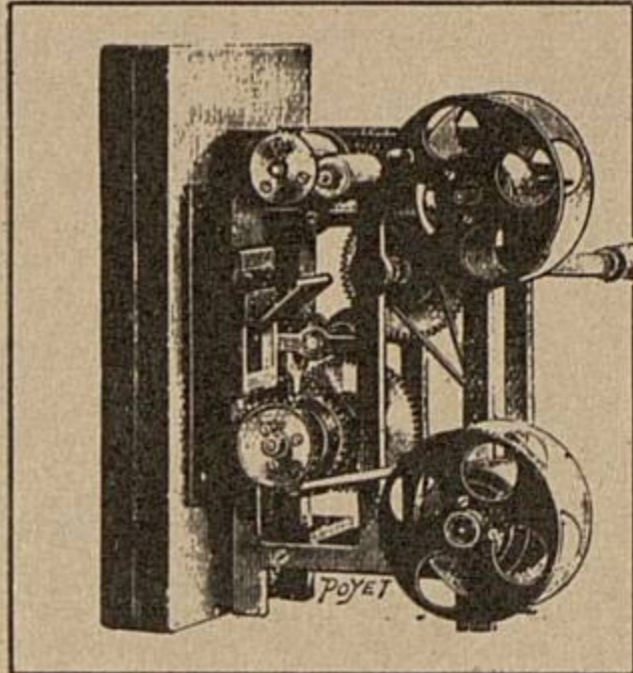
—Yo dirigía un periódico y tenía que buscar gente nueva. Y resulta que la había.

Valladolid es, para Giménez Caballero, la ciudad más romántica de España. La España de Valladolid es la torre de la Antigua, de un romántico romántico, pudiéramos decir, para disparatar un poco. Ahora la van a rodear de edificios horteras y ya ni se verá. No me atrevo a preguntarle a Miguel si hay cigüeñas en la torre. Quizá no las ha visto nunca.

En mi memoria sí, Miguel. Y ya casi sólo vamos creyendo en la memoria, ¿verdad, Miguel?

Francisco Umbral

CINE



EL OTRO WOODY ALLEN

El público y la crítica recibieron con desgana a *INTERIORES* de Woody Allen, creyendo una extravagancia que una película enteramente dramática, sin una sola risa, fuera hecha por un humorista consagrado, por el hombre que en mayo de 1978 no quiso ir a recoger sus Oscars (de *Annie Hall*) porque esa noche debía tocar el clarinete con sus amigos de Nueva York. Esa desgana colectivo tiene un curioso precedente histórico. En 1923, cuando Chaplin era

un cómico consagrado, realizó un drama largo, *Una mujer de París*, en el que ni siquiera figuraba como actor. Encontró el fracaso y descubrió que el público puede adorar a intérpretes, pero los directores le tienen muy sin cuidado. Con la posible salvidad de Hitchcock, el caso sigue siendo cierto hasta hoy. Es excepcional que el nombre de un director sea un incentivo de taquilla.

Los críticos de hoy suelen apreciar mejor a los directores, aunque a su vez ignoran a productores, guionistas y fotógrafos, con lo que hacen curiosas piruetas para explicar a directores irregulares (como Robert Aldrich o Joseph Losey). Un esquema demasiado fácil les ha hecho decir que Woody Allen es sólo un cómico y frente a *Interiores* les ha hecho escribir frases peyorativas, como "Zapatero a tus zapatos", decretando que Allen está imitando a *Gritos y susurros* de Bergman. Pero eso es ignorar que Allen, como todo humorista genuino, tiene y sufre una posición crítica frente a sus semejantes, a la sociedad y a sí mismo. Lo que na-



Richard Jordan, el intérprete preciso para un adusto Woody Allen.

«NADA MENOS QUE TODO UN HOMBRE»

48

He leído no sólo con deleite, sino con su chispa de discreta emoción el artículo, publicado en estas páginas, en que Francisco Vélez nos resumía la imagen, siempre ejemplar, de Miguel Delibes. Espléndido broche de esa ejemplaridad, el haber rechazado ocho millones de pesetas «**que su moral de escritor** —dice J. B. Filgueira en el «Ya» (9-179, página 16)— **no le permitía aceptar**». Es una lección que, aunque esperada por quienes admiramos sin reservas a Delibes, y también por quienes lo envidian, ha oxigenado un ambiente con hedores de corrupciones en cadena; de trampas que, al parecer, no dan frío ni calor a los que más obligados deberían sentirse. Indudablemente, por muy de Perogrullo que sea la reflexión, acercarse a la suciedad supone el riesgo de salir sucio. Por eso admiramos tan sinceramente al escritor y al hombre Miguel Delibes; para fortuna de la honestidad —como él mismo se confesara hace algún tiempo—, «un hombre fuera de juego»... «porque nunca he pretendido aprovecharme de las circunstancias; al contrario, en no pocas ocasiones he sido víctima de ellas sencillamente por intentar defender un sentido de dignidad o de integridad, según los casos».

Lo peor, para estas honestas víctimas propiciatorias, es que los corruptores no se rinden así como así y, cuando fracasan en su tentación, no se muerden la lengua al decir, con asfixiante aire de retrúcano barato: «**Ya he cazado a Delibes**»...

Nosotros sabemos que no. Nosotros sabemos que el recio e íntegro castellano de quien dijo Antonio Navalón que «nunca ha querido participar en la **tómbola** de los halagos, ni ha querido ser pasto de la tremenda voracidad del suma y sigue de las Españas», continuará cazando, sin que haya nacido aún quien sea capaz de cazarlo a él. Por esa fe ciega en el maestro, no he borrado un sólo renglón en la lista de mis obras predilectas: «Parábolas del naufrago», «Las ratas», «Cinco horas con Mario», «el No a ocho millones de pesetas»...

Del 16 al 18 del próximo febrero se celebrará en Almería el Primer Congreso convocado por la Asociación Colegial de Escritores de España: espléndida ocasión para el ejercicio de unos estatutos que prometen defender los derechos morales y profesionales del escritor. Y para abrir las ventanas de la literatura nacional, librándola de agentes nocivos. Y, en fin, para que todos, en pie, exijamos responsabilidades en resuelto favor del maestro Miguel Delibes, «**cazado**» en sueños ilusorios, sin duda porque el «**soñador**» no recordó a tiempo el título de Unamuno: «**Nada menos que todo un hombre**».

MANUEL BARRIOS

"El Correo de Andalucía"
4-II-1979

MD



Miguel Delibes: ¿Qué es mejor, recitar Althusser o conocer las propiedades de la flor del sauco?

Es el enfrentamiento entre dos miradas: la que lo hace resueltamente (urbana-aspirante-a-diputado) y la que lo hace taimadamente (rural, que no necesita nada porque ha asumido armoniosamente su soledad). «Por aquí —dice uno de los electoreros cuando entran en el pueblo—, no pasa un alma desde el 36.»

Una buena parte de la narración está ocupada por el diálogo entre estos electoreros progresistas que fijan su saber en las técnicas del marketing político pasado por la justicia marxista y el señor Cayo Fernández, 83 años, nacido el día de San Juan Capistrano. A Cayo, que vive prácticamente solo en Cureña, quieren darle un mitin, imposible como verá el lector. Y así acaban todos pasando un día de campo, una jornada dominguera, hablando del mundo de las abejas, cardanchas y cárabos, de las chorvas y los mirlos.

Cayo, el hombre sabiamente rural, les hace saber a los mitineros que se enteró de la muerte de Franco tres semanas después, pero que no le pudo impresionar mucho porque para él era un personaje que le

cogía a trasmano, según confiesa. Y cuando le preguntan si no le parece importante el pasar de la dictadura a la democracia a través del 15-J, no dice, no expresa afirmación ni negación. Su lacónica respuesta es: «Bueno.»

La excitación que produce el aspirante a diputado, venido de Madrid a la provincia para aparecer en cabeza de lista, el largo diálogo con el señor Cayo, se resume en la pregunta que se hace a sí mismo monologando ante los compañeros de la oficina electoral: «¿De veras te parece más excitante recitar Althusser que conocer las propiedades de la flor del sauco?» Para acabar con esta conclusión: «Hemos ido a redimir al redentor.»

El discurso evidentemente no es original, pero es el conflicto de toda una generación. El pretexto son las elecciones y por tanto el obligado y penoso esfuerzo que deben hacer los militantes urbanos y aspirantes a redentores-representantes del pueblo para acercarse al campo, al que sólo conocen por el nombre de sus pueblos bajo chincheta roja adjudicada en el mapa electoral de la pro-

vincia colgado en el despacho de la funcional oficina de la ciudad. Delibes aprovecha para llevar el agua a su molino, es decir, para presentar el campo como omnipresente personaje de toda la narración, ese entorno tan minuciosamente descrito en muchos de sus libros, ese gran olvidado de todos hasta que llegan unas democráticas elecciones. Entonces se sacan las chinchetas rojas, se señalan sus nombres, se les pone calendario y el aspirante al Congreso se pone en carretera lleno de pegatinas y carteles. ¿Reunir a los vecinos? «Para eso tendrán que llegarse hasta Bilbao...» El libro de Delibes se lee con gusto, mucho más ahora en que las carreteras volverán a poblarse de alegres automóviles. Vuelve el 15-J. Estamos ante el 1-M. El campo nos espera. Campesinos, a votar. Vamos a redimir al redentor.

CONCHA FAGOAGA



Miércoles, 7 de febrero de 1979

LA VOZ DE ALBACETE

GLOSAS LITERARIAS

MIGUEL DELIBES Y SU APOLOGIA DE LA VIDA RURAL

Por José LOPEZ MARTINEZ

Miguel Delibes ganó el Premio Nadal de novela en 1974 con su obra "La sombra del ciprés es alargada", y desde entonces no ha parado de escribir y publicar. En cierta ocasión me confesó en su casa de Valladolid, que de no haber sido por ese premio quizá no hubiera seguido adelante, se hubiera desanimado. Pero en literatura —aunque muchos crean lo contrario— el verdadero genio destaca inmediatamente y Delibes encontró su camino con aquella histórica novela. Luego vendrían títulos tan interesantes como "El camino", "Diario de un cazador", "Las ratas", "Cinco horas con Mario", "Las guerras de nuestros antepasados", "Mis amigas las truchas" y tantas otras más. Quizá ningún escritor haya gozado jamás en España de un tan unánime favor de la crítica, recibiendo cada nueva obra suya como un verdadero acontecimiento literario.

Miguel Delibes reside en Valladolid, donde ejerce como catedrático de Historia del Comercio en aquella Universidad. Prefiere vivir en una ciudad de provincias, alejado del ajeteo

de Madrid, pues así nada interfiere su intenso trabajo. Y desde Valladolid, cada año —cuando menos—, nos ofrece un nuevo libro. El penúltimo quiero recordar que fue "Mis amigas las truchas", ya mencionado, el cual —como siempre— despertó los más elogiosos parabienes de críticos y lectores. Ahora —también publicado por Ediciones Destino— nos llega "El disputado voto del señor Cayo", una novela verdaderamente inolvidable. Se trata de la obra donde con más amor y conocimiento del tema, se aborda la realidad de la vida campesina de esta hora en España. Con su admirable capacidad narrativa, el autor describe la desolación de los pueblos de Castilla, vacíos por los estragos de la emigración, la soledad del campo, la personalidad rústica de un personaje arquetípico: el señor Cayo.

Resulta —éste es el argumento de la novela— que un grupo de aspirantes a diputado,

en víspera de las elecciones generales del 15 de junio de 1977, en plena campaña electoral, deciden visitar varios pueblos de Castilla. Van decididos a emplear toda su ciencia persuasoria para ganar prosélitos, y así llegan a Cureña, patria chica del señor Cayo. Y tan chica que sólo residen él, su mujer, sordomuda, y un habitante más, con el que no se trata por estar peleados. Los diálogos mantenidos entre los visitantes y el señor Cayo no pueden ser más sustanciosos, más profundamente reveladores de uno de los fenómenos más importantes de nuestro tiempo: el abandono del medio rural.

Ya casi al final de la novela, cuando los aspirantes a diputado han regresado a la ciudad, confiesa uno de ellos: ¿Sabes qué te digo? Que nosotros, los listillos de la ciudad, hemos apeado a estos tíos del burro con el pretexto de que era un anacronismo, y los hemos dejado

a pie. Y ¿qué va a ocurrir aquí, Laly, me lo puedes decir, el día en que en todo este podrido mundo no quede un solo tío que sepa para qué sirve la flor del saúco?"

Miguel Delibes, el gran maestro de la novela española contemporánea, consigue con "El disputado voto del señor Cayo" uno de sus hitos narrativos más importantes. A base de sencillez literaria, de ausencia total de retoricismos, llegando al fondo de la realidad con un conocimiento absoluto del tema tratado. Vuelve Delibes al encanto de la vida rural, al escarnio de la gran urbe, a la apología humanísima de la aldea. El, miembro de la Real Academia Española, queda lejos de todo academicismo, amante de la soledad de los paisajes castellanos, descritos en esta novela con un pulso, una maestría, unas calidades realmente insuperables. Puede asegurarse que nos hallamos ante un libro inolvidable, casi un libro de cabecera, para leerlo todas las noches un poco antes de dormirnos. Quizá su sencillez, su pureza, nos aligeren el stress de la jornada.

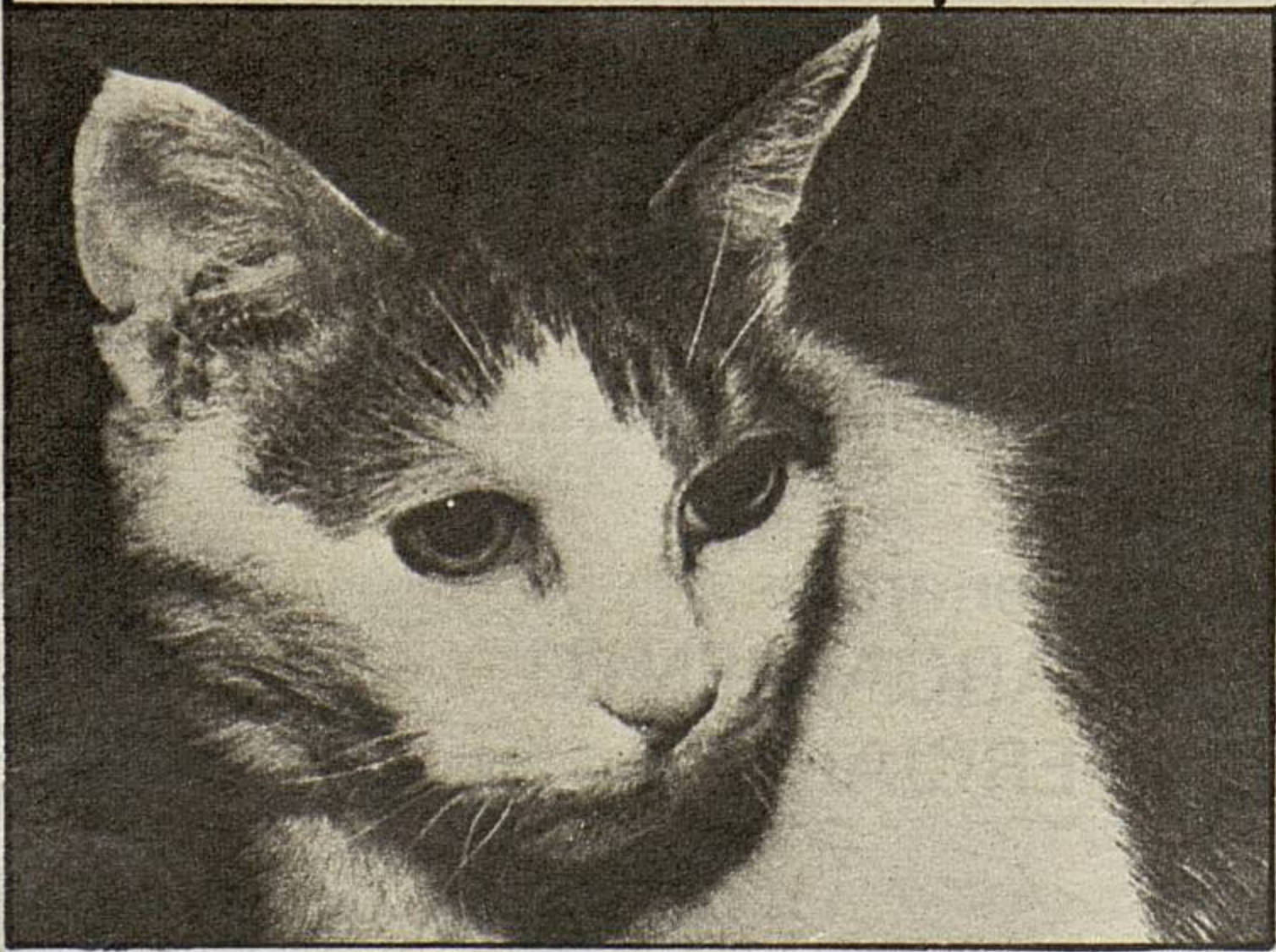


ELSA BAEZA Y SU «CREDO»

El éxito obtenido por Elsa Baeza con su «Credo», dentro de la «Misa campesina nicaragüense», ha decidido a una productora de discos a lanzarse a un proyecto ambicioso. Nada menos que la versión de esa «Misa». Puede leerlo en nuestra sección de música, en páginas interiores.

UN GATO EN CASA

En todo tiempo y lugar el gato aparece unido al hombre. Unas veces ha sido animal de compañía, otras representación de divinidades del bien o del mal o signo contradictorio de la desgracia y de la paz del hogar. Tener hoy un gato en casa es una pequeña aventura que puede ser muy agradable si se conocen unas pocas normas. En páginas centrales lo cuenta Enriqueta Antolín



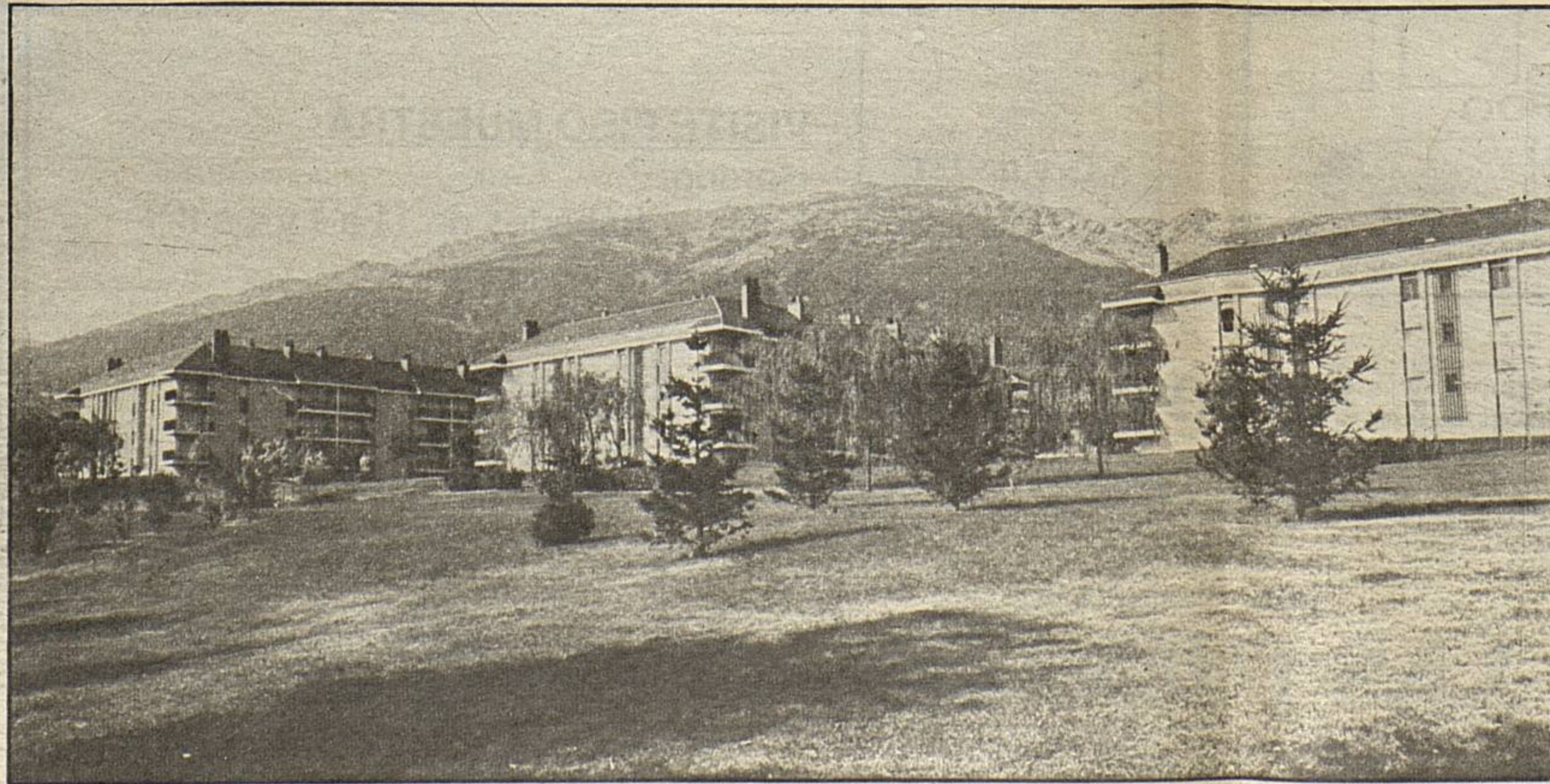
ya
fin de semana
Madrid, viernes 9 febrero 1979

MD

ENCANTO Y DESENCANTO DE MIGUEL DELIBES

CHELIS, MACARRAS, LA CAZA Y EL IDIOMA EN LA OBRA DE UN GRAN ESCRITOR

«Está siempre recto y enhiesto a sus cincuenta y ocho años. Tiene la estampa de un inglés que se despistó por Castilla la Vieja. Pero la malicia de su mirada y de su risa ronca no pueden ser más que castellanas; te mira, o se ríe, siempre un poco sesgado, y tú ves en seguida que tiene socarronería y astucia por arrobas. Quizá se le haya pegado algo de la perdiz: es difícil que no ande alerta. Y más ahora, cuando todo en él rezuma un cierto estar de vuelta de los hombres y las cosas, que no es soberbia, sino también desencanto.» Este es el retrato que Luis Pancorbo hace de Miguel Delibes, el escritor punzante y pujante, dominador del idioma, en entrevista que ofrecemos en nuestra primera página de tipografía.



MONTE ESCORIAL

LA MEJOR URBANIZACION
APARTAMENTOS ■ PARCELAS PARA
CHALETOS ■ LOCALES COMERCIALES

— Ofertas limitadas en condiciones especiales.
— Pago aplazado hasta 10 años.

¡No retrase su visita!

EL ESCORIAL Carretera al Valle de los Caídos

Aprobada por el Área Metropolitana en 26-7-67. Exp. nº 912.66.860-67.
Entidad garante, Banco de Bilbao. Cuenta Especial nº 64.503. Según Ley 57/68

MIGUEL DELIBES

FIN DE SEMANA CON:

MIGUEL DELIBES

«No hemos cultivado la cabeza del campesino»



Graniza sobre Valladolid, que ya es contrariedad, y, por si fuera poco, el Pisuerga anda como salido de madre. La sabiduría convencional nos ha dejado dicho que algo obvio en español se puede comparar con que el Pisuerga pase por Valladolid. Pero ya sería hora de ir cambiando el topicazo y trabar a Valladolid con algo más que un río, a un hombre y a un nombre como Delibes.

Miguel Delibes se ha hecho a vivir en esta capital de provincias, ya tan machucada por el deterioro urbanístico, ya demasiado grande y poblada para ser del todo reposante. Y, encima, graniza y el Pisuerga amaga con la crecida. El día en que voy a ver a Delibes se produce otra de esas noticias detonantes: se han descubierto los restos del conde Ansúrez, fundador de Valladolid. Hay tal cantidad de noticiones, con lo del conde Ansúrez y la crecida, que se diría una actualidad trepidante la de Valladolid. Pero ya es menos, y Delibes, que se queja de las hechuras actuales de su ciudad, sigue encontrando en la vida de provincia esas pausas existenciales tan fértiles, que tan buen resultado le han dado.

Lo que sí que estaría de más sería descubrir ahora a Delibes, quien, desde su Nadal en 1947, nos viene inoculando novelas, a menudo perfectas, nacidas clásicas, adobadas con esa sazón especial que él saca de oír, sin marrar, el idioma que le rodea. Hay hombres en sus narrativas, pero en Delibes lo que más luce son las hablas de hombres hechas letras, sin que este paso, de ordinario deletéreo, del habla a la letra, vaya en desdoro de la autenticidad.

Fue imposible no amar a Lorenzo, el bedel del Diario de un cazador; al Senderín, de La mortaja; al propio Delibes, discreto protagonista, cuando se pone a cazar o a pescar. Tortas y pan pintado del idioma, succulentas páginas para mirar, más que nada, Castilla, castellanos, sus árboles, peces y pájaros.

Está siempre recto y enhiesto a sus cincuenta y ocho años. Tiene la estampa de un inglés que se despistó por Castilla la Vieja. Pero la malicia de su mirada y de su risa ronca no puede ser más que castellana; te mira o se ríe, siempre un poco seguido, y si ves en seguida que tiene socarronería y astucia por arrobas. Quizá se le haya pegado algo de la perdiz: es difícil que no ande alerta. Y más ahora, cuando todo en él rezuma un cierto estar de vuelta de los hombres y las cosas, que no es soberbia, sino también desencanto.

Pero mientras hay quienes se desencantan fácil y se embarrancan aún más fácil, Miguel Delibes ha cuajado muy fructíferamente este momento de nuestra historia en su última novela. El disputado voto del señor Cayo. Novela en la que yo no diría que prevalece el enfrentamiento político o las diversas ideologías, progreso-atraso, politización-apatía, urbe-campo, sino el choque de dos lenguajes. En El disputado voto del señor Cayo volvemos a aprender cómo un lenguaje puede caracterizar un mundo, implicarlo y expresarlo. El mundo del rollo, el porro, el «mola cantidad», frente al mundo de las chovas que pían en los cantiles y el de la buena galladura de los huevos. No son mundos antagonísticos, son simplemente irreconciliables. En Cierta modo, entre estos dos grupos de españoles, se necesita un traductor por medio.

—¿Qué modelo de la realidad tomó para Cureña, el pueblo casi desierto del señor Cayo?

—Más que nada es un compendio, una síntesis de todos los pueblos abandonados de la zona norte de Burgos, abandonados o casi abandonados. Ahí hay una descripción física bastante exacta de Orbaneja del Castillo. Mientras que el problema puramente humano recoge un poco los últimos días de Cortiguera, antes de ser abandonado del todo. Y hay también descripciones físicas, qué diría yo, muy concretas; por ejemplo, del comedor de San Felices, que da sobre el Rudrón, frente a la ladera con las crestas, con los buitres.

Aperos verdaderos

—¿O sea, todos los utensilios y aperos que usted incluye los ha visto y tocado en pueblos auténticos? ¿Por ejemplo, la perezosa sobre la que come Cayo...?

—Bueno, la perezosa la tenía yo. La tenía en una vieja casa que compré en Sedano y se la llevaron después. Pero hay una perezosa en una casa de al lado, de unos parientes míos; hay una perezosa en casa de Luis Gallo, el que fue médico de Sedano. De manera que los materiales con que he operado son todos evidentes, son todos auténticos, están ahí. Como quedan señores Cayos en todos esos pueblos.

—¿Y cómo se ilustró en materia de apicultura?, porque eso también tiene su miga en la novela.

—A mí esto de las abejas me da mucho miedo, pero me apasiona

rón, cuando se envicia con la miel no la deja en paz.

—Entonces, ¿quiere decirse que usted no toma —vamos a llamarles así— apuntes de campo?

—No, no.

—Con una libreta, sobre el terreno...

—No; yo no hago apuntes de campo. Es una cosa que se va sedimentando poco a poco.

—Pero cuando llega a su casa de Sedano por la noche o de regreso aquí, en Valladolid, apuntará lo que ha oído antes de que se le vaya el santo al cielo.

—No, no; tampoco. Esto sí lo hago, naturalmente, con las pescatas y las cazas. Eso sí, porque si no, se me olvida. Lo que he pescado, cómo lo he pescado, la incidencia, el detalle, que se me va luego a disipar o se va a desvanecer entre otros días y otras pescas. Pero en las novelas, no. En las novelas, vamos, tomo unas notas sobre construcción y sobre el posible contenido del capítulo siguiente al que estoy escribiendo, aparte de tener una idea general sobre lo que me imagino que la novela va a ser.

Un Cayo castellano

—¿Y cómo le brotó su última novela, la de Cayo?

—Esto lo vi enseguida, cuando contrasté las elecciones, que fueron el 15 de junio, con los señores Cayos que yo veía quince días después. Y, claro, aquello fue tan brutal, fue un cambio tan brutal de ambiente, que dije: hombre, lo interesante sería poner en contacto estos dos mundos. Es decir,

cierto modo, estas novelas más podrán servir para decir: pues así se hablaba en la España de Franco o en el último cuarto del siglo XX, en el medio rural y entre la juventud española.

—Lo curioso es que lo de «molar» o lo de «comer el coco» no tiene color comparado con esas expresiones castellanas, pero también en extinción, como cuando usted escribe: «Resumiendo, que habéis hecho un pan como unas hostias».

—Esto ya es muy castellano. Esto ya es muy distinto. «Habéis hecho un pan como unas hostias» es una expresión que he oído desde chico, y esto ya se puede meter en el diccionario en pan y en hostias. Con el significado de hacer un mal servicio, de hacer algo mal, como un pan aplastado, un pan mal hecho.

—Usted ha hecho una novela tal que, tras leerla, no se pueden amar los partidos, aunque sean progresistas. O sea, el lector es animado sutilmente a advertir y comparar la calidad de vida y de expresión de unos y otros.

—Bueno, no simplifico tanto. Es decir, que tal vez en la novela esté idealizada la vida del señor Cayo. Pero la vida de los señores Cayo que yo he conocido es una vida muy dura, extremadamente dura, no sólo en cuanto a trabajo, sino dura en cuanto al frío en invierno, en cuanto a soledad tremenda, etc... Es decir, que a mí me gustaría vivir en un pueblo, pero no dentro de la austeridad espartana del señor Cayo, es decir, que yo tendría mi televisión, yo tendría mis periódicos, yo tendría mis libros. Yo no hago un canto a la aldea hasta el punto de

—Pues me hubiera encantado. —O tiene muchos compromisos aquí...

—Muchos, y cada vez más.

—Usted da clases.

—Sí; yo doy clases todavía, y este contacto con los chicos me gusta.

—¿De Derecho mercantil? Usted es catedrático de Derecho mercantil.

—No, no; de Historia de la Cultura doy ahora. Sé poca historia y poca cultura, pero como el curso es de chicos no especializados en historia, porque es peritaje mercantil, pues no tengo graves problemas. Pero la tentación de ir a vivir a Sedano, por lo menos gran parte del año, ya me rondaba, y posiblemente lo hubiera conseguido de haber vivido mi mujer. Aun cuando ella no compartía mi punto de vista, quizá con un criterio más certero que el mío. Porque ella convenía en que un invierno en un pueblo era un invierno muy duro, y con unas condiciones de vida muy difíciles. Ahora, en realidad, paso casi tres meses de verano, suelo pasar las vacaciones de Semana Santa también; si la Navidad no viene excesivamente cruda, marzo, y luego, claro, los fines de semana, que los paso en el campo, en un sitio o en otro, pero en el campo.

—¿Dónde ha estado el último?

—Este último fin de semana he estado en Santa María del Campo, en tu tierra también.

—Hombre, ése es uno de los sitios donde más se tiene la impresión de que el campo es un mar, ¿no cree?

—Sí. El nazavo ése es impresionante. Pues allí estuve el domingo, que no se podía andar porque estaba el suelo pesadísimo, encharcado, se ponían unas suelas de tres kilos en cada pierna, y llegué derrengado. Llegué al automóvil derrengado, después de cazar una perdiz. Me acordaba de los que dicen que es un crimen lo de cazar una perdiz. Yo a estos señores les daría una escopeta, ¡hala!, el domingo que viene, para que hablen de eso como de un asesinato a sangre fría.

—La cosa tiene más ciencia.

—Pues mira, nos levantamos a las siete y media y salimos a las ocho y cuarto, nos paramos a desayunar por el camino y empezamos a cazar sobre las nueve y media hasta las tres. Y ya no es que sean veinte o veinticinco kilómetros, son las condiciones de esos veinte o veinticinco kilómetros; es subir, bajar y siempre arrastrando unas pellas de barro que casi te inmovilizan. Claro, la perdiz tiene sus alas y vuela, y tiene sus ojos y te ve lejos, y...

—¿Podría prescindir de todo lo que no fuera escribir?

—Pero es que esto creo que le esteriliza a uno, llega un momento en que si uno cierra los contactos que tiene con la sociedad, pues no sabe uno de qué escribir. Yo es la sospecha que tengo. Es que uno necesita tratar con la gente, con el pueblo, con los estudiantes, con los intelectuales en una tertulia. El día en que uno se cierra y no tiene más que la cuartilla y la pluma no es bueno. No es bueno porque uno no sabe ni cómo escribir, ni de qué escribir, ni cómo hablan los estudiantes, ni cómo hablan los campesinos.

—Pueden salir geografías inventadas, otros mundos.

—No; yo no tengo imaginación. Yo creo que las novelas salen tanto de lo que uno observa como de lo que uno es, como de lo que uno inventa. En unos prevalece la invención sobre la observación, en otros, la observación sobre la invención, como en mi caso. Pero de estas tres fuentes sale la novela, la narrativa en definitiva.

—Usted es también periodista. ¿Por qué no aceptó la dirección de un matutino madrileño cuando se lo ofrecieron?

—Sí, me lo ofrecieron, pero esto implicaba el irme a vivir a Madrid y el romper con todo lo que había sido mi vida. Además, creo con Hemingway que el periodismo, si no lo abandonas pronto, acaba quemándote. Es una profesión muy dura y que te obliga a estar siempre en tensión.

«Que donde hay dos españoles hay odio es terrible, pero fundamental en mi novela «El disputado voto del señor Cayo»

el mundo tan perfectamente organizado de estos insectos. Y a menudo me avisan para coger un tetón, naturalmente para verlo. Cuando me mandan echar mano, me da terror. A mí esto de que la abeja enjambrada no pica no acaba de convencerme.

—¿Y dujo de dónde lo sacó, del diccionario?

—Yo, realmente, no utilizo el diccionario. Pero el dujo es lo que es, ya los conoces, esas colmenas que se hacen en troncos huecos e incluso se cortan esos troncos en cachos, se ahuecan y se empotran en la pared. Ese conjunto de dujos, empotrados en una pared, son las hornilleras, porque no tapan el dujo del todo, se deja una ranura, un gárgol, que es por donde entran las abejas. Y por el otro lado lo destapan para catar las colmenas, para sacar la miel. De manera que éstos son usos viejísimos de toda esa zona, y pese a las movilizadas y a todos esos inventos que se han hecho en el terreno de la apicultura, pues siguen usándose.

—Como el humeón, pongamos por caso.

—El humeón es el fuelle con un depósito donde echan estiércol seco de vaca o echan boñigas secas, aunque generalmente echan paja. Lo prenden fuego y esto arde sin llama y da humo. Luego, con el fuelle lo activan y sale el humo... De manera que todos estos aperos y todos estos utensilios están vigentes.

—Pero, por ejemplo, ¿se acuerda usted de cómo se llamaba el campesino que usó esta frase de su novela: «este bicho para las abejas es peor que el picorrelincho, peor, dónde va; el lagarto, cuando se envicia, es muy lame-rón»? Ese tenía que ser un campesino auténtico, ¿no?

—No. También se trata de una síntesis de muchos personajes y de lo que hablan. Al pico carpintero le llaman en Burgos picorrelincho; es ese pájaro que horada los árboles, y, en consecuencia, horada los dujos y se come las abejas y se come la miel, y por eso es malo. Pero por lo visto, el lagarto —claro, yo sólo lo he oído, pero no lo he visto— es muy lame-

que vino solo, porque yo no tenía idea de hacer una novela sobre este tema.

—El mundo de Cayo está claro que usted lo conoce al dedillo, pero, ¿cómo sacó todo ese lenguaje macarra de los jóvenes políticos?

—¡Oh! Esto, nada, de la calle... Basta montar en un autobús.

—¿Aquí, en Valladolid?

—Sí, claro, cómo no; hoy día basta montar en un autobús o asistir a un partido de fútbol o, en fin, mezclarse en una manifestación, para que salga todo esto. E incluso escuchando a los chicos en la Universidad. Yo creo que más que un idioma de un grupo social determinado, lo que ocurre es que es más un idioma de juventud, porque lo emplean endistintos campos políticos, lo emplean en diversos estamentos sociales. Es decir, es como hablan los chicos, no como hablan estos o los otros chicos, sino como hablan los jóvenes en general. Y la prueba está en que yo he cargado este idioma, esta manera de expresión porque no es un idioma, en Rafa, que es el más joven del grupo. El es el verdadero intérprete del lenguaje cheli.

—¿Y qué le parece a usted esta jerga macarrónica?

—Yo, cuando escribí en esta novela lo de «comerle el coco» lo había oído a dos personas. Cuando he publicado la novela es cuando ya se está haciendo lugar común. Cuando yo empecé a emplearlo no era lugar común todavía, era una cosa rara que decían los más escogidos en este lenguaje cheli... Pero hoy en día se ha hecho tan tópico como el tío, como el macho, como estas cosas, que pueden tener su gracia en su momento, en el momento de la creación. Cuando pierde esta gracia es cuando se extiende y cuando se hace un lugar común.

—No concederá a esta jerga tampoco capacidad de supervivencia, ¿no?

—Yo creo que no. Esta es una cosa que pasará y que será sustituida por otras modas. Pero, claro, creo que entre todas estas modas vamos recortando el idioma, empobreciendo el idioma de una manera muy peligrosa. En

aplaudir la vida del señor Cayo. Yo aquí lo que quisiera hacer notar es que mi intención ha sido demostrar pocas cosas, pero de las pocas que he intentado una de ellas es ésta, y es que creo que al hombre del pueblo lo hemos abandonado, y no hemos cultivado en absoluto su cabeza. Y la contrapartida es que me asustan, me aterran las manos inútiles de los intelectuales, mis propias manos, que sólo sirven para agarrar la pluma. Me parece que hemos sido víctimas de una educación incompleta y que, en lo sucesivo, si queremos hacer más felices a nuestros hijos, les tenemos que enseñar a valerse de las manos tanto como de la cabeza.

—Se dice en su novela: «Hemos ido a redimir al redentor».

—Exactamente. Esos señores nos están dando de comer y nosotros les decimos paletos. Como dice Rafa, es fácil «comerle el coco a un paleta». Lo malo es hablar siempre del paleta, como en Madrid del isidro, con un desprecio olímpico. Cuando el paleta y el isidro, pues realmente nos están dando de comer, tienen una función importantísima en nuestras vidas.

Irse al campo

—Sin embargo, esos paletos de nuestros pueblos, que Dios guarde, no son siempre tan sublimes, pueden ser egoístas, envidiosos, desconfiados, retrógrados, ¿no le parece?

—Bien. Eso está también en mi novela. El que existan sólo dos vecinos en el pueblo y se odian, y se envenenan los gatos y se ahorquen los perros. Cuando llegan los del partido y preguntan a Cayo si no hay más habitantes que usted, él dice: «Esté ese, pero si hablan con ése no hablan conmigo». Eso es algo definitivo, algo que a mí me parece terrible. Porque yo concluyo de ahí que donde hay dos españoles hay odio, y esto me parece fundamental en la novela. Es otra de las pocas afirmaciones que he querido hacer en ella.

—¿Usted se establecería en su casa del pueblo, ahora que Valladolid ya empieza a ser grandota e incómoda?

Letras / Entrevista

Miguel Delibes,
testimonio
del lenguaje
de Castilla

Juan Cruz Ruiz

Miguel Delibes tiene claro su disputado voto político y asume con una humildad exacta su conducta literaria. Una conversación con este señor Cayo de la urbe vallisoletana es un remanso campestre de paz en el que de vez en vez resuena el sonido respetuoso del disparo de sus ideas. No hay tracas alrededor de su figura esbelta y un poco ausente, disfrazada su mirada cálida tras unas gafas claras que resaltan sus ojos brillantes, los ojos de quien está acostumbrado a buscar entre los colores del monte el aire veloz de una perdiz. Pide té («yo tomo mucho té», dice, como si estuviera resumiendo una hora de la tarde) y se sienta de nuevo, acariciando sin descanso, pausadamente, unas manos largas, huesudas, las manos del que sólo escribe a mano, con pluma, encerrado en un rincón escueto, austero, de una casa en la que los recuerdos del pasado se confunden con el presente para señalar quién es el Delibes que nos habla.

Su último libro, *El disputado voto del señor Cayo*, ha aparecido, por casualidad, al tiempo que en este país surgen de nuevo las elecciones generales y parece que el personaje Cayo, y en general la temática de esta última novela, se pone de moda.

En algún lugar se le atribuyó a Delibes una pretensión sobre su obra: *El disputado voto del señor Cayo*, se afirmaba que él había dicho, era la primera novela de la democracia. «No recuerdo haber dicho una cosa así, al menos textualmente», nos corrige ahora Miguel Delibes. «Tal afirmación sería un poco tonta y petulante. Tal vez no me expliqué bien o me entendieron mal. En cualquier caso, pude querer decir que era la primera novela que escribía en régimen democrático y, por tanto, sin censura y sin autocensura. Desde luego, lo que no pretendí afirmar es que la novela fuese una novela política. En *El disputado voto del señor Cayo* existe, en efecto, un andamiaje político puramente formal, pero no tiene un contenido político y, menos aún, partidista.»

Testimonio

Miguel Delibes es el testimonio callado, aunque sobradamente productivo, desde el punto de vista de la creación literaria, de una generación acosada. A la llegada de la democracia, que él celebró a su manera con la escritura de este último libro, Miguel Delibes, académico respetado que prefiere la caza de una perdiz al bullicio de las sesiones solemnes, le vinieron las ofertas de adscripción política, a las que él reaccionó con un gesto tan decidido —un bufido, diría él, con ese lenguaje sereno con que acompaña el gesto de sus manos— que nadie ha vuelto a hacerle ahora tales honestas proposiciones.

Su vida es un testimonio, y quedará así, por lo que parece, hasta que se le oscurezca el sol de la Castilla que lo sustenta.

Su propio libro, el último, no es otra cosa que un nuevo testimonio.

En una entrevista reciente señaló que le-
(Pasa a pág. IV)



Miguel Hernández, dibujo de E. Pignon

Letras

Una incógnita desvelada:
“El hombre acecha”, de
Miguel Hernández

Víctor Ynfantes de Miguel

La obra poética de Miguel Hernández publicada en vida del autor está integrada por cuatro libros: *Perito en lunas*, Murcia, Sudeste, 1934; *El rayo que no cesa*, Madrid, Colección Héroe, 1936; *Viento del pueblo*, Valencia, Socorro Rojo Internacional, 1937, y una última obra, *El hombre acecha*, de la que, hasta el momento, no se conocía ejemplar alguno. Se sabía por algunos testimonios que en los primeros meses de 1939, en Valencia, en una imprenta situada en el número nueve de la calle de Avellanas, se estaban imprimiendo dos libros: *Cancio-*

nes de lucha, que recogía himnos y canciones del Ejército republicano, y *El hombre acecha*. La entrada en Valencia del Ejército nacional hacía suponer que estas obras correrían idéntica suerte que el número veintitrés de *Hora de España* —también en prensa en la misma ciudad—, o que las *Crónicas de Gerardo Rivera*, de Domenchina, que, en iguales circunstancias, fueron reducidas a pasta de papel. Sobre el estado de la edición algunos estudiosos, como Juan Guerrero Zamora (1955) y Darío Puccini (1966) la consideran, tan sólo, a falta de encuadernación; por su parte, Antonio Odriozola (1968) suponía que «se imprimió, pero no llegó a publicarse». Terminada la guerra, ya en 1960 se publican por la Editorial Losada, de Buenos Aires, las *Obras completas* del poeta; en ellas se incluye *El hombre acecha*, reconstruido sobre un índice conservado entre los papeles del poeta y una copia mecanografiada que

proporciona a la editora Leopoldo de Luis. Este autor, en compañía de Jorge Urrutia, ha publicado recientemente (Madrid, Cupsa, 1978) una cuidada y rigurosa edición crítica de *Cancionero y romancero de ausencias* y de *El hombre acecha*, en cuyo prólogo recoge nuevos datos, a través de los testimonios de Rafael Pérez Contel —responsable de la edición—, de Antonio Aparicio y Ramón de Garciasol, amigos del poeta, personas, todas ellas, que tuvieron acceso a los ejemplares. De este modo, tras una minuciosa investigación, ambos autores reconstruyen «con reservas de provisionalidad» aquella edición perdida. Parecía, pues, que nada podría añadirse fuera del hallazgo de un ejemplar, objetivo que ambos habían perseguido infructuosamente, ya que ni la propia familia del poeta había conseguido rescatarlo.

Trabajando en los riquísimos fondos de la biblioteca de Rodríguez Moñino, una feliz circunstancia ha traído a mis manos el motivo de tantas conjeturas bibliográficas: un ejemplar completo, encuadernado en rústica, de color grisáceo —a gusto del autor, que prefirió, por su austeridad, este diseño a los presentados por Eduardo Vicente y Pérez Contel—, de veintidós por dieciséis centímetros, una hoja y 72 páginas —cinco pliegos numerados—, en cuya cubierta se lee: «Miguel Hernández / *El hombre acecha* / Subsecretaría de Propaganda-Delegación Valencia / 1939.» El nombre del autor y el título se repiten en el lomo. Todo ello prueba que no nos encontramos ante unas galeras, sino ante una obra terminada de imprimir y dispuesta para su inmediata difusión. Consta, asimismo, en la página cuatro, que se imprimió en la Tipografía Moderna, Avellanas, número nueve, de Valencia, así como el registro de propiedad y la reserva de los derechos de autor.

Muy pocas variantes ofrece la obra primitiva frente al ejemplar reconstruido por Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia. Existe, sí, aparte de las correcciones, alguna diferencia de puntuación en los poemas: «Canción», páginas siete y ocho; «Llamo a los poetas», páginas 55-57, y «Madre España», páginas 67-69 (cito siempre por la edición original); alguna variante textual, tal es el caso de los poemas «El soldado y la nieve», páginas veintiuna y veintidós; «El hambre», páginas 35-38, y «Carta», páginas 43-46. Pero lo más importante, sin duda, es la existencia de un nuevo poema no incluido en la copia mecanografiada ni en el índice antes aludidos, ni, por tanto, en las *Obras completas*, de Losada, ni en las *Obras Poéticas Completas*, Madrid, Zero, 1976, ni en la edición de Cupsa, que comparamos. Así, pues, a los dieciocho poemas y a la dedicatoria a Pablo Neruda que los precede, hay que añadir uno muy extenso titulado «Los hombres viejos», páginas veintitrés a veintinueve, que, en compañía de otros inéditos, era desconocido para la mayoría de la crítica y que, debido a su tono, no nos hubiéramos atrevido a incluir en *El hombre acecha*, llevados por una duda semejante a la que los editores abrigaban respecto al poema «Las cárceles». El hecho es que la edición original de «Los hombres viejos» aclara definitivamente la confusión creada por Marie Chevallier en torno al poema titulado «El hambre», del que la autora ofrece una versión que mezcla de forma incompleta, indiscriminada e incomprensible ambos poemas, como oportunamente se señala en nota a pie de página en la última edición.

El hallazgo de *El hombre acecha* supone el poder ordenar definitivamente la producción poética publicada en vida del autor. Próximamente se publicará un volumen de *Prosas poéticas*, rigurosamente inéditas. Esperamos que la bibliografía de Miguel Hernández siga enriqueciéndose con la exhumación de textos inéditos que permitan perfilar la figura de un poeta que puede darnos todavía muchas sorpresas.

SUMARIO

Libros «La España de la Celestina», por José María Díaz Borque. **Página II.** «La sencillez de un maestro», por Diego Martínez Torrón. **Página III.** «Miguel Delibes, testimonio del lenguaje de Castilla», entrevista por Juan Cruz Ruiz. **Páginas IV y V.** **Arte** «Claes Oldenburg: Mouse Museum y Ray Gun Wing», por Pedro Pastor. «Gritos y susurros en el Salón de Otoño», por Luis Racionero. **Página VI.** **Música** «El mundo celta de Alan Stivell», entrevista por José Manuel Costa. **Página VII.** **Teatro** «Notas en torno a "El proceso"», por Manuel Gutiérrez Aragón. **Página VIII.**



El señor Cayo representa al campesino español, con su sabiduría popular no exenta de ironía

JEAN HERMANSON

Letras

La sencillez de un maestro

Diego Martínez Torrón

Nada añade el último libro de Delibes a su temática peculiar, ni al mundo narrativo coherente y personal de su obra anterior. Pero creo constituye un brillante resumen, simplificado y depurado, de su concepción vital, contrastada ante los acontecimientos políticos recientes del país.

El disputado voto del señor Cayo es una breve novela que prolonga el tema de la naturaleza como solución a la búsqueda de sí mismo, y el ambiente rural de *El camino*. Con la simpatía por los personajes primitivos y elementales, encerrados en su pequeño mundo natural, y adaptados en pacífico sobrevivir. El *Diario de un cazador*, y el *Diario de un emigrante*. Recuerda al personaje de *Las ratas*, conocedor de los secretos del campo, y defensor de las condiciones miserables de existencia. La crítica de *La hoja roja* y la *Parábola de un naufrago*. Incluso la captación del habla trivial y coloquial de *Cinco horas con Mario* o el ritmo narrativo de *El príncipe destronado*.

Esta obra patentiza, además, una antigua tesis de Delibes, que Gonzalo Sobejano recogió en su excelente estudio: «En lo que atañe a mi preferencia por las gentes primitivas, por los seres elementales, no obedece a capricho. Para mí, la novela es el hombre, y el hombre, en sus reacciones espontáneas, sin mixtificar, no se da ya, a estas alturas de la civilización, sino en el pueblo. Lo que llamamos civilización recata no poco de hipocresía. (...)»

El disputado voto... se constituye en torno al enfrentamiento entre este mundo rural y primitivo en desaparición —canto elegiaco de última despedida— y la sociedad española de hoy. Enfrenta este mundo coherente, personal e insolidario que Delibes ha encontrado en su literatura y en su vida, con la trascendente situación histórica que hoy vive nuestro país —de la que aporta datos y refe-

rencias de nombres reales— quizá algo caricaturizada en el tema de la caza del voto.

La novela se inicia en plena agitación preelectoral, trastienda de un partido político—que es una alternativa progresista—. A la conquista del voto, recorren una provincia tres personajes: Víctor, el diputado, humano, sentimental, que acusa un cierto *gap* ante la gente joven, y que ante el señor Cayo —personaje al que realza con su contraste— saltará en crisis; Rafa, un chico extrovertido, alocado, divertido, que se expresa con todos los tópicos del vocabulario pasota, y Laly, la feminista seria y progre.

Desde un mundo sin relieve, la novela se va adentrando en el escenario magnífico de una naturaleza no idealizada, sino agreste y pobre, a la que el hombre actual es ya tan totalmente ajeno.

La aparición del señor Cayo, un solitario patriarca de la tierra, viejo sobreviviente de un mundo rural y cerrado, constituye el eje de este enfrentamiento entre dos civilizaciones, que llevará al diputado a plantearse la validez de unos principios por los que luchaba con fe total.

El señor Cayo les muestra la inteligencia del hombre con el medio, sin violentarlo, a la manera de un entendimiento antiguo. Y expresa sus puntos de vista en coloquios de una sencillez rotunda y natural, sobre una serie de temas que desarman teorías de redención y liberación social.

El señor Cayo habita un mundo autosuficiente y apartado de la ambición arribista del tinglado moderno, ajeno también a la intolerancia del fanatismo que pone una agria nota final a la narración. En este mundo, el hombre sabe valerse en la naturaleza, por sí mismo. Su libertad se basa en no depender de nadie —¡algo tan impensable en nuestra sociedad!—.

La novela toda gira en torno a este dios antiguo, primitivo y venerable, sumo sacerdote de un mundo perdido, lleno de estoicismo, sencillez, socarrona ironía de cazurro y humanidad elemental.

Delibes hace un canto elegiaco que recuerda el viejo realismo de Pereda, pero despojado de su molesto moralismo y sustituido por una cierta invocación rousseauniana.

Pero a través de él también se evidencia que la vida política son sólo palabras. Que en el engranaje político la máquina devora al hombre —así, Víctor, que es diputado, jefe, es un monigote al que meten y sacan del coche, como una pieza de exhibición, sujeto a una organización—. Que se desconoce la más valiosa fracción del pueblo: la más alejada de la civilización.

En definitiva, creo que se evidencia la falta de fe de Delibes en cualquier solución social para el hombre que proceda de la vida moderna. A esto me refería cuando empleaba el calificativo de «insolidario».

Pero también lo que se plantea en el fondo es la cuestión «qué es cultura». Este grave tema se plantea de manera sencilla, sin profundizaciones teóricas. La simple afirmación de Víctor da la respuesta: «La vida es la cultura.» Ha entendido la cultura antigua, de los pueblos, ajena al hombre actual. Como si estuviéramos proporcionando una cultura sin vida, pura invasión de mensajes comunicativos, efímero intercambio de contenidos convencionales sin contenido humano, en ritmo forzado que impide al hombre un acuerdo con la tierra, con la arcilla de que procede.

Y Víctor añade: «No hay derecho a que hayamos dejado morir una cultura sin mover un solo dedo.» (Llamada de atención del narrador.)

Es Víctor quien resalta y capta la importancia del señor Cayo: «Ese tío sabe darse de comer, es su amo, no hay dependencia, ¿comprendes?» Y el *leit motiv* que repite con Rafa en la divertida escena de una lúcida borrachera: «Hemos ido a redimir al redentor...»

Pero aún se añade en frases sueltas: «Palabras, palabras y palabras... Es... es lo único que sabemos producir» (...) «¿Puedes decirme, Laly, por qué es más cultura nuestra cultura?» (...) «¿Con qué derecho pretendemos arrancarle de su medio para meterlo en el engranaje?»

Es por ello que *El disputado voto del señor Cayo* lo que verdaderamente plantea con una sencillez diáfana y transparente es nada menos que la idea de progreso.

Sin embargo, la novela se estructura con una gran sencillez, pese al trasfondo que he

señalado. La acción avanza con naturalidad, en ritmo ajustado que mantiene un tono amable y ameno que capta el interés de principio a fin.

Narración de un limpio clasicismo. El lenguaje sustenta la acción sin exhibicionismo. Frente a la narrativa moderna, acción y personajes prevalecen sobre la escritura.

El lenguaje cambia con habilidad imperceptible. De las descripciones iniciales de la oficina del partido, de un mundo trivial y vulgar —al que retorna también el lenguaje, al final—, pasa a vestirse de un castellano limpio, inusual, de sencilla y contenida grandeza, acorde con el paisaje.

En las páginas centrales hay, por tanto, un castellano viejo que arroja a la figura de Cayo. La sobriedad escueta de un castellano rugoso nos muestra de a bulto la impresión compacta de un mundo. Lenguaje y realidad están en cada momento perfectamente acordes.

En los coloquios hay, además, un divertido contraste entre los modismos populares del señor Cayo —con entonación y frases llenas de gracia— y las impacientes exclamaciones de Rafa, que se expresa en lenguaje pasota y lleno de tacos.

Los personajes se expresan con libertad, destacando sus diferencias con soltura de gestos, sin que nada los coarte. Exponen su filosofía de la vida y tratan temas importantes, con la sencilla superficialidad de lo vital, de lo cotidiano. Se hacen así entrañables y vívidos.

Poseen, además, el don de la oportunidad. Y se desenvuelven con el encanto de la sencillez cotidiana, en movimientos medidos y oportunos.

El disputado voto... parece escrita al dictado de la idea de Víctor: «El cine o la literatura que no exploran el corazón humano no me interesan. Las artes de laboratorio son pura evasión.»

Habrà quizá quien piense que ideológicamente esta obra de Delibes es un escapismo a una ruralidad rousseauniana impracticable, para atacar posturas políticas progresivas que no entiende o no acepta. Y habrá quien piense que es obra de un realismo simplón y provinciano, de un clasicismo sin relieve, incapaz de profundizar un tema.

Pero creo que estamos ante la obra de un gran maestro. Su valor reside en la forma magistral en que se desarrolla. Ejercicio de sencillez y naturalidad de un autor que domina perfectamente una técnica y un mundo propios. No predomina una inteligencia superclarividente, ni aporta novedad de ideas o gran profundidad en el tratamiento de los personajes. Pero sería incoherente exigir abstrusas disquisiciones culturales, cuando lo que se defiende es la sencillez de vida y de cultura.

Por ello usa un argumento elemental y un lenguaje escueto para un personaje grandioso y primitivo, que nos gana el corazón con la firmeza simple y humana de los seres entrañables. La sencillez transparente y cristalina que envuelve toda la narración es su gran mérito.

El legado de esta narración es el señor Cayo. En la evidencia física de este personaje de simbólica grandeza se resuelve ostensivamente la cuestión acerca de qué es cultura y qué es progreso.

Ideológicamente, no hay una postura reaccionaria, sino regresiva: en el sentido de «vuelta»; en el sentido naturalista de un pacífico rousseauniano.

Creo que *El disputado voto...* es, además, síntoma de un temperamento y de una actitud de escritor que, conforme avanzan los años, se recluye más y más en un mundo personal —real— que sólo respeta y admira lo humano. Y lo humano ya no se encuentra en la ciudad, sino en la naturaleza, en lo primitivo popular.

En definitiva: una novela sencilla, relatada con la facilidad y soltura de un gran maestro, que es, además, un completo insolidario de la vida moderna.

LIBROS *La Tarántula*

Sagasta, 28 - MADRID-4
Teléfono 446 70 43

ABIERTO SABADOS TARDE

- CARLOS CASTILLA DEL PINO *INTRODUCCION A LA PSIQUIATRIA, 1.ª* (ALIANZA UNIVERSIDAD)
- RALPH MILIBAND *MARXISMO Y POLITICA* (SIGLO XXI)
- ENRIQUE LAFUENTE FERRARI *LOS CAPRICHOS DE GOYA*, PUNTO Y LINEA (G. GILI, S. A.)
- GERALD DURRELL *MI FAMILIA Y OTROS ANIMALES* (2.ª EDIC.) (ALIANZA TRES)
- DIGHA NIKAYA *DIALOGOS MAYORES DE BUDA* (MONTE AVILA)
- OBRAS COMPLETAS CONDE DE LAUTREAMONT (ARGONAUTA)

Decoración

Rebajas hasta el 15 febrero.

Avenida Generalísimo, 60
457 62 18

EXPOSICION FOTOGRAFICA DOCUMENTAL EX-VOTOS ARGENTINOS

Centro Iberoamericano de Cooperación.
Inauguración, 12 de febrero, 19.30 horas.
Avenida de los Reyes Católicos, 4

Letras/Entrevista

Miguel Delibes, vallisoletano de 58 años, ha publicado más de veinte libros, casi todos ellos novelas, desde que en 1947 obtuvo el premio Nadal con *La sombra del ciprés es alargada*. Otras obras suyas, como *El camino*, *Las ratas*, *Cinco horas con Mario*, *Diario de un cazador*, *Mi idolatrado hijo Sisi*, *La hoja roja*, *Parábola del naufragio* y *El príncipe destronado*, le califican como un testimonio vivo del lenguaje de Castilla. Es un escritor cuya sencillez humana le ha llevado a decir a Francisco Umbral, uno de sus mejores críticos, que «es el único hombre que me emociona de verdad». El último libro de Miguel Delibes es *El disputado voto del señor Cayo*, en el que aflora de nuevo la obsesión que mantiene el autor por levantar acta notarial del lenguaje que se habla en su tierra.

Miguel Delibes, testimonio del lenguaje de Castilla

(Viene de pág. 1)

vanta acta notarial de un determinado lenguaje, el que se habla en la Castilla de ahora. ¿Cómo ve él la salud del lenguaje castellano popular?

«Intento, en efecto —dice Delibes—, rescatar para los hombres que vengan detrás el lenguaje que se empleaba en Castilla en la segunda mitad del siglo XX. Esto no es nuevo. Vengo intentándolo desde los años cincuenta. Así, en *Diario de un cazador*, pretendí recoger la jerga popular barriobajera. En *Cinco horas con Mario*, el habla de la pequeña burguesía provinciana. En *Las guerras de nuestros antepasados*, donde utilizo una técnica que se reduce a una larga conversación entre un recluso y el médico del penal, tomada en cinta magnetofónica, el lenguaje rural. Y, en fin, en *El disputado voto del señor Cayo* contrapongo el lenguaje *cheli* —como lo llama Paco Umbral— de buena parte de la juventud, al lenguaje riguroso y preciso de los viejos campesinos. El porvenir de este último lo veo mal. Apenas lo emplean ya las personas que rebasan los setenta años. Los pocos jóvenes que aún quedan en los pueblos están influidos por la radio, la televisión y el ambiente de las discotecas. En los jóvenes la parte rural y la urbana se confunden. Es ya, con pocas variantes, una misma cosa. Desgraciadamente, el lenguaje sentencioso y sabio de los viejos campesinos, de los señores Cayo, morirá con ellos.»

La tentación de la capital

La tentación de Miguel Delibes es la de la precisión. Su pluma, los rasgos que describe con la mano, esos ojos exactos con los que va estableciendo a cada instante sus subrayados de la conversación, le convierten en un cordial hombre distante, cuya palabra huele a

hierba, a camino sin explorar. ¿No ha sentido nunca este hombre la tentación de la capital, la tentación de Madrid?

«Pues no, la verdad, nunca sentí esa tentación sino la contraria: tratar de eludir Madrid. Madrid, como todas las grandes ciudades, me cansa, me deprime y me confunde. Y lo que más me duele es que se haya levantado esta ciudad de una manera artificial, con apoyo municipal y gubernamental, no queriendo admitir que de esta manera hacia invivible no sólo la capital, sino los pueblos que despoblaban industrializando aquella. Un grave error. Madrid debió conservarse como capital política con un millón de habitantes. Y con el cinturón industrial que hoy tiene pudo evitarse la decadencia y la erosión humana de amplias zonas de Castilla. Pero, en fin, creo que este problema tiene a estas alturas difícil remedio.»

Como literato, a Miguel Delibes tampoco le ha tentado la idea de la conquista de Madrid. «Creo que con los premios literarios y esas cosas, la conquista de Madrid, como antaño se decía, no requiere ya la presencia física.» Delibes ganó el Nadal cuando Madrid empezaba a ser inhabitable, en el más exacto sentido de la palabra.

Un proyecto teatral

Ahora se anuncia un montaje teatral sobre *Cinco horas con Mario*, una de las novelas de Delibes. El propio Delibes trabaja en la adaptación de la obra, junto con Santiago Paredes. Lola Herrera —otra vallisoletana en el trío— representará la versión. «Lola Herrera —dice Delibes— está entusiasmada con la idea. Esto, la identificación con su papel, me parece importante para acertar, máxime en este caso, en que la mayor parte de

la obra será el monólogo de Menchu ante el cadáver de su marido. El otro actor, José Manuel Martí, hará de Mario-hijo.»

Miguel Delibes afirma que él no es reticente a que sus novelas se adapten al cine, al teatro o a la televisión. Eso «no es exacto», dice el escritor. *Mi idolatrado hijo Sisi*, *El príncipe destronado* y *El camino* ya han sido adaptadas en algunos de esos medios. «El *Mario* no se hizo cine —aclara Delibes—, no porque yo me opusiera (yo no tenía derecho de veto), sino, probablemente, porque los responsables se convencieron de que el guión no era acertado. El problema del intelectual humillado se había reducido en el guión a una desavenencia conyugal. Y, claro, no era eso. Pero yo me limité a advertirlo, no a prohibirlo.»

La propia obra

Si Miguel Delibes no fuera un gran escritor vallisoletano, un intelectual español que se sienta a contemplar cómo se ennegrece y recupera su azul el cielo de Castilla y traduce la vida de alrededor con el verbo implacable de un observador que no se perturba, podría ser el señor Cayo que aparece en su último libro. Toda respuesta de Delibes es escueta, porque es más largo su apretón de manos, o porque su mirada es más distendida y constante que su verbo. Cuando se trata de hablar de su obra, esa sobriedad resulta invulnerable.

Como en su última novela, en Delibes se da una dualidad. «En *El disputado voto del señor Cayo* —dice el novelista— no sólo se contraponen dos formas de expresión, sino dos culturas, dos maneras de entender la vida, que recíprocamente se ignoran. No es, pues, creo yo, una novela de buenos y malos

o de tontos y listos. Sencillamente, un hombre de asfalto inteligente, que va para diputado, se siente deslumbrado al conocer a un hombre que no depende de amos ni dispone de criados, un hombre que se basta a sí mismo, que no necesita otra cosa, según sus propias palabras, sino «que deje de llover y apriete la calor». Este deslumbramiento lo sufro yo mismo cada vez que me aproximo a uno de estos hombres. Desgraciadamente, esta sabiduría campesina será enterrada con ellos. Alguien ha afirmado que yo encarno en el señor Cayo mi ideal de vida. Esto es inexacto. El señor Cayo carece de formación intelectual. Sus visitantes desconocen su habilidad manual. Indirectamente yo proclamo la necesidad de una educación total, que permite al hombre (al campesino y al urbano) utilizar simultáneamente las manos y la cabeza.»

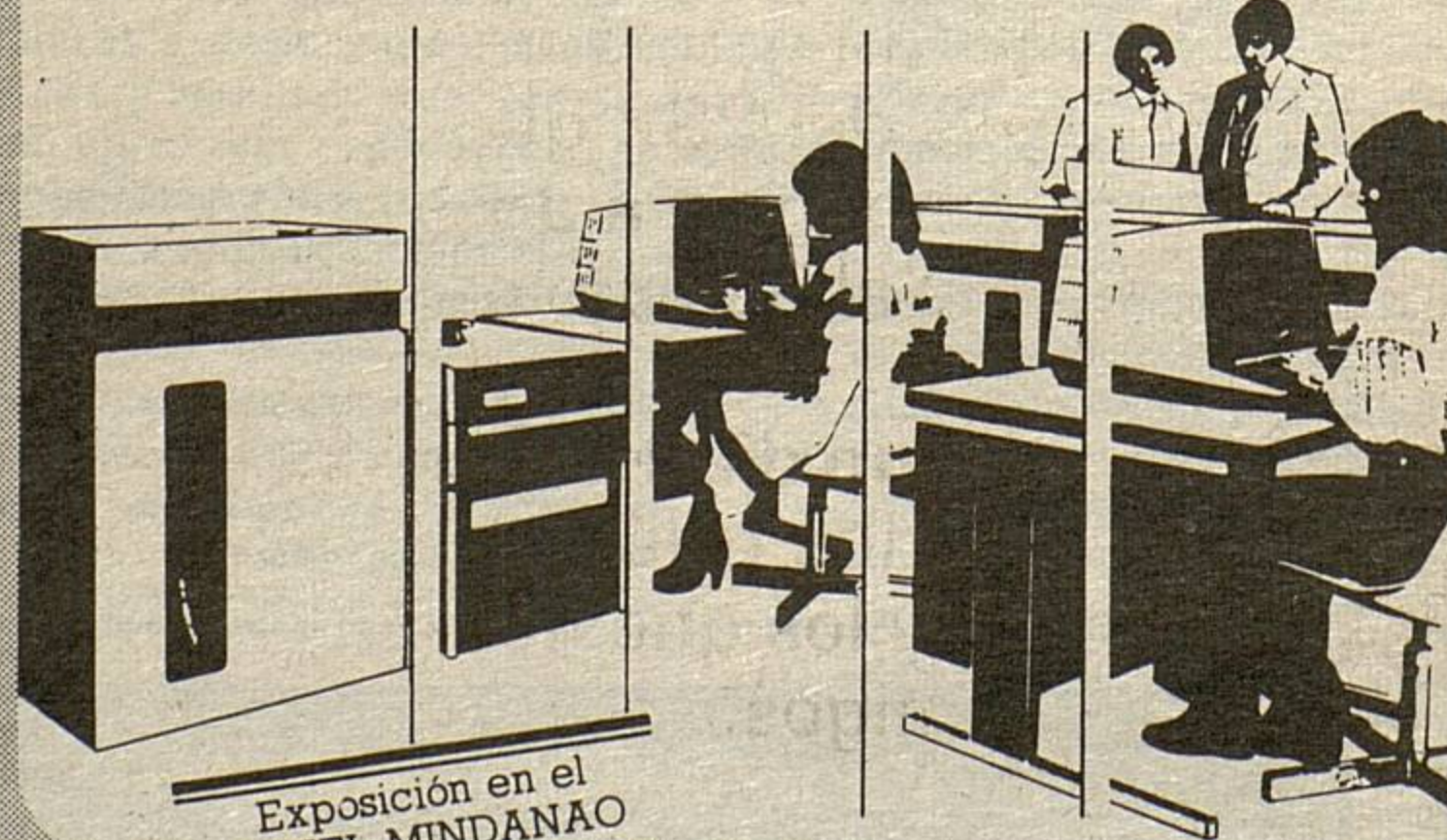
Miguel Delibes ha escrito hasta el momento novela, digamos, tradicional, novela de vanguardia y, finalmente, lo que podría interpretarse como novela política, o con un componente político principal en su entramado. ¿Podía hacer hoy un breve análisis de lo que ha supuesto en su vida literaria cada una de esas etapas?

No, no podría hacerlo. «Yo no veo etapas en mi quehacer. Yo no sé teorizar sobre mi propia obra, cosa, por otra parte, que dudo mucho que merezca la pena. A este respecto sólo sabría decir que mis torpezas iniciales se han corregido en parte y que respeto todo ensayo vanguardista siempre que no se atente contra lo que considero esencial en la novela: relatar una historia. Esto quiere decir que en toda novela debe haber, al menos, un hombre, un paisaje y una pasión, engranados en un tiempo.»

¿Le ha servido la escritura de *El disputado voto*... para profundizar en sus análisis políticos y tomar alguna postura ante lo que en este terreno de la política ocurre actualmente en España?

«*El disputado voto del señor Cayo* no me ha servido para tomar postura política. De mi postura política ha nacido el señor Cayo. Yo participo de las inquietudes de Víctor y, como él, quedo desconcertado después de conocer a este viejo campesino y llego a una conclusión que ya barrunté hace muchos años: que la política (de izquierdas, de derechas y de centro) ha llegado tarde a extensas zonas de Castilla y que las consecuencias de esta demora son irreversibles. Respecto a que a través de mi novela puede verse mi espíritu antidemocrático, debo afirmar que no, que yo considero la democracia, como creo que dijo Churchill, o alguien de su cuerda, como el peor de los sistemas políticos con excepción de todos los demás. El señor Cayo es un ser residual dentro de una civili-

WANG ordenadores a su medida capaces de crecer con las necesidades de su empresa



Exposición en el HOTEL MINDANAO días 13 y 14 de febrero

Serie Wang 2200. Fácil de utilizar, fácil de programar en lenguaje BASIC, este mini-ordenador universal puede resolver tanto aplicaciones técnicas como de gestión.

Serie Wang VS. Ordenador de memoria virtual, programable en los lenguajes más populares: COBOL, BASIC, RPG II.

Desde 8 Kb hasta 512 Kb en memoria central.
Desde 80 Kb hasta 2.300 Mb en memoria de disco.
Desde 80 cps hasta 600 lpm en impresión.
Desde 1 hasta 32 puestos de trabajo en multiprogramación.

WANG Informática a su medida

hispano electrónica, s. a.

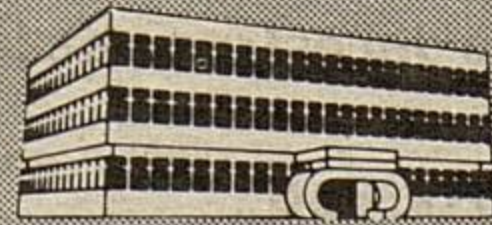
Alcorcón (Madrid) Tel. 619 41 08 - Telex 22404-elec-e
Polígono Industrial Urtinsa. Apdo. de Correos 48.

DELEGACIONES
Barcelona (83) 330 15 00
Bilbao (94) 422 83 09
Valencia (96) 373 14 97
San Sebastián (943) 46 25 54
La Coruña (981) 28 71 77

REPRESENTANTES
Gerona (972) 20 86 46
Granada (958) 26 34 22
Murcia (968) 24 57 15
Salamanca (923) 22 59 88
Sevilla (954) 27 00 44
Zaragoza (976) 31 39 90

técnica sin fronteras

he



Se ofrecen
EJECUTIVOS

Con dos pares,
largos y finos,
de todos
los colores.

EJECUTIVO

Los Calcetines de Berkshire.



En los mejores
establecimientos.

Libros

F. C. S.

Maria Paz Aguiló y otros,
Bibliografía del arte en España,
 C. S. I. C., Inst. Diego Velázquez, Madrid, 1976.
 1.008 páginas.
 José E. García Melero,
Bibliografía de la pintura española,
 F. U. E. Madrid, 1978. 942 páginas.

La aparición, casi consecutiva, de dos importantes trabajos de investigación bibliográfica sobre arte español pone de actualidad la necesidad de recuperar y estimular esta importantísima parcela de la metodología científica de la cultura. El espectacular desarrollo de las publicaciones impresas durante los dos últimos siglos convierte en imposible su conocimiento y control por el investigador, el cual, desposeído de la ayuda pertinente, se vería obligado a emplear la mayor parte de su tiempo en la labor de simple localización de lo que se ha escrito por el mundo de su tema. Para evitar precisamente esta lamentable pérdida de tiempo, así como para sugerir nuevos aspectos no previstos en cada cuestión, surgen las bibliografías. Y hay que advertir al respecto que nunca se valorará lo suficiente esta paciente labor que exige todo al que en ella se empeña, sin la contrapartida de lucimiento personal con que acaba compensándose, por lo general, cualquier otro tipo de investigación.

En el campo de la bibliografía sobre arte en España podemos afirmar que está casi todo por hacer. Hasta hace muy poco, sólo existían unos cuantos trabajos fragmentarios: la bibliografía sobre fiestas de J. Alenda y Mira, la de ciudades españolas de T. Muñoz y Romero, las de viajes a España de Farinelli y Foulche-Delbos, la de manuales técnicos de arte de V. Castañeda y Alcover, la de arquitectura de F. Zamora y Lucas, etcétera, a las que habría que añadir las dos únicas generales de Matilde López Serrano y Antonio Bonet Correa. Pues bien, todas estas bibliografías citadas, a pesar de los méritos que las singularizan en cada caso, en absoluto agotan ni tan siquiera la décima parte de un campo tan amplio y complejo. De manera que hay que celebrar la aparición de estas dos nuevas aportaciones dedicadas, respectivamente, a los artículos de revistas clasificados por materias (M. P. Aguiló y otros) y a la bibliografía general sobre la pintura española del siglo XX (García Melero). En cualquier caso, ambas por igual nos ofrecen un repertorio amplísimo de datos sobre la historiografía y crítica artística en lo que va de siglo, con lo que las pequeñas imperfecciones que contienen quedan sobradamente compensadas por la ingente cantidad de información acumulada y clasificada.



T. NARANJO-EUROPA-MARIA ESPAÑA

Los tres Delibes. Miguel Delibes escritor castellano es también el Miguel Delibes narrador de la caza, el Miguel Delibes de la Academia, reacio a usar traje tan incómodo y formal, y el Miguel Delibes que reflexiona sobre el porvenir de su tierra

zación supertécnica, que escapa, inevitablemente, a todo intento de acción política.»

Vida de la novela

Miguel Delibes es joven y viejo, como decía recientemente Francisco Umbral. Como él, la novela está joven y está vieja. Pero no está muerta. «Siempre me pareció una ligereza hablar de la muerte de la novela. Al menos, a corto plazo. Yo creo que, hoy por hoy, la novela goza de buena salud. Lo que sí pienso es que la revolución de la novela en nuestro tiempo debe consistir en escribirlas más cortas. La extensión no hace buena literatura y, por otra parte, la novela ha de coexistir con los otros incentivos que brinda el siglo: cine, televisión, automóvil, etcétera. La novela-río se justificaba cuando el hombre carecía de otros entretenimientos.» En lo que atañe a la deserción de los jóvenes españoles de hoy del género novelesco, «no sé qué decirle. Una vez mi editor alemán, almorzando en Colonia, me dijo que en su país no nacían nuevos valores literarios porque era mucho más fácil encontrar unos marcos

por otro camino. Yo rechacé su argumento, en cuanto que creo que ni el poeta ni el novelista nacen por apetencias de dinero, pero esto sucedió hace casi veinte años y hoy ya no sé qué pensar.»

La definición que Miguel Delibes hace de su estilo literario y de sus obsesiones narrativas vale también para dibujar una síntesis de su apariencia personal. «Nunca tuve verdaderas obsesiones literarias. Y sigo sin tenerlas. Desarrollo un tema cuando éste me lo exige con cierta perentoriedad. Si un tema no me reclama, no lo busco, me dejo estar hasta que llega. Luego lo desarrollo mediante la técnica que juzgo más adecuada. En cuanto al estilo, he llegado a un ejercicio de síntesis, de economía de elementos, que me complace, aunque no a la calidad literaria que desearía. En cuanto a la propia vida, ¿me lo puede decir? El escritor y el hombre son hoy más viejos, tienen menos necesidades y, paradójicamente, más ingresos que ayer. O sea, que en esto, como en tantas cosas, el mundo está mal organizado.»

A Delibes se le dibuja con una escopeta al hombro, aunque a veces declare que no es capaz de matar una mosca; hay una especie

de mitología alrededor del novelista, periodista, cazador, hombre castellano que renuncia —o llega a regañadientes— al contacto con el mundo urbano. ¿Quién es el Delibes de verdad?

«Bueno, lo de la mosca es una manera de declarar mi pacifismo, mi no-violencia. Es claro que a la mosca que me molesta no vacilo en propinarle un palmetazo. Ahora bien, a la perdiz no la mato, la cazo. Los no cazadores quizá no adviertan la diferencia de matiz, pero la caza al salto está muy lejos de constituir un asesinato. Pero vamos a dejarlo, esto me llevaría muy lejos y no quiero enrollarme, como diría el otro. En cuanto a la mitología a que usted alude, la desconozco, a no ser que se refiera a que yo anteponga la vida sencilla a las complicaciones sociales de la ciudad o a que afirme que soy un cazador que escribe y esas cosas. Este es el Delibes de verdad. Lo siento. Yo no puedo hacer otra cosa.»

El Delibes de verdad se queda sonriendo, liando su leve pitillo interminable, como si la sonrisa saliera de su cuerpo y el cuerpo permaneciera esperando por la última perdiz imposible.

El lunes día 12, con motivo del estreno de la película
«EL LUGAR SIN LIMITES»,
 José Donoso,
 autor de la novela en que se ha basado el film, firmará ejemplares de su obra a las 7 horas y a las 10 horas de la noche, en la sala Luis Buñuel (Cine Madrid-2).
EDITORIAL BRUGUERA PELIMEX

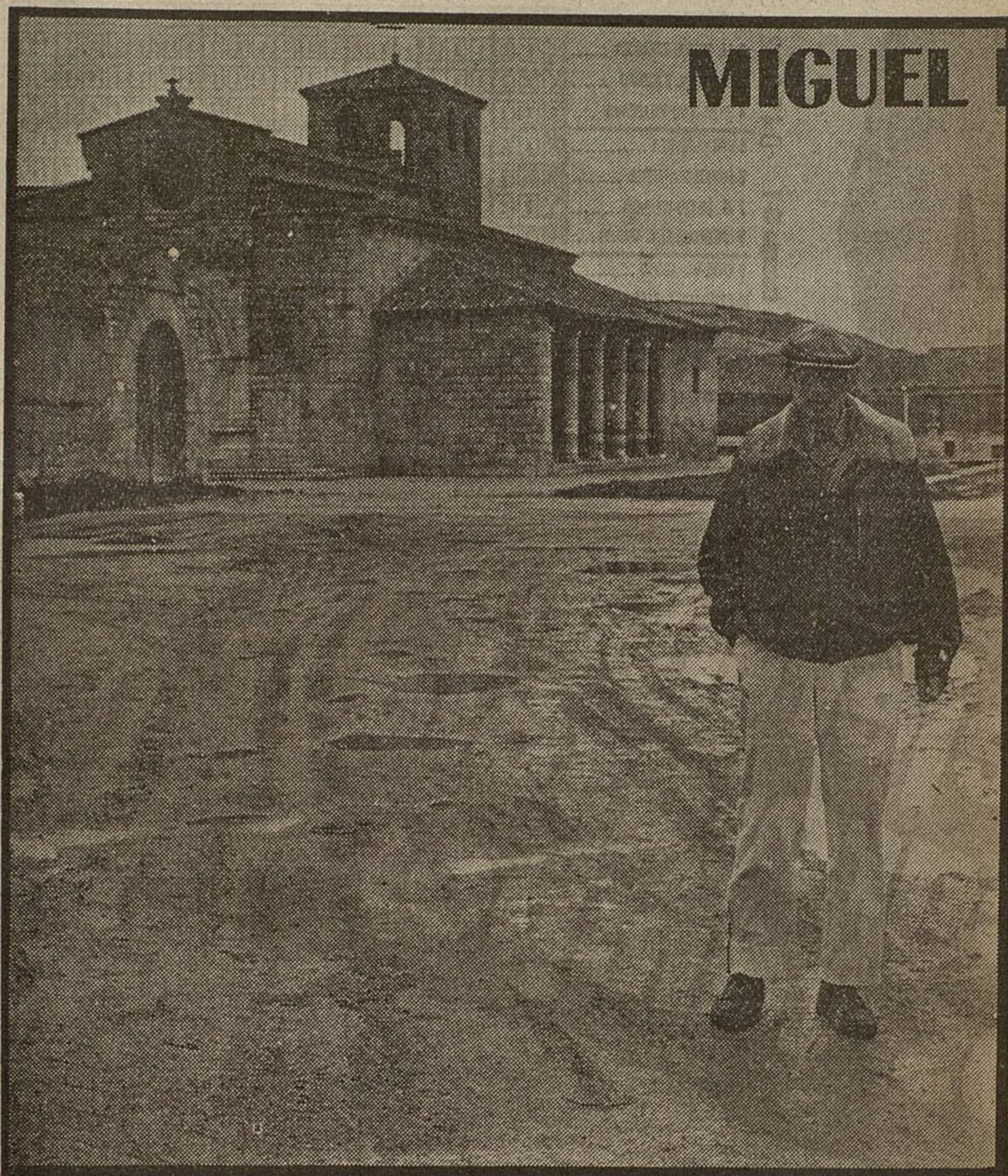
SOLTERO UNIVERSITARIO
 45 años, aficionado a viajes, lectura, música, con tiempo libre,
DESEA RELACION SERIA
 con chica de situación y gustos parecidos, preferiblemente con residencia en el Sur. Juan. Apartado 369. Málaga.

HOMENAJE A
JOSE ALONSO
CANDIDATO AL SENADO POR MADRID
 Somos un grupo de antiguos militantes del PSP que desean rendir un homenaje a José Alonso, candidato al Senado por Madrid.
 El próximo día 16 cenaremos con él todos los que compartimos sus ideas y los que nos consideramos sus amigos.
 Si deseas asistir, llama al teléfono 619 92 53, entre las 10.30 y las 17.00 horas, antes del citado día 16.

INSTITUTO DE TÉCNICAS DE GRUPO Y PSICODRAMA
 General Moscardó, 8, bajo
 Teléfonos 253 21 07/06
 MADRID-20
I.T.G.P.
SEMINARIO DE SUPERVISION (TIPO BALINT)
 Dirigido a Monitores de Grupos de Psicodrama, Dinámica y Terapéuticos.
 Fecha: 17 de febrero.
SEMINARIO DE DIRECCION DE REUNIONES
 Fechas: 7, 8 y 9 de marzo.
SEMINARIO DE EXPERIENCIA EN DINAMICA DE GRUPOS
 Fechas: 29, 30, 31 de marzo y 1 de abril.
SEMINARIO TEORICO-PRACTICO SOBRE TECNICAS DE OBSERVACION EN GRUPO
 Fechas: 10 y 11 de marzo.
SEMINARIO DE PSICOTERAPIA PSICOANALITICA DE LA FAMILIA
 Fechas: 17 y 18 de marzo.
INSCRIPCIONES EN:
 I.T.G.P., tardes, de 4.30 a 9, de lunes a viernes

MINISTERIO DE TRABAJO INSTITUTO NACIONAL DE EMPLEO
Anuncio concurso-subasta de licitación urgente
OBJETO DE LA MISMA
 Construcción de un Centro de Formación Profesional en LEON (Anuncio Concurso en «B. O. E.» n.º 33, de fecha 7 de febrero de 1979.)
PRESUPUESTO DE CONTRATA
 Ciento cuarenta y cuatro millones doscientas cuarenta y nueve mil novecientas nueve pesetas con sesenta y tres (144.249.909,63 ptas.).
EXPOSICION DE DOCUMENTOS
 En la Dirección General del I. N. E. M., c/ Condesa de Venadito, 9, MADRID, y en la Dirección Provincial del I. N. E. M. LEON.
 Los anuncios serán de cuenta del adjudicatario.
 Madrid
 EL DIRECTOR DEL I. N. E. M.

MIGUEL DELIBES, A PELO Y A PLUMA



No es cierto que exista una asociación sistemática entre la literatura y el medio rural. Ni ahora ni nunca. En todas las épocas —sobre todo a partir del siglo XIX— ha habido en España autores que se han ocupado en sus libros de la vida campesina con realismo y comprensión. Concha Espina, Azorín, Pereda, pueden ser ejemplos válidos del tiempo pasado. También hoy en día contamos con importantes novelistas que han tratado el tema con valentía y conocimiento, denunciando injusticias y reconociendo méritos. Miguel Delibes, sin lugar a dudas, es la figura más representativa, el hombre que más intensamente ha indagado en la entraña de los pueblos

de Castilla. Desde que en 1947 ganó el premio Nadal, con «La sombra del ciprés es alargada», o desde la publicación de «Diario de un cazador», novela galardonada en 1955 con el Nacional de Literatura Miguel de Cervantes, ha proseguido su ciclo, con cerca de una veintena de títulos más, algunos de ellos realmente inolvidables: «Siestas con viento Sur», «Cinco horas con Mario», «Las guerras de nuestros antepasados», etcétera. Hasta «El disputado voto del señor Cayo», la más reciente de sus obras y una de las más significativas: una sentida apología de la vida aldeana y un reconocimiento del desasosiego urbano que hoy padecemos las gentes de ciudad.

unilateral sumamente peligrosa. El hombre del campo cojea de una pierna, la intelectual, y el hombre de la ciudad cojea de la otra, el trabajo manual. Yo creo que a nuestros hijos y nietos, si de verdad queremos hacer un mundo distinto, habremos de enseñarles ambas cosas: a valerse de las manos y de la cabeza. En una palabra, habrá que instruir al campesino, darle una formación, digamos,

estaba haciendo, y, claro, mi respuesta era siempre la misma: «Si yo digo la verdad, como usted reconoce, y soy libre para decirlo, no sé por qué tengo que venir aquí cada semana a rendir cuentas.»

De manera —concluye nuestro interlocutor— que no era el desconocimiento de la situación de Castilla lo que les llevó a no hacer nada por ella, sino, sencillamente, ha sido la sensa-



Para entrevistar a Miguel Delibes hemos viajado a Valladolid, donde nació y reside. Allí, además de escribir, ejerce como catedrático de Derecho Mercantil. Vive en un tercer piso del paseo de Zorrilla, en las inmediaciones del Campo Grande. Cuando le telefoneamos desde Madrid nos citó a las cuatro de la tarde, y a esa hora en punto comenzamos a hablar sin prisa. Estamos en un salón contiguo a su despacho, un salón-biblioteca, donde están todos sus libros y varios retratos de familia. En uno de ellos, el de mayor tamaño, aparece el escritor junto a su esposa, fallecida hace unos años. Ponemos el magnetófono en marcha y preguntamos a Delibes por qué —siendo hombre nacido y educado en la ciudad— su continua alabanza de la vida rural y su menosprecio de la urbe.

—En realidad, menosprecio de la urbe yo creo que no existe en mi obra. Lo que me repugna es el hacinamiento y los ruidos, que ni siquiera ahora mismo nos dejan charlar tranquilamente, como puede observarse. De manera que detesto la orientación que hemos dado a la urbe, porque Norteamérica, que es un país también con un gran número de población y con un gran número de automóviles, pues, salvo Nueva York, no tiene usted esta sensación de hacinamiento en ninguna ciudad. Yo he vivido cuatro meses en Washington, y me parecía estar en el campo. No hay calles estrechas. Son casajardín. Son ciudades humanizadas. Es otra manera de concebir la concentración humana, de modo que lo que odio es esta manera de aglomeración que hemos adoptado en Europa, donde parece que el valor de una ciudad crece con su número de millones de habitantes. Esto es lo que yo rechazo completamente.

En cuanto a mi alabanza de aldea, confieso que es uno de los pocos asideros estables que nos van quedando a los hombres de hoy, metidos en esta supercivilización mecánica y en este afán de progreso desmedido, que para mí, en muchos aspectos, es regresivo. Lógicamente, por rechazo, tengo que admirar la vida natural del campo, y al mismo tiempo, a los hombres que hacen posi-

ble con su esfuerzo la subsistencia de los demás. Los ciudadanos rara vez hemos reparado que en estos pobres hombres, a los que despectivamente denominamos «isidros» o «paletos», está la razón de nuestra supervivencia. Ni más ni menos.

«EL SEÑOR CAYO» ES UN PERSONAJE REAL

Entramos en lo inevitable. «El disputado voto del señor Cayo» es la última novela publicada por Delibes. Puede que en el fondo se trate de una obra polémica; somete a revisión algo tan sustancial como es la forma de vivir en el campo y en la ciudad. Cada lector sacará sus conclusiones. Nosotros queremos saber si el protagonista de su novela es un tipo representativo de la España campesina de estos momentos o, simplemente, una figura literaria, un personaje de novela.

—No, no. Es una figura altamente representativa, y tan real que yo podría decirle que he hablado y tratado al señor Cayo. He charlado con él repetidas veces. El único truco que he utilizado para dar vida a este libro es trasladarle un poco de los años setenta al setenta y siete, porque hoy en día ya quedan pocos señores Cayo en la parte montañosa del norte de Castilla. Pero la figura, de por sí, existe, y además tiene un gran atractivo literario, mayor cuanto más urbano sea el lector. Lo que sí tengo que decirle es que, como muchos protagonistas de mis novelas, es una figura en trance de desaparecer. La despoblación de Castilla, como se sabe, ha sido dramática en los últimos años, y muy mal orientada. Ciertamente la población rural castellana era excesiva, pero resulta que se han marchado los jóvenes, y no han quedado más que los ancianos y los niños, éstos, en trance de esperar a que sus padres se coloquen en Madrid o en la capital de la provincia y se los lleven. De manera que, como le digo, esta figura desaparecerá con los hombres que hoy andan por setenta u ochenta años. A la vuelta de una década apenas quedará alguno. O sea que se

«hay que democratizar la caza»

perderá una cultura rural que yo he admirado siempre.

—En esta novela que protagoniza el señor Cayo usted hace decir a uno de los personajes —a Víctor—: «Hemos ido a redimir al redentor.» Realmente, ¿es el hombre del campo quien ha de redimir al hombre urbano?

—Tampoco es exactamente esto, pues el protagonista de mi libro reacciona por un impulso emocional. Es un hombre que reconoce, al hablar con sus compañeros, que es la primera vez que ve a un campesino de cerca. Lógicamente, este hombre es objeto de un deslumbramiento, queda literalmente deslumbrado, y entonces apela a la frase de «hemos ido a redimir al redentor». En verdad, el señor Cayo no es redentor de nadie, aunque sí es uno de los hombres que nos dan de comer, y en este punto sí quisiera hacer hincapié en la entrevista y decirle que en la expresión de Víctor está mi propia expresión. Es decir, que si a mí, en un momento determinado, me dejaban mano a mano con el señor Cayo y el resto de la Humanidad desapareciera, yo también tendría que ponerme de rodillas ante él y pedirle un pedazo de pan.

Esto quiere decir que los hombres urbanos y los hombres del campo somos objeto de una educación

literaria o teórica, y al hombre urbano habrá de enseñarse a laborar con las manos cosas que ignora totalmente, hasta el punto de que las manos de los intelectuales dan una sensación de inutilidad verdaderamente pavorosa.

EL ABANDONO RURAL

Abordamos el tema del abandono cultural de los pueblos rurales de Castilla. Lo que nos dice Miguel Delibes está en línea con la realidad. El conoce a fondo la cuestión.

—Los pueblos de nuestra Castilla han sido víctimas de un abandono secular, mucho más sensible en los últimos cuarenta años, en que tanto se hablaba en favor del campo y tan poco se ha hecho. Le contaré una anécdota, que me parece representativa y muy a pelo de lo que me preguntó: Cuando la liberación —llamémoslo así— de la Prensa por parte de Fraga Iribarne yo tomé la palabra liberación en su sentido liberal. Por entonces entré como director de «El Norte de Castilla», y me propuse hacer —y la hice— una campaña en favor del campo castellano. Pero parece que aquello —la exposición del abandono de nuestros pueblos— no gustaba en Madrid, de tal manera que me llamaban prácticamente todas las semanas para que diera cuenta de lo que

literaria o teórica, y al hombre urbano habrá de enseñarse a laborar con las manos cosas que ignora totalmente, hasta el punto de que las manos de los intelectuales dan una sensación de inutilidad verdaderamente pavorosa.

HAY QUE DEMOCRATIZAR LA CAZA

La caza es quizá la más antigua y arraigada afición de Miguel Delibes, a la que ha dedicado libros inolvidables, como «Diario de un cazador», «Con la escopeta al hombro» y «Aventuras, venturas y desventuras de un cazador». Nos dice que la mayor grandeza de este deporte es el descubrir la naturaleza a cada mañana, el ver evolucionar el perro sobre el campo, en la elección de ésta o aquella estrategia para abatir la pieza, en la fatiga física. Pero hablamos también de los cazadores sin campo, de los muchos problemas que esta afición encuentra hoy en día en las gentes modestas.

—Yo tengo sobre mí la conciencia de que hay que democratizar la caza; hay que ver la manera de que

el mayor número posible de cazadores de verdad puedan satisfacer este derecho. Se me ocurre que hay que adoptar una serie de medidas. Ir a una nueva legislación cinegética, en el momento oportuno, no ahora, que hay problemas por resolver más urgentes que éste. Se hace necesaria la extensión de los cotos sociales. El coto social es aquel donde cualquier persona, mediante el pago de una cantidad modesta y el pago de otra cantidad por cada pieza que cobra, tiene derecho a cazar en un coto que está debidamente guardado, y depende del Estado, en este caso del ICONA. Esta puede ser una solución. En vez de unos miles de hectáreas, que sean varios millones los que se dediquen a cotos sociales. Otra solución es que los pueblos que hoy tienen privilegio de acotar sus términos abran sus puertas a un número de cazadores urbanos. Esta es la situación en que yo me encuentro. Yo cazo en un pueblo de Burgos, donde los cazadores de ciudad pagamos prácticamente el doble que los del pueblo por tener derecho a esa caza. Pero de este modo cazan los del pueblo y treinta o cuarenta cazadores de fuera. Y, por último, creo que se podían constituir una serie de terrenos reservados para las sociedades cinegéticas que existen en todas las provincias de España, de manera que también estas sociedades tengan sus propios terrenos, debidamente guardados, por supuesto, para así satisfacer esta necesidad biológica que sentimos los cazadores de salir al campo.

J. LOPEZ MARTINEZ

MI COLUMNA

Por Alfonso
SANCHEZFIN
DE SEMANA

NOS dicen que en Valladolid realizan investigaciones y experimentos climatológicos. Son de los más importantes que se hacen en el mundo bajo auspicios internacionales. Miren que si tuvieran influencia en este frío que sufrimos. Por si acaso les aconsejo lo de don EUGENIO D'ORS al mozo que con su particular sistema de abrir una botella de champán derramó media botella:

—Joven, las experiencias con gaseosa.

Parece que esos experimentos son para estimular e intensificar las precipitaciones. Pero de todo esto, al igual que de la ausencia de expertos españoles de la Conferencia Mundial del Clima, les puede hablar mejor nuestro colaborador MANUEL TOHARIA. Mis ideas sobre el tiempo son simples. Sé que tengo mucho frío, aunque por el momento no me duele nada. Mi cuerpecito es mi barómetro, en ocasiones también el viento. Una mañana encontré al PASTOR POETA, buen amigo y experto hombre del tiempo, en la calle de San Bernardo. Le pregunté:

—Esta noche voy al fútbol, ¿llevo abrigo o gabardina?

Se humedeció el dedo, lo puso al viento y me recomendó:

—Lleva gabardina que el aire viene de Toledo.

Así, a la puerta del Metro de Noviciado. Pues tuvo razón. Pienso cómo estará el tiempo en Valladolid. Recibo carta de MIGUEL DELIBES, pero no dice nada del clima. Me da mejor noticia. ANTONIO MERCERO se propone llevar al cine «El disputado voto del señor Cayo». Recibo otro mensaje relacionado con Valladolid. Es de FELIX FERNANDEZ. Anuncia la exposición de JOSE MARIA PEREZ COSSIO, sobrino de JOSE MARIA COSSIO. Ya se ha inaugurado en la galería de JUANA MORDO. Cerámicas y dibujos. El mensaje llega con retraso, claro: viene por correo. El querido FERNANDEZ ORDÓÑEZ —PACO para los amigos— venga a hablar de impuestos, de la necesidad de pagar más, de todo eso, pero no dice nada de que los servicios públicos en España funcionan peor que en toda Europa. Y no se les ve arreglo. JOAQUIN GARRIGUES WALKER, ministro de Obras Públicas, hace humor a costa del mal estado de las carreteras murcianas. Allá por septiembre vi en Albacete una pintada: «¿Soy fascista si utilizo las carreteras que hizo Franco?» Pues si el ministro viaja en tren podrá disfrutar de las delicias del trayecto Chinchilla-Cartagena. Peores no hay. Quizá todo esto se arregle cuando paguemos todos los impuestos, pero entonces no nos quedará dinero para viajar. Bien, por fortuna la exposición de José María Pérez Cossio estará abierta varios días y podré visitarla.

También el buen tiempo viene con retraso. Mañana se inaugura en el hipódromo la temporada de Primavera. Siempre esa tarde ha sido espléndida. Como preludio, el conde de ROMANONES nos convocaba a vino de honor para la entrega de los emblemas correspondientes a los campeones de 1978. J. A. BLASCO recibía el destinado al propietario con mayores ganancias. La cuadra Rosales los completaba con el del entrenador, a FULGENCIO DE DIEGO, y al jockey, CLAUDE CARUDEL. Los colores de Blasco han sido campeones siete veces, Carudel 12 y De Diego seis. También Blasco recibía en propiedad la Copa del DUQUE DE TOLEDO, destinada a premiar al mejor criador. El de amazonas era para PAULA ELIZALDE, que lo gana por segunda vez. El de «gentleman», para el marqués de CUELLAR. A sus veinte años es la primera vez que lo gana. Pregunté al duque de ALBURQUERQUE, su padre, cuántas veces lo ha ganado él:

—Varias, pero no muchas. Me solía aventajar alguno en número de carreras ganadas.

El gran JOSE PERELLI recibió una insignia como premio a su excelente veteranía. Los emblemas los entregó el marqués de los TRUJILLOS. Fue el grato primer contacto con el mundo del hipódromo después del invierno, vamos al decir. Ya hablaremos de carreras, lógico.

Un telegrama nos cita para el lunes a conferencia de Prensa con KABIR BEDI y BEVERLY JOHNSON, intérpretes de «Ashanti». Ya les ha visto el querido AMILIBIA, lo que me alivia el trance. La película ha chafado al pobre SANDOKAN el viaje de novios, interrumpido para presentarla en varias capitales europeas. El 1 de febrero se casó con SUSAN LEE HUMPHREYS, diseñadora de modas. BEVERLY JOHNSON es la primera fotomodelo en color que ha aparecido en la portada de una revista femenina norteamericana. El martes se inaugura exposición de fotografías de GINA LOLLOBRIGIDA. Previsora, Gina ha enviado las invitaciones con tiempo por delante, a prueba de retrasos postales.

En el Club Urbis se rendía homenaje a TONO. El Grupo Archivo presentó el espectáculo «El humor al alcance de los más bajitos», compuesto con una selección de textos de Tono. Lo ha dirigido CARLOS BALLESTEROS, que también rindió homenaje a MIGUEL MIHURA, todavía en vida de éste. El humor de Tono se humedece ahora de emoción al recordarle. PEPE LOPEZ RUBIO y ANTONIO MINGOTE escriben: «Tono, gigantesco; Tono, entrañable; Tono, sorprendente; Tono, bondadoso; Tono, nuestro amigo. Acongojados ahora por su ausencia, recordando a Tono, nos preguntamos si realmente lo merecimos. Creo que no, nadie merece tanto.» La amistad con Tono, su trato a diario, ha sido uno de los más bellos regalos de nuestra vida. No pasa día sin que le recordemos por algo. Tono y Miguel nos han dejado una herencia espiritual incommensurable. Es nuestro privilegio.

INFORMACIONES

ACTUALIDAD Y FONDO PERMANENTE

El novelista Delibes, que repetidas veces ha dado muestras de su flexibilidad en esta época de cambio que vivimos, ha publicado una novela en la que el oleaje de la actualidad remueve las aguas del fondo. Motivo de la novela es el mundo, nuevo ahora entre nosotros, y por otra parte viejo y olvidado, de las elecciones. Hace más de medio siglo, antes del golpe de estado de Primo de Rivera, se escribieron libros sobre este tema, y frecuentemente con interpretación desfavorable: se retrataba el caciquismo, la palabrería, la falsedad inherente a las luchas humanas, y se imaginaba, desde una actitud reaccionaria o desde un mesianismo, una época en que no hubiera elecciones.

Henos de vuelta a las elecciones, después de las amarguras y el aburrimiento de la autocracia, y a la fe en un sistema de gobierno, el parlamentario, con todos sus defectos el más libre de autoritarismo y de ejercicio arbitrario del poder sobre vidas y haciendas.

Delibes participa de esta creencia y no oculta su simpatía por el pequeño grupo de personas que sale del improvisado local provinciano de un partido político y en automóvil hace una excursión electoral por una de esas zonas abandonadas de nuestro país. El paso por allí de otro grupo de los que no creen en las elecciones, y sí, como los viejos absolutistas, en las cadenas, y con ellas, y no en sentido figurado, golpean a Víctor, el candidato que cree en las elecciones, representa para Delibes la toma de posición. Delibes sabe que esos grupos residuales y nostálgicos han perdido para siempre el apoyo de las gentes de las aldeas que un día fueron suyas.

El candidato golpeado con las simbólicas cadenas vuelve de las tierras abandonadas y casi desiertas sabiendo que no perderá el voto de aquel vecino ochentón que representa las llamadas virtudes ancestrales, que la vida moderna destruye implacablemente.

Miguel Delibes, novelista abierto a la vida, piniór de tantas figuras humanas de ese mundo de la me-



Antonio Tovar

(De la Real Academia Española)

Miguel Delibes: El disputado voto del señor Cayo. Ediciones Destino, Barcelona 1978.



seta del Duero que él conoce palmo a palmo, y paisajista que ha hecho suyos ríos, nubes, pájaros, montes y demás elementos y seres vivos, ha escrito en las frases que dice el señor Cayo la elegía de esa España que se ha despoblado y ha quedado deprimida.

Delibes descubre la distancia a que ha quedado del pueblo la política reaccionaria que ha favorecido un desarrollo caótico y desde arriba y desde lejos, sin espontaneidad alguna. «No se fie de estos —dice el partidario de Girón o de Piñar— vienen a quitarle la tierra.»

Pero ¡qué diferente de 1931! La gente se ha ido y las tierras están en muchos rincones yermas y sin quien las trabaje. El señor Cayo representa todavía lo que era el hombre frente a una naturaleza aún poderosa y no necesitada de la protección que ahora hay que brindar a la superficie del planeta para salvarlo de la destrucción.

«Arreglaremos esto», dice el muchacho del niqui verde, cuando es él o su padre el que lo ha arreglado. A ese mundo destruido nos lleva el novelista y a los que vivimos de comprar en el supermercado y no sabemos sembrar, ni meter las abejas en la colmena, ni afrontar la soledad como el señor Cayo, nos hace ver lo devastador del «desarrollo» moderno, y la desarmonía a que la especulación y la codicia, y la imprevisión, nos han llevado.

En su breve novela Delibes mide la hondura de la calma y del silencio de los campos abandonados, lo que se ha perdido y lo que de ello se podría recuperar. Su personaje político se lamenta de que «hayamos dejado morir una cultura sin mover un dedo», una cultura que ya en 1936 tenía que enfrentarse con novedades tremendas, y que con la era de Franco se cerró sobre sí misma en suicida involución.

El material artístico con que el novelista ha trabajado es el contraste del lenguaje de los nuevos políticos, de los jóvenes, que hablan con clichés y tacos, con el lenguaje amenazado del viejo aldeano.

F
i
v
i
l
y
d
n
E
r
d
k
g
k
f
c
C
ti
u
e
L
H
J
N
a
C
j
d
n
c
q
c
ir
s
E
O

CALUROSO HOMENAJE A VELA ZANETTI

Se le impuso la Medalla del Mérito Agrícola

El gobernador pidió la de Oro de la Provincia para el gran pintor

MD

59

A mediodía de ayer, se celebró un emotivo acto que tuvo como eje central el homenaje debido al pintor don José Vela Zanetti que, además, recibió la Medalla al Mérito Agrícola otorgada por S. M. el Rey. Todo ello tuvo por marco el salón de actos de la Caja Rural que se vio totalmente lleno de público, integrado por agricultores y ganaderos. En la presidencia, ostentada por el ilustrado

Rindió palabras de elogio a Victoriano Crémer y se refirió a la deuda que se tiene contraída con los intelectuales, así como a la necesidad de llevar la cultura al campo. «Maestro —dijo dirigiéndose al pintor—, a tí te han dolido siempre las injusticias sociales y el campo ha sido siempre el gran marginado». A partir de aquí mostró su esperanza por el nuevo rumbo que parece tomar la po-

libro blanco y otros aspectos relativos a la región. De otro lado, el próximo lunes se firmará en Burgos con el NOPU, un plan del territorio regional y el área de expansión industrial. «Queremos articular a España de forma que sean imposibles los privilegios y las hegemonías. Pero algo nos falta». «Volví los ojos y te he visto, Vela», dijo refiriéndose al pintor, que había vuelto de su exi-

que nuestro actual director le dedicara en su día, cuando ya llevaba tiempo en su retiro de Milagos. Luego se extendió a definir lo que ha sido el rigor en su obra salpicando el relato con algunas anécdotas. «Yo también he sido un sembrador como vosotros —dijo dirigiéndose al público— quizás más triste porque tras seguir el surco largo, no pude volverme a recoger la cosecha». Definió su largo exilio como la gran Universidad. «He procurado imitar el vuelo del águila y no el del ave de corral», dijo antes de entrar a relatar sus contactos con la crema de los intelectuales españoles de Puerto Rico y cómo en su compañía, mientras en Nueva York pintaba los murales de los derechos humanos («unos derechos humanos que no se proclaman, sino que tienen el alcance cristiano que da el haber nacido», afirmó), se les llamaba, sin embargo, la anti-España. Cantó lo que significa la casa solariega, los aperos, etcétera, glosando la frase del poeta que quien «pinta a su pueblo, pinta al Mundo» y de aquí se extendería en hermosas consideraciones. «Tenemos que negarnos a que ésta sea la tierra de Caín», dijo para cantar la reconciliación.

Seguiríamos recreándonos con las palabras del pintor, pero se nos va el espacio. Baste con decir que cantó a nuestra tierra, la suya, sobre todo a sus hombres, con consideraciones de alta calidad poética y filosófica. Ni que decir tiene que la ovación que recibió fue de antología.

EL GOBERNADOR PIDE LA MEDALLA DE ORO DE LA PROVINCIA

La intervención breve de nuestro gobernador fue para recordar los tiempos de su primera amistad con Vela Zanetti, para calificarlo del mejor embajador que ha tenido España, sin quererlo y, sobre todo para pedir por segunda vez la Medalla de Oro de la Provincia para el pintor, lo que fue acogido con una calurosa ovación.

Finalmente, el Sr. García Ortega tomó nuevamente la palabra para pedir para Miguel Delibes la Medalla del Mérito Agrícola.

(Foto FEDE).



La esposa de Vela Zanetti durante el homenaje que le rindió la Caja Rural, mediante la entrega de un obsequio.



Vela Zanetti recibe del presidente del Consejo de Castilla-León, la Medalla del Mérito Agrícola.

burgalés don Javier del Moral Medina, subsecretario de Economía, estuvieron el gobernador civil, presidente del Consejo de Castilla - León, alcalde de la ciudad, presidente del Consejo de Administración de la citada Caja, delegado territorial de Agricultura, el también burgalés don Luis Delgado; presidente de la Caja Rural de León, don Manuel Díez Ordax y el poeta Victoriano

lítica hacía los agricultores y por ahí entró a glosar los murales que de Vela Zanetti existen en el edificio de la Caja, expresión de su gran amor a los hombres del campo. «Que la condecoración sirva para premiar al gran artista y al hombre honrado que eres», terminó diciendo el Sr. García Ortega, que recibió una calurosa ovación.

INTERVENCION DE VICTORIANO CREMER

Se cedió luego la palabra al poeta burgalés, afinado en León, don Victoriano Crémer, quien pronunció un bello parlamento de exaltación de la figura de Vela Zanetti, así como un canto a las tierras de Burgos y León. Justificó la Medalla como premio al servicio de la vocación campesina del pintor y dijo de éste «que se siente como sacramentalmente unido a la tierra, a su tierra; a los hombres, a sus hombres».

Victoriano Crémer recibió una especial salva de aplausos.

HABLA EL PRESIDENTE DE CASTILLA-LEON

Acto sevuido, don Juan Manuel Reol Tejada, presidente del Consejo de Castilla-León entre los aplausos de los concurrentes, impuso a don José Vela Zanetti la Medalla al Mérito Agrícola. Luego tomó la palabra para pronunciar una lección que, sin exageración, merecería ser reproducida íntegramente. Hemos de sintetizarla.

En tono poético, aludió a su reciente y personal circunstancia personal, superada en parte por el hecho de enfrentarse en este día con los problemas de nuestra agricultura y por estar con Vela Zanetti, a quien rindió un bello homenaje poniendo en relación al pintor con León Felipe y Antonio Machado.

«Castilla y León, once provincias y una herida profunda», dijo antes de comenzar el análisis de esta región que exporta capitales, materias primas y, por encima de todo, a sus propios hombres. Glosó lo hecho hasta ahora por el Consejo, afirmando que ya se tienen casi terminadas las transferencias desde el Estado. Se hará un gran congreso de cultura castellano-leonesa del que salga el verdadero aprendizaje de nuestra Historia, así como un

lio con el salmo y después de dejar su castellanismo por el Mundo. «Vela os pintó a vosotros —dijo el Sr. Reol dirigiéndose al auditorio—, a su pueblo que no quiere morir».

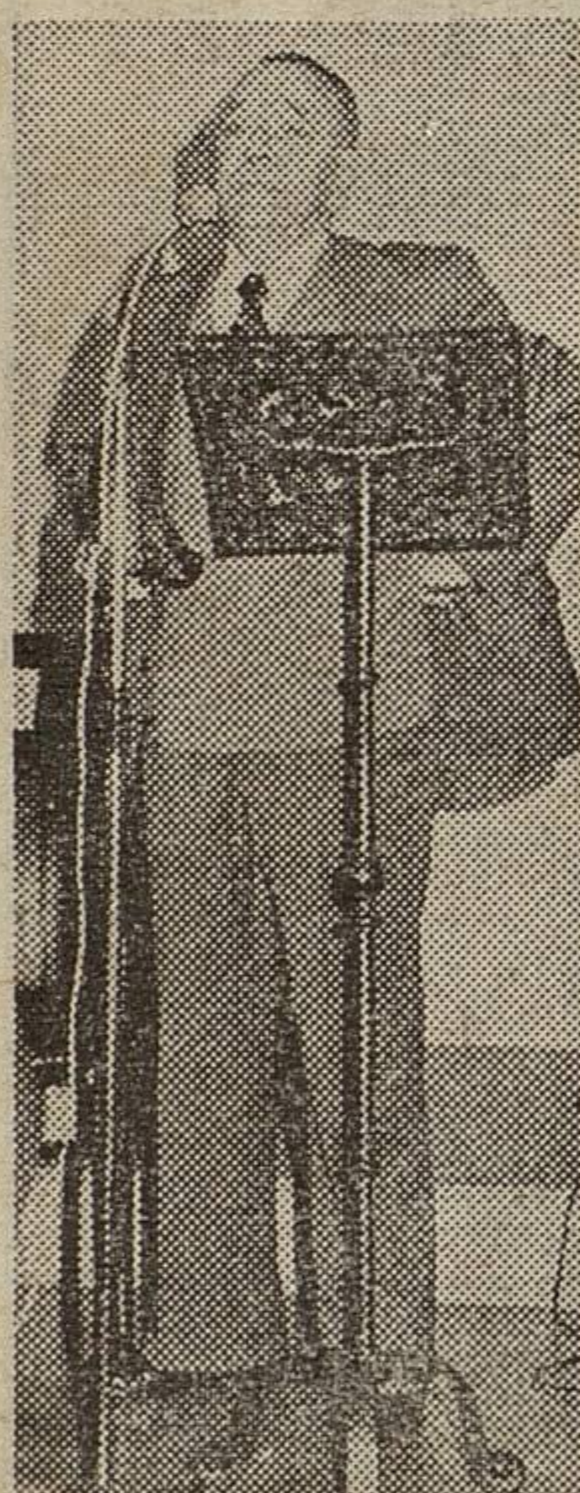
Insistió el presidente en que lo que no hagan los hombres de Castilla y León por la región, no vendrá a hacerlo nadie, para partir de aquí hacia el eje de su lección política. Afirmó en otro momento que la Caja Rural debe ser de los agricultores y ganaderos castellano-leoneses y de nadie más. «Os pido en nombre del Consejo de Castilla-León que nos dejéis estar junto a vosotros, pero no os arrebataremos la misión que sólo a vosotros os incumbe».

Volviendo a referirse al pintor, dijo de él que ya era historia con la Historia y viento con el viento, cantando su identificación con el pueblo y hablando del merecimiento de la condecoración. «Gracias por decirnos que Castilla son estos hombres y estas mujeres. Gracias por traer el salmo cuando nadie quería la paz. Gracias por hablar desde la exacta dimensión, que es la gran altura. Y el que así no lo entienda es porque te escucha desde un ozo», terminó diciendo el Sr. Reol que provocó una cálida emotiva reacción del público.

DISCURSO DE VELA ZANETTI

La indiscutible faceta de gran orador de Vela Zanetti quedó ayer nuevamente de manifiesto. Un hombre que pone la inteligencia (su gran inteligencia) y el corazón (su gran corazón) en las palabras, resulta muy difícil de sintetizar. Hemos de hacerlo, sin embargo, en la medida de lo posible.

Saludó Vela Zanetti a todos, poniendo un acento especial para Antón De Santiago, del que recordó la acogida que le dispensara cuando ocurrió su vuelta a España. Le definió como gobernador de nuevo talante que, lejos de acaparar personalismos, le había concedido que la Medalla se la impusiera el Sr. Reol Tejada. Luego y en base a la frase de Nietzsche, que él tenía en su estudio cuando contaba diecisiete años. «¿aspiras a la gloria? Oye un consejo: Renuncia a los honores», pronunció una lección en la que los recuerdos estuvieron siempre vivos, como la página



Victoriano Crémer, uno de los oradores que intervinieron en el homenaje a Vela Zanetti.

Crémer, especialmente invitado y desplazado desde León para este homenaje. Entre el público, directivos de la Caja de Burgos, delegados de servicios y otras personalidades.

PALABRAS DE DON IGNACIO GARCIA ORTEGA

Abierto el acto, tomó la palabra en primer lugar don Ignacio García Ortega, quien tras recordar cómo había sido solicitada la medalla al Mérito Agrícola para Vela Zanetti, rindió un emotivo homenaje a la esposa de éste, a la que solicitó que se acercara al estrado para entregarle un regalo, lo que se hizo entre el aplauso unánime de la concurrencia.

FUNDACION MIGUEL DELIBES

Miguel Delibes se ha hecho a vivir en Valladolid, ya tan machacada por el deterioro urbanístico, ya demasiado grande y poblada para ser del todo reposante.

Delibes, que se queja de las hechuras actuales de su ciudad, sigue encontrando en la vida de provincia esas pausas existenciales tan fértiles, que tan buen resultado le han dado.

Lo que sí que estaría de más sería descubrir ahora a Delibes, quien, desde su Nadal en 1947, nos viene inoculando novelas, a menudo perfectas, nacidas clásicas, adobadas con esa salazón especial que el saca de oír, sin marrar, el idioma que la rodea. Hay hombres en sus narrativas, pero en Delibes lo que más luce son las hablas de hombres hechas letras, sin que este paso, de ordinario

deletéreo, del habla a la letra, vaya en desdoro de la autenticidad.

Fue imposible no amar a Lorenzo, el bedel del «Diario de un cazador»; al Senderín, de «La mortaja»; al propio Delibes, discreto protagonista, cuando se pone a cazar o a pescar. Tortas y pan pintado del idioma, succulentas páginas para mirar, más que nada, Castilla, castellanos, sus árboles, peces y pájaros.

MIGUEL DELIBES:

«AL HOMBRE DEL PUEBLO LO HEMOS ABANDONADO»

Está siempre recto y enhiesto a sus cincuenta y ocho años. Tiene la estampa de un inglés que se despistó por Castilla la Vieja. Pero la malicia de su mirada y de su risa ronca no puede ser más que castellana; te mira o se ríe, siempre un poco sesgado, y tu ves en seguida que tiene socarronería y astucia por arrobas. Quizá se le haya pegado algo de la perdiz: es difícil que no ande alerta. Y más ahora, cuando todo en él rezuma un cierto estar de vuelta de los hombres y las cosas, que no es soberbia, sino también desencanto.

Pero mientras hay quienes se desencantan fácil y se embarrancan aún más fácil, Miguel Delibes ha cuajado muy fructíferamente este momento de nuestra historia en su última novela, «El disputado svoto del señor Cayo» volvemos a aprender cómo un lenguaje puede caracterizar un mundo, implicarlo y expresarlo. El mundo del rollo, el porro, el «mola cantidad», frente al mundo de las chovas que pian en los cantiles y el de la buena galladura antagónicos, son simplemente irreconciliables. En cierto modo, entre estos dos grupos de españoles, se necesita un traductor por medio.

—¿Qué modelo de la realidad tomó para «Cureña, el pueblo casi desierto del señor Cayo»?

—Más que nada es un compendio, una síntesis de todos los pueblos abandonados de la zona norte de Burgos, abandonados o casi abandonados. Ahí hay una descripción física bastante exacta de Orbaneja del Castillo. Mientras que el problema puramente humano recoge un poco los últimos días de Cortiguera, antes de ser abandonado del todo. Y hay también descripciones físicas, qué diría yo, muy concretas; por ejemplo, del comedor de San Felices, que da sobre el Rudrón, frente a la ladera con las crestas, con los buitres.

—¿O sea, todos los utensilios y aperos que usted incluye los ha visto y tocado en pueblos auténticos? ¿Por ejemplo, la perezosa sobre la que come Cayo...?

—Bueno, la perezosa la tenía yo. La tenía en una vieja casa que compré en Sedano y se la llevaron después. Pero hay una perezosa en una casa de al lado, de unos parientes míos, hay una perezosa en casa de Luis Gallo, el que fue

médico de Sedano. De manera que los materiales con que he operado son todos evidentes, son todos auténticos, están ahí. Como quedan señores Cayos en todos esos pueblos.

—¿Y cómo se ilustró en materia de apicultura?, porque eso también tiene su miga en la novela.

—A mí esto de las abejas me da mucho miedo, pero me apasiona el mundo tan perfectamente organizado de estos insectos. Y a menudo me avisan para coger un tetón, naturalmente para verlo. Cuando me mandan echar mano, me da terror. A mí esto de que la abeja enjambrada

no pica no acaba de convenirme.

—Entonces, ¿quiere decirse que usted no toma —vamos a llamarle así— apuntes de campo?

—No, no.

—Con una libreta, sobre el terreno...

—No; yo no hago apuntes de campo. Es una cosa que se va sedimentando poco a poco.

—¿Y cómo le brotó su última novela, la de Cayo?

—Esto lo vi, enseguida, cuando contrasté las elecciones, que fueron el 15 de junio, con los señores Cayos que yo veía quince días después. Y, claro, aquello fue tan brutal, fue un cambio tan brutal de ambiente, que dije: hombre, lo interesante sería poner en contacto estos dos mundos. Es decir, que vino solo, porque yo no tenía idea de hacer una novela sobre este tema.

—El mundo de Cayo está claro que usted lo conoce al dedillo, pero, ¿cómo sacó todo ese lenguaje macarra de los jóvenes políticos?

—¡Oh! Esto, nada, de la calle... Basta montar en un autobús.

—¿Aquí, en Valladolid?

—Sí, claro, cómo no; hoy día basta montar en un autobús o asistir a un partido de fútbol o, en fin, mezclarse en una manifestación, para que salga todo esto. E incluso escuchando a los chicos en la Universidad. Yo creo que más que un idioma de un grupo social determinado, lo que ocurre es que es más un idioma de juventud, porque lo emplean endistintos campos políticos, lo emplean en diversos estamentos sociales. Es decir, es como hablan los chicos, no como hablan estos o los otros chicos, sino como hablan los jóvenes en gene-

ral. Y la prueba está en que yo he cargado este idioma, esta manera de expresión porque no es un idioma, en Rafa, que es el más joven del grupo. El es el verdadero intérprete del lenguaje cheli.

—¿Y qué le parece a usted esta jerga macarrónica?

—Yo, cuando escribí en esta novela lo de «comerle el coco» lo había oído a dos personas. Cuando he publicado la novela es cuando ya se está haciendo lugar común.

—Lo curioso es que lo de «molar» o lo de «comer el coco» no tiene color comparado con esas expresiones castellanas, pero también en extinción, como cuando usted escribe: «Resumiendo, que habéis hecho un pan como unas hostias».

—Esto ya es muy castellano. Esto ya es muy distinto. «Habéis hecho un pan como unas hostias» es una expresión que he oído desde chico, y esto ya se puede meter en el diccionario en pan y en hostias. Con el significado de hacer un mal servicio, de hacer algo mal, como un pan aplastado, un pan mal hecho.

—Usted ha hecho una novela tal que, tras leerla, no se pueden amar los partidos, aunque sean progresistas. O sea, el lector es animado sutilmente a advertir y compa-

de ellas es ésta, y es que creo que al hombre del pueblo lo hemos abandonado, y no hemos cultivado en absoluto su cabeza. Y la contrapartida es que me asustan, me aterran las manos inútiles de los intelectuales, mis propias manos, que sólo sirven para agarrar la pluma. Me parece que hemos sido víctimas de una educación incompleta y que, en lo sucesivo, si queremos hacer más felices a nuestros hijos, les tenemos que enseñar a valerse de las manos tanto como de la cabeza.

—Se dice en su novela: «Hemos ido a redimir al redentor».

—Exactamente. Esos señores nos están dando de comer, tienen una función importantísima en nuestras vidas.

—Sin embargo, esos paletos de nuestros pueblos, que Dios guarde, no son siempre tan sublimes, pueden ser egoístas, envidiosos, desconfiados, retrógrados, ¿no le parece?

—Bien. Eso está también en mi novela. El que existan sólo dos vecinos en el pueblo y se odien, y se envenenen los gatos y se ahorquen los perros. Cuando llegan los del partido y preguntan a Cayo si no hay más habitantes que usted, él dice: «Está ese, pero si hablan con ese no hablan conmigo». Eso es algo definitivo, algo

● El escritor vallisoletano habla sobre su novela «El disputado svoto del señor Cayo»

rar la calidad de vida y de expresión de unos y otros.

—Bueno, no simplifico tanto. Es decir, que tal vez en la novela esté idealizada la vida del señor Cayo. Pero la vida de los señores Cayo que yo he conocido es una vida muy dura, extremadamente dura, no sólo en cuanto a trabajo, sino dura en cuanto al frío en invierno, en cuanto a soledad tremenda, etc... Es decir, que a mí me gustaría vivir en un pueblo, pero no dentro de la austeridad espartana del señor Cayo, es decir, que yo tendría mi televisión, yo tendría mis periódicos, yo tendría mis libros. Yo no hago un canto a la aldea hasta el punto de aplaudir la vida del señor Cayo. Yo aquí lo que quisiera hacer notar es que mi intención ha sido demostrar pocas cosas, pero de las pocas que he intentado una

que a mí me parece terrible. Porque yo concluyo de ahí que donde hay dos españoles hay odio, y esto me parece fundamental en la novela. Es otra de las pocas afirmaciones que he querido hacer en ella.

—¿Usted se establecería en su casa del pueblo, ahora que Valladolid ya empieza a ser grandota e incómoda?

—Pues me hubiera encantado.

—O tiene muchos compromisos aquí...

—Muchos, y cada vez más.

—Usted da clases.

—Sí; yo doy clases todavía, y este contacto con los chicos me gusta.

—¿De Derecho mercantil? Usted es catedrático de Derecho mercantil.

—No, no; de Historia de la Cultura doy ahora. Sé poca historia y poca cultura, pero



como el curso es de chicos no especializados en historia, porque es peritaje mercantil, pues no tengo graves problemas. Pero la tentación de ir a vivir a Sedano, por lo menos gran parte del año, ya me rondaba, y posiblemente lo hubiera conseguido de haber vivido mi mujer. Aun cuando ella no compartía mi punto de vista, quizá con un criterio más certero que el mío. Porque ella convenía en que un invierno en un pueblo era un invierno muy duro, y con unas condiciones de vida muy difíciles.

—¿Podría prescindir de todo lo que no fuera escribir?

—Pero es que esto creo que le esteriliza a uno, llega un momento en que si uno cierra los contactos que tiene con la sociedad, pues no sabe uno de qué escribir. Yo es la sospecha que tengo. Es que uno necesita tratar con la gente, con el pueblo, con los estudiantes, con los intelectuales en una tertulia. El día en que uno se cierra y no tiene más que la cuartilla y la pluma no es bueno. No es bueno porque uno no sabe ni cómo escribir, ni de qué escribir, ni cómo hablan los estudiantes, ni cómo hablan los campesinos.

—Pueden salir geografías inventadas, otros mundos.

—No; yo no tengo imaginación. Yo creo que las novelas salen tanto de lo que uno observa como de lo que uno inventa. En unos prevalece la invención sobre la observación, en otros, la observación sobre la invención, como en mi caso. Pero de estas tres fuentes sale la novela, la narrativa en definitiva.

—Usted es también periodista. ¿Por qué no aceptó la dirección de un matutino madrileño cuando se lo ofrecieron?

—Sí, me lo ofrecieron, pero esto implicaba el irme a vivir a Madrid y el romper con todo lo que había sido mi vida. Además, creo con Hemingway que el periodismo, si no lo abandonas pronto, acaba quemándote. Es una profesión muy dura y que te obliga a estar siempre en tensión.

De «Ya»

NADIE DISPUTA EL VOTO DEL SOLITARIO FLORENTINO

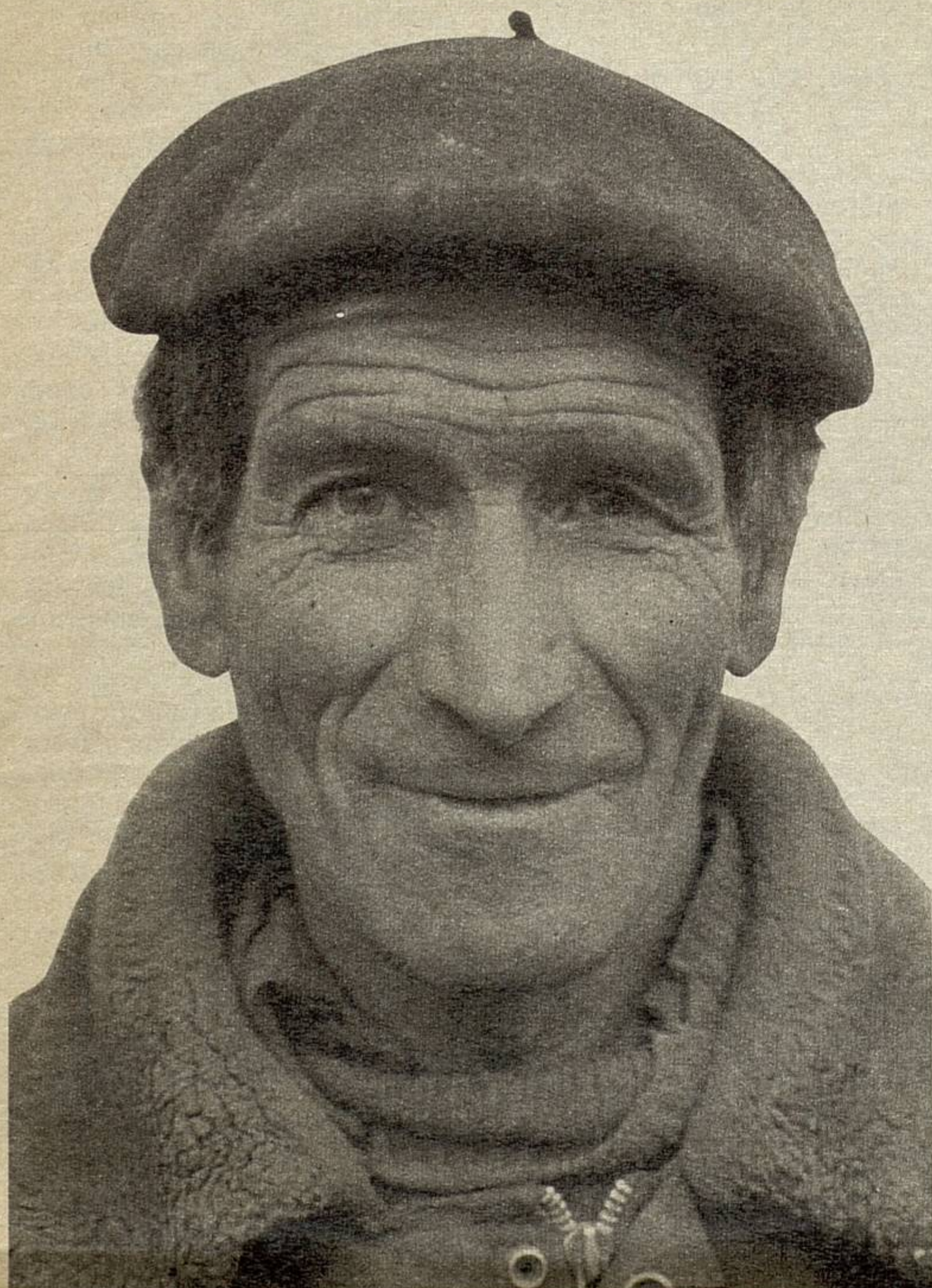


A HORA que entramos en el apagado fragor de las municipales, ahora que se despolvan los viejos papeles y se echan las cuentas olvidadas, y en los despachos pasan revista a la tropa de poblaciones rurales muertas o moribundas, ahora que los pueblos fantasmales e irremediamente abandonados son efímera noticia que todos preferirán olvidar pronto. Aquí encaja el modesto mérito de Castil de Carrias, que entre la huida de sus habitantes y disputas administrativas es el único municipio español que cuenta con un solo habitante: Florentino González Sainz, un Robinsón aldeano de cara curtida y ojos ingenuos, un trisunto verdadero del señor Cayo de Delibes, cuyo voto no va a disputarse nadie, porque en este pueblecito del nordeste de Burgos, por flagran-

te imposibilidad de cumplir la ley electoral no habrá comicios. Para fallar el pleito de inclusión de Castil de Carrias a favor de las dos cabeceras de comarca más cercanas, Briviesca y Belorado, es necesaria nada menos que la intervención de un remoto Consejo de Ministros, y para cuando llegue será perfectamente inútil.

El coche da tumbos por una carretera vecinal, con profundos surcos en el barro por el paso de los tractores, mientras una furiosa granizada arrasa el paisaje desierto de campos de labor. Al final de la última revuelta, a la altura del rótulo con el nombre, se divisan las primeras casas sobre las que sobresale la torre de la iglesia con sus campanas intactas. En el declive de una cuesta se agrupan ochenta o noventa casas, la mayoría sólidas y en buen estado.

Florentino, el solitario habitante de este pueblo de Burgos. Su perro y sus pavos le acompañan entre la desolación y el abandono.





«No seguiré mucho aquí.» Aunque nadie se lo ha encomendado, es un poco el guardián de lo que queda del pueblo.

LA POLITICA



construidas con una piedra marmórea blanquecina, que en esta zona llaman piedra yeso.

«Florentino andará por el campo», nos habían dicho, y el pueblo, con sus puertas y ventanas atrancadas y ciegas, está absolutamente solitario, arrecido de frío, y con los ruidos fantasmales del viento, que dan una engañosa sensación de vida. El pueblo semeja esos buques abandonados en los que, sin embargo, todo está en su sitio, como si sus habitantes hubieran acudido a una llamada urgente. Una flecha señala la casa de teléfonos, y en el claro de la plazoleta central, entre trilladoras y aperos de labranza, un edificio de dos plantas ostenta en sendos letreros su doble condición de Ayuntamiento y escuela. Las rendijas de las ventanas permiten ver en el interior muebles, y en los tejados aún hay antenas de televisión. En la caída de los canales de las cañerías, cubos metálicos para recoger agua, uno de los problemas nunca resueltos de Castil de Carrias.

La destrucción ya ha comenzado su obra, carros cubiertos de musgo, la techumbre de la ermita está derruida. La puerta de la iglesia cede sin esfuerzo, como una explicación de tantos saqueos de los últimos años, que cualquier mal día alcanzará los retablos y las imágenes azuladas de Castil.

«SI, SOY EL UNICO QUE VIVE AQUI»

Entre el granizo aparece Florentino seguido de su galgo, con la boina calada, que vuelve al pueblo. Se muestra algo incrédulo de que alguien venga a verle de un Madrid muy lejano. «Sí, soy el único que vive aquí. Pero me creo que será por poco tiempo.» Florentino vive en una de las casas del final del pueblo, que comparte con su perro y sus pavos, que cría para Navidad. Come a mano un chorizo caliente que chorrea grasa, mientras alimenta a sus pavos. Florentino no da buenas razones de por qué ha permanecido en el pueblo cuando el resto de los habitantes comenzaron el abandono y cuando se fueron los últimos hace tres años, aunque viven en las inmediaciones y vienen en tractor a cultivar sus tierras. Este hombre soltero, de cincuenta y ocho años, que tiene vagos familiares en el País Vasco, sólo sabe lo que quiere saber, prefiere permanecer entre los pavos y pasar la noche rodeado de casas vacías, que conoce desde que nació;

cazar conejos en los largos días, ayudar ocasionalmente en tareas de labranza, vivir a su aire.

GUARDIAN DE TODO

«Le han ofrecido un puesto de guarda forestal, pero él sigue en lo suyo. No sé cómo puede vivir así. Cualquier día se cae en un espinar cuando vaya de caza y se tronza una pierna y ni siquiera puede pedir socorro, o si le pasa cualquier cosa mala de noche», cuentan los antiguos habitantes de Castil, que han encontrado un acomodo en Briviesca o Belorado. Pero Florentino calla y sonríe desvaidamente y, aunque afirma que piensa irse, en el fondo no imagina una vida fuera de este paisaje familiar, de los cerros de Castil, de los caminos y los paisajes de siempre, y le produce un secreto orgullo ser el último en abandonar el barco en este naufragio incomprensible. Porque, vamos a ver, ¿no sigue la tierra dando frutos?, y se sucede el verano asfixiante, y las heladas del invierno, y agua no hay mucha, con un sabor como de yeso, pero es la que siempre ha habido, y Florentino es un poco como el guardián de todo, del secreto teléfono que aún permanece, de las instalaciones de luz, una antigua aspiración satisfecha, aunque ahora no sea de mucha utilidad; del edificio del Ayuntamiento en cuya puerta el alcalde que ya no vive allí firma una convocatoria para un arriendo de tierras «de la masa común» un todavía reciente domingo de enero, y lo mismo de la iglesia, ante los que Florentino muestra un encogimiento de respeto aunque no haya nadie, porque así debe ser, y junta las piernas con los hombres erguidos como en sus lejanos tiempos de recluta en el cuartel.

Y porque el único horizonte es acogerse a la mortecina reclusión del asilo de Belorado, y mientras las piernas aguanten y se pueda salir con el galgo tras los conejos, y la casa de fuerte piedra no se caiga, y todo sea un poco como antes, antes de que la gente se marchase, antes de que la hierba creciera entre las casas y las vigas de madera den en ruina, de que se oxidaran los aperos de labranza, de que Castil de Carrias, como otros miles de pueblos de España, sea tragado por el olvido.

Miguel Angel Molinero
Fotografía: Jaime Pato
(Enviados especiales)



PALABRA VIVA



MIGUEL DELIBES

Y «EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO»

Daía tiempo que queríamos hablar de Miguel Delibes. ¿Por qué? Creemos que sus obras son una de las lecturas más recomendables para alumnos de EGB II y BUP. La limpieza y la honradez de su mirada al mundo del campo y los animales se pone muy cerca de nuestras nuevas generaciones. El motivo para que hoy hablemos de él está en la publicación reciente de su novela «El disputado voto del señor Cayo». Una obra de pocas páginas que, en este momento electoralista, tan artificial, nos recuerda que hay que volver a la naturaleza. Quizá en ella esté la solución a este loco mundo en el que estamos metidos.

UN HOMBRE, UN PAISAJE, UNA PASION

Estos tres elementos, según el propio Delibes, son las tres piezas que, engranadas en un tiempo determinado, no pueden faltar de sus novelas.

Parte de una actitud serena y una preocupación grande por los cambios sociales en los que el hombre es a veces sujeto que los realiza, pero, en la mayoría de los casos, quien los padece. En este sentido, Delibes refleja en sus novelas una visión más bien pesimista. No se identifica con la marcha de una sociedad que convierte al hombre en masa y le aparta cada vez más de la naturaleza.

Los personajes de Delibes se rebelan contra esta sociedad que despersonaliza lo más característico de cada uno, luchando de forma individual, como en *Mi idolatrado hijo Sisi*, y, posteriormente, sintiéndose solidarios con otros hombres que sufren el mismo problema que ellos (*Diario de un emigrante*, *La hoja roja*, etc.). En casi todas sus novelas aparece de forma expresa la oposi-



Miguel Delibes: *La vuelta a la Naturaleza*

ción campo-ciudad. Esta división no responde a la simplonería de un mundo dividido en buenos y malos, sino al interés por encontrar los valores y comportamientos más auténticos y naturales.

EL LENGUAJE DE UN PUEBLO

En *El disputado voto del señor Cayo* reaparece la oposición hombre de ciudad —con su cultura y su modo de vivir políticos— y el campesino que desde su sabiduría popular y su independencia puede poner un orden mucho más natural a su vida. Esos dos mundos y sus correspondientes realidades tienen dos lenguajes distintos que Delibes recoge con una gran rigurosidad.

Este trabajo de investigar en los diversos usos del lenguaje y de dar forma veraz a sus protagonistas con hablas reales es algo característico en su novelística.

Los personajes tienen vida propia en función de lo que mejor puede definirles: hablas locales, tópicos, muletillas, refranes, manías lingüísticas personales, etc. Frente al automatismo con que solemos realizarlos cualquier hablante en nuestra vida cotidiana, el escritor elabora todo ese material dando prioridad a la función estética de la lengua.

La faceta de investigador en los recursos y mecanismos que utili-

zamos los hablantes tiene dos vertientes: la reconstrucción de distintos niveles de uso con plena vigencia en la actualidad (el de la pequeña burguesía en *Cinco horas con Mario*, las jergas populares en *Diario de un cazador*, etc.) y la recopilación de un lenguaje rural, en vías de desaparición, que es el que utilizan las generaciones campesinas de más edad.

RECURSOS

«El País», suplemento: *Arte y pensamiento*. Domingo 11-II-79. Madrid.

Ramón Buckley: *Problemas formales de la novela española contemporánea*. Ed. Península. Barcelona, 1973.

Fernando Morán: *Novela y semidesarrollo*. Ed. Taurus. Madrid, 1971.

Historia de la literatura española (XIX-XX). Biblioteca Universitaria Gaudiana. Madrid, 1974.

ACTIVIDADES

EGB y BUP

I. Sería conveniente que partiese de la lectura de dos o tres obras de Delibes; por ejemplo, *El camino*, *Cinco horas con Mario*, o *Las guerras de nuestros antepasados* y *El disputado voto del señor Cayo*.

II. Observa detenidamente cómo reconstruye Miguel Delibes, y rescata para el futuro diversos usos de la lengua (el rural, el de la burguesía, el de la juventud...).

III. Analiza, después de leer *El disputado voto del señor Cayo*, los dos mundos contrastados que aparecen reflejados en la obra: el rural y el urbano. Interpreta personalmente el en la obra: el rural y el urbano. Interpreta personalmente el valor que concede Delibes a uno y otro.

OBRAS DE MIGUEL DELIBES

La sombra del ciprés es alargada (1948).

Aún es de día (1949).

El camino (1950).

Mi idolatrado hijo Sisi (1953).

Diario de un cazador (1955).

Diario de un emigrante (1957).

Siestas con viento sur (1957).

La hoja roja (1959).

Las ratas (1962).

La caza de la perdiz roja (1964).

El libro de la caza menor (1964).

Cinco horas con Mario (1967).

Primavera en Praga (1969).

Parábola del naufrago (1969).

El príncipe destronado (1973).

Las guerras de nuestros antepasados (1975).

El disputado voto del señor Cayo (1978).

LENGUAS NUEVAS Y LENGUAS ROTAS

CONFIESO mi error de entrada. Creía, y así lo sostuve en alguna precedente «crónica desde España», que no iba a ser posible un empleo digno de la nueva jerga macarra, que se trataba de una especie de germanía cutre sin porvenir literario. Miguel Delibes lo acaba de desmentir, con su lucidez lingüística característica, pero yo diría que hasta redoblada, en El disputado voto del señor Cayo. No se trata en esta novela, como a simple vista pudiera parecer, del antagonismo entre dos diversas concepciones del mundo, la de los políticos y la del pueblo llano, porque más llano que el señor Cayo Fernández, uno de los últimos supervivientes de la España agraria, no hay. No. En la novela de Delibes lo crucial es la confrontación de dos lenguajes, con todo lo que un lenguaje puede implicar y caracterizar, incluso tipos antropológicos distintos. No voy a decir que en la España actual coexisten dos razas, la de los chelis y la de los paletos, pero insisto en que gracias a la transparencia y habilidad de Delibes, sí que podemos tomar nota de dos diversas unidades antropológicas vivas y coleando aquí y ahora.

Lo demás es secundario. Porque, de acuerdo, ¿cómo se va a poder conciliar con las instancias de los políticos chelis ese otro mundo donde habitan «las chovas en los cantiles», donde «a mano izquierda en la greñura se sentía correr el agua»? Un mundo en franca extinción, que emplea el humeón para catar los dujos de las abejas; un mundo donde, al igual que en la España de Maricastaña, «del lar colgaba el perol ahumado y, al fondo, empotrado en el muro, el trashoguero de hierro...» Un paisaje físico donde abundan no los peñascos elevados, que así los describiría con tan horrible circunloquio un hombre de la ciudad, sino los tolmos. Una sociedad, la española de los pueblos del profundo interior, que usa las malvas porque aligeran el vientre, y la flor del saúco, buena para curar las pupas de los ojos. Un mundo, en suma, intransitable para quienes se acercan con un lenguaje empobrecido y metropolitano, y encima con una ideología que cifra mucho en la búsqueda del voto político, aunque sea un voto de transformación. Pero Cayo no necesita ya ser transformado ni redimido si acaso, enterrado en paz, que es lo que hace con él Delibes: enterrarlo no sin antes dejar fría memoria de que en Castilla, un día, existieron seres semejantes.

La comparación es odiosa, pero a ese mundo maravilloso que hemos corrompido y perdido se contraponen el de quienes se acercan a la nueva realidad con esta nueva habla: «Tampoco es eo, tío», «Suárez se está pasando un pelín», «Lo siento, pero ese tipo de propaganda no me mola».

Sin embargo, y vuelvo al principio, hay que mirarlo desde este punto de vista: la jerga cheli ya ha dado un fruto técnico, literario, de alcance; esta novela en que Delibes registra con la misma gelidez catastral la agonía de la lengua campesina y la irrupción demoledora del chelismo, modo de ser y de hablar pobretón, empobrecedor. Pero innegable. Y a eso iba.

VAMOS a ser clementes en la medida de lo posible. Digamos que es difícil que la estabilidad de una lengua no presuponga o vaticine un cierto rigor mortis. Admitamos que las lenguas evolucionan como condición imprescindible para su propia supervivencia: si no, andaríamos aún hablando en plan de Rinconete y Cortadillo, vuestas mercedes y otras lindezas. Sí, ¿pero cuál es el punto?

Hay un punto, creo, de prostitución en la lengua, que no se debería rebasar. Y ya lo estamos rozando en España.

El mal de muchos es un fatídico consuelo de tontos; claro que la degradación palpable, a ojos y días vista, del español no es exclusiva. Hasta el

inglés, idioma que frecuentemente nos avasalla, se corrompe con una velocidad vertiginosa. De nada les vale que sea la lengua más hablada en el planeta después del chino mandarín. El inglés ha entrado también en un proceso de bastardía notable, del cual sería útil dar breve información, aunque no sea más que para consolarnos, digo para poner aún más nuestras barbas a remojar.

Stefan Kanfer, en su conciso ensayo sobre «El estado de la lengua», se libra a consideraciones muy meditabundas: «En 1978 la devaluación fue lingüística tanto como monetaria.» Kanfer habla del inglés-americano, pero aún es más provechosa y sugestiva su advertencia, porque ese inglés-americano es ya la lingua franca de la aviación, del petróleo, de los intercambios comerciales, de la cibernética, del espacio, de las multinacionales...

Pues bien; en los Estados Unidos se asiste ahora mismo a unos límites tales de degeneración lingüística que a veces se necesitan traductores internos. Sin ir más lejos, los periodistas cogieron en un renuncio a Judy Powell, portavoz de la Casa Blanca, cuando empleó la sigla ECAR y no supo decir lo que significaba; tal era el arraigo de su uso. Un parlamentario americano, usando la frase «Air Force to do EIS on PAVE PAWS» dejó a dos velas a su auditorio, ignaro de que la traducción fuese que las Fuerzas Aéreas se disponían a hacer una «declaración de impacto ambiental» (EIS) sobre los PAVE PAWS, inextricables siglas relativas a un tipo de radar.

Otra tendencia que los lingüistas americanos juzgan peligrosa es la consistente en hacer verbos a partir de sustantivos. En realidad es ya algo viejo en el inglés: a mí siempre me impresionó un idioma que dice to milk para decir ordeñar, aunque en realidad sería, con perdón, «lechear». Bien; el caso es que ahora parece haber una epidemia de verbos de este jaez: «los gobiernos prioritized» («priorizaron»), «los corredores marathoned» («maratonearon»)... Pero tienen los americanos solecismos aún más terribles, casi tanto como todas esas cosas nuestras que explotan, o todas esas personas que se ponen a influenciar. En fin, a los pasajeros de ciertas líneas aéreas americanas se les ordena que apaguen sus smoking materials, literalmente «materiales humeantes» o «materiales de fumar». Y los meteorólogos de la televisión americana contribuyen a la ceremonia de la confusión hablando no ya de rains (lluvias), sino de shower activity, «actividad de ducha». Peor aún el periodista americano que habla de self-autonomy para los palestinos, lo que sonaría en español (y en inglés) a «auto-autonomía». Bueno, en nuestro Parlamento a veces no van a la zaga a la hora de inventar cosas limítrofes entre sí, siendo de esperar que las nuevas Cortes no empiecen a hablar de circunferencias redondas ni de autonomías autonómicas.

A veces, la proverbial elasticidad del inglés permite buenos hallazgos, como esa degradación de kidnapping (secuestro) en kneecapping, cuando los terroristas más bien se ensañan con las piernas de sus víctimas. Esto es pura creación lingüística, que el lenguaje abarque las innumerables escisiones de la realidad, las subactividades y acciones nuevas y nuevos objetos. Con lo que el diagnóstico final de Kanfer, al que me sumo por lo que al español respecta, es que si hay morralla lingüística muy vulgar, peligrosa y creciente en el inglés, también hay que considerar que de tanto en tanto nacen términos y modos de hablar muy vigorosos.

Delibes precisamente ha recogido, como un notario, algunas de esas palabras macarras, ofreciéndolas, con mucha malicia y desencanto, al lado de teso y recial, escarrentías y humeones. Más que nada para que se vea, entre medias, qué país más raro e híbrido estamos siendo.

Luis PANCORBO

HA VOTADO EL SEÑOR CAYO

EL señor Cayo Fernández, como saben los lectores de Miguel Delibes, vive en un pueblo perdido de la montaña, donde sólo quedan dos vecinos, y están peleados. El señor Cayo es el alcalde. El novelista le presenta como "hombre viejo, corpulento, con una negra boina encasquetada en la cabeza y pantalones parcheados de pana parda". El señor Cayo tiene ochenta y tres años y, a su edad, sale todas las mañanas a trabajar la tierra. Es socarrón, parsimonioso y cachazudo; no hace un solo movimiento de más; nunca tiene prisa.

Al señor Cayo fueron a sacarle su voto gentes de la ciudad.

NEMO

* * *

(Continúa en pág. sigte.)

OPOSICIONES DE E. G. B.

TURNOS LIBRE (NUEVO TEMARIO) Y RESTRINGIDO

PREPARACION A DISTANCIA ADAPTADA A LAS PRUEBAS SEGUN LA ORDEN DE CONVOCATORIA («B. O. E.») DE 23-II-79

PIDE INFORMACION O INSCRIBETE URGENTEMENTE (POR ESCRITO O TELEFONO) Y RECIBIRAS EL PRIMER ENVIO A VUELTA DE CORREO

c e n

CENTRO DE ESTUDIOS ACADÉMICOS

TIMOTEO DOMINGO, 39 - APARTADO 4.104
Teléfonos 407 37 50, 407 36 62 y 407 36 90
MADRID - 17

64



Ya" (vuelta)
3-11-79

HA VOTADO...

(Viene de pág. anterior.)

Ya se sabe: el partido, propaganda a la americana, educación sin privilegios, pensiones para la tercera edad, banderas, carteles, pasquines, pegatinas, emblemas, impresos, concentraciones, encuestas, sondeos, mítines, y en todas las bocas el mismo lenguaje estereotipado: demasié, tío, rollo, integrarse, alienado, opciones, racionalizar, la base, la militancia, macho, macarras...

El señor Cayo es hombre lacónico: de pocas palabras, y seguramente de más cortas razones. Su vocabulario es sintético y elemental: ¡toós!, ¡ya!, ¡a ver!, ¡natural!, ¡qué hacer!... El señor Cayo no argumenta: pregunta.

—Estas elecciones—le dicen—son fundamentales para el país.

—Ya.

—O sea, que es una oportunidad, casi le diría la oportunidad, y si la desaprovechamos nos hundiremos sin remedio otra vez para siempre.

—Y ¿dónde vamos a hundirnos, si no es mala pregunta?"

El señor Cayo ha vivido año tras año la maravillosa sucesión de las estaciones, el prodigio de la naturaleza, la lenta maduración de las cosas, la fecunda continuidad; sabe que nada se da gratis, que todo exige un largo esfuerzo; no cree en los cambios fulminantes más que como en la riada o el pedrisco, que se lo llevan todo por delante. Si el señor Cayo fuera leído, diría con Salvador de Madariaga que glorificar la revolución es como glorificar la apendicitis; él mismo ha vivido lo bastante para saber que "oportunidades únicas" de éstas ha tenido muchas el país y de ninguna salió más que descalabrado. Pero el señor Cayo no argumenta nunca. Como he dicho, pregunta. O murmura:

—Me parece a mí que no vamos a entendernos."

EL señor Cayo, cortésmente, atiende a sus visitantes: les dice qué pájaros son los que cantan, cómo se llaman los árboles que ven, cuáles son las propiedades de las plantas y qué flores sirven, en tisana, para aligerar el vientre ("¡Natural!; todo lo que está, sirve. Para eso está, ¿no?").

Sin replicarles, sin oponérseles, el señor Cayo hace caer a sus visitantes en la cuenta de que las palabras auténticas, las palabras reales, son las de él, y que las palabras vacías, las frases hechas, los tópicos, los lugares comunes, son los de ellos. El señor Cayo sabe si el campo viene tardío, si va a llover o cuándo escampará. Con su sola presencia, el señor Cayo desbarrata los artificiales esquemas ideales de sus "redentores", mientras que adquieren plenitud de sentido sus sentenciosas observaciones: es de ley, es la regla, lo que debe ser, como Dios manda.

El candidato ha rasgado las candidaturas que había entregado al señor Cayo y las ha arrojado al fuego. "Usted vote la opción o la persona que le merezca confianza, señor Cayo; ¿me comprende? Y si no hay ninguna que le merezca confianza, vote en blanco o no vote."

El señor Cayo ha votado.

EL señor Cayo no está solamente en su pueblo perdido de la montaña, sino en otros muchos pueblos y en las ciudades; se pone corbata y va a la oficina, o mono y trabaja en la fábrica; es también el modesto propietario, el industrial, el comerciante, la pensionista, el técnico, el hombre tirando a inmovilista de la clase media tradicional y el hombre tirando a reformador de la clase media nueva, pero uno y otro retenidos por su sólido sentido común. El señor Cayo, estos innumerables señores Cayo, no son perfectos, pero nada se puede hacer sino partiendo de ellos. Son el país que trabaja y sólo pide que le dejen seguir trabajando; que quiere cambio, pero que no quiere aventuras; el que en diciembre de 1976 votó la reforma contra los que le pedían ruptura, y en junio de 1977 votó más o menos como ahora, y en diciembre de 1978 dijo sí a la Constitución; el hombre anónimo de la difícil transición, cuyo busto debe aparecer con toda justicia aquí.

Cuando los historiadores se pregunten por la jornada electoral del primero de marzo y empiecen a citar nombres propios, no olviden poner delante de todos al que verdaderamente ganó esta jornada electoral: el señor Cayo.

NEMO



FUNDACION
MIGUEL
DELIBES

"Hoja del lunes"
Madrid 5.3.79

MD

65

libros

COMENTARIOS DE CONCHA CASTROVIEJO

EL HOMBRE SOLO

Miguel Delibes: "El disputado voto del señor Cayo". Ediciones Destino.

En el caso de Miguel Delibes, con una ya copiosa obra narrativa en su haber y obra que forma un corpus vario pero coherente, la aparición de un nuevo libro obliga a pensar en el contexto al que pertenece y donde será posible distinguir las coordenadas del novelista. En lo que atañe a "El disputado voto del señor Cayo", la consideración permitirá una acertada lectura, alejándonos de la idea de que el autor se propone, una vez tierra adentro de Castilla o León, aquí más justamente si se quieren definir límites, extremar su maestría en una especie de divertimento y de amorosa recreación. Tampoco, y aun dentro de un contexto, estamos aquí ante la mimada presencia de una vulgaridad—en su exacto sentido—de personajes y situaciones. Unos y otros, como en "Las ratas", si no insólitos, tienen la suficiente singularidad para representar el caso aislado.

La circunstancia de unas elecciones, las incidencias de una campaña, realizada por gente joven, ilusionada y condicionada, marcan el arranque de la novela. De ahí en adelante, la novela es el señor Cayo, como tipo humano, terca encarnación de un mundo que se extingue. El señor Cayo pasa, en su primer plano, a ser el único habitante de un pueblo abandonado. Hay otro vecino con el que no habla ni habla con los que hablen con él. Está su mujer—"aquí, ella es muda"—, la vieja enlutada que se mueve en la novela como una sombra. El pueblo no se ve desierto por ninguna catástrofe, por ningún hecho definitivo, simplemente por la llamada de la ciudad, por la llamada de otro trabajo que no fuera el de la tierra. Los tres jóvenes, candidatos a diputados, y dos propagandistas políticos que recorren un itinerario, se encuentran con la sorpresa de una situación inesperada; van a exponer, a convencer, a explicar; acabarán vencidos y desconcertados. El mismo lector se siente desconcertado ante una realidad que descartaría como posible: la de un hombre que es como un brote de la tierra, aislado en una vida primitiva y que se juzga rico, dueño del suelo, aunque tenga que doblarse sobre él día tras día a sus ochenta y tres años. Dueño del suelo y de sus dones trabajosamente conseguidos.

Dos formas de vida se enfrentan, dos conceptos de la vida y del hombre, de sus derechos y sus necesidades. Curiosamente, los apóstoles de la libertad se percatan de que han encontrado al hombre fundamentalmente libre, amo y señor de su áspera, insolidaria independencia, un hombre con sus dos hijos fuera, incorporados a un sistema social que a él no le interesa y que van a verlo porque tienen coche. A lo largo de la novela nos invade la sensación de que el escritor opera desde una nostalgia desengañada. Si el señor Cayo pudiera parecer el pretexto para recrear una vida, posiblemente de paz: el campo, la verdad de la tierra, la recuperación de uno mismo en la soledad...; no estamos en modo alguno dentro de la ilusión rousseauiana. En su elemental naturaleza, con su honda, filosófica humanidad, el hombre que es el señor Cayo nos muestra también la otra cara amarga de la cuestión: la guerra sorda del individuo aislado frente al otro individuo aislado, la miseria del individuo fuera de la sociedad de los hombres o la posible miseria espiritual que de ahí se deriva; el odio larvado, con sus tristes desahogos, como el del gato ahorcado en la nogala. Con su primitivismo vital, el señor Cayo podría ser un símbolo; en cualquier caso es un personaje recio, singular, que no carece de grandeza, que del principio al fin mantiene sin falsificarla su rotunda presencia. Es el motivo, además, de las reflexiones de los jóvenes que transfieren la experiencia del encuentro a los planos culturales en que pretenden moverse.

Algo fundamental en la novela es el lenguaje, el que Delibes pone en boca del señor Cayo, precisamente; una forma de recuperación ante un fenómeno lingüístico, que en plazo breve o largo no será ya posible comprobar. En contraste con el lenguaje de los jóvenes que hacen su campaña, podemos apreciar la riqueza, la verdad de un habla exenta de tópicos, de frases hechas, de recursos, un habla dotada de exactitud y de rigor, sentenciosa, clara, definitiva. Creo que el libro se justificaría sólo por este rescate que el señor Cayo, símbolo y, aun, sin duda, realidad de una tierra, permite al novelista, además de lo que la historia contiene más que en su anécdota, en lo que su fondo social y humano descubre.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

El disputado voto del señor Cayo

Las elecciones del 15 de junio, cuando todos fuimos a las urnas, han proporcionado —diría— al académico Miguel Delibes el motivo para construir su última novela. Los candidatos del partido —que parece el PSOE, aunque su identidad no se afirma expresamente— se encuentran realizando su campaña en un pueblo castellano en el que sólo viven tres personas: el señor Cayo, su mujer y un tercer habitante que únicamente aparece en la obra como punto de referencia. A ese pueblo llega también el candidato de un partido de extrema derecha y allí se produce la trifulca por ver quién pega sus carteles encima de los de su rival. Pero no hay asombro ni rechazo por parte de los habitantes del pueblo: ellos no se hablan entre sí desde hace años.

«El también odia (...), odia como nosotros». Tanto los candidatos como el señor Cayo son personajes tal vez más alegóricos que reales: están puestos ahí como para sustentar el moralismo escéptico que rodea las últimas producciones literarias del genial escritor que es Miguel Delibes. Ciertamente, el autor no duda en señalar que los odios del campo son más soportables que los de la ciudad. Ilumina este particular menosprecio de corte y alabanza de aldea con descripciones minuciosas de vida campestre, que atraen vivamente la atención del candidato de izquierdas porque aparentan reposo y equilibrio.

Al final sabemos que no es así, que todas las vidas tienen el mismo fondo común. El en-

frentamiento de dos mentalidades acaba reducido a cero. Todo ello a través de un diálogo, en el que la habilidad de Delibes sabe oponer las ricas expresiones castizas del señor Cayo a las continuas muletillas e imprecisiones terminológicas de la gente joven de hoy.

CONSIDERACIONES DE UN APOLITICO

La publicación en castellano, por primera vez, de uno de los textos fundamentales de Thomas Mann —en la versión original de 1918— permite conocer la trayectoria ideológica del premio Nobel. «Consideraciones de un apolítico» es una profunda reflexión sobre la conciencia nacional alemana en los años cruciales de la primera guerra mundial: la Gran Guerra, en expresión ya anticuada... Y el estilo de la obra está a caballo entre el género de diario autobiográfico y la crónica histórica.

La vida de este libro ha sido azarosa. En 1922 se publica una versión recortada ante la polémica que produjo su publicación inicial en 1918. También se produce el mismo escándalo cuando Thomas Mann toma partido por la República Democrática en su siguiente ensayo «De la República alemana».

Thomas Mann muestra sus opiniones sobre el Estado, la democracia o la libertad, al mismo tiempo que dedica amplios espacios a analizar la filosofía de los autores que más le han influido: el pesimismo de Schopenhauer, el vitalismo de Nietzsche y el romanticismo de Wagner. No deja, sin

embargo, de señalar su posterior distanciamiento.

En este libro, de prosa remansada y virtuosidad estilística, el lector encontrará la clave para interpretar las novelas del premio Nobel que han tenido una difusión más amplia.

EL CINE, PADRES Y ADOLESCENTES

Este libro de José M. Caparrós Lera, dirigido a padres y educadores, pretende hacerles comprender la importancia de la formación cinematográfica de sus hijos y alumnos para adquirir un criterio cinematográfico en cuanto industria, arte expresivo y medio de comunicación de clara incidencia popular, para situar al público menos informado en estas cuestiones.

La segunda parte resulta aún más clarificadora. Es la recopilación y análisis de su prolongada experiencia docente, que refleja las actitudes de los adolescentes ante el cine y demuestra la capacidad de los alumnos para adquirir una formación cinematográfica. El método que sigue el autor es muy expresivo: entroncar sus reflexiones con las palabras transcritas de los cuadernos de evaluación de los alumnos en las clases sobre historia, estética y lenguaje cinematográficos. Estas impresiones de los adolescentes denotan muchas veces que esa formación es un sistema excelente para despertar el sentido crítico ante la imagen, distanciarse de las influencias nocivas del medio y centrar al elemento joven en su entorno real.

MARTA ROLDAN

"Le Note de la hille"

7-111-79



FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES



TRAS LOS PASOS DE SU ÚLTIMA NOVELA

NATURALEZA Y SOCIEDAD EN MIGUEL DELIBES

Por Federico BERMUDEZ-CAÑETE

CON «El disputado voto del señor Cayo» (Ed. Destino, Colección Ancora y Delfín, primera edición, noviembre 1978) continúa Miguel Delibes una línea medular en su producción novelística, que es la preocupación por el campo castellano. Porque el modo de vida en las precarias aglomeraciones urbanas improvisadas en los últimos decenios dista mucho de ofrecer algo equivalente a la cultura tradicional perdida. En esta última novela, la disyuntiva planteada desde, por ejemplo, «El camino» y los textos sobre la caza que comprenden el segundo tomo de su «Obra completa», es decir, la oposición entre el campo y la ciudad, se plantea a un nivel más polémico desde la reciente actualidad de su asunto.

Se trata de la campaña electoral previa al 15 de junio de 1977, que debe alcanzar hasta las últimas aldeas de una provincia de Castilla la Vieja. Un candidato a diputado y dos militantes del partido que, aunque no se nombra, se reconoce fácilmente como el de la «alternativa de poder», de izquierda moderada, se dirigen en coche a un caserío de la sierra para asegurar también allí sus votos. El viaje de ida y vuelta, con su preparación y desenlace, ocupa toda la novela, con un predominio del diálogo, una estructura lineal y un ritmo itinerante que hacen pensar en seguida en el modelo barojiano. Pero Delibes ha recorrido un largo camino desde «La sombra del ciprés es alargada», y sus lecturas de Baroja y de otros maestros del realismo sólo se manifiestan en una afinidad profunda, desde su estilo cuajado en la difícil facilidad de la madurez. El arte del diálogo señorea estas páginas, donde las descripciones y la pura narración se reducen a un segundo plano. Diálogos precisos, fluidos, naturales, a través de los cuales los personajes se van revelando en el curso de la novela; el narrador desaparece casi, o se limita a observaciones certeras que con una extrema economía de datos hacen patente una silueta psicológica.

ESQUEMATISMO

La mirada lúcida de Delibes nos presenta a los personajes a través de sus palabras y su conducta, con una objetividad formal indiscutible, aunque habrá quien no esté de acuerdo sobre su valor representativo. Porque se trata de una novela polémica, donde el escritor denuncia problemas graves con un apasionamiento comprometido. Victor, el candidato a diputado, y Rafa y Laly, militantes muy jóvenes, se dirigen a un pueblo (que resulta estar casi abandonado) a hacer propaganda electoral. A lo largo de los kilómetros del recorrido, Rafa se va manifestando como el mal estudiante entregado bruscamente a la militancia política; un muchacho impulsivo, superficial, débil en el fondo, que ha interiorizado los módulos de conducta más vulgares que le rodean: consumismo, ignorancia absoluta de la tradición conservada en el campo, machismo. Laly, joven pero madurada precozmente, se enfrenta a su petulancia dentro de los cauces del compañerismo y de la tarea común de esa tarde. Desde el primer momento su posición generacional se define a través de un lenguaje peculiar: sobre todo en los dos jóvenes, el uso de los tacos y de ciertos giros como muletillas les crea un espacio verbal propio, un modo de afirmación frente a los otros. Que, por supuesto, no puede diferenciarlos si no es por el mayor grado de repetición (que pronto llega a hacerse monótona y molesta al lector), dado que el uso frecuente de los tacos no es patrimonio exclusivo de ningún grupo ni generación en nuestro celtibérico país. Es sólo una cuestión de mayor porcentaje, de un uso más insistente, descarrado y familiar. Que responde a la realidad, no hay duda, pero con un tanto de exageración, de esquematismo; el lector puede, a su vez, considerar «demasié» que el señor Cayo, idílico representante de los valores tradicionales de la aldea, no diga, en cambio, ni un solo taco...

Un cierto esquematismo sería el único defecto en la presentación de los cuatro personajes principales, que, por lo demás, están abocetados con

mano maestra. Victor, el «diputado», revela una humanidad más compleja y profunda. Su distanciamiento generacional frente a sus dos compañeros se manifiesta a través de su experiencia en la clandestinidad, de su profesión e incluso del tipo de música que elige durante el trayecto. Cuando se adentran en el paisaje serrano que rodea a la aldea del señor Cayo, sólo en Victor se da una resonancia a la belleza y grandiosidad de la montaña. Sólo él desea pararse a contemplarla, entre la comprensión de Laly y la obtusa trivialidad de Rafa. La voz del narrador en la novela se aleja entonces de su tendencia objetivista y expresa vivencias del interior del personaje, cuya mirada «ensoñadora» se recrea en la dimensión estética de las formas geológicas, definidas con términos exactos: «tolmos», «lanchas», «toba»... El paisaje suscita en Victor y en su interlocutora Laly, ahora más próxima, una idea del amor como fidelidad y como retiro. Delibes dedica a la descripción de la Naturaleza notaciones escuetas, pero densas y precisas, en que la emoción ante el campo se expresa a través de una terminología rescatada del olvido por el cazador-académico.

Este alarde de conocimiento del léxico rural se despliega sobre todo a través del habla del señor Cayo, robusto anciano, que les recibe como casi único habitante en la remota aldea rodeada de hayas. Su lenguaje contrasta enérgicamente con el estereotipado y plagado de muletillas de los jóvenes: conoce con exactitud el nombre de cada planta, de cada utensilio, de cada faena agrícola. Es un idioma noble, cargado de una experiencia de siglos. No resulta inverosímil por salir de la boca de un viejo labrador castellano, pero en su dignidad y sobriedad ejemplares hay, quizá, una pizca de idealización. El hecho es que los flamantes mensajeros de la «alternativa de poder» tienen que asistir, admirados, al espectáculo del viejo robinsoniano, que rescata un enjambre de abejas, cava el huerto y cuenta historias de la época de apogeo del pueblo con impávido estoicismo. El señor Cayo resulta un tipo humano profundamente maduro, integrado en su entorno, dueño de sus recursos, sin dependencias materiales ni emocionales, apoyado sobre una tradición rica. Y se tienen que volver con el mitin en el bolsillo; pero, además, con dos cadenas y una aviesa patada que le propinan a Victor unos militantes de extrema derecha bruscamente aparecidos, cuya actividad característica se ve así consumada incluso en el perdido villorrio. Más tarde, Victor comentará ante sus compañeros, refiriéndose al señor Cayo: «El también odia»... porque... «Esto no tiene remedio.»

REDIMIR AL REDENTOR

Se cierra la novela con la dolorida constatación de Victor, que ha sufrido en su cuerpo la violencia contra la que lucha. Victor descubre al final el fondo amargo que alcanza hasta las aldeas más remotas de un país desgarrado. Pero antes ha comprendido el profundo absurdo de aquella tarde de campaña electoral en una aldea despoblada de Castilla, cuyos habitantes han emigrado a Bilbao; y cuyo único superviviente incólume posee aún, a pesar de su soledad, todo el tesoro de la tradición, un modo de vida más humano y menos dependiente que el de la ciudad. Victor se entrega con Rafa a una brusca borrachera (mientras Laly ejerce un papel exagerado de «mujer fuerte», que recuerda a la peculiar jerarquía entre los sexos de Unamuno); borrachera lúcida que le lleva a escandalizar en la sede del partido con una verdad profunda, paradójica: «Hemos ido a redimir al redentor.»

Ante la postura constante de Delibes a favor del campo y de la tradición, y en contra de la civilización urbana actual, no ha faltado quien lo califique de reaccionario. Su última novela puede dar pie a lo mismo, si se interpretan de modo simplista frases como la de Victor, extrañamente «colocado» por el coñac: «¿De... de veras te parece más importante recitar Althusser que conocer las propiedades de la flor del saúco?» Pero Delibes no se cierra al progreso ni ignora la división de la sociedad en clases (aunque no parece analizarla al modo althusseriano); con su arquetípico señor Cayo y sus endeblés personajes urbanos pretende llamar la atención sobre un modo de vida tradicional, injustamente menospreciado en favor de un desarrollismo consumista, precario, irresponsable: una civilización del seudobienestar que ahoga la espontaneidad y la autonomía del individuo, y lo encadena con señuelos televisivos a una existencia mecanizada y privada del arraigo en la Naturaleza.

"Delibes"

8-111-79



LETRAS

«EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO»

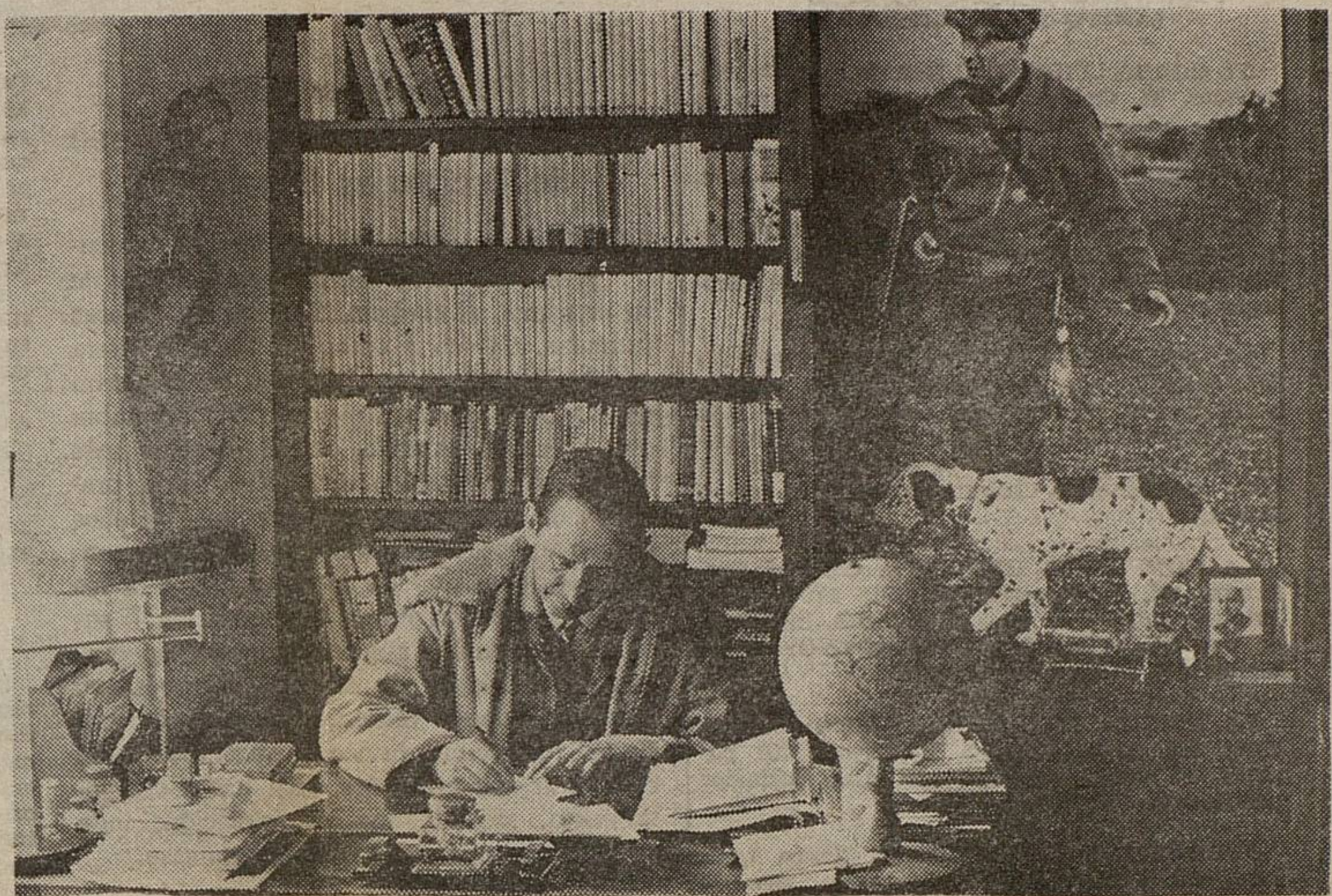
**DELIBES:
Crítica, ironía
y nostalgia**

Por Aníbal C. BARRIOS

LA trayectoria literaria de Miguel Delibes (Valladolid, 1924) es, sin lugar a dudas, una de las más significativas y brillantes de la literatura española actual, tanto por su dimensión cuantitativa (más de 20 títulos) cuanto por sus aportes cualitativos (temáticos, estructurales y lingüísticos). De entre sus obras más logradas merecen destacarse «La sombra del ciprés es alargada», su novela inicial, canto y elegía desolados, que logra el espaldarazo del Eugenio Nadal 1947; «Mi idolatrado hijo Sisí», plenos de rasgos netos, en los perfiles de sus personajes, y llevado a la pantalla; «Las ratas» (premio de la Crítica 1962), cuyos núcleos y héroes se enclavan y nutren en esa Castilla tenaz y avasallante, y «Cinco horas con Mario», con su alarde de búsqueda formal.

En el vasto conjunto de la obra delibiana, «El disputado voto del señor Cayo» (1) confirma y corrobora, por una parte, las constantes de su creación, esas típicas y genuinas insistencias de todo autor: la soledad y el silencio del hombre castellano y su aislamiento, la dignidad de la Naturaleza, la nostalgia golpeante del paisaje severo y sorprendente, la alabanza de la vida sencilla y elemental, sin artificios y sin ambiciones desmedidas y que evoca a la distancia la armonía de Fray Luis de León. El retorno, en suma, temático, ambiental y estilístico a la limpidez y simplicidad de las raíces. Recuérdense sus momentos cumbres en «Las ratas» con el Ratero o el niño Nini y su rebelión tierna y dolorida en una Castilla omnimoda, o las congojas del Mochuelo Daniel, en «El camino». O, si se prefiere, esas otras obras más deportivas como «Con la escopeta al hombro» o «Mis amigas las truchas», impregnadas de un mismo sentir agreste, de la sugerente presencia de los ríos castellanos. Pero también, por otra parte, esta novela manifiesta la juventud espiritual y su capacidad renovada para la captación de los problemas actuales y las formas expresivas. Porque precisamente «El disputado voto del señor Cayo» se sitúa en vísperas de las elecciones generales del 15 de junio de 1977, en un preciso momento decisivo e histórico y de una trascendencia especial en la vida española, tras casi medio siglo. Y se centra en un problema singularmente acuciante: el éxodo campesino, el despoblamiento y la muerte, la lenta agonía de los pueblos y aldeas rurales. Y paralela y críticamente, a las formas de opresión y deshumanización que suponen las nuevas formas de estructura sociopolíticas.

La anécdota (que es a la vez un pretexto concreto para una reflexión filosófica más vasta) pone en contacto, por razones proselitistas y electorales a un grupo de jóvenes «progres» de la ciudad y del partido (sin siglas identificatorias) y los candidatos a diputados Víctor y Laly, con el señor Cayo, alcalde de un pueblo próximo a la desolación, del norte castellano, con sólo tres



Miguel Delibes: alabanza de la vida sencilla

habitantes: el propio señor Cayo, su mujer, muda —drástico símbolo de la mujer silenciosa, compañera y reducida—, y el otro vecino, «ese» (también sin nombre propio) al cual —en un nuevo símbolo de la feroz individualidad del hombre ibérico— el señor Cayo no sólo no habla, sino que odia. «Ese —dijo—, por si lo quiere saber, levanta la pata para mear, como los perros... El jueves pasado, sin ir más lejos, me ahorcó la gata en la nogala de casa, ¿le parece poco?» (pág. 119). «Aquí, contra menos somos, peor avenidos estamos» (pág. 83).

DOS FORMAS CULTURALES

Pero lo verdaderamente importante —tras la anécdota sugestiva y los personajes pergeñados psicológicamente con trazos diestros— es lo que va implicado, el propósito del autor y su mensaje. Mensaje que no es apologético, sino que surge de la riqueza misma y de su modo de abordaje. Como exuberancia del conjunto estructural. En primer lugar, se asiste al enfrentamiento de dos formas culturales o a su contraposición: la ciudadana y la campesina, la urbana y sofisticada y la rural y primitiva. Avasalladora y triunfalista, la primera; marginal y oprimida, en agonía, la segunda. Dos mundos, en suma, que se ignoran y en donde el diálogo vital no es posible sin mutuas transformaciones y asimilaciones. La descripción de unas cuantas sabias experiencias (porque la cultura rural se nutre en la experiencia, resultante de un conocimiento minucioso de observación y reiteración) en el contacto con la Naturaleza (como el trato con las colmenas y enjambres, el cultivo de las remolachas, los signos premonitores del tiempo o el canto de «mala ralea» del cucillo), el halo de leyenda y dejo de misterio que rodea sucesos que la fantasía ha nimbado de trascendencia (como el relato del Paulino, que anticipó, con las cartas en la mano, la fecha de su muerte), o la presencia de verdaderas joyas históricas o artísticas olvidadas (como la ermita de un impecable estilo románico o prerrománico) bastan para insinuar un conjunto de valores culturales de ese mundo que se muere sin ser descubierto y sobre los cuales, no sin añoranza, se llama la atención.

En segundo lugar, la utilización de dos lengua-

jes coloquiales y cotidianos. Modos expresivos de abordar el mundo y de proyectarlo en su configuración total. (El hombre es su habla). Desenfadado, reiterativo y palabresco, el ciudadano, por oposición a la economía de palabras y a la precisión, fruto de la observación, del rural. Este recurso del rescate del habla que es nota fundamental del libro escrito en su casi totalidad como diálogo, denota la maestría del autor y hace brillar al tope su destreza y calidad. Constituye, sin más, un auténtico hallazgo. Y tanto más, cuanto que la lectura se torna «natural», llana, como una conversación sostenida en cualquier momento.

Finalmente, la oscilación entre la crítica, la ironía y la nostalgia que impregna y da sabor a estas confrontaciones. Ya que la muerte de una cultura es siempre, en definitiva, empobrecimiento, pérdida de valores de humanidad. «¿De veras te parece más importante recitar a Althusser que conocer las propiedades de la flor del saúco?» «¿Puedes decirme por qué es más cultura nuestra cultura?» (pág. 167). Y por otra parte, el nacimiento de la democracia y una nueva expresión política debe asumirse con responsabilidad y no sin seria crítica y autocrítica (en esa posibilidad está su capacidad de libertad) para superar superficialidades y «slogans», para no caer en una mera venta de promesas y «palabras, palabras, palabras».

La obra se debate, pues, entre una alabanza a la vida sencilla y una elegía de mundo en retirada, y una voz clamante en el umbral de una nueva apertura. Y, por sobre todo, en su serena y magnífica sencillez, sin recursos ni alardes, es una llamada a la humanización y comprensión, a cobrar conciencia de las amenazas de destrucción de las expresiones más genuinas del hombre. Y esa frase en labios de Laly puede ser el resumen del hondo mensaje delibiano, adulto y maduro, insobornable: «El cine o la literatura que no exploran el corazón humano no me interesan. Las artes de laboratorio son pura evasión» (pág. 78).

(1) Miguel Delibes: «El disputado voto del señor Cayo». Editorial Destino. Colección Ancora y Delfín, número 533, 188 páginas. Barcelona, 1978.

"Derbiño"
8-14 marzo 1979



CARTAS ABIERTAS A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS

Carlos Rojas

A Miguel Delibes

Querido Miguel:

ME sucedió algo muy extraño con tu última novela, *El Disputado Voto del Señor Cayo*. Mejor dicho y a fuer de precisiones, no me ocurrió con tu libro sino con otro que en aquél apunte, aunque no escribiste. Josep Vergés me dio *El Disputado Voto* en septiembre y antes de irme de Barcelona. También me dijo entonces que tu obra trataba de uno de estos pueblos perdidos por abandonados, donde sólo permanecían dos viejos vecinos. Enemistados de antiguo, éstos no se dirigían la palabra en aquellas soledades. *Oh, l'Espagne, l'Espagne!* como rezaba en tono cries floreados la faja de una vieja novela de Castillo Navarro vertida al gabacho.

Francesitos y fajas de papel aparte, el tema me interesó de inmediato por muy diversas razones. Aunque ésta no sea la era de la alegoría, sino del terrorismo, la huelga y la fuga del capital, su valor alegórico era evidente. A mayor abundamiento y en este caso, la alegoría saldría de una realidad sucedida o condenada a suceder en alguna parte de *l'Espagne, l'Espagne* como sale el calor del fuego. Por lo demás y por obvios motivos de tiempo, lugar y acción, como diz que decían antes de *El Sí de las Niñas* aquella trama en síntesis, expuesta por Vergés, te exigía precisamente a ti para contarla.

No diré que mi gozo se fuera al pozo; pero sí debo admitir que el libro resultó muy distinto de los anticipado. Distinto y desde luego para mí menos interesante. A diferencia de la mayoría de los editores de la cultísima Española. Vergés sí lee las obras que publica, como nos consta a ti y a mí. No cabe creer que él deformase tu novela a la medida de mi curiosidad. Lo cierto es indudablemente lo opuesto, aunque a otros, ajenos a este pirandelliano mundo de la fábula escrita, les parecía más increíble. Vergés me contó la obra que escribiste e inadvertidamente yo la convertí en la que supuse habías escrito. Da gusto subrayarle porque se me antoja tan paradójico como incontrovertible.

Claro está los vecinos de tu pueblo abandonado son en reali-



Me parece que en «El disputado voto del señor Cayo», una vez de excedes y otras pecas por reticencia

dad tres. El señor Cayo, su mujer muda como algunas heroínas de Bergman y aquel a quien Cayo se refiere como «ese», con el cual no se habla. Su enemistad se reduce a tres menciones en tres páginas, siempre por parte de Cayo, y sanseacabó. («Ese, por si lo quiere saber, levanta la pata para mear, como los perros».) El libro que yo imaginé casi no pasa de esta frase y de su aclaración, a cargo de Cayo. («Que es un animal».) Cuando le preguntan qué le hizo el otro, replica que sin ir más lejos, el jueves pasado le ahorcó la gata en la nogala. No sé por qué vuelvo a pensar en Ingmar Bergman y en aquella perra prendida de un árbol, en *La Pasión de Ana*. Con las mismas y con la gata en la nogala, dejemos la novela que te atribuí en mis quimeras y vayamos a la que en realidad escribiste.

Mi primera objeción sería al lenguaje, por el cual fuiste siempre justamente alabado. Me parece que en *El Disputado Voto del Señor Cayo* una vez te excedes y otra pecas por reticencia. A diferencia del propio señor Cayo, quien es y habla muy de acuerdo con su humanidad, a Rafa sólo lo conocemos por la forma en que se expresa. En él y a través de sus tacos y su garrulería trataste de caracterizar a toda una juventud española, políticamente comprometida con la izquierda, leída pero un sí es no es anti intelectual y hasta cierto punto sarcástica y cínica. En otras palabras, la primera levadura del mañana después de la noche polar del franquismo. No obstante, Rafa se limita a expresarse como un personaje de José Luis Garcí, o como el propio Garcí cuando juega a representar su propio papel. Cada frase fuera un botón de muestra. Abro al azar y leo: «¡Joder, un tío virguero! Que nos está usted hablando de la época del Diluvio, señor Cayo, hágase cuenta, que se nos ha quedado usted un poquito kitsch». Mañana, este tipo de jerga, será el kitsch del porvenir y estará más pasada que las frases quincenales del Caudillo y el tirolero, en el dudoso supuesto de que no vengan a ser lo mismo.

Por otra parte tampoco comprendo tu circunspección, a la hora de llamar a los Partidos como

les corresponde. Los comunistas salen identificados con nombres y apellidos, «el Camacho, la Rabal, la Ana Belén y la tira», para que Rafa precise que sólo ofrecen latiguillos. No obstante, resulta evidente que Víctor, Laly, Dani y el propio Rafa pertenecen al PSOE, aunque nunca lo afirmes por razones que ignoro. Los «valentones» que irrumpen en el pueblo, con cadenas de bicicleta a modo de Código Penal, serán a no dudarlo mocitos de Fuerza Nueva aunque tú tampoco los llames así. No alcanzo el porqué de tan pensadas omisiones, cuando los comunistas pechan con el pato y aunque sólo sea de pasada se les dice, mitineros y vocingleros. Juguemos todos o rompamos la baraja, carajo, como puntualizaría el Rafa.

Pelillos a la mar y vayamos a quien verdaderamente importa, que es tu señor Cayo. Aquí sí que el hombre encarna una cultura, identificada con la tierra, que entre todos hemos destruido. Cualquier antropólogo aceptaría la precisión del término aunque yo no sea antropólogo ni historiador a Dios gracias. Víctor también estaría de acuerdo: «La vida es cultura». En cambio, mire usted por dónde y cómo no podía por menos de suceder pese a sus tacos, Rafa se revela ahora como el auténtico racionalista. «No digas chorradas», replica, llevándose un dedo a la frente. «La cultura va aquí dentro.»

Sí y no, supongo, aunque Ortega no vacilaría en ponerse del lado de Víctor. Ya sabes, si el tema del tiempo de Sócrates fue el rescate de la razón en la vida, el tema de nuestro tiempo es el rescate de la vida en la razón. Lo malo del caso es que las formas de vida representadas por tu señor Cayo no pueden salvarse, entre otros motivos por ser el nuestro el país de la sinrazón y no de la razón. La otra cara de la insensatez es precisamente el odio. En odio somos tan ricos como en envidia, según precisaría tu difunto cofrade académico, el señor de Madariaga. Así lo manifiestas tú también, de forma demasiado precipitada, al final del libro. Lástima grande que la obra termine allí, porque en aquel punto podía haber empezado la otra novela: la que yo creía que Vergés me había contado.

Al cabo de esta carta, me pregunto y te pregunto si llegarás a escribirla. La segunda parte de tu trágica fábula, la vida de Cayo y del otro a solas con su rencor en el pueblo de casas vacías, permanece inédita y tú te la debes a ti mismo. ¿Por qué no la intentas, antes de que sea tarde y aquellos dos hombres mueran sin hablarse ya en tierra de nadie?.

Un cordial abrazo. ■



Glosa bibliográfica

La obra que se comenta

«El disputado voto del señor Cayo», de Miguel Delibes. Ediciones Destino. Barcelona 1978

Cuando se lee una novela como la última de Miguel Delibes —que editorial Destino acaba de poner en manos del lector avezado al género— surge en la consideración de éste una duda, en la que la tersa y elemental urdimbre y la factura conceptual y léxica del relato le sumerge.

¿Está agotada la narración en su simple acepción originaria de saber contar, sin más, bellamente las cosas? ¿Hasta qué punto la inquietud atosigante por ofrecer la novela con peregrina envoltura y externa e inusitada factura estructural, haciendo olvidar las normales coordenadas que presidieran su nacimiento original, fue una exigencia totalmente necesaria? Se argüirá en seguida, que sin cambio y voluntad de audaz metamorfosis, todo languidece y se anquilosa. Y más todavía, algo tan reiterado y eterno como un género literario. Nadie en su cabal juicio —ni nosotros tampoco, lo adelantamos— pretendería para la literatura en cualquiera de sus variedades, el quietismo o el obsoleto endurecimiento. Pero aunque pueda parecer perogrullesca fórmula para la novela, la de hacer recaer su secreto, en «tener cosas que decir, y saberlas decir» —consignada en la que insistiera mucho un novelista tan avezado como Armando Palacio Valdés— quienes se regodean con la lectura de «El disputado voto...» tienen que convenir en la gustosa tentación de aferrarse al tópico —por otra parte a veces cegado pozo de filosofía. En efecto, nada más concreto y sustancial que el texto maravillosamente escrito —y concebido— de esta novela. En cuanto a la fábula, encierra algo muy accesible, muy real, estremecido de verismo actualísimo: el tema de las elecciones —nuestras primeras elecciones democráticas del 15 de ju-

nio— con toda la conmoción, novedad y carga de sugestivo experimento que pudo suponer para la juventud saturada de ideología fiebre, tras de la dictadura, la palpitación de aquella hora en los trances anecdóticos de la campaña electoral, en la movilidad sentimental y hasta en el lenguaje despreocupado, e insistentemente salpicado de los modismos y despectivos o regocijantes ajos, aderezos y lindezas de erótica prosodia tan al uso y abuso entre los jóvenes —coprotagonistas, secuaces y candidatos— lanzados a la sorpresiva aventura.

Y sorpresivo asimismo, se ofrece el relato paladeo de los lectores al referirnos —con cristallino son estilístico de fresco manantial— el tropiezo y encuentro, en plena campaña, de los protagonistas, con un singular pero realísimo ejemplar humano: el señor Cayo, alcalde y único habitante —frente a otro invisible, y a su compañera, a quien desde la cuna, la comunicante mudez sellara sus labios— en aquel ignoto y desconocido pueblín serrano de Cureña...

Eso es todo. No hay más asunto. Y sin embargo, suficiente. No se trata —como pudiera parecer— de un cuento soplado. Porque en su justa medida de novela de extensión media, los personajes —Víctor, Laly, Rafa, Dani— no se evaporan en irreal fantasía. Al contrario, se apoyan y nutren de puro verismo, o mejor, son entes



incorporados para siempre en la percepción lectora, como dechados de naturalismo y espontánea vigencia. Pero el hallazgo definitivo, la figura ya imborrable en la literatura contemporánea de nuestra hora, es el del señor Cayo, a quien uno se imagina en carne y hueso con el ascetismo indumentario, la parva austeridad, el enjuto y tostado rostro y la senecta serenidad inmutable de quien contempla en la calma sigilosa de los campos, día y noche, el incansable rodar de las esferas.

La historia, que en su sencillez es avariciosamente saciadora de curiosidad y de provocada sed, como agua preciosa, va regalándonos al discurrir de las apretadas páginas, consecuencias de fino humor, de sabiduría popular, de experimentada y sentenciosa filosofía, de aletazos satíricos, y nos va descubriendo —con la misma suavidad que por entre las hojas verdes asoma la rosa sus pétalos de seda— la entraña en carne viva, bien honda de la narración.

Cuanto aprenden aquellos políticos imberbes de los labios iletrados y sin embargo elocuentes y sabios del octogenario señor Cayo, es enseñanza que alcanza y conviene a los españoles. Es imposible reducir a síntesis referencial todo esto que exige el deleitado saboreo de cada escena y de cada diálogo. En la novela se evidencia sin el menor atisbo dramático, sino con descarnada verdad aromada de aticismo y gracia, el enfrentamiento de mundos distintos. No se trata ciertamente de ridiculizar nada, ni de exaltar como paradigmático, el atraso, la inmovible situación humana del hombre perdido en el tiempo, fundido el paisaje en soledad.

Sencillamente, la novela se transe, con el desdoblamiento de dos vidas, de dos modos de entenderla, o quizás aborda con gracia la inmersión de esas vidas en circunstancias opuestas que hacen del existir de los hombres,

orbes distintos, incomprensidos, de espaldas entre sí.

Y más que descubrir en la oculta y ancestral faceta el recóndito atraso —que en contemplación superficial parece existir— toma relieve su perfil de autenticidad, la humildísima pero entrañable y chiquita felicidad, accesible y resignada de las almas simples. Y para dejar bien patente que la novela no trata de ser apólogo ingenuo del bucolismo a ultranza, o de un montaraz humanismo incultivado, se ofrece la alusión del único convecino que vive en desolada calleja, a quien el señor Cayo Fernández convierte en el **innombrable**, con quien no quiere verse ni cruzar palabra. Lamentable y cruda realidad. Penosamente, también en Cureña, como en todas partes, el insalvable odio, cuece sus agrias habas...

Sin embargo, y a pesar de todo, unas palabras significativas del candidato Víctor, encierran al final gran parte del mensaje total del relato. Son estas: «Una hipótesis —dice dirigiéndose a Dani— **TODO LO ABSURDA QUE T QUIERAS... Una bomba que matara a todo dios menos al señor Cayo y a mí, ¿te das cuenta? Una hipótesis absurda, ya lo sé... Si eso ocurriera, yo tendría que ir corriendo a Cureña, arrodillarme ante el señor Cayo y suplicarle que me diera de comer, ¿comprendes? —casi sollozaba—. El señor Cayo, podría vivir sin Víctor, pero Víctor no podría vivir sin el señor Cayo. Entonces, ¿en virtud de qué razones le pido yo el voto a un tipo así, Dani, me lo quieres decir?»...**

Antología, hermosísima novela la de «El disputado voto del señor Cayo», de Miguel Delibes, el más consecuente y depurado de nuestros novelistas. ■ Antonio Zoido.

El disputado voto del señor Cayo

MD

Por Miguel Delibes.
Colección Ancora
y Delfín. — Edicio-
nes Destino. —
Barcelona



Este nuevo título de Miguel Delibes arranca, con prodigiosa sutura, entre sátira y divertimento, de una actualidad que él retrotrae a actividades ya pasadas, que vuelven al primer plano de realidad en estas fechas. Este, a manera de pacto de retro quiere, en la obra de Delibes, quitar un poco de hierro a los trazos y perfiles maestros de entorno y personajes, lanzados éstos a la propaganda electoral con un desenfado muy de hoy en cuanto a crudeza de lenguaje y libertad de acción. Y aunque la juventud sea calcada la una de la otra, el amplio friso de seres que nos ofrece Delibes tiene una variedad personal absoluta y diestramente definida y diferenciada en cuatro aciertos descriptivos para cada uno. Lo único verdaderamente común entre ellos es el ideal del partido —con buen tino y mejor gusto no descubierto— y el vocabulario de diccionario secreto a lo Cela, que, en nuestros días, es patrimonio de la mayoría juvenil como vehículo de igualdad, ya que es imposible considerarlo como vehículo de una nueva cultura sin rebozo alguno.

Tal arranque hace que uno se las prometa muy felices con EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO. Se las promete y comienza, desde luego, a convertirse la promesa en realidad, aunque duele un poco la autenticidad de cuanto Delibes sostiene —pocas veces se ha visto un equilibrio inestable más estabilizado— en esa tierra, que, por ser de nadie, a todos corresponde, entre la caricatura, la sátira, el aguatuerte y el esperpento. Todo con una pasmosa desenvoltura apoyada en el trío Víctor - Laly - Rata, tan iguales y tan distintos entre sí. Sobre ellos descansa el despliegue propagandístico al que acompañó y con el que partió de la ciudad hacia tres pueblos de la alta Castilla, en los cuales desplegarán sus *slogans*, vulgarizarán su filosofía y proclamarán su metafísica. Todo ello celado cuidadosamente, para evitar posibles plagios, por un lenguaje a base de los sexos y sus correspondientes acciones y atributos. La copia de la realidad ambiente que debe ser y es de hecho la literatura no puede ser más fiel ni más exacta. Las páginas se leen con avidez y la sonrisa ante el acierto de la fotografía no se me va del rostro, aunque me produzca el efecto de un permanente alfilerazo. Y es que hay exactitudes que producen risa y que dan pena. Pero de esto último tiene toda, absolutamente toda la culpa la vida y no Delibes. Mas no todo el monte es orégano, como me prometía muy feliz ante lo que se me mostraba entre divertimento y sátira, entre sainete electoral y farsa grotesca capaz de poner, todo lo más, un punto de angostura en nuestros ojos. En los de nuestro cuerpo y en los de nuestro espíritu.

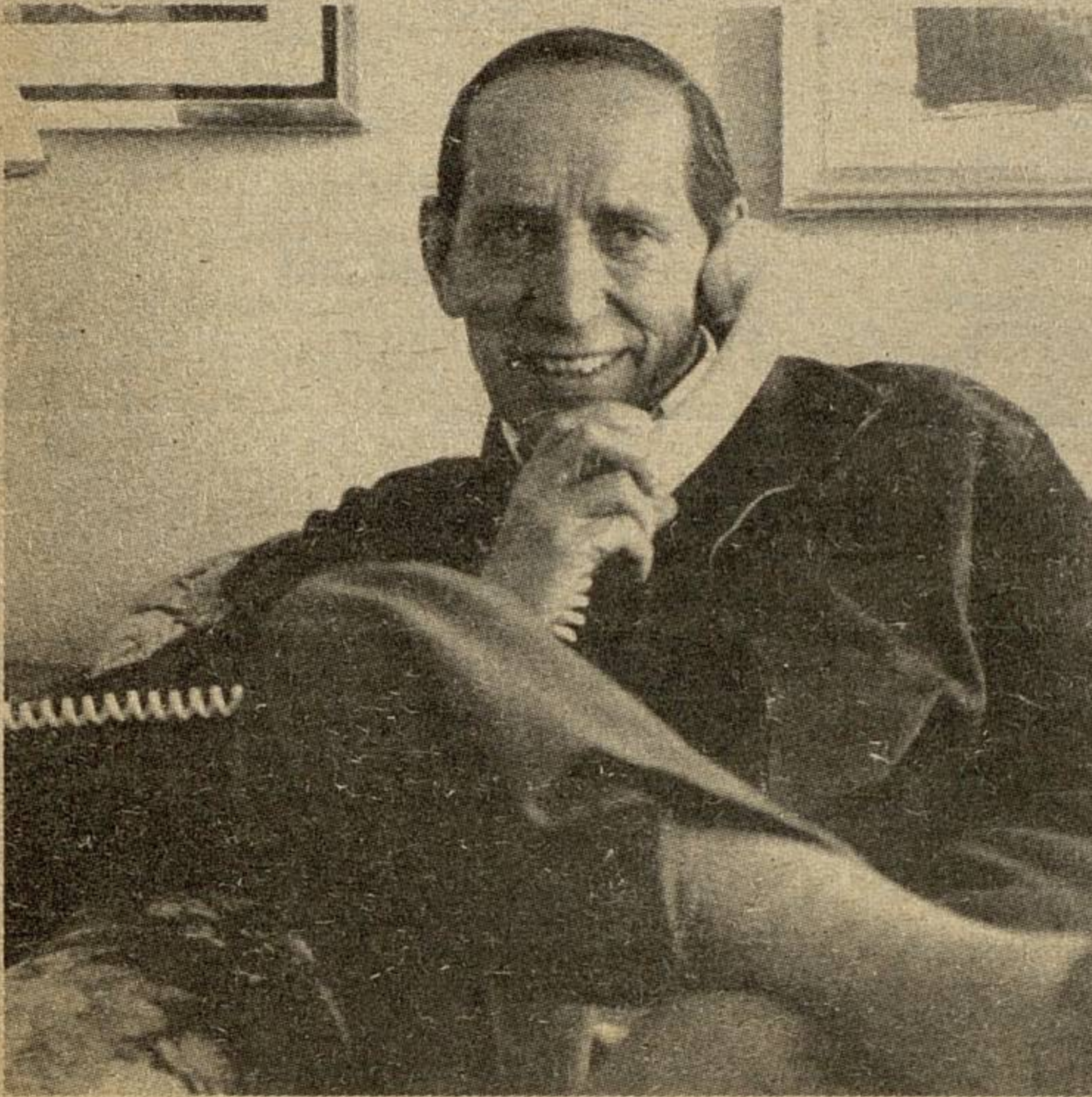
Y cuando más confiado iba tras la huella del trío Víctor - Laly - Rata, a la espera de nuevas incongruentes congruencias, surge el pueblo abandonado, con sólo dos moradores, ignorados entre sí y de los cuales tan sólo uno —Cayo— se hace octogenariamente visible. Octogenaria y fuertemente visible, como un roble. El es, por tanto, el pueblo entero que aún tiene el aroma femenino de su mujer, vieja y ágil como él y muda por añadidura. Surge el absentismo con su secuela de soledad de dos en compañía. Y surge la verdad de la vida, tú a tú con la Naturaleza. El bastarse a sí mismos por dentro y por fuera, con un majestuoso por lo desnudo, olímpico desprecio hacia todo lo que no sea aquel trozo de nada que fue algo y que no dejará de ser mientras que la Naturaleza no reciba la omnipotente orden de batirse en retirada. Y a partir de ahí la sonrisa se torna en pasmo, el pasmo en asombro y el asombro en admiración. Entre las ruinas de ese pueblo que no quiere morir y que no muere, está el mejor de todos los Delibes. El conocedor del ambiente, el enamorado del entorno, el rector magnífico de la Universidad de la Naturaleza donde se ha graduado de amor por la Creación. El Delibes minucioso de las campestres y montaraces descripciones, sabedor de todos los vocablos para la definición certera. Un Delibes que enfrenta la Naturaleza, ese bastarse a sí misma del señor Cayo a la necesidad del trío Víctor - Laly - Rata, que necesita del apoyo del voto para ayudar a bastarse unos a otros. ¡Qué lección de grandiosidad sin ar-

CADA SEMANA UN LIBRO por José María TAVERA

tificio alguno! Y qué pequeñez la de los demás, tan reducida que ha de recurrir al alcohol para sentirse más acorde consigo misma. Van en busca de votos y se encuentran en medio del solitario y mayestático lenguaje de la piedra, del sol, de la nube, de la cascada y del trueno, con la sola voz humana del señor Cayo, como sintaxis y prosodia de los elementos. En medio de un lenguaje de eternidad donde las torpes palabras de una jerga soez de la que una falsa naturaleza ha hecho costumbre, no encuentran ni eco ni acomodo lexicológico.

Y así no puede darse otro final que el que la obra encuentra al regreso de los expedicionarios. Un final triste, sin grandeza alguna, pero con moraleja que bien pudiera ser la frase de Víctor, el candidato, de vuelta de su descubrimiento del señor Cayo: «Hemos ido a redimir al redentor».

Delibes, en EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO da, una vez más, muestra inequívoca de su equilibrio narrativo. Prende primero, anima después, en camino sin rasantes pronunciadas y, cuando todo parece marchar sobre ruedas por el sendero del deleite por el deleite en sí y sin otra preocupación, aparece el recordo donde la trascendencia empieza; pero allí donde él se sabe seguro por completo. En su propio terreno donde tantas y tantas veces me he encontrado con él. No sé a quién acabaría yendo el disputado voto del señor Cayo, pero si se decidió a votar, lo haría por Miguel Delibes. Como lo hago yo en este mismísimo instante.



MARIA ESPAÑA

«La última novela de Delibes, esa del señor Cayo, se ha agotado ya»

SPLEEN DE MADRID

La gente lee

FRANCISCO UMBRAL

Va estando uno harto de leer que la gente no lee, que el español no compra, no consume libros. Mentira. Falso. Invento.

Empezando por los números, para dejarlos en seguida a un lado (que los números no cantan, como sostiene el tópico, y si no meta usted un cuatro en una jaula, con alpiste, y verá que no es un canario), para empezar con los números, afirmo con el INLE y otras sofemasas que España es uno de los países donde más se edita del mundo.

—Se edita, pero no se lee —salta mi vecino el ultra, que es el vecino del quinto y vive dentro de una armadura medieval que tiene en el rellano.

Eso es puro vacile estadístico. Los editores no son tontos, porque suelen ser catalanes, y si editan es porque venden, y si el personal compra es porque lee. El personal no compra un libro de Castilla del Pino por tapar un hueco o rendija por donde entra el aire. Ahora se usa mucho a Vizcaíno Casas para explicar que sólo vende el retrofranquismo hortera y que la cultura cultural no se vende nada. Se quedan así muy tranquilos los eternos frustrados en sí mismos,

dioses deseados y deseantes (pero nada juanramonianos, que Juan Ramón vendía y vende mucho, y sin concesiones), diosecillos, digo, deseados literariamente sólo por sus novias o novios. Y deseantes de un lector/lector —ni crítico ni profesor ni paisano ni vecino— que venga de verdad a comprarles un libro y pedirles que se lo firmen. A esos crípticos para nada, crípticos de la Nada que se nadifica en ellos, como dijo Sartre, los denunciaba ayer mismo un editorial de este periódico.

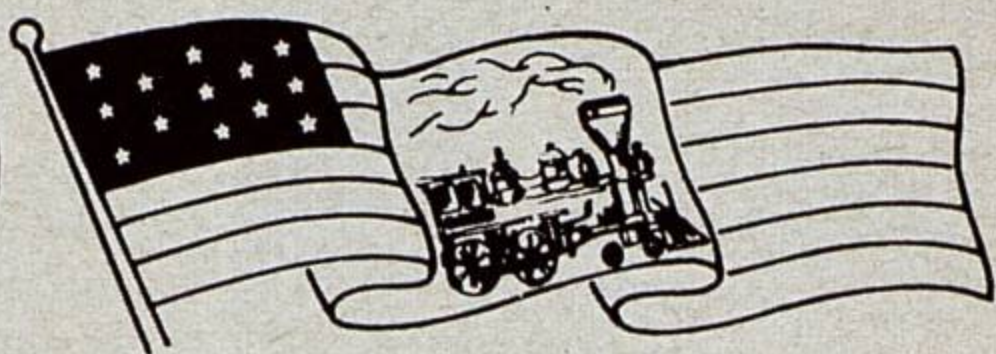
La última novela de Delibes, eso del señor Cayo, se ha agotado ya. Cela me mostraba hace poco en Mallorca las estanterías completas con todas las ediciones de sus libros mayores, como el *Pascual Duarte* o *La colmena*.

No les voy a decir a ustedes que les pregunten a ellos si se vende o no se vende. Pregúntenme a mí, que no soy ellos, que no soy nadie. Porque yo vendo, oigan, yo vendo mis libros, y no soy yo solo, y he tirado en un año tres ediciones de *La noche que llegué al Café Gijón*, y eso que le falta una preposición al título, que si llego a ponerle la preposición no sé dónde estaríamos ya.

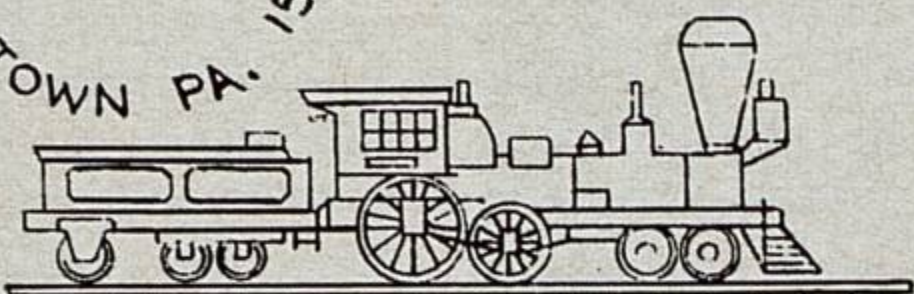
Y yo no hago retrofranquismo, ni es por hablar de mí, pero soy la sofemasa que tengo más a mano, yo mismo. Me lo montaré de otra forma para que ustedes me entiendan o no me malentiendan: hay una cultura culturalista que llega tarde a la gente o no llega nunca. Hay unas estrellas remotas de la literatura que creen enviarnos su mensaje en años/luz desde la lámpara modern-style de sus moquetas interiores, pero que realmente no nos envían nada. Uno de esos astros nocturnos y traducidos nos hará llegar efectivamente su resplandor dentro de un siglo, como luz por unos labios no dicha (Aleixandre), pero la mayoría de ellos, abroquelados de retroficheros, no harán llegar su onda expansiva mucho más allá del paredaño cuarto de los niños. (Y los niños saldrán huyendo de papá/Kafka, papá/Melville, papá/Conrad, en cuanto tengan el primer porro-pizarrín escolar, porque comprenderán que papá lleva las barbas de otro señor.)

Luego, hay una subcultura que viene de Carmen de Ycaza (muerta ahora mismo) y echa bigotillo en Vizcaíno Casas. Mas lo que hace camino al andar no es lo uno ni lo otro, sino el poeta Machado que lo dijo, la alta cultura que alfabetiza como sin querer al buen burgués y al pueblo, la baja cultura que cristaliza en obra de arte el dialecto cheli, hoy espantable para finos, como si buena parte del *Ulysses* no estuviera escrita en cheli dublinés, y en general el escritor que, sin poner quiosco en la Gran Vía, sabe que el personal no es completamente tonto. ¿Quién no ha leído a Prosut en Francia? ¿Quién no ha leído a Galdós en España?

Voltaire, de quien Forster dice que no es sólo un periodista, sino un periódico completo todo él, sólo él, fue el hombre más leído de su siglo, desde las zarinas rusas a los lumpen y revolucionarios de París. Hasta Góngora es popular en la España del XVII. En aquel siglo sin periódicos, nuestros grandes periodistas son Quevedo y los autores de la picaresca. En España, la más alta cultura pasa siempre por lo popular. «¿Dónde está el público?», me preguntaba Larra un día en el Café del Príncipe. Pregunta ociosa y sibilina, porque él tenía su gran público que le pagaba en reales, de Mendizábal a su criado. Paso del rollo del español ilecto. Decía una cabecita loca del Gijón: «No es que en España no se haga el amor, sino que siempre lo hacemos los mismos.» No es que aquí no se lea, sino que siempre nos leen a los mismos.



33RD ANNUAL

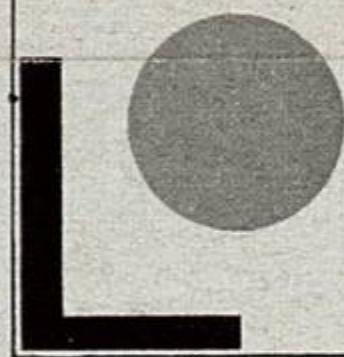


EXHIBITION

29 de marzo, coincidiendo con la inauguración de la estación de clasificación y reserva de Cergy-Pontoise, se ha usado un matasello especial de gran formato en la estación de St.-Lazare, de París.

También, como matasellos especiales, en este caso norteamericanos, están los dos que se reproducen, empleados en sendas exposiciones filatélicas. ■ **LUIS MARIA LORENTE.**

LIBROS



"EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO", de Miguel Delibes

Académico, premiado con el Nadal, en 1947, por "La sombra del ciprés es alargada", Miguel Delibes está enraizado en Castilla. Ajeno a las proclamadas ventajas de las grandes urbes e impertérito ante la seducción del consumismo, vía publicidad, ha permanecido fijo en su Valladolid natal. Su aparente retiro o marginación voluntaria dista mucho de serlo verdaderamente. Delibes sigue con ojos bien abiertos la evolución del mundo. Además no se ha entregado al ocio ni al regalo en la calma provinciana.

Por el contrario, con una constancia encomiable, ha producido libro tras libro, hasta una veintena, desde aquel primero galardo-

nado en Barcelona, hace treinta y dos años. Unos son obras de fantasía; otros, relatos propios del aficionado pescador y cazador empedernido que es, como "Mis amigas, las truchas", "Con la escopeta al hombro", "La caza de la perdiz roja" y "El libro de la caza menor".

De sus novelas, "Mi idolatrado hijo Sisi" y "El príncipe destronado" han sido adaptadas al cine, y "El camino", a la televisión.

En la más reciente, "El disputado voto del señor Cayo", junto a elementos de ficción ha ensamblado todo el mosaico de actuaciones que constituyen nuestra actualidad de estos meses: instantánea, para más puntualización, de las vísperas electorales de junio de 1977. Al narrador se le hizo patente la validez de la inaugural participación del pueblo en la política, como sujeto dramático.

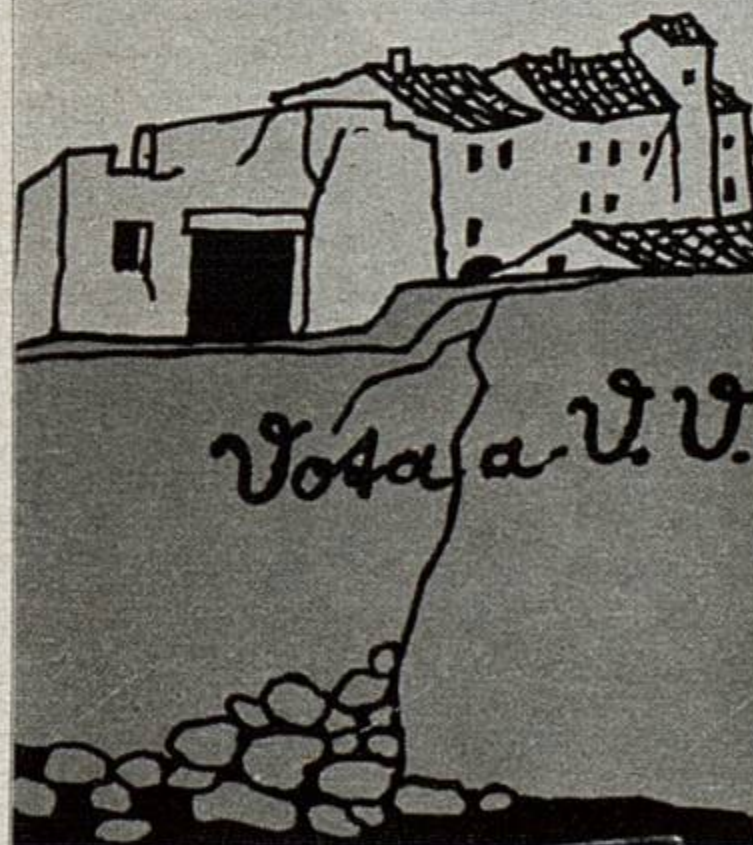
Su aportación, de principio, consiste en reflejar la nueva ten-

sión que ello provoca en gentes que vivieron desvinculadas de esa actividad durante cerca de medio siglo. Esta es una faceta que su pluma incorpora a nuestra novelística, como a la inglesa se está incorporando, ahora mismo, el chasquido del terrorismo.

La perspicacia y agilidad de observación de Delibes no podían dejar escapar las posibilidades de estas circunstancias. Sazonada con escuetas y precisas anotaciones descriptivas, la actualidad se nos aparece en primer término en las peculiaridades del idioma que hoy se usa; ejemplo del acervo tradicional son las expresiones que emplea el campesino protagonista de la historia, el señor Cayo. Las otras, más sofisticadas, recientes inventos, y ya tópicos, salidos de grupos intelectuales que deforman el lenguaje común y lo plagan de tacos.

Ese reto de las dos formas de hablar sustenta la base del enfrentamiento que representa el hombre rural, con su sabiduría práctica y su dominio sobre la Naturaleza, por un lado, y, por el otro, los ciudadanos artificiosos, rebosando cultura libresca, ignorantes de la

Miguel Delibes
El disputado voto del señor Cayo



realidad y suponiéndose salvadores del campesino.

Al trasluz de su objetividad, se evidencia que Delibes defiende la causa de la tradición humanista, del señorío del pueblerino sobre su entorno. En cambio, destapa las faltas y los descuidos de los idealistas teóricos, de los políticos de ciudad.

Escepticismo y desencanto brotan de esta novela porque se revela que el señor Cayo odia a su úni-

co vecino: España, pues, está condenada a la no-reconciliación. Los dirigentes de los partidos planean a distancia sus programas de reformas y desconocen cuáles son las necesidades auténticas del país. Si los candidatos a representar a la población en el Parlamento son conscientes, como el imaginario Víctor, caerán en la cuenta de que cometen el error de redimir a los redimidos y se preguntarán, como él, en razón de qué se les puede solicitar un voto. ■ **M. G. S. E.**

"El disputado voto del señor Cayo". Ediciones Destino, Colección "Ancora y Delphin". 1978.

"ANTOLOGIA POETICA", de Dámaso Alonso

La obra de Dámaso Alonso marcó —con la de Vicente Aleixandre— la pauta de la nueva poesía de la posguerra española. Como miembro de la Generación del 27, se destacó inicialmente por su prodigiosa erudición y por ser uno de los primeros en reivindicar al deslumbrante e inmortal Góngora de las "Soledades". Pero fue en 1942, con la publicación de "Hijos de la ira" y "Oscura noticia", cuando Dámaso Alonso dio la verdadera medida de su vocación como poeta. En esos dos libros vierte todo su desarraigo; y al hacerlo desvela para la poesía española una dicción y una temática nuevas. Como señala Philip W. Silver, antólogo y prologuista de este volumen, el contexto adecuado a la poesía alonsina no es exactamente la poesía religiosa y social que engendrara, sino el desciframiento por el poeta, como en los casos de Hölderlin y Mallarmé, del yo verdadero que se juega en el tablero de la poesía misma. La presente "Antología poética" prosigue la línea editorial iniciada ya con otros volúmenes que recogen selecciones de las obras de Miguel de Unamuno, Rubén Darío, Antonio Machado, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Emilio Prados, Miguel Hernández, Luis Felipe Vivanco, Dionisio Ridruejo, Gabriel Celaya y, también, Blas de Otero. ■

"Antología poética", Dámaso Alonso. Alianza Editorial. Madrid, 1979. 163 páginas.

*Si no siempre entendidos,
siempre abiertos*



UN DELIBES AUTENTICO

MIGUEL DELIBES: *El disputado voto del señor Cayo*, Ediciones Destino, Barcelona, 1978.

La aparición de la última novela de Miguel Delibes, a treinta años del comienzo de su carrera con el premio Nadal y tres de silencio novelístico, no sólo tiene profundo sentido como acontecimiento literario en sí mismo o como visión, a cargo de un testigo relevante, de la realidad española actual que a todos compete y esta obra ilumina, sino dentro de ese otro mundo, ya perfilado, autónomo y consistente que Delibes ha instaurado con sus doce novelas anteriores, hacia las cuales *El disputado voto del señor Cayo* mira tanto como refleja en su espejo el mundo exterior. Porque pocas obras como la suya presentan una trayectoria tan denodada en pos de esa cerrazón y coherencia —otros hablarían de intertextualidad— que ha permitido al escritor alcanzar el perfil exacto de su personalidad, por decirlo en los justos términos de uno de sus comentaristas, Emilio Alarcos. El propio Delibes ha confesado con su característica sinceridad que su vocación literaria tuvo en su origen mucho de fortuita; que aprendió a escribir en el Curso de Derecho mercantil, de Garrigues; que ha ido leyendo literatura al dictado de los críticos para asumir con efectos retroactivos las influencias que se le imputaban, y que sus tres primeras novelas fueron escritas «tan intuitivamente como podría haber construido un barco». Pero a partir precisamente de *El camino* (1950), ese sistema formal y compacto al que antes me refería comenzó a cobrar aplomo para convertirse, tras varios lustros de sedimento, en una auténtica «manera» delibeana desde *Cinco horas con Mario* (1966), con la excepción paródica de *La palabra del naufrago* (1969).

Las constantes de esa poética, que ha resultado de un ejemplar proceso

de búsqueda y depuración hasta organizarse en un sistema literario de sorprendente economía, se actualizan en *El disputado voto del señor Cayo* puntualmente: una armónica combinación de un tiempo narrado breve —menos de dos días en este caso—, un elenco también escueto de personajes principales, cuyo continuo diálogo deja escaso margen de presencia textual al narrador, una anécdota leve que surge aquí de la campaña electoral en una provincia castellana de un partido sobre cuya identidad, por exclusión, no hay duda, y, desde esa irrelevancia argumental apenas alterada por algún que otro clímax de tensión, una eficaz proyección trascendente que confiere a la obra peso y sustancia. En este sentido Delibes renueva su conjuro al cainismo de las dos Españas —como en *Cinco horas con Mario*, *El príncipe destronado* (1973) o *Las guerras de nuestros antepasados* (1975)— e igualmente reitera su menosprecio de corte y alabanza de aldea.

Edgar Pauk, al estudiar los temas recurrentes de la naturaleza y el progreso en Delibes ha hablado de su defensa de un «ecologismo humano» —quizá mejor «humanista»— objeto de su discurso de ingreso en la Academia, que apareció con otros trabajos bajo el expresivo título de *S. O. S.* (1976). Pues bien, dudo que haya formulación más certera de ese ecologismo delibeano que esta breve conversación sobre las malvas:

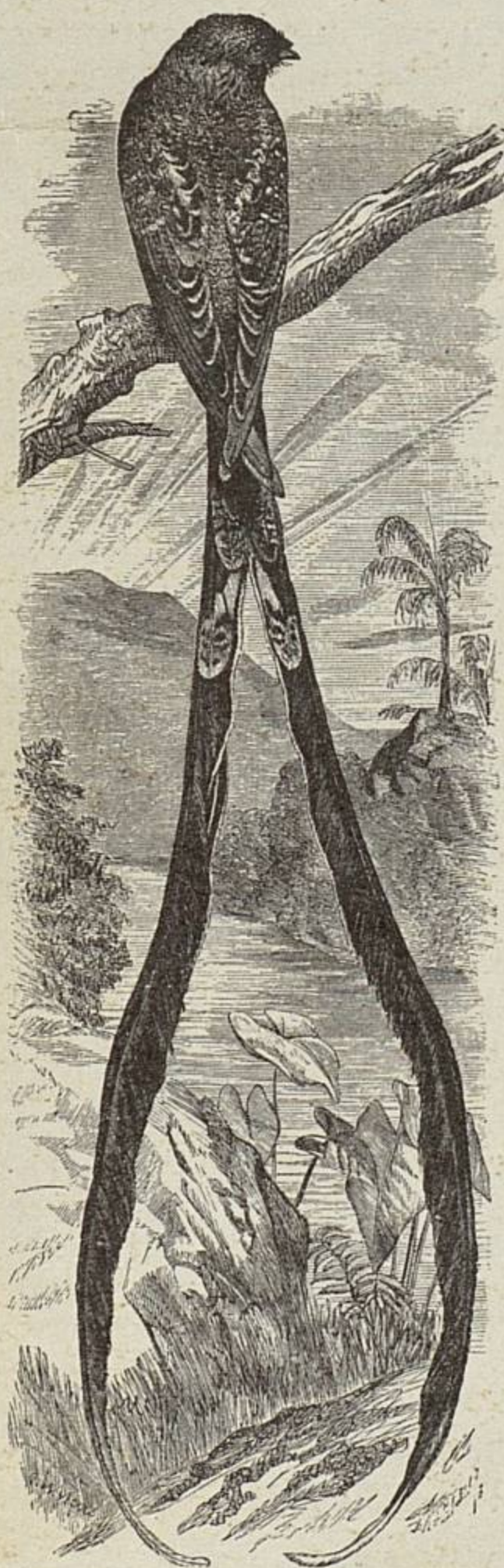
«La flor ésta es buena para aligerar el vientre.

Dijo Rafa burlescamente:

—¡Joder! En este pueblo todo sirve para algo.

—Natural—replicó el señor Cayo reanudando la marcha—: Todo lo que está, sirve. Para eso está, ¿no?» (página 111).

Por su parte, Alfonso Rey, autor de una excelente lectura crítica del Delibes anterior a 1974, llegaba a esta-





MD

blecer la conclusión de que no sólo en lo argumental, sino también en lo constructivo, sus obras son novelas de personaje, novelizaciones de diferentes puntos de vista. Pero se me figura que el personaje en *Delibes* es, sobre todo, una realización lingüística, más una voz que un tipo o un carácter, y el perspectivismo dialéctico en sus libros surge del contraste entre diversas voces—la cantilena de Menchu y el eco de Mario; la media lengua de Quico y los dicterios recíprocos de sus padres; el hablar libre en Candi, directo en Pacífico Pérez—, y esto lo prueba también *El disputado voto del señor Cayo*.

Tres voces envía el partido un día de junio a tres pueblos perdidos de la sierra para rematar su campaña. Se trata de dos candidatos—Victor Velasco, profesor universitario, cabeza de la lista, que está en los cuarenta, y Laly, licenciada en Matemáticas, mujer de un aspirante a senador—y un joven militante, Rafa, de veintitrés años, estudiante de Derecho. El habla de cada uno de ellos representa algo así como otros tantos solos tras el estridente concierto de los dos primeros capítulos, donde, en la sede del partido, habíamos empezado a distinguir dos idiolectos. Los mayores, Víctor y Laly entre ellos, se expresan, aunque con mayor contención y riqueza, con un considerable desenfado imitativo de la lengua monótona, convencional y empobrecida de los más jóvenes, que repiten hasta el hastío unas pocas palabras y locuciones estereotipadas que sirven para todo. Un decepcionante y verídico combinado de «pasotismo» idiomático y superficial jerga política que *Delibes* ha captado a la perfección. El viaje aparta a la embajada política del pandemónium ciudadano y así cambia el paisaje, así, radicalmente, cambiará la lengua en la primera y, a la postre, única localidad del itinerario. Allí, casi en plena soledad, el señor Cayo, con su voz serena, exacta, sentenciosa y austera. Un idioma distinto, en el que mangar es poner mango, no robar (p. 100). «—Me parece a mí que no vamos a entendernos» (p. 107), apunta en seguida el campesino octogenario, y no se refiere únicamente a las palabras, sino también a los pensamientos, a dos encontradas filosofías de la vida. Nada dice a la mujer de Cayo el feminismo beligerante de Laly, ni a él lo que la candidata, desde su personal ideario mesiánico,

le ofrece como desiderátum (p. 105). Porque el señor Cayo no es ni un número ni un voto, sino un hombre, y la política, a lo que se quiere hacer ver, no cuenta con esta realidad. El choque perspectivista de los personajes ciudadanos y el señor Cayo es tan brutal como el del «yahoo» Gulliver y los Houyhnhnms, Gazel y los compatriotas de Nuño, el salvaje de la Reserva de Nuevo Méjico y los civilizados de la Era Fordiana. Por eso es imposible que un Rafa seguro de que «a estos paletos con decirles que les vas a subir las pensiones y doblarles el precio del trigo, te los metes en el bolsillo» (p. 53), consiga convencer con su murga mitinesca a un Cayo que tiene una idea muy distinta de sí mismo y de lo que le conviene (páginas 145-6). Son las dos perspectivas más alejadas entre sí de toda la novela: por edad, por idioma y por pensamiento. El alfa y el omega, dos personajes rectilíneos, apartados y coherentes, pues Víctor imita el habla de Rafa y su generación para acercarse a ellos, pero, a la vez, comprende y admira la imperturbable dignidad solitaria de Cayo, y Laly parece inclinarse al fin en la misma dirección.

Pero queda otra voz más en el concierto de *El disputado voto del señor Cayo*: la del narrador. Un narrador objetivo hasta donde le interesa, pero que no sucumbe ante lo que un crítico denominó «los escrúpulos del punto de vista». Concede a los personajes la máxima autonomía «verbal» y los ve desde fuera, anotando fielmente la gestualidad de Dani (p. 52), de Rafa (p. 54), de Víctor y Laly (p. 188). Pero no es la suya voz neutral y anodina, sino volcada hacia Cayo, al que secunda y apoya también lingüísticamente. En los capítulos ciudadanos el narrador, con gran sutileza, presenta peyorativamente la realidad para hacer luego lo contrario a medida que la aldea, desde el capítulo tercero, pasa a primer plano. Sabe entonces llamar—como Cayo—a cada cosa por su nombre y se recrea en sus descripciones. Hay páginas en que parece actuar con la solemne oficiosidad de un notario que levanta acta detallada de los usos y objetos que se van para siempre, ya sea el utillaje del lar de Cayo (p. 133), ya su práctica de retirar el enjambre de un tetón (páginas 88-90). Descriptivismo casi diríamos arqueológico que, a fuer de objetivos, resulta parcial, en cuanto se identifica con una voz de la novela



y se opone a otras; parcial también cuando subraya y justifica la emoción paisajística de Víctor que Rafa ridiculiza (pp. 74-5), o mediante índices irónicos como el adverbio con que el narrador comenta la expresión de entusiasmo de Laly ante el extraordinario pórtico de la ermita de Cureña: «Es la repera —dijo reverentemente» (p. 129).

Si El disputado voto del señor Cayo enfoca el momento inaugural de un nuevo ciclo histórico de España contrastando lingüísticamente tres mentalidades y tres generaciones y entonando un himno a la supremacía de la naturaleza sobre el progreso, es inevitable que pensemos en otra obra: El Jarama, que con parecidas características y singular trascendencia plasmó el comienzo del crecimiento económico en los años cincuenta. No se tratará en todo caso de una asociación arbitraria, pues precisamente Laly defiende ante el eterno iconoclasta Rafa los logros del neorrealismo: «... el cine o la literatura que no exploran el corazón humano no me interesan. Las artes de laboratorio son pura evasión» (p. 78). La presencia tan visible de una idea estética que coincide con la concepción general de la obra en que está inserta favorecerá, sin duda, esa tendencia espontánea de todo lector a identificar como opiniones del autor aquellas formuladas por determinadas voces más fidedignas que otras en la sinfonía narrativa, y podrá acaso avivar el rescoldo de la vieja polémica de si Delibes defiende implícitamente un estatismo social reaccionario, como se llegó a decir de El camino, agravada ahora por un cierto escepticismo hacia la virtualidad humanista de la democracia formal. La identidad Víctor-narrador echaría leña al fuego de es-

ta disputa, así como el extraño final, excesivamente didáctico —nada nuevo, por cierto, en Delibes—, de la excursión política de Víctor, Laly y Rafa. El encuentro en Cureña con una banda de la porra fascista que apalea al candidato cuando éste se ha persuadido ya de que «hemos ido a redimir al redentor» (p. 174), auténtico leit-motiv de las últimas páginas, provoca en Víctor una crisis nerviosa que deriva en borrachera casi tan extemporánea como la del narrador-viajero de Juan Goytisolo en Campos de Níjar. En este estado cantará ante el responsable provincial del partido sus dos grandes revelaciones. Primera, que Cayo vive lo auténtico y ellos no, pues «estamos sofisticados. No hemos sabido entendernos a tiempo y ahora ya no es posible. Hablamos dos lenguas distintas» (p. 177); segunda, que, como demuestran los costurones sanguinolentos que cruzan su pecho, «esto no tiene remedio, Dani, es como una maldición» (p. 188). Incluso en aquella paradisiaca Arcadia ha echado raíces el cainismo, y Cayo odia al único vecino que le queda (p. 119), con lo que tras el rayo de esperanza esbozado en la actitud superadora de las dos Españas del hijo en Cinco horas con Mario parece afirmarse el pesimismo de El príncipe destronado y Las guerras de nuestros antepasados.

Pero al margen de este pesimismo atávico y de ese desencanto político —del que algunos dicen hay pruebas recientes en el sentir popular, a cuyos dictados siempre escribe nuestro autor— no cabe ninguna duda de que para sus lectores fieles, que son legión, El disputado voto del señor Cayo tiene calidades de cuadro de firma inconfundible. Un Delibes auténtico.

DARIO VILLANUEVA

EL TIEMPO EN SUS DIMENSIONES

LUIS MARTINEZ DE MERLO:
Alma del tiempo. Editorial Lumen, Colección El Bardo. Barcelona, 1978, 121 páginas.

Alma del tiempo, finalista del premio «El Bardo» 1977, es una obra poética ambiciosa que nos introduce de lleno en un mundo rico y vasto en sugerencias, por la hondura y vivencia de su temática —el

tiempo captado en múltiples dimensiones— (y en donde Góngora y Quevedo citados en la apertura y en el colofón del libro como alfa y omega, son un expresivo signo de enraizamiento) y por la sostenida vibración interior, y el sentido latir con el universo.

Temática que, en concreto, en este joven autor (nacido en Madrid en 1950) se hace presente a través de una apelación estética al conflicto radical que supone la dialéctica de la palabra y la muerte. Nombrar es, en alguna medida, dar la existencia, hacer presente, acontecer. Así como la palabra hace ser, crea

el poema, morir es una forma trágica de silencio, o de quedarse sin palabras, imposibilitado definitivamente en el mutismo. Y la síntesis del ser es quizá el ser invocado, el tener un nombre pronunciado.

Por otra parte, está la exaltación de la belleza como afirmación y negación a un tiempo (siempre el tiempo y su derelicción) de la realidad como permanencia y duración (sustancia), de las cosas y su fugaz fugacidad (devenir) de su esplendor siempre subjetivo y acaso mera proyección o fantasía, sólo instante o imagen ensoñada y soñadora. La poesía, el mito y el arte

el RETABLO



de Vizcaino Casas

YA estamos en otra fecha histórica. Hoy, las municipales. Y la lista del nuevo Gobierno. Parece que en ésta habrá menos sorpresas que en aquéllas. Un día de calma propagandística permite hacer recuento de las últimas actuaciones de los alcaldables, que en lo referente a los de Madrid no han variado su tónica anterior. Predominio de los malos modos, de la zafiedad y de los lugares comunes.

Al señor Tamames se le frustró su ascensión en globo, que tenía programada como número bomba de su campaña. ¿Cómo es posible que personas teóricamente sensatas caigan en la payasada con tal de halagar a la masa electoral? Si el candidato comunista es supersticioso, estará hecho polvo; el fallo de su ascensión por los cielos madrileños puede tomarlo como un aviso del destino, como una premonición negativa. Los augurios sobre su vuelo municipal no pueden resultar peores.

A mi compañera Paca Sauquillo, los de «El Alcázar» la han puesto de mal genio con eso de airear fortunas familiares. Verdaderamente se puede ser millonaria y tener, pese a todo, nobles afanes sociales. Pero lo malo de meterse en la actividad pública es que lleva consigo someterse también a la indagación y la crítica. Ya ven lo que le ha pasado al viejo y gruñón profesor: alguien ha contado lo que cobra por una cátedra a la que (dice ese informador) nunca asiste.

Me parece que José Luis Alvarez es quien ha salido mejor parado de todo este embrollo preelectoral, tan pródigo en chismes, disputas barriobajeras, insultos y hasta calumnias. Ha declarado casi diecisiete millones de ingresos a la Hacienda Pública en 1977. Para algo es notario de Madrid: como don Blas. A mí, personalmente, me encantan los políticos que ganan mucho dinero con su actividad privada. Eso constituye una buena garantía de que no piensan hacerse ricos a costa de su cargo público.

Los peligrosos son esos diputados que apenas llegan (según sus declaraciones fiscales) al salario mínimo interprofesional. Muy honestos tienen que ser para resistir a la tentación...

ELECCIONES RURALES.—Con tanto festejo propagandístico de los candidatos por Madrid, quizá no hemos reparado debidamente en que las elecciones municipales, donde de verdad son importantes (y pueden resultar hasta graves) es en los Ayuntamientos pequeños, en esos pueblos donde todos se conocen y, por eso mismo, los enfrentamientos se hacen directamente y la agresividad llega a convertirse en problema.

En mi querida Navacerrada, por ejemplo, unos seiscientos y pico votantes tienen nada menos que cincuenta y cuatro nombres para elegir. La fiebre ha prendido de tal manera en los aspirantes que salen a diez ciudadanos por candidato, con lo cual aquellos que tengan familia numerosa partirán con clara ventaja.

Espero que aquí (y ¡ojála en todos los pueblos!) impere la sensatez y el buen sentido a la hora de elegir. Que se haga abstracción de la política (que jamás resuelve nada, y menos en los municipios pequeños) y la voluntad mayoritaria se incline en favor de quienes presentan como programa la voluntad de trabajo, la profesionalidad y el servicio exclusivo a los intereses comunes.

EL SEÑOR CAYO.—De todos modos, me estoy acordando mucho del señor Cayo, el asombroso personaje de la reciente novela de mi admirado Miguel Delibes (una breve joya literaria), cuyo voto se disputan los partidos. Léanla estos días, ya que pocas veces se ha escrito de manera tan cabal, certera y veraz acerca de ese complicado montaje propagandístico de las elecciones. Ni se ha dado a los planteamientos políticos una respuesta tan precisa como la del señor Cayo.

ENVÍO.—Tomando la insinuación de mi lector don Luis, me permito hacer ya un envío a quien salga elegido alcalde de Madrid: la zona peatonal de la calle de Preciados se ha convertido en un zoco cochambroso, donde proliferan los charlatanes, los mendigos, los vendedores de chucherías sin fin, las peripatéticas y hasta los peripatéticos.

O sea, que quienes apenas pueden transitar por allí, se entiende con paz y calma, son las personas decentes.

ENTRE LA CHATARRA Y LA FLOR DE SAUCO

Para una lectura pedagógica de la última novela de Delibes

Lo de Miguel Delibes por la naturaleza, en el sentido más amplio y rico del término, no es una manía, ni una sublimación del provincianismo, ni exaltación acrítica de la cultura rural. Se parece más bien a un compromiso personal y profesional en defensa de unos valores antropológicos nada ambiguos. Y es, desde luego, una constante muy meditada que cruza temática y cordialmente toda su producción.

La axiología que sustenta cada recreación de paisajes, de cosas precisas, de personajes en el magma rural en el que viven, adquiere su verdadera grandeza desde el contrapunto de eso que, un poco precipitadamente, hemos llamado civilización urbana. La contraposición de estos dos mundos, que en «El disputado voto del señor Cayo» aparecen nitidamente diseñados, permite enfrentar dos formas de cultura y, por consiguiente, dos modelos de teoría pedagógica.

—No hay derecho, murmuró. Y recostó la nuca en el respaldo de su asiento.

—¿A qué no hay derecho, macho?

—A esto —dijo Víctor, apuntando a los últimos edificios del pueblo—: a que hayamos dejado morir una cultura sin mover un dedo.

Víctor, el candidato a diputado, refugiado en una borrachera llena de lucidez, regresa a la ciudad frustrado y con todas las ofertas de su opción política intactas. Con la evidente y amarga sensación de que Cayo Fernández, ochenta y tres años, viejo y grande como un árbol, no necesita de alternativas políticas elaboradas con precisión cibernética en los cuarteles de una campaña electoral de partido. Ha habido un choque frontal de lenguajes. Víctor ha tratado de hacer comprender al viejo labrador las admirables promesas de una nueva dialéctica campesina y de lo que significaba en el nuevo contexto político la opción proletaria. Pero lo terrible es que si para el señor Cayo el mismo Franco era un señor que «de había pillado un poco a trasmano», no digo nada sobre en qué galaxia habría que resituarle para que entendiera la proporcionalidad del señor D'Hont y el mecanismo parlamentario. En cambio, Cayo Fernández hace con sus manos el pan, sabe a la perfección que la abeja enjambrada no pica, que para poner mango a la azada hay que utilizar un enterizo y que la sombra de la nogala es muy traicionera.

—Increíble, Dani (confiesa el candidato). El es como Dios, sabe hacerlo todo. Así de fácil. ¿Y qué le hemos ido a ofrecer nosotros? Palabras, palabras y palabras... Es... lo único que sabemos producir.

NATURALEZA Y TECNICA

El sesgo contemporáneo de las relaciones entre el hombre y la naturaleza

tiene todas las trazas de una gran operación depredatoria. Hoy, que la mayoría de la población mundial vive aglomerada en grandes ciudades, las relaciones con el medio natural están planteadas casi exclusivamente desde un siniestro esquema de vaivén. IncurSIONES y excursiones. En un primer momento el hombre saquea la naturaleza, la expolia, acumula en la ciudad todos los recursos en dos grandes procesos de dilapidación —un irracional proceso industrial que olvida súbitamente la noción de límite y una fiebre consumista también sin techo—. Para volver de nuevo como excursionista a relajarse y respirar del campo. En este ir y venir que, en macrosociología, tiene la espectacularidad de un ente compacto que arrasa lo que encuentra, el hombre ha triturado una porción de realidad, delicada como la flor de saúco: una forma de cultura. Es decir, las peculiares relaciones del hombre en contacto inmediato con la naturaleza. El propio Miguel Delibes, no ya refractado en las criaturas que brotan de sus novelas, sino en carne y hueso, y desde la solemnidad y la audiencia que le brindaba la toma de posesión de su silla en la Academia, concitó la verdad gritada por sus personajes. Y lo que habían dicho Isidoro, Nini, El Barbas, Pedro, Sisi, Desi, Eloy..., Delibes lo pronunció de nuevo sin tartamudear ante los ilustres académicos: «Hemos matado la cultura campesina, pero no la hemos sustituido por nada, al menos por nada noble.»

EL RETO DE LA PEDAGOGIA

Las realidades sociofísicas son, sobre todo, mostrencas. No es posible volatilizarlas y constituye un sueño inútil restablecer hoy una cultura genuinamente campesina. El problema es si aún estamos a tiempo de rescatar sus valores e incorporarlos a nuestras formaciones sociales y a nuestros modos de convivencia. En este sentido, una pedagogía cimentada en ellos puede actuar como correctivo de este inmenso disparate que lleva camino de ser el modelo social de hoy. En efecto, lo que caracteriza al hombre corriente de la civilización ciudadana es la dependencia. No sabe hacer casi nada por sí mismo. Se le da hecho el pan que come, la ropa que viste, la casa que habita, y las ideas y opiniones que pueblan su cráneo. Una enorme y minuciosa burocracia prevé y programa hasta los mínimos detalles, y un circuito infernal montado, sin apenas fisuras, únicamente para trabajar y consumir, sitúa en una órbita cerrada todo el tiempo de su vida.

En contrapartida, el hombre de un asen-

tamiento campesino clásico, obligado a respuestas vitales inmediatas, tiene una capacidad mucho más dilatada de habilidades y recursos. En el puro hecho de sobrevivir, el hombre del campo genera las distintas órbitas de cultura, las integra en su vida y las actualiza constantemente. Las diferentes técnicas cotidianas del cocer, del cardar, de hacer el queso y la matanza; las mil y una formas del labrantío; las actividades y relaciones con los animales; la dependencia directa del clima y la vegetación... Todo ello constituye un sistema armónico, vivo e interdependiente en el que se establecen relaciones dialécticas simples, pero enormemente ricas. El hombre, en este contexto, primero conoce (interpreta «el rutar de las nubes», sabe que «el chopo es ligero y aguanta»), establece un sistema de valoración y casi de diálogo (gusto y realización en el trabajo) —el señor Cayo se estremece cuando el diputado «promete» apartarle del trabajo: ¿para qué vale mi vida entonces?—, y, finalmente, transforma (fabrica su comida, sus utensilios, cuece la flor de saúco para aligerar el vientre). Un cierto sentido del rito, de la contemplación (una de las profundas dedicaciones del señor Cayo en invierno es ver nevar) y de la fiesta (la celebración de la octava de Pentecostés, en Refico), constituyen un universo, cuyo sentido y dinamismo reside en el hontanar de su propio interior.

—Escucha, Dani —dijo desgarradamente (el diputado)— tú no quieres entenderme. Ese tío sabe darse de comer, es su amo, no hay dependencia, ¿comprendes? Esa es la vida, Dani, la vida de verdad y no la nuestra... No hemos sabido entenderles a tiempo y ahora ya no es posible. Hablamos dos lenguas distintas.

Y, ante la naturalidad de Cayo descifrando y poniendo los nombres precisos al mundo que le rodea, Víctor no tiene más remedio que exclamar:

—Yo veo una cosa aleteando en el cielo y sé que es un pájaro. Veo una cosa verde agarrada a la tierra y sé que es un árbol, pero no me preguntéis sus nombres —bajó la cabeza de golpe y ocultó el rostro entre las manos—: yo no sé una puñetera palabra de nada.

Insisto en que no se trata aquí de un canto lírico a un artificio montado con las extrapolaciones más brillantes para que impresione y provoque nostalgias. El campo ha sido también —y acaso sobre todo— campo de opresión y de alienaciones; y la ciudad, o la técnica que la ha hecho posible, ha vencido las plagas, ha erradicado el analfabetismo y ha estirado hasta cotas admirables la media de vida.

Pero la pasta que configura al hombre

estándar de nuestras ciudades es una materia vana, floja y llena de neurosis. Un fallo en la sofisticada maquinaria que constituye la vida cotidiana y en la que el hombre no es más que una pieza, bloquea el sistema de dependencias en que vivimos y provoca el caos.

—...imagínate por un momento que un día los dichosos americanos aciertan con una bomba como esa de neutrones que mata pero no destruye... una bomba que matara a todo dios menos al señor Cayo y a mí, ¿te das cuenta? ... Pues si eso ocurriera, yo tendría que ir corriendo a Cureña, arrodillarme ante el señor Cayo y suplicarle que me diera de comer, ¿comprendes? —casi sollozaba—: El señor Cayo podría vivir sin Víctor, pero Víctor no podría vivir sin el señor Cayo.

UNA PEDAGOGIA DEL RETORNO

Volver al campo, en clave pedagógica, no es organizar excursiones para disfrutar paisajes y respirar aire sin polución. Es redescubrir —sin renunciar a los logros positivos que la técnica ha conquistado— esas relaciones con la naturaleza, de la que el hombre es parte, y de las que necesita para un equilibrio verdadero. Todos los movimientos pedagógicos entroncados con la «escuela nueva» proclaman este retorno a fin de recuperar una nueva valoración del trabajo humano, del hacer cosas con las manos y la cabeza; de establecer unas relaciones de concordia con el entorno natural; crear un sistema de solidaridad y convivencia, sin la mediación —mutilación— de tantas burocracias, de tantos encadenamientos y tantas convenciones. Las «comunidades del arca», toda la filosofía de Lanza del Vasto, con el objeto de configurar núcleos humanos en los que vuelvan a valorarse las habilidades artesanales y al autoabastecimiento, previamente disciplinadas y educadas las necesidades del grupo, apunta en la misma dirección. E igualmente esa ola difusa de vuelta a los oficios simples, a la artesanía casera, a la afición por las plantas, etc., obedecen o reflejan idéntica sintomatología.

La madre del cordero es cómo se le da forma y sistema, sin que todos estos gestos sean solamente fugas o aficiones individuales que no pongan en cuestión todo el sistema. ¿Podrán articularse planes de educación para rescatar, sistematizar y poner en marcha esa riqueza, sin que se toquen a fondo las estructuras, los grandes intereses, las plusvalías que brotan como hongos de una situación así? ¿Tendrán tiempo los pedagogos para recoger las flores de saúco entre tanto montón de chatarra?

Gonzalo BLANCO NOZAL

MUNDO NUESTRO

P. LAIN ENTRALGO

Te veo poco, Miguel, sólo cuando alguna vez te decides a bajar del Pisuerga al Manzanares, para asomarte a las sesiones de la Academia; y el carácter tonificante que para mí tiene esa esporádica aparición tuya por la calle de Felipe IV es la primera de las razones del «poco» que acabó de escribir. Traes contigo una fresca bocanada de aire campestre; vas regalando a todos jovialidad escéptica y zumbona, la ironía del castellano viejo, cuando sabe ser cordial; insistes una vez más en que a las venas de aquella Casa hay que llevar sangre joven, porque la edad media de los que allí nos congregamos, cualquiera que sea la lozanía de nuestra mente, es hoy demasiado alta; sacas luego de tu bolsillo un puñadito de cédulas manuscritas, y durante algunos minutos llenas de pájaros y peces, antigua y virginalmente nombrados, el aire penumbroso de la sala de trabajo. Al margen de lo que la amistad pida, ¿no es suficiente todo esto para desear más frecuentes tus escapadas hacia Madrid?

No es éste, sin embargo, el motivo principal de mi carta; porque lo que con ella quiero es someter a tu consideración algunas reflexiones exegéticas acerca de tu tan leído y comentado relato último, *El disputado voto del señor Cayo*; reflexiones cuyo resultado acaso sea un poco distinto del que tópicamente va corriendo por ahí, y en algún caso ha llegado a la necesidad de personificar en tu señor Cayo la masa de los que en las recientes elecciones municipales se han abstenido. O, por otra parte, a la inepticia de confundir con la suya tu personal visión del mundo. Tú me dirás si acierto o yerro.

El escritor, he afirmado yo alguna vez, es un hombre que mediante la imaginación y la palabra recrea la realidad para salvarla. La salva de esa suerte de aniquilación que es el olvido. La salva para que de algún modo siga siendo —con otros términos: para que en alguna forma pueda cumplir la «tendencia a perseverar en el ser» que el filósofo Spinoza veía en la raíz de todo lo real—, y para que algo de ella, lo mejor, en el caso óptimo, llegue a ser en el lector una parte de lo que ella todavía puede ser, si su existencia es presente, o de lo que antaño pudo ser, si es pretérita. Aunque el escritor, a la manera de Quevedo, a la de Valle - Inclán-



Carta a Miguel Delibes



o a la menos aparatosa de tus *Cinco horas con Mario*, se vea obligado a destruir con el sarcasmo, la ironía o la denuncia lo más aparente, deleznable o corrupto de aquello que con su relato intenta salvar. Qué lección imperecedera, a este respecto, la de Cervantes ante el trío Rincón - Cortado - Monipodio.

Así veo yo tu pintura literaria del señor Cayo. La indudable simpatía con que su retrato ha sido pintado, ¿indica que tú propones a los españoles una sociedad compuesta de señores Cayos? La visión del *homo ruralis hispanicus* que nos presentas, ¿es acaso un trasunto castellano y actual del Pablo y la Virginia de Bernardino de Saint - Pierre? ¿Es tu novela —otra vez— la rusioniana proclama de un retorno del hombre a la naturaleza? No lo creo. Al todo, porque el señor Cayo no es «hombre en estado de naturaleza», como los que seudoteológicamente inventaron Rousseau y los románticos, sino «hombre de estado de intrahistoria», como los que hispánicamente describió

nuestro Unamuno; tema éste que bien merecería más reposada consideración. Y también porque la existencia y el entorno del señor Cayo distan mucho de ser dulce y añorado arroyo. Para quien sepa leer, ahí está el leve toque cuasitrágico que componen la mujer muda y el suicidio de Paulino. No: la figura del señor Cayo no es la encarnación humana de un paraíso perdido o un residuo mesetario, del mundo cántabro de *Peñas arriba*; es la salvación literaria de un componente de la vida del hombre —su relación directa con la naturaleza— que la técnica actual y la actual organización de la sociedad están poniendo en grave peligro. Basta añadir a esto tu honda afición a la caza y la pesca, tu condición de violento amante del campo por lo que el campo naturalmente es, no por lo que económicamente produce, y tendremos integra la clave de la simpatía con que nos has presentado la entrecazura e ingenua persona del señor Cayo. «Hemos ido a redimir al redentor», dice el candidato Víctor, como para resumir la experiencia de la porfía de los suyos por el voto del señor Cayo; y olvidando que Víctor habla beodo, o acaso dando por bueno que los beodos, como los niños y los locos, son los que dicen las verdades, en tal sentencia quieren condensar algunos la secreta filosofía política del autor del relato. No lo creo. Porque tú, Miguel, sabes muy bien que la vida social del hombre es y tiene que ser; quiéralo él o no lo quiera, naturaleza, intrahistoria e historia; por lo cual el señor Cayo sólo a medias —sólo respecto de la mitad de cada uno de nosotros que debe ser y no es naturaleza e intrahistoria— puede constituirse en inconsciente redentor. El redentor completo, el hombre que en verdad puede sacarnos de este vivir alienante y alienado en que tantas veces nos ponen nuestras ciudades, ¿no será más bien el que resulte de combinar o fundir lo que el señor Cayo es sin saberlo y lo que, sin dejar de ser él, Víctor querrá ser después de haber conocido al señor Cayo? Que tú, Miguel, con tu querencia por la porción que aporta el señor Cayo, y yo con la mía por lo que allega lo mejor de Víctor, pero sin olvidar que ninguno de los dos puede redimir por sí solo, conozcamos un cachito de historia en que la realización de ese ideal vaya siendo posible, o así nos lo parezca. Este, éste es nuestro problema. ■

"La carta intrahistoria" 22 abril 79

BALANCE DEL I CONGRESO DE YALE

LA NOVELA ESPAÑOLA ESTA VIVA Y LLENA DE EMPUJE

Hay en ella un deseo de recapitulación de una era, potenciado por la libertad expresiva

New Haven, 22. (De nuestro corresponsal, enviado especial.) «La novela española de nuestra hora se caracteriza por sus ansias comunicativas. Hay en ella un deseo de recapitulación que señala el fin de una era, potenciado por la libertad expresiva. La obra pasa de campo de experimentación a mensaje ético y estético, configurador y transformador de la realidad», dijo Gonzalo Sobejano en la disertación que, como un pórtico, abrió el I Congreso Internacional sobre la Novela Contemporánea Española, celebrado el 20 y 21 de abril en la Universidad de Yale.

El profesor de la Universidad de Pensilvania dividió la novelística española de la posguerra, según su esquema que ya se ha hecho clásico, en cuatro etapas: 39-51, 51-62, 62-73 y 73 hasta la fecha, que analizó en sus diferentes aspectos, para hacer la primera evaluación de la novela en la España democrática como una «memoria autobiográfica», en la que el autor experimenta la aventura de escribir siendo ya soberano que domina el pasado, el presente e incluso la posibilidad de futuro. De ahí que sea narrador, autor y crítico todo en una pieza. Y a continuación, golpeando sobre el hierro al rojo, el profesor Roberto Ruiz, del Wheaton College, se planteó el tema de la «Libertad y responsabilidad de la nueva novela española», que según él debe ser el de «humanizar la novela, con lo que los nuevos novelistas no sólo cumplirán con su responsabilidad de creadores, sino también reforzarán y defenderán su libertad de expresión».

Tras tal arranque, el Congreso, patrocinado por el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Yale, el Centro iberoamericano de Cooperación y el Consulado General de España en Nueva York, se convirtió pronto en una especie de río tan caudaloso que, a veces, amenazaba desbordarse. No nos es posible reseñar las casi 50 ponencias, pero adelantamos ya que se publicarán en un libro que servirá de acta al Congreso.

Así: Manuel Durán arrojó una luz refrescante sobre Cela, «luchador incansable en las entrañas de la realidad española»; Claudio Guillén evocó con tanto rigor como sensibilidad las epifanías de Rosa Chacel, «donde se mezclan lo divino y lo humano hasta hacerse una sola cosa»; Marcelino C. Peñuelas analizó la última novela de Marsé, «en la que las consideraciones críticas sobre la literatura y la narración le parecen más interesantes que la trama misma»; Alberto Castilla desmenuzó la última de Delibes, «novela del momento político actual, que posee, sin embargo, una dimensión simbólica que le permite trascender el momento y poner en tela de juicio la calidad de todos nuestros conocimientos sobre el campo y la ciudad»; Ricardo Gullón se adentró en esas «variaciones entre lo familiar y lo secreto», que son las retahílas de Martín Gaité; María Embeita comentó esa exploración que hace Castillo Puche «del sacerdote católico en su fracaso e impotencia»; Joseph Schraibman analizó la destrucción del lenguaje en la nueva novela española, «con afán de destrucción de una conciencia, con vistas a una futura renovación»; Gloria Durán exploró los raros ejemplos de ciencia-ficción en la novelística española, un género que no parece atraer demasiado a nuestra fantasía, tal vez por la deficiencia de bagaje científico; Paul Ilic abordó el doble exilio, interior y exterior, que ha creado una «mentalidad de prisionero» en un amplio espectro de la novelística española contemporánea, y Víctor Fuentes dio noticia del movimiento novalexpressionista, caracterizado por «el rechazo radical de la realidad narrativa».

Carmen Martín Gaité, Juan Benet y Francisco Ayala leyeron fragmentos de sus obras en preparación, y una mesa re-

donda entre novelistas, críticos y público —en la que los primeros se erigieron en jueces de los segundos— cerró el Congreso. Si pecó éste de algo fue de exceso. Pero en una época de escasez como la que empieza, es éste un lujo, aunque en este caso fuera del espíritu.

Un balance provisional y apresurado, como impone el periodismo, arrojaría que la novela española está viva, llena de empuje, posiblemente encinta. Veremos de qué.—José María CARRASCAL.

CAMON AZNAR, INTERNADO EN UNA CLINICA MADRILEÑA

Hoy será intervenido de obstrucción del colédoco

Madrid. (De nuestra Redacción.) Don José Camón Aznar padece obstrucción del colédoco, afección de la que será intervenido hoy quirúrgicamente en la clínica de la Ciudad Sanitaria Provincial Francisco Franco.

El ilustre enfermo, que desde hace semanas sufre una afección de vesícula, fue ingresado el pasado viernes en el centro sanitario, por indicación de los médicos que lo atienden, para someterse a una serie de radiografías y análisis. El doctor Basabe aconsejó posteriormente la conveniencia de la operación.

La esposa del señor Camón Aznar manifestó a ABC que el paciente se encuentra muy animado y que la operación no reviste ninguna gravedad. Hasta su ingreso en la clínica el profesor Camón desarrolló en su domicilio las actividades literarias habituales que le ocupan.

Ahora...
nuestro 747
despega a las 11.40

TWA:
Madrid-Nueva York
desde 29.200* ptas.
ida y vuelta.

- Ahora usted sólo tiene que estar entre 7 y 60 días en USA. Reserve ahora y pague con 30 días de antelación.
 - Salidas diarias en vuelo regular y 747.
 - El vuelo 903 sale ahora a las 11,40 y llega a la terminal exclusiva de TWA en Nueva York a las 13,25.
 - Conexiones directas a 42 ciudades USA.
- Llame a su Agente de Viajes o a TWA.

La línea aérea con más pasajeros en vuelos transatlánticos regulares.

TWA
No.1 sobre el Atlántico.

*Pendiente de aprobación gubernamental. Horarios en vigor desde el 29 de Abril.

DELIBES Y LA POLITICA ⁸⁰

«El disputado voto del señor Cayo», no es, literalmente una novela política, aunque su argumento se hilvane en torno de un acontecimiento electoral precisable y cercano, sus protagonistas sean estereotipos del más puro activismo «progre» y su trama se constituya, en gran parte, alrededor de las convicciones trascendentes —mas trascendentes que políticas— de sus personajes.

Es más bien, como todo lo de Delibes, un relato humano, primario, elemental, que pone de manifiesto, sin tomar partido y sin emitir opinión, el abismo que, en demasiadas ocasiones y con peligrosa frecuencia, separa la elucubración política, a menudo calenturienta y deforme, de la auténtica realidad vital de los destinatarios pasivos de toda aquella teoría.

El libro, escrito todo él en un lenguaje sedoso y dúctil, relata el encuentro de unos jóvenes e idealistas candidatos que «van a hacer campaña» con el señor Cayo, anciano de más de ochenta años, que, junto con su mujer —muda—, y con un vecino con el que sostiene una ancestral y épica enemistad, son los únicos habitantes de un pueblo abandonado de Castilla.

Los proselitistas, con su bagaje de tópicos acuñados a escarpia, intentan la «redención» del señor Cayo. Pero tropiezan con un mundo distante en el que sus valores intelectuales, sociales y políticos, tan apreciables para ellos, carecen por completo de sentido. El señor Cayo posee esta otra «cultura» sencilla y talar de la supervivencia, estos conocimientos que bordean el naturismo y el milagro que arrollan tanto la meteorología ortodoxa como las ciencias agronómicas más sofisticadas. El «otro mundo» del señor Cayo, virginal, ingenuo, pragmático, con sus pasiones esquemáticas —el amor, el odio— nutrido de pequeñas glorias y de irrelevantes pesares, hace mella en los supuestos portadores de la verdad urbana. El feminismo, la justicia social, la misma noción de propiedad, se desvirtúan en un contexto donde la corrupción o la explotación no ha hecho acto de presencia y en el que el hombre emerge con toda su lineal y esquemática simplicidad.

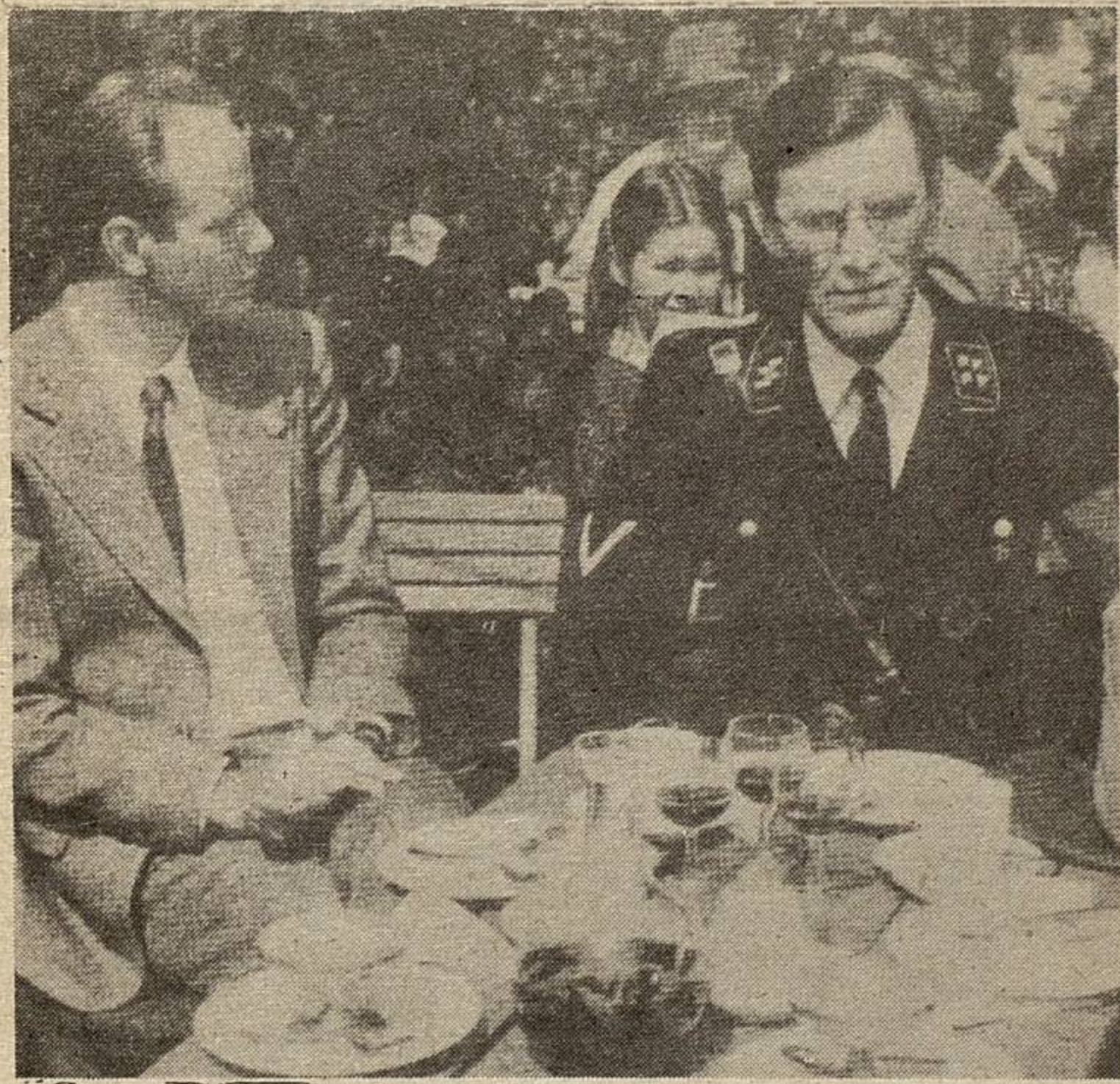
Y las preguntas surgen con toda crudeza: ¿No ocurrirá en la vida real, lejos de la precisa circunstancia inventada del relato, algo parecido?. ¿Es asimilable, de verdad, el léxico de los políticos profesionales por las entendederas vírgenes del pueblo llano?. ¿No estarán hablando aquellos y éste en idiomas distintos, desde mundos distintos, con objetivos distintos?. La parabólica ironía de Delibes, respetuoso pero crítico como el vitriolo para con los moldes preconcebidos de las ideologías en boga, hace pensar que ninguna de las respuestas puede darse.

Todos somos un poco el señor Cayo, pero sin poesía. Pero esto, seguramente, el país tiene como constantes el escepticismo y la tristeza

A. P.
 MICHEL
 DELIBES
 MD
 M. L.

La Voz de Asturias
 mayo 79

de Corte a Corte



Todos preparados ya, porque «Moisés» ha abierto el Mar Rojo de par en par, y por su milagroso pasillo bíblico va a comenzar a pasar en breve el pueblo judío de «Holocausto». Ya hay quien dice que la liberalidad del posible nuevo director de relaciones televisivas, Jesús Picatoste, ha hecho el milagro. Pero eso es lo menos. Lo de más es lo otro. El que vamos a asistir, por fin, a la proyección del artículo más vendido de todos los tiempos de la pequeña pantalla, el artículo que ha la columna de su periódico a Juan Cueto, y el artículo que ha conmovido a medio mundo, ante las visiones de los horrores nazis, durante la segunda guerra mundial, con ese pueblo que lleva en el exilio, muchos más siglos incluso, que los que marca la historia.

Vamos a asistir, a la proyección de «Holocausto» y posiblemente a la posterior polémica que se creará, como viene sucediendo desde que la cinta, comenzó a rodar por los países del mundo.

Segun parece, TVE tenía comprada la película y los derechos desde hace bastante tiempo, y su decisión de no ponerla en imagen ha sido comentada y criticada, en los más diversos sectores de opinión.

Incluso en un artículo de amplia difusión se llegó a decir que un alto ejecutivo de Prado del Rey argumentó la no conveniencia, en base a que todavía no estaba tan seguro que los alemanes de Hitler cometieran tantas atrocidades, como dicen, en los campos de concentración.

Desde ese momento, las presiones se han aumentado hasta lograr este anuncio que ya parece oficial, y el pase de la polémica cinta. Pero a mí me gusta más decir producto.

«Holocausto» es un producto comercial —esto no hay nadie que pueda negarlo— con una carga ideológica, que cuenta en imágenes una de las páginas más negras de la historia humana. La persecución a muerte de un pueblo, por otro que se creía simplemente más fuerte.

Ese producto no es ni siquiera una novela, ni una obra de arte a la antigua usanza, ni un folletín político. Es un producto.

Quizás la primera discusión sobre «Holocausto» sea esa, y no es mal momento para plantearla, en vez de seguir escribiendo sobre la inconveniencia de tantas retransmisiones deportivas.

Quiero decir que se trata un poco de una cuestión de dignidad.

La misma dignidad que la de ese vallisoletano, que cuanto más se le conoce, más se le admira, y que se llama Miguel Delibes.

La frase anterior pueden tomarla ustedes como quieran, pero es totalmente liberal y en absoluto literaria. Cuando más se conoce a don Miguel Delibes, más se le quiere, porque todo lo conocido es bueno, y mucho más cuando lo que uno va conociendo, conforma un pastel tan poco de moda y tan perseguido como es el de la dignidad profesional.

Parece confirmarse que el editor Lara ofreció su premio anual al escritor vallisoletano en una cena privada, y nuestro académico dijo que no. Argumentó el editor y el castellano siguió firme.

«Hay muchos escritores jóvenes que perderían su puesto y su trabajo desde esta cena», debió de contestar, más o menos.

Ahora, la historia sale a la luz, y se vislumbra un poco todo el tinglado de la literatura, al menos en esas escalas.

Don Miguel sigue trabajando en el Paseo de Zorrilla, mientras se cambia de piso. Sigue paseando por los puentes, mientras crece la mañana y sigue siendo el mismo.

El mismo que se despidió como jurado en el «ABC», por una cosa parecida, hace algunos años.

Quizás eso no lo sabía Lara, pero tenía la obligación de conocerlo. Sigue creciendo, don Miguel Delibes. Los que vivimos un poco a la sombra grande que él ofrece, nos sentimos cada día más seguros.

JUAN DEL ESGUEVA

«EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO», DE MIGUEL DELIBES

JULIO MANEGAT

De nuevo una novela de Miguel Delibes, de nuevo, pues, un libro bien escrito hasta la maestría y un libro responsable en su intención. Es, no cabe duda, una de las máximas valoraciones hacia la obra de un escritor: calidad literaria, personalidad literaria y responsabilidad de contenido, de horizontes, de intenciones. Y de nuevo, como en tantos otros libros de Delibes, una apariencia de sencillez como anécdota central de la que se derivará esa mayor profundidad de intenciones, de consecuencias. Se trata de la novela que aparece en el índice de Ediciones Destino con el título de «El disputado voto del señor Cayo». A los españoles de hoy parece que ejercer la democracia de las urnas es cosa que se nos da cada día mejor. Que sea, como dicen las viejas, para bien. Lo que también es indudable es que todos los españoles hemos, una vez más, asistido al espectáculo, por así decirlo, de la captación de votos, de las promesas electorales, de los programas de partido con Alicia al fondo del espejo de todas las maravillas, soluciones, para el país.

Una obra literaria, la novela de Delibes, será como un cierto símbolo de la apetencia de votos antes de unas elecciones. El libro nos sitúa ante las del 15 de junio, pero para el caso es lo mismo. Unos jóvenes militantes de un Partido reciben la misión de ir a visi-

tar un rincón de pueblos castellanos en los que aún no se ha ejercido propaganda electoral. Son de esos pueblos de España que ya sólo conservan, si la hay, un resto de vida y de presencia: acaso un par de vecinos. O uno solo. ¿Cuántos pueblos así quedan aún en España? Ya se sabe: la emigración, los jóvenes, la tentación de la fábrica, la pobreza material de la vida del campo... Y

de pronto, cientos, acaso miles de municipios, dejan de existir.

Victor, que va para diputado, Laly, Rafa, llegan a uno de esos pueblos y en él encuentran al anciano señor Cayo. Y hablan. Y se conocen. O intentan conocerse. Y se abre un mundo y se cierra otro. Lejos queda la ciudad, la capital del país, los posters y los mitines. Aquí hay una existencia senc-

lla y compleja, una cultura en trance de desaparecer para siempre. Y un mundo, con muchas proclamas dentro, que llega. Tal vez era esto, esta contraposición, lo que más le interesaba resaltar a Miguel Delibes en su novela, en la que, fiel a su amor por todo lo natural, crítica y satiriza, derrama ternura y comprensión, humor y seriedad. Son dos culturas, dos formas de entender y de vivir la vida. ¿Pueden llegar a entenderse? Ante el señor Cayo se estrellan los argumentos preparados, las proclamas, las propagandas políticas. «Y ¿qué va a ocurrir aquí, Laly, me lo puedes decir, el día en que en todo este podrido mundo no quede un sólo tío que sepa para qué sirve la flor de sauco?». «Y ¿qué le hemos ido a ofrecer nosotros?», pregunto. Palabras, palabras, palabras... Es... es lo único que sabemos producir».

Miguel Delibes, y no se descubre ningún secreto, es un humanista que contempla con ojos doloridos la marcha actual del hombre que parece empeñado en destruir las esencias de su propia vida, de su propia libertad, de su propia capacidad de futuro. El señor Cayo es un símbolo. Tal vez la reliquia de un símbolo. Al otro lado de este símbolo quedan los pueblos abandonados, las campanas mudas, los campos sin cosecha. Un drama bien español, bien de nuestro tiempo.



Delibes afirma que Lara le ofreció el Planeta



JOSE MANUEL VAQUERO, **Oviedo**
Miguel Delibes confirmó en Oviedo que José Manuel Lara le ofreció el próximo Premio Planeta, y justificó su rechazo en razones morales.

«Cené con él y con su mujer —manifestó el escritor vallisoletano— y me ofrecían los ocho millones del Planeta, cuatro ahora y cuatro dentro de un tiempo. Yo tuve que negarme. Lara decía que aceptase, que a fin de cuentas todo era positivo: él ganaba, yo ganaba y los lectores podían encontrarse con una novela aceptable. Yo le contesté que había unos perdedores: los 150 o doscientos nuevos escritores que concurren al premio y esperan ganar para iniciar su carrera literaria. Al final de la reunión no fueron comprendidas totalmente mis razones morales y hasta me dijeron que tenía once meses por delante para pensarlo. Ahora publicaré una novela en Planeta y un libro sobre Castilla, que es una recopilación elaborada de mis libros sobre esta región.»

Lara no ofreció el Premio Planeta a Delibes



El consejero delegado de la editorial Planeta, José Manuel Lara Bosch, ha negado que su padre y director de la editorial, José Manuel Lara, ofreciera al escritor Miguel Delibes el primer premio de la próxima edición del Premio Planeta. Reconoció, según informa la agencia *Efe*, que los hechos ocurrieron como los ha explicado el señor Delibes en Oviedo (véase EL PAIS de ayer).

«Miguel Delibes cenó con mis padres en Valladolid —explicó el señor Lara Bosch—, y en el curso de la comida mi padre le ofreció ocho millones por su próxima novela y le propuso que la presentara al Premio Planeta. Esto no quiere decir que le asegurara ser el ganador, sino que de todas formas percibiría dicha cantidad. Lo que no sé es si en esta ocasión Delibes no entendió bien la propuesta de mi padre, o el periodista no captó correctamente las afirmaciones de Delibes; lo cual no es obstáculo para que sigamos admirando el sentido ético y la caballerosidad del escritor».

Según la versión de José Manuel Lara, Miguel Delibes aceptó finalmente la publicación de su novela, por lo que percibirá cuatro millones de pesetas, pero no quiso presentarse al premio alegando que podría perjudicar a los escritores noveles.

Añadió que la contratación de Delibes era la obsesión de la editorial desde hace catorce años, debido a su enorme talla literaria. Señaló que la editorial Planeta no obtiene ningún beneficio por el hecho de que los ganadores sean escritores consagrados. «Solamente los nombres de los componentes del jurado garantizan la honestidad e imparcialidad con que se califica las novelas aspirantes al Premio Planeta.» El jurado está formado por José Manuel Lara, José María Valverde, Antonio Prieto, Carlos Pujol y Ricardo Fernández de la Reguera.

Delibes, según declaró en Oviedo, publicará en la editorial Planeta una nueva novela y un libro sobre Castilla, que será una recopilación elaborada de otras obras suyas

ARTE ■ LETRAS ■ ESPECTACULOS

LIBROS

MD

Delibes: diario de una vida

Miguel Delibes es, sin duda, uno de los mejores escritores castellanos vivos. Nacido en Valladolid en 1920, es catedrático de Derecho Mercantil y periodista. Ya en 1947 ganaba el Premio Eugenio Nadal con **La sombra del ciprés es alargada**. En la actualidad cuenta con más de treinta obras publicadas. Tal vez sea por esta asiduidad que se suele pasar sin comentar sus obras. Y puede ser también por una visión equivocada de sus valores.

En esta ocasión vamos a comentar primero una novela que apareció ya en 1958 y que se ha reeditado recientemente, además de hacerlo también sobre otra que constituye su novedad actual.

El **Diario de un emigrante** (1) es la continuación de **Diario de un cazador** y es, como aquél, el diario de Lorenzo. Nos narra en esta ocasión las peripecias de su personaje, quien decide irse con la chavala de emigrado a Chile, desde donde los tíos de ella les pagan el pasaje y le ofrecen trabajo. El argumento no es más que eso, no es menos que eso: el itinerario vivencial de un hombre que ha de salir de su tierra para acabar regresando porque "te pones a ver, y como en casa, en ninguna parte": la nostalgia, la inadaptación, los proyectos.

Pero lo importante en el trabajo de Delibes es el mundo tan auténtico que sabe crear. La riqueza de su lenguaje. El conocimiento que tiene del habla cotidiana lo sabe utilizar genialmente para transportarnos al mundo que él quiere mostrar, empleando una asombrosa cantidad de giros, de expresiones que dejan de ser vulgares, que se entretajan artísticamente ofreciendo al lector un verdadero placer según van consumándose esas páginas encantadoras. Un texto real, tierno, fami-

(1) Miguel Delibes: "Diario de un emigrante". Destino. Ediciones Destino.



Miguel Delibes.

liar, que, de ser el primero que leemos del autor, nos empujará indefectiblemente a otras obras suyas: **Cinco horas con Mario**, el monólogo de una mujer ante el cadáver de su marido; **Las ratas**, un pueblo enfrentado al drama de la subsistencia como consecuencia de la guerra; **La hoja roja**, **Mi idolatrado hijo Sisi**, una descripción de la bueguesía provinciana, etc.

Y la más reciente: **El disputado voto del señor Cayo** (2), un intento afortunado de retratar el momento que vivió España ante las elecciones generales de junio de 1977.

Como en otras novelas suyas, no se trata de hacer mero costumbrismo, sino de que la descripción sea el ropaje de una idea, de un pensamiento. De un hecho. En esta oportunidad, aparte de la ambientación lograda de una situación tal vez demasiado cercana para poder aprovechar todo lo que da de sí, se plantea una dura crítica contra los partidos políticos que pugnan entre sí con el único objetivo de conseguir los votos que les encumbren al poder. Pero más allá de las organizaciones, de la actividad desplegada por la fiebre electoral, está el ser humano que comprende la inutilidad de tanto cartel, tanta insignia, tanto grito de consigna. Que es capaz de entender su propia rutina, su dis-

(2) Miguel Delibes: "El disputado voto del señor Cayo". Ancora y Delfin. Ediciones Destino. La gran parte de la producción de Miguel Delibes se encuentra en esta editorial.

tancia, ante donde está verdaderamente su origen, ante su esencia auténtica.

Es el enfrentamiento entre la ignorancia camuflada de política y la cruda existencia del hombre.

Por ello, el voto del señor Cayo no será para nadie, ni para el fanatismo violento de unos, ni siquiera para el deseo bienintencionado y redentor de otros.

Porque su vida se mueve en otro universo, sin duda más cercano a su naturaleza. Y el autor de la novela sabe crear una historia sencilla que bien pudiera ser real, a partir de la que nos permite obtener nuestras propias conclusiones. Con ese estilo que continúa siendo tan propio, que recrea la realidad circundante y que se recrea a sí mismo como estilo llano, sin complicaciones innecesarias.

Una obra amplia que nos ofrece un objetivo nítido: la vida; pero la vida en su sencillez, en su verdad, la vida desmenuzada, sin recovecos. Y, si es preciso, como esa lúcida borrachera de Víctor, el diputado, que le descubre el cerco falso y absurdo donde se debate.

Delibes, un gran novelista que sigue contando. ■ VICTOR CLAUDIN.

LOS LIBROS

ALEGRA la calle la presencia de los libros. Por todo el centro de la ciudad corre el hermoso festón de los tenderetes. La bandera roja y gualda pregonera la fiesta. En muchos puestos atienden gentiles señoritas, amables al dar la respuesta solicitada. Me detengo en uno de libros caros. Un joven, con aspecto de empleado, inicia el trato para la compra de una enciclopedia. A otros se acercan gentes modestas. Las observo. Tras hojear unos cuantos libros, acaban por llevarse alguno. Parece que se lee más de lo que dicen.

Recibo un voluminoso tomo: «Libros Españoles 1978». En sus mil ochocientas páginas se registran las fichas bibliográficas de todos los editados en España desde noviembre de 1973 a diciembre de 1978: 78.335 libros. Eso después de eliminar los 577 títulos agotados, que no fueron reeditados. La lista de editores cubre diez páginas, a tres columnas por página. O sea, que esto marcha. También es copioso el catálogo de libros infantiles y juveniles. PACO UMBRAL asegura que en España se lee mucho, pero sucede que siempre se lee a los mismos. Quizá, pero creo que también se lee a los demás. Tanto título así lo indica, porque nadie edita para arruinarse.

En este aniversario, MIGUEL DE CERVANTES tenía sus loores. MARTIN DE RIQUER presenta «Don Quijote de la Mancha» en la edición de Afanías y Espasa-Calpe. La Sociedad Cervantina organizó varios actos. Entre los oradores, FRANCISCO GARCIA PAVON habló sobre «La Mancha que vio Cervantes». Leyó unas cuartillas la señorita PATRICIA RIBER, que es sueca y ha venido para estudiar el castellano. Se explica su intervención, pero el caso es que son miles los extranjeros, intelectuales no incluidos, que conocen «El Quijote» mejor que los españoles. Aquí han acuñado una frase desgraciada:

—«El Quijote» es bueno, pero pesado.

Prueba de que no lo han leído, porque es muy divertido. No entiendo cómo aquí se puede aprobar el bachillerato sin «saberse» «El Quijote» al dedillo. Y eso que se ha puesto en película. En general, cuando una novela pasa a película se vende mucho. Esto es bien sabido, pero algunos exageran. En pleno éxito de «Los Diez Mandamientos», de CECIL B. DE MILLE, un librero de Nueva York puso en su escaparate un ejemplar de la Biblia con este rótulo: «Si ha visto usted la película, lea ahora la novela». PEPE LOPEZ RUBIO cuenta algo por el estilo, pero a la viceversa. Un señor se presenta en el cine con un oso. El portero no deja que entre el oso. El señor aduce:

—Es que como ha leído la novela, quiere ver la película.

Lo aconsejable es leer la novela antes de que pase a película. Porque luego suele venir el autor con lo de siempre:

—Han traccionado el espíritu de mi obra.

En el Instituto Alemán se presentó «El miedo del portero al penalty», de PETER HANDKE; una buena novela. Como ha caído en manos de WIM WENDERS, es también una buena película. Lo grave en este caso es que Peter Handke, en vista de su éxito con los realizadores, se nos ha metido también a realizador, con escasa fortuna.

En el pasado fin de semana terminé de leer dos grandes novelas. Una suerte. Si es difícil encontrar una gran película, más difícil es una gran novela. Una es «El disputado voto del señor Cayo», de MIGUEL DELIBES. Espléndida; un maestro. La otra, «El factor humano», de GRAHAM GREENE, sobre la que se celebró coloquio en el Ateneo. Coincidieron en que es la mejor novela de Greene. JOSE LUIS ARANGUREN declaró que Greene es uno de sus tres novelistas favoritos. Las dos novelas serán llevadas al cine. Delibes y Greene tienen suerte con el cine, aunque ellos ayudan bastante. «La guerra de papá» es una excelente película, que ha dado una fortuna en taquilla. ANTONIO MERCERO, su director, lo será de «El disputado voto del señor Cayo». Casi todas las novelas de Greene han sido películas, grandes películas. Recuerden «El tercer hombre». Cada vez que la veo encuentro nuevos valores. No eran tan tontos los de la generación que determinó su resonante éxito popular. OTTO PREMINGER realizará «El factor humano».

Me llega otro libro: «Sueños verdes, negros y rubios», de BEIRO-BUXAN. Magnífica edición; en España se edita muy bien. Tiene fácil lectura: son dibujos originales, incisivos; brindan reflexiones. APULEYO SOTO, que, como tiene tiempo para todo, también lo tiene para escribir prólogos, señala.

—Beiró retrata almas. Momentos del alma, estados del alma. De ahí que sus personajes estén varados en la corriente del tiempo, que no cesa, y nos sigan inquietamente preguntando.

Exacto. Los «pies» de los dibujos están redactados en gallego, castellano, catalán y vasco. Un eficaz libro de texto; vaya, para que nos situemos en esto de las autonomías.

Les digo que los libros alegraban la calle, que buena falta hacía. Porque la calle madrileña está triste, apagada. El centro, además, se nos ha convertido en un zoco. Bien está en la calle peatonal el hombre, parado o «hippy», que vende su artesanía, o el grupo de cantantes, cosas así que animan y dan ambiente. Pero es que ahora toda la calzada está cubierta de puestos con baratijas, incluso de frutos secos, de lo que quieran. Dan a la calle aspecto de plaza pueblerina en día feriado. Admirado profesor TIERNO GALVAN, esto hay que solucionarlo. La calle madrileña debe recuperar su tono de capital.

DELIBES Y LA POLITICA

Por ANTONIO PAPELL

"El disputado voto del señor Cayo" no es, literalmente, una novela política, aunque su argumento se hilvane en torno de un acontecimiento electoral precisable y cercano, sus protagonistas sean estereotipos del más puro activismo "progre" y su trama se constituya, en gran parte, alrededor de las convicciones trascendentes —más trascendentes que políticas— de sus personajes.

Es más bien, como todo lo de Delibes, un relato humano, primario, elemental que pone de manifiesto, sin tomar partido y sin emitir opinión, el abismo que, en demasiadas ocasiones y con peligrosa frecuencia, separa la elucubración política a menudo calenturienta y deforme, de la auténtica realidad vital de los destinatarios pasivos de toda aquella teoría.

El libro, escrito todo el en un lenguaje sedoso y dúctil, relata el encuentro de unos jóvenes de idealistas candidatos que "van a hacer campaña" con el señor Cayo, anciano de más de ochenta años que, junto con su mujer muda—, y con un vecino

con el que sostiene una ancestral y épica enemistad, son los únicos habitantes de un pueblo abandonado de Castilla.

Los proselitistas, con su bagaje de tópicos acuñados a escarpia, intentan la "redención" del señor Cayo. Pero tropiezan con un mundo distante en el que sus valores intelectuales, sociales y políticos, tan apreciables para ellos, carecen por completo de sentido. El señor Cayo posee esta otra "cultura" sencilla y talar de la supervivencia, estos conocimientos que bordean el naturismo y el milagro que arrolan tanto la meteorología "otro mundo" del señor Cayo, virginal, ingenuo, pragmático, con sus pasiones esquemáticas —el amor, el odio—, nutrido de pequeñas glorias y de irrelevantes pesares, hace mella en los supuestos portadores de la verdad urbana. El feminismo, la justicia social, la misma noción de propiedad, se desvirtúan en un contexto donde la corrupción o la explotación no ha hecho acto de presencia y en el que el hombre emerge con toda su lineal y esquemática simplicidad.

Y las preguntas surgen con toda crudeza: ¿No ocurrirá en la vida real, lejos de la precisa circunstancia inventada del relato, algo parecido? ¿Es asimilable, de verdad, el léxico de los políticos

profesionales por las entendederas vírgenes del pueblo llano? ¿No estarán hablando aquellos y éste en idiomas distintos, desde mundos distintos, con objetivos distintos? La parabólica ironía de Delibes, respetuoso pero crítico como el vitriolo para con los moldes preconcebidos de las ideologías en boga, hace pensar que ninguna de las respuestas puede dudarse.

Y, en efecto, parece fuera de toda duda que hay muchos señores Cayos, en mayor o menor grado, en la sociedad española, ajenos de corazón y de conciencia a cuanto política se hace, y no por abandono o por desidia sino porque no logran sintonizar con la frecuencia insólita de las emisiones. Hasta el momento, la política parece descender de los cielos como una dádiva en lugar de emerger como un geyser del cuerpo social, de sus problemas y de sus debilidades. Hasta la ética no emana de las convicciones íntimas de una sociedad libre y vieja: Se impone de forma de superestructura agobiante, desde arriba, sin mayor razón que el hábito antiguo, generalmente mediatizado por intereses inconfesables de antes o de ahora.

Todos somos un poco el señor Cayo, pero sin poesía. Pero esto, seguramente, el país tiene como constantes el escepticismo y la tristeza.

El andarín de su órbita



FRANCISCO UMBRAL

Un escriba de cultura mayormente cinematográfica —hay muchos—, le llamaría a esta crónica *La soledad del corredor de fondo* (sin haber leído la novela correspondiente). Yo la titulo *El andarín de su órbita*, que es título juanramoniano que al final se le puso a uno de los incontables libros póstumos de **Juan Ramón**. (Ayer he encontrado otro.)

El escritor en general es andarín de su órbita (por eso se ha afirmado que escribe siempre el mismo libro, y no digamos el mismo artículo: así debe ser, personalidad es reiteración, estilo es insistencia, lo que no es corroboración es plagio). Pero el escritor **Miguel Delibes** en particular ha acotado una órbita castellana muy concreta y la ha caminado una y otra vez literariamente. No sólo literariamente, sino pedestremente, porque el otro domingo (y esto es lo que nos le hace y me le hace noticia, aunque para mí lo es siempre) se ha hecho el maratón peatonal Valladolid/Palencia, a la

cabeza de una basca de ecologistas, entre los que había algún hijo del escritor.

La otra tarde me lo preguntaba el eminente doctor **Ortiz Vázquez** (yo, por las tardes, o voy de médicos o voy de cabecitas locas, boquitas pintadas y corazones solitarios):

— ¿Hace usted algún ejercicio físico, **Umbral**? ¿Pasea, al menos?

Paseó, doctor, pero no me hago todas las tardes un Valladolid/Palencia, como Miguel, a sus cincuenta y tantos. Demasiado para mi cuerpo. En todas las entrevistas me preguntan si Miguel Delibes es mi maestro. Yo creo que es más bien mi preceptor, mi institutriz, mi Rotenmeyer, mi epístola moral a Fabio, mi director espiritual, porque no sólo me ha enseñado a escribir (si es que he aprendido), sino que ahora me está enseñando a andar.

Lo más que uno camina es de la puerta del periódico al taxi (que

está en la puerta), pero Miguel Delibes, no sólo ha levantado un mundo real, documental y literario entre Valladolid y Palencia, como **Proust** entre París y Balbec, sino que encima se va a pie de Valladolid a Palencia, iguala con la vida el pensamiento, anda.

Eso es lo que nunca hubiera podido hacer Proust: llevar su asma de París a Balbec a pie. Viene el profesor de una Universidad norteamericana a hablarme de libros míos que yo ni siquiera conozco ni recuerdo (por algo será) y le digo que el escritor español, desde **Galdós**, es de mesacamilla, sedentario. No vive. Nuestros últimos grandes zascandiles fueron **Espronceda** y **Larra**. **Corpus Barga** explica muy bien cómo Espronceda debiera haberse acostado con Dolores Armijo y Larra con Teresa. Eran parejas cambiadas. No habría habido romanticismo, con la tesis de Corpus, ni disparo ni *Canto a Teresa*. Hoy, con el *swinging* (cambio de parejas), Larra no habría tenido que pegarse el tiro, aunque **Sainz de Robles** sostiene que sólo estaba probando el arma:

— Querido don Federico Carlos, hace usted de nuestro primer romántico un carabinero distraído.

Baroja parece que vive, pero sólo viaja. **Tierno** quiere inventarse la medalla de San Isidro para dársela a Sainz de Robles. A ver qué dice San Isidro. Miguel Delibes, que es mi *Etica a Nicómaco*, por si me hubiera dado pocos y mal aprovechados ejemplos morales, literarios y laboriosos, ahora me da el ejemplo de andar, eso que **Ruano** en un libro llamó *la alegría de andar*.

¿Pero adónde vas tú, Miguel, loco, andarín, carroza, tan de mañana, camino de Palencia, qué se te ha perdido a ti en Palencia, no ves que te estás matando y que tu ejemplo puede acabar con nosotros? (Los buenos ejemplos son mucho más funestos que los malos.) De vuelta de la literatura y de la política, a la hora del desencanto, reencuentra uno el paisaje maternal, no ya para hacer literatura, sino pedestrismo. No para escribirlo, sino para vivirlo. Así **Pavese** con su Piamonte, así Miguel con su Castilla, así el *mondaine* Proust, que en el fondo es un escritor de pueblo. Delibes es ya, en Valladolid, un grupo escolar y un premio literario. Ahora se ha hecho una paliza de kilómetros a través de su propia escritura, que es paisaje. Estás viviendo tu posteridad bajo la forma de tu ecología, Miguel. Aquí en Madrid andamos al premio, al cóctel y a conseguir la oficina de prensa de un Ministerio, Miguel.

EL «NO» DE DELIBES Y LAS COSAS DE ESTE MUNDO

Había terminado yo de leer el último libro de Miguel Delibes: «El diputado voto del señor Cayo», los libros de Delibes son para mí como una peregrinación voluntaria a las cosas sencillas de este mundo, y estaba rogando al espíritu de Pablo Iglesias para que en los próximos cincuenta años los futuros consejeros no me derriben mis Murallas de la Macarena y en su lugar me metan plástico y eucaliptos, cuando en un intermedio, entre la lectura y la meditación; hablando con Manolo Barrios el de la gracia narrativa y la vergüenza torera, que dicho sea de paso ha escrito un interesante y delicioso libro sobre Queipo de Llano, va y me dice que Delibes, le ha dicho que no al Lara para esto de prestarse a ser el próximo Planeta a cambio de unos milloneros.

Parece ser, según la prensa madrileña con fecha del nueve del corriente, que el editor de El Pedrosocogió un avión como yo cojo el Ferrobu para ir a Lora del Río a ver mi niñez, se plantó en Valladolid y le dijo al maestro de la escopeta y la pluma, que si aceptaba ser el futuro Planeta 1979, le ponía en la mano cuatro millones de pesetas de momento y otros cuatro una vez cantado el premio con el mismo soniquete y botafumeiro que el NO-DO tiraba de pantanos, pero que este insobornable español que es Delibes, le respondió con un «no» como una casa de grande argumentando que su moral de escritor no le permitía hacerlo.

Esto, cuando uno anda como digo rogando al espíritu de Pablo Iglesias porque está con el ánimo más caído que el sambenito de mi paisano Diego Susán cuando lo llevaba la Inquisición a la hoguera de Tablada, la verdad es que supone transformar el sambenito, o sea el ánimo, en toca tunecí. Es decir, que resulta de un confortante espléndido soberano en este país donde los petitos de figurar y las traperías nos pueden llevar al traste con más de una esperanza e ilusión.

En España, si el franquismo no logró dejar ni ideología ni nada bien atado, lo que si está claro que dejó bien desperdigado para uso de todos los sin conciencia ética es la corrupción y la demagogia, nefastísima herencia que tanto dolor y estragos está produciendo a ambos lados de la calle para gozo de pocos y desaliento de muchos. De aquí que ante esos señoritos aspirantes a salvadores de la patria que emplean la demagogia del golpe de Estado para conseguir votos y miedos, o cuando los sin «oficios que buscan beneficios» están aceptando platos de lentejas que tanto pueden perjudicar el futuro de nuestra tierra en cuanto a democracia y realización de esperanzas se refiere, conforta esta aptitud de todos aquellos que dicen no con la misma sencillez y tono que reparten los buenos días cada mañana.

Lo peor de todo esto, es que andamos en un mundo donde los buenos ejemplos, la actitud de aquellos que no se venden ni por ocho millones de pesetas ni por un cartapacio o un plato de caviar por no decir lentejas, apenas si como noticia de interés moral lo puede uno leer o escuchar en los medios de información social, cuando lo más seguro es que esta clase de actitudes, de las que tan necesitado anda el país, ocuparán tanta atención como los goles de Scotta o las lágrimas de la exprimera dama del Irán, en un país donde la noticia con letras grandes diariamente la ocupa lo contrario. Por eso, desde las páginas de este periódico de donde otras veces me he ocupado de este honesto y excelente escritor, no he podido resistir el ponerlo como ejemplo en unos momentos donde la vulgaridad y los apetitos malos no son los más propios para la situación crítica de un pueblo que está sosteniendo un duro pulso en favor de la civilización y la democracia.

FRANCISCO VELEZ
NIETO

LOS TERRENOS DEL CAUCE DEL TAMARGUILLO

Los terrenos que ocupaba el antiguo cauce del arroyo Tamarguillo no dejan de ser noticia preocupante en los últimos tiempos. Y en un doble sentido. Por un lado, la situación lamentable de la franja de terreno bajo la cual discurre entubado el arroyo, que se ha convertido en un vertedero de basuras, sin que hasta ahora las constantes denuncias de los vecinos hayan encontrado eco en el municipio, y por otro lado por las noticias que de vez en cuando se filtran en la prensa sobre el futuro de esos terrenos.

Todos los terrenos del cauce, como aquellos colindantes, caso del antiguo Matadero, forman parte de un mismo entorno urbano y las soluciones futuras han de estar en relación al uso que requieren los problemas urbanos de la zona.

Hay que tener muy presente que el distrito VII donde están ubicados esos terrenos posee una densidad muy superior a la que sería de desear para una ciudad civilizada e incluso para lo que fija la Ley y Reglamento de Suelos vigente.

Por estas razones, no dejan de ser preocupantes las noticias que el propio Ayuntamiento ha facilitado sobre enajenar a la propiedad privada la mayor parte de los terrenos que hoy conforman el antiguo Matadero. Este intento de disponer de terrenos públicos, que en principio figuraban en el Plan de Ordenación Urbana de 1963 como franja verde, y que luego, en 1967, el Ayuntamiento promovió y aprobó, cambiándolo de calificación en el Plan Parcial 2 B, y que final-

mente ante la sensibilidad de la opinión pública se ha de dictar un estudio sobre esos terrenos del antiguo cauce en el que se intenta tutelar, en su aspecto, un espacio de unos 50 metros de fondo desde la avenida Ramón y Cajal hasta el antiguo Matadero, y a la zona es de dedicar a la iniciativa privada el resto para su macización.

Cualquier cambio en el sentido de la zonificación y densificación humana de la zona sería considerablemente perjudicial para el bienestar humano de la zona, disminuyendo el espacio disponible para zonas verdes, deportivas y equipamientos, así como las condiciones medio ambientales, de vehículos con las características de la zona. Es por tanto, renunciar a dichas zonas con la paradoja de que buscar en otra parte mucho más caros para atender a estas necesidades.

Ante esto, exigimos una mayor transparencia y participación ciudadana democrática en la elaboración y que presente como un hecho. Y refutamos además la intención por ser un espacio urbano, por cuanto los escolares no pueden pasar los 50 metros de ancho sino al borde de avenida de la circulación. Nuestro derecho a su espacio, espacioso, recreo y de juegos seguros.

Sobre los terrenos del antiguo cauce del

El humor de MAS

ACABAN USTEDES DE VER EL EPISODIO DE LA SERIE "EL HOTEL DE LAS MIL Y UNA ESTRELLAS" CON LA INTERVENCIÓN ESTELAR DE LUIS DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

Mi ocasión para Delibes para F. Velez

derecho.» Y de repente vuelve toda su carga emocional hacia el campo: «Por rechazo a la civilización del desarrollo, tengo que admirar la vida natural del campo, y al mismo tiempo a los hombres que con su esfuerzo hacen posible la subsistencia de los demás.» (Entrevista, en página 21.)



Miguel Delibes,
a pelo y a pluma

VIAJE 
A LA CULTURA
RURAL

«El disputado voto del señor Cayo», la última novela de Delibes, viene a poner un nuevo techo a la narrativa rural, por la que la mayoría de los escritores de hoy pasan como sobre ascuas. Sobre una temática primitiva, hay un evidente matiz de enfrentamiento entre ese ambiente rural, en continuo peligro de desaparición, y la sociedad española actual. A Miguel Delibes parece difícil imaginarle por los campos de Castilla sin la escopeta de caza al hombro. La caza es, tal vez, una excusa para penetrar de frente en el medio rural y revolver en la génesis de una cultura cada día más amenazada por la sociedad del desarrollo. Sin embargo, la caza aparece como una constante, casi como un lugar común, en cualquier entrevista de Delibes. «Se me ocurre que hay que ir a una nueva legislación cinegética en el momento oportuno. Hay que democratizar la caza, para que el mayor número de cazadores de verdad pueda satisfacer este

**EL DISPUTADO VOTO
DEL SEÑOR CAYO**
Miguel Delibes

Voto a V.V.

**Una sátira de
nuestro tiempo**

Desde que en 1947 Miguel Delibes obtuvo el Premio Nadal con *La sombra del ciprés es alargada* se ha ido ganando con firmeza el favor del público y de la crítica, siendo hoy uno de los escritores más leídos de nuestro país. Miembro de la Real Academia Española, cada libro suyo es un acontecimiento.

Ediciones Destino





92

Campesinos, a votar

Entre dos elecciones generales sale oportunamente la divertida narración de Delibes «El disputado voto del señor Cayo».

Pongámonos en ambiente. Estamos en esos pueblos castellanos de perros descastados, de hablares mesurados y parsimoniosos, de hombres con boina de bordes pardos. Es Castilla. A uno de sus pueblos, Cureña, llegan los dinámicos mitineros del 15 de junio del año del siete y del siete y preguntan: «¿Hay aquí algún local donde reunir a los vecinos?» La respuesta: «¿Qué vecinos? —Para eso tendrían ustedes que llegarse hasta Bilbao.»

En «El disputado voto del señor Cayo» (Ediciones Destino, 1978) Miguel Delibes enfrenta intencionadamente en su narración el lenguaje urbano y el rural. El primero, tópico y masificado, pobre por repetitivo, exagerado y crispado en este caso por ser un discurso mantenido en las circunstancias de lanzamiento de una campaña electoral, la famosa del 15-J, después de cuarenta años de pertinaz sequía. Es el lenguaje entre militantes donde predominan los *es demasiado*, o *vale*, *macho*, o *tampoco es eso*, o *habrás visto que hay mucho vacile*, todo ello con el aderezo constante y abusivo de los *joder* y *coño*. El segundo, el lenguaje rural, como punto de referencia para el primero, como código casi incomprensible en muchos momentos y siempre como caja de sorpresas para esos personajes de cara progresista que van por la vida hablando así del campo: «En el llano, el personal es más receloso que la leche, el minifundio es conservador»; «ganarte el voto de un paleta es fácil, lo difícil es mentalizar a un paleta.»

Premios literarios

Me cuenta un "pajarito" que el promotor del premio literario más importante de España, económicamente hablando—el de los ocho millones de pesetas—, ha volado en avión hasta Valladolid, con el fin de entrevistarse con un famoso escritor y académico de la Lengua para pedirle que presente una novela a "su premio" en el próximo concurso. Me dice el "pajarito" de marras que le ofreció en mano cuatro millones de pesetas, y que los otros cuatro los cobraría cuando le diesen el premio, que se lo darían, ya que él se lo prometía. Si fabulosa era la oferta, no menos lo fue la contestación del escritor: que no, que su "moral" de escritor no le permitía aceptar.

J. B. FILGUEIRA



YA

EDICIÓN
NÚMERO

MIGUEL
DELIBES

1993

RECOMIENDA

LIBROS PARA EL AÑO QUE EMPIEZA

La Cauce

94



NARRATIVA

"EXTRAMUROS", de Jesús Fernández Santos. *Editorial Argos Vergara*. Barcelona, 1978. La madurez de un escritor singular, que ha ido haciendo su obra al margen de las modas y que se ha convertido en un valor indiscutible de la literatura actual.

"EL DISPUTADO VOTO DEL SEÑOR CAYO", de Miguel Delibes. *Editorial Destino*. Barcelona, 1978. La contraposición de dos mundos al filo de unas elecciones.

"CUENTOS", de Carmen Martín Gaité. *Alianza Editorial*. Madrid, 1978. Se incluyen los cuentos anteriormente reunidos en las colecciones "Las ataduras", "El balneario". La vida cotidiana a través de una sensibilidad precisa y de un lenguaje terso y eficaz.

"CASA DE CAMPO", de José Donoso. *Editorial Seix Barral*. Barcelona, 1978. Importa menos en Donoso qué se cuenta que cómo se cuenta. Una prosa bruñida y transparente reconstruye un universo lejano.

lo—, unos cuantos cuentos y un esbozo de relato largo, "Los niños en el bosque". Todo es angustioso y terrible en las narraciones de ese uruguayo heredero de Kafka, Faulkner y Céline.

"EL ESPEJO DE LOS ESPIAS", de John Le Carré. *Editorial Bruguera*. Barcelona, 1978. En rigor habría que hablar aquí de todas las novelas aparecidas hasta ahora en edición de bolsillo del escritor británico. Conformémonos ahora con esta fábula desolada de un creador que ha demostrado que cualquier género literario puede tener grandeza si quien lo cultiva domina el arte de escribir.

"MONTAUK", de Max Frisch. *Editorial Guadarrama*. Madrid, 1978. Un libro distinto de Frisch. El escritor hace un balance de todo un quehacer literario con agudeza y humildad.

"RETORNO DE LAS ESTRELLAS", de Stanislaw Lem. *Editorial Bruguera*. Barcelona, 1978. Un tema tópico: un astronauta que parte hacia un mundo lejano y, al volver, la contracción del tiempo lo ubica en un futuro no soñado. Pero Lem es uno de los escasísimos escritores de ciencia-ficción que saben dar a sus temas un tratamiento realmente distinto.

bre el combate entre el bien y el mal. La magia y el mito confundidos en una fascinante realización literaria.

CLASICOS

"COMENTARIOS REALES", del Inca Garcilaso de la Vega. *Biblioteca Ayacucho*. Caracas, 1978. Cuidada edición, en dos volúmenes, de uno de los más grandes cronistas de Indias.

POESIA

"POESIAS REUNIDAS. 1909-1962", de T. S. Eliot. *Alianza Editorial*. Madrid, 1978. Un poeta fundamental en una cuidadísima versión de J. M. Valverde.

"FRAGMENTOS A SU IMAN", de José Lezama Lima. *Editorial Lumen*. Barcelona, 1978. Un libro póstumo del gran poeta y prosista cubano. Prólogos de Cinto Vitier y J. A. Goytisolo.

ENSAYO

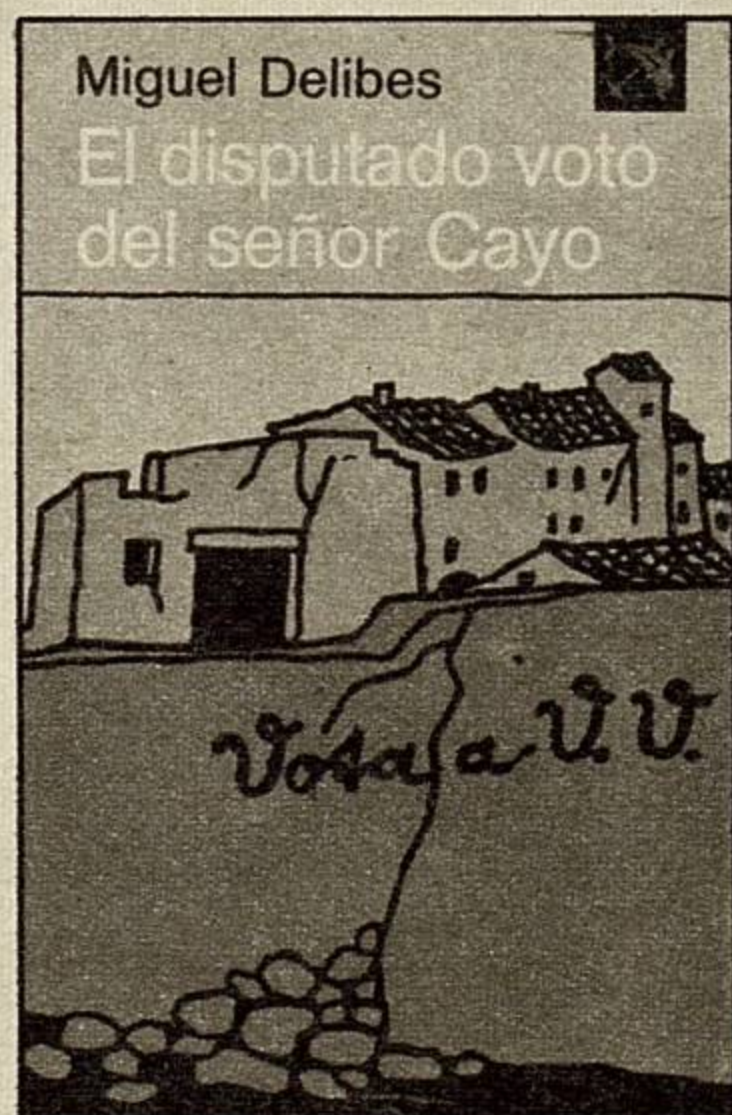
"EL NACIMIENTO DE LA HISTORIA." (2 tomos), de François Chatelet.

"LA MEDICINA BAJO EL CAPITALISMO", de Vicente Navarro. *Editorial Crítica*. Un estudio polémico sobre la interrelación entre el sistema social capitalista y la Medicina en el mundo occidental, por un catalán que es una autoridad mundial en la materia.

"LA ESPAÑA DE FERNANDO DE ROJAS", de Stephen Gilman. *Taurus Ediciones*. Madrid, 1978. Espléndido acercamiento a la obra más grande del siglo XV castellano.

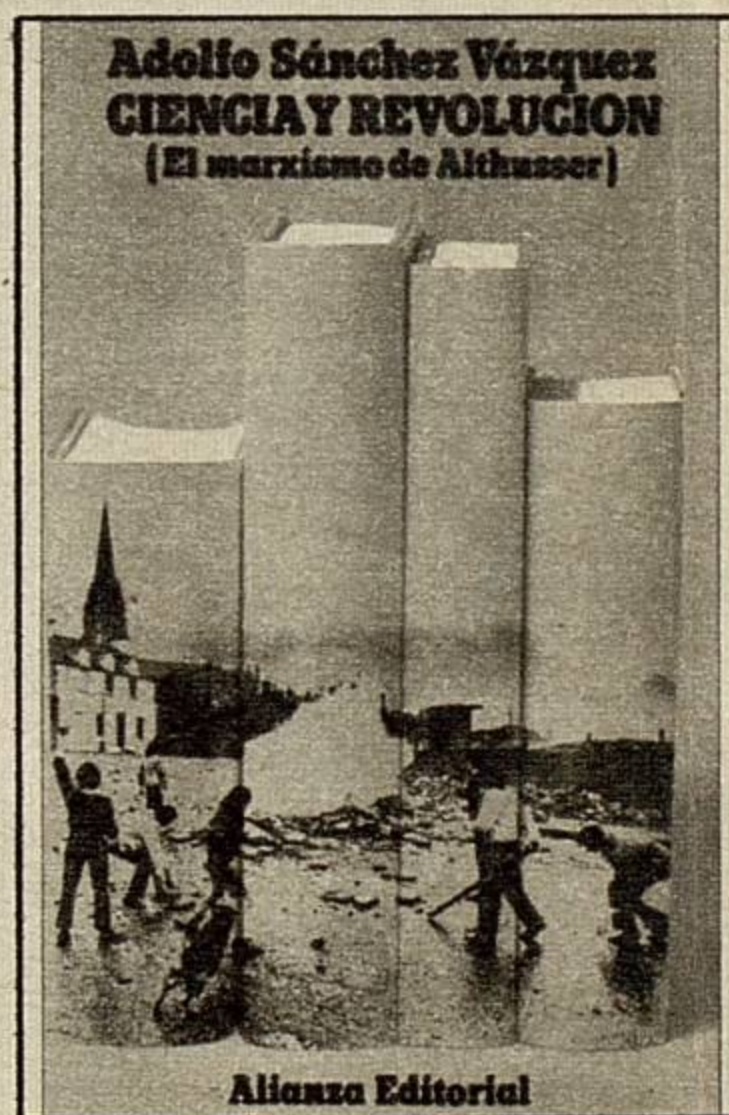
"CONVERSACIONES CON MIS HIJOS", de R. D. Laing. *Editorial Crítica*. Barcelona, 1978. Un libro excepcional. Un diálogo sincero y sin afeites entre uno de los psiquiatras más renovadores de nuestro tiempo y sus hijos.

"EL AÑO DE LA CONSTITUCION", de Santiago Carrillo. *Editorial Crítica*. Barcelona, 1978. Se recogen en este volumen una serie de discursos en el Congreso de los Diputados y en mítines, cuyo tema central es la elaboración de la Constitución y el análisis de la coyuntura política española. Sin lugar a dudas la aportación más reveladora del libro es el extenso prólogo en donde Carrillo hace un análisis global del proceso democrático y de sus dificultades. Escrito en una prosa directa



"LA CONSAGRACION DE LA PRIMAVERA", de Alejo Carpentier. *Siglo XXI de España Ediciones*. Madrid, 1978. Quizá no sea este el mejor Carpentier. Pero en su brillante galopada a través de la Cuba del Machado, la Europa de "entre deux guerres", la España en llamas y la Cuba revolucionaria, Carpentier se muestra una vez más como un formidable escritor. Barroco esencial, entrecruzado de culturas que en él alcanzan una difícil síntesis, Carpentier siempre es un gran maestro.

"TIEMPO DE ABRAZAR", de Juan Carlos Onetti. *Editorial Bruguera*. Barcelona, 1978. Se recogen en este volumen una novela corta —que le da títu-



"SEXUS", de Henry Miller. *Ediciones Alfaguara*. Madrid, 1978. Irritante, desenfadado, ingenuamente pedante a ratos, Henry Miller es un fenómeno que existe incluso más allá de la literatura. Este es uno de sus libros más significativos.

"EL SEÑOR DE LOS ANILLOS". I volumen, "LA COMUNIDAD DEL ANILLO", de J. R. R. Tolkien. *Editorial Edhasa*. Barcelona, 1978. Tolkien es uno de los escritores más leídos de nuestra época. Traducida a un sin fin de idiomas, constantemente reeditado en su inglés original, ese extraño erudito británico se hizo una reputación mundial con sus extrañas fábulas so-



Siglo XXI de España Ediciones. Madrid, 1978. Una apasionante indagación, llena de erudición y talento literario, para contestar a una extraña pregunta: ¿Por qué los hombres empezaron a escribir sobre la Historia?

"EL RAPTO DE LA CULTURA", de Carlos París. *Mañana Editorial*. Madrid, 1978. Un radical enfrentamiento con la miseria cultural española.

"CIENCIA Y REVOLUCION", de Adolfo Sánchez Vázquez. *Alianza Editorial*. Madrid, 1978. El fenómeno Althusser a través de un análisis riguroso, por uno de los pensadores marxistas más creativos de las culturas hispánicas.



y eficaz aporta una visión lúcida de uno de los momentos más críticos de nuestra Historia reciente.

"CLAROS DEL BOSQUE", de María Zambrano. *Editorial Seix Barral*. Barcelona, 1978. Una reflexión sobre el lenguaje, sobre la belleza, sobre el destino del hombre, por una gran pensadora española.

"EL OTOÑO DE LA EDAD MEDIA", de Johann Huizinga. *Alianza Editorial*. Madrid, 1978. Una obra inolvidable. Una interpretación personal, llena de sentido estético, sobre uno de los períodos más fecundos de la cultura occidental. Reedición especialmente afortunada.

- La Calle

Vergara 4-10 ispl
Madrid 95

je que es la forma sensible de la inteligencia.

—El lenguaje popular, claro, directo, es el camino que usted ha elegido hacia la belleza, ¿es verdad?

—A mí me gusta hablar claro, pero salvando siempre la dignidad del lenguaje. Naturalmente, todo depende del momento. Yo empecé haciendo versos de metro, de rima. Posteriormente esto me pareció un juego bizantino y me cambié al verso libre, eso sí, con un ritmo interno muy definido para dis-

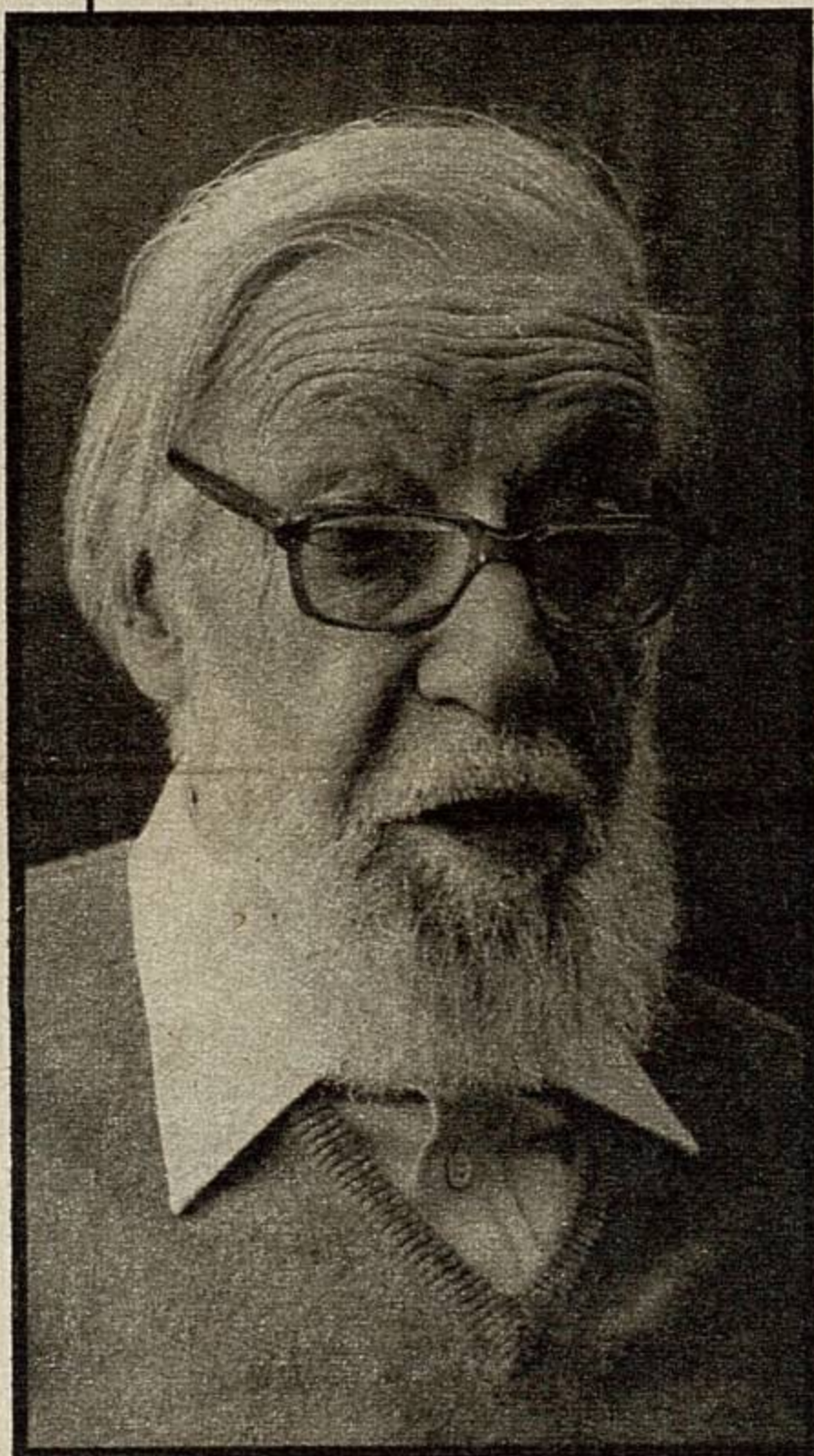
ron publicarse en Cataluña fueron libros de poesía. El censor no sólo no los entendía, sino que decía: bueno, pase, si son versitos, pase. A mí me dieron un premio en Gandía patrocinado por la Diputación de Valencia. Y era un libro increíble, muy subversivo. Pues no se enteraron. La poesía es siempre minoritaria. No tiene difusión, pero sí tiene influencia. Incluso los políticos y los oradores sindicales citan versos de Machado. No lo han leído, pero lo citan. La poesía crea un clima contagioso. Y uno de los aciertos de los últimos años ha sido la divulgación de la poesía a través de la canción. Raimon, por ejemplo, ha llegado a cantar poemas de Ausias March, de Espriu y con ellos ha llegado al pueblo.

—¿Usted está de acuerdo en que posiblemente es el poeta civil más representativo de Cataluña, con un alto grado de perfección estética?

—Un poeta civil propiamente dicho no ha existido en Cataluña. Quizá esta opinión, que puede, incluso, haberse generalizado, parta de mi libro "Vacances pagades". Esta obra llegó a tener una cierta influencia en las nuevas generaciones, en los poetas que por entonces, era el año mil novecientos sesenta, tenían veinte o veinticinco años. "Vacances pagades" conectó muy bien con la juventud, sobre todo la universitaria. Incluso alguien le ha atribuido un cierto magisterio, sin mi permiso, naturalmente. Bien, pero, ¿qué? ¿Y la juventud obrera, los inmigrados?

—¿En qué reposa su fe y su esperanza?

—Sin fe y sin esperanza no es posible vivir. Se impone un total embrutecimiento o el suicidio. Creo en el hombre. Siempre han existido y siempre existirán hombres buenos, capaces de sacrificio, inmunes a la vanidad y a la envidia, los dos formidables y funestos motores de la civilización occidental. Existe en Cataluña y en España una juventud que debería ser la levadura, el fermento de una sociedad nueva, que salvara a la especie de su posible autodestrucción. ●



tinguirlo siempre de la prosa descriptiva y utilitaria.

LA POESIA NO INTERESA

—De cualquier forma, uno se pregunta muchas veces qué sentido tiene escribir versos, sean rimados o no, con ritmo o sin él. Quizá el bizantinismo no resida en la forma en sí y haya que plantearse en el terreno de lo útil o lo inútil, lo lógico o lo absurdo.

—Es curioso esto de la poesía, sí. Lo cierto es que apenas nadie le presta atención, ni siquiera los censores. Los únicos libros subversivos que en los años cincuenta o sesenta pudie-

LIBROS

MD

Delibes vota por el señor Cayo

CESAR ALONSO DE LOS RIOS

UNA vez más, Delibes ha dejado la escopeta por la máquina de escribir. Para nuestra delicia. Porque el resultado ha sido una breve y hermosa narración en la que la maestría del escritor lleva hasta el límite la economía de medios, la ausencia prácticamente de la anécdota novelesca. "El disputado voto del señor Cayo" es el encuentro de dos mundos bien queridos por Delibes, el urbano y el rural. La confrontación de dos lenguajes dispares. Este es el recurso, fino, difícil, que da pie al dramatismo irónico de la narración.

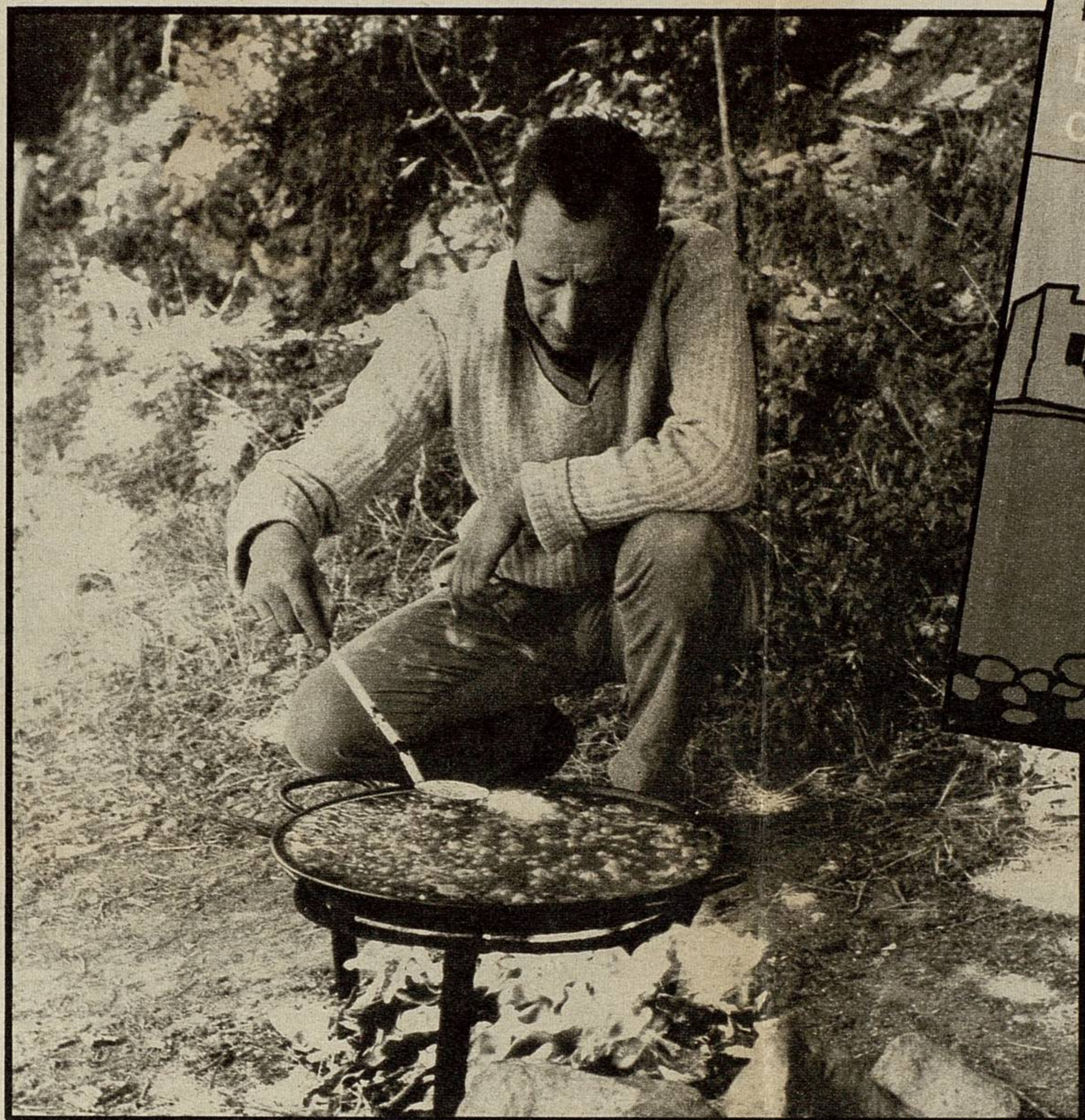
Pocos novelistas son tan esperados como Delibes. Es lógico. La obra del escritor castellano es valorada por muchos críticos y lectores de novela como la más lograda de la posguerra. Por otra parte, se sabe que cada novela de Delibes responde a una necesidad de comunicación, nunca a exigencias editoriales. Por fin, cada libro de Delibes es siempre una pieza, un elemento coherente con toda la obra anterior, lo cual resulta muy gratificador para el buen conocedor del escritor castellano. "El disputado voto del señor Cayo" es, en efecto, coherente con la narrativa de Delibes y, al tiempo, una novela de actualidad. El tema es una campaña electoral. No es la primera vez que una novela de Delibes responde a una preocupación inmediata. Recordemos, por ejemplo, "Las ratas". Como ha declarado en muchas ocasiones Delibes, "Las ratas"

fue la denuncia de urgencia sobre la miseria del campo castellano que no podía hacer desde el periódico por razones de censura.

"El disputado voto..." es también actual por el lenguaje. En buena medida es un ejercicio y una demostración de la fina receptividad del escritor para asumir el último lenguaje coloquial, el habla cotidiana. Yo diría que "El disputado voto..." es el tercer libro clave desde este punto de vista. El primero fue "Diario de un cazador". El segundo, "Cinco horas con Mario" (el monólogo de Menchu, habla integrada, convencional, un repertorio de tópicos). En esta ocasión, Delibes levanta acta del lenguaje "cheli", del "demasié", del "rollo", del taco trivilizado, del desgarrar un tanto pasota mezclado, en este caso, con el lenguaje político, técnico.

Como decimos, la maestría de esta narración consiste precisamente en lograr una situación eficaz, no ya a través de unos hechos novelescos, sino a través del simple enfrentamiento de este lenguaje con el del señor Cayo. ¿Qué representa el señor Cayo? La constante delibiana de lo rural, el contrapunto de la Naturaleza, el testimonio de una realidad en vías de extinción.

En este contraste está la mirada irónica del novelista. Aquí está la crítica. Nunca cruel por parte del narrador. Si acaso por parte del lector, aunque, eso sí, el novelista haya dispuesto bien los mimbres narrativos



Miguel Delibes.

Una conciencia siempre lúcida y atenta.

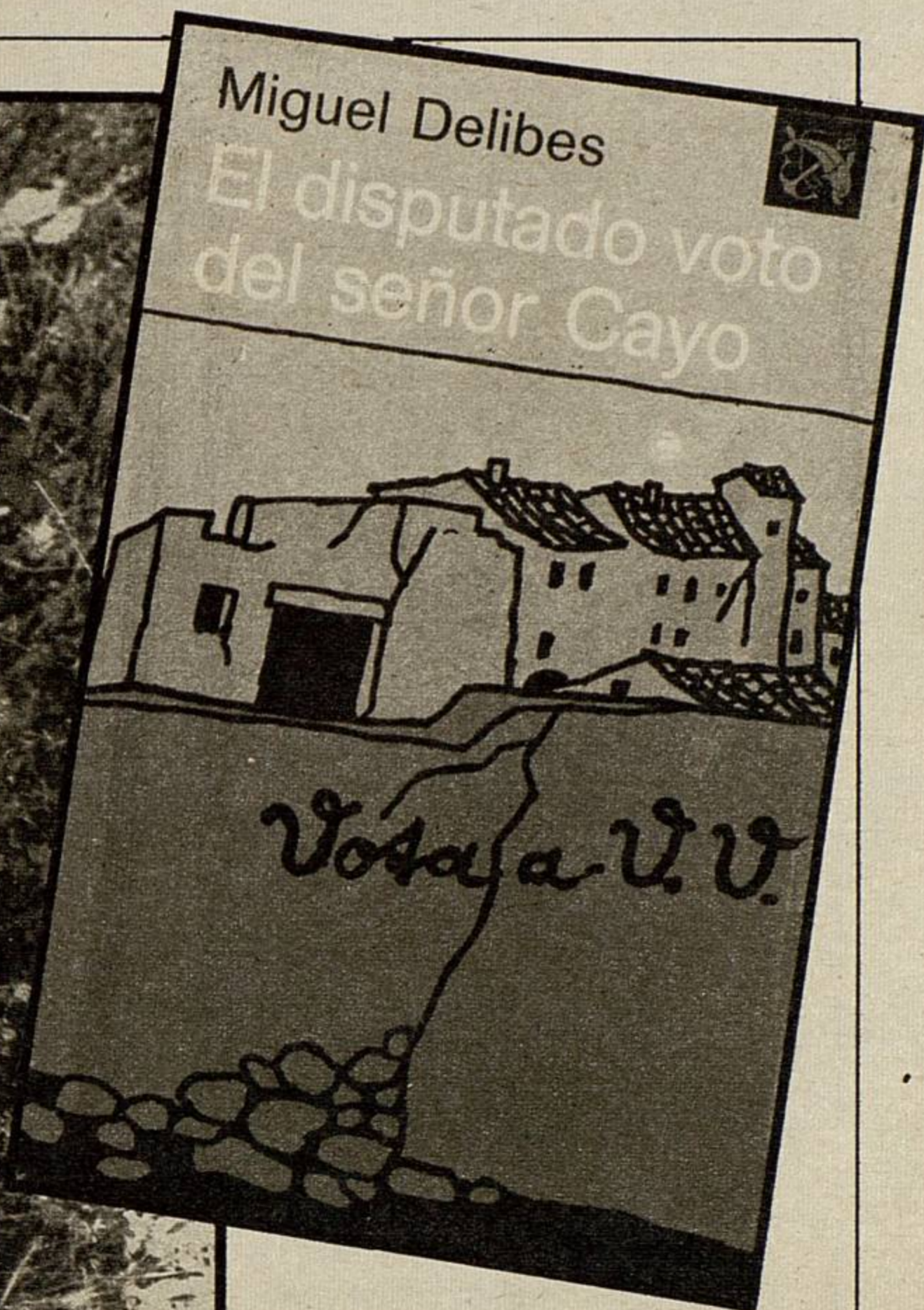
para que la "situación" resulte.

Así pues, Delibes une en esta pequeña obra dos mundos bien trabajados por él a lo largo de su ya extensa obra. El urbano provinciano que asume con toda ligereza lenguajes y actitudes nuevas y el rural anclado terca- mente en su ser y abandonado a su condición. La cruel ironía que se desprende de este en- cuentro se debe a la utilización que el hombre urbano hace de lo rural hasta el límite que nos muestra esta narración: la bús- queda del voto en un mundo que perece y desaparece a ojos vistas. No es la primera vez que Delibes denuncia esta aproximación oportunista del político a la existencia rural. En "Las ratas", por ejemplo, el político del "régimen" también

se acercaba con gesto propa- gandístico a esta realidad rural.

A ciertos lectores les podrá parecer que el Delibes auténtico es el que se muestra en el narra- dor de lo rural. Naturalmente, están en su derecho de preferir a este Delibes. Sin embargo, conviene recordar que una bu- na parte de la obra del escritor vallisoletano corre por el asfal- to provinciano. Quizá sus me- jores novelas —a mi gusto— es- tén en esta línea: "Mi idolatra- do hijo Sisi", "Diario de un cazador" (el protagonista es be- del), "Cinco horas con Ma- rio"... Sucede, eso sí, que el contrapunto de las novelas y pequeñas narraciones que se de- sarrollan en ámbitos rurales tie- nen una magia inhabitual en nuestra novelística. Por otra

parte, está el gesto de Delibes, su reivindicación de un cierto primitivismo, el gusto por la Naturaleza, la desconfianza an-



te el progreso técnico..., la fi- gura, en suma, de un Delibes que yo he visto siempre más como un cazador que escribe que como un escritor que caza. Pero también es cierto que hay otro gesto en Delibes: el del profesional liberal, el del perio- dista y escritor de ciudad uni- versitaria y ya industrializada de cara a los problemas de nuestra sociedad civil en la que, ciertamente, se encuentra desa- sosegado y radicalmente nos- tálgico. ●

En homenaje a Gil-Albert

Una especie de maldición ha ido pesando sobre aquellos escritores españoles cuya obra empezó a madurar en la déca- da de los 30 y que no pudieron acogerse a la sombra protecto- ra del centenario de Góngora. Me refiero a escritores como

Juan Gil-Albert, Rafael Dieste, Rosa Chacel, Eduardo Blan- co-Amor, Arturo Serrano Plaja, María Zambrano, Lorenzo Va- rela, etc. Excluidos sabe Dios por qué extraños cálculos de la generación o grupo del 27, sus obras han girado vanamente



de Marionetas presenta el espectáculo "Manos", para niños y adultos. Espectáculo mixto de mimo y marionetas.

Teatro Barceló. Barceló, 11 (Tribunal). Teléfono 447 00 32. Todos los días, a las 16,00 horas de la tarde, el Taller de Teatro presenta: "Blancanieves y los siete enanitos gigantes". Un espectáculo musical para niños y mayores.

Pirandello 2. Ventura Rodríguez, 7. Reservas: teléfono

FARMACIAS EN SERVICIO DE URGENCIA

Estas farmacias concluirán su servicio de urgencia a las 10,00 horas de la noche, permaneciendo toda la noche las señaladas en negra.

TETUAN-FUENCARRAL-PEÑA GRANDE Y BARRIO DEL PILAR

San Mateo, 42. Capitán Haya, 5. Lérida, 6 (transversal Avila-Metro Estrecho). San Benito, 20 (Ventilia). Sanjenjo, 5 (semiesquina Ginzo de Limla). **Avenida Doctor Federico Rubio, 167. Bravo Murillo, 257. Sandallo López, 32 (Barrio Fuencarral). La Bañeza, 3 (Barrio del Pilar).**

CHAMARTIN-HORTALEZA-CANILLAS

Félix Boix, 1 (Generalísimo, 98). Sánchez Pacheco, 17 (entre Mantuano y Vinaroz). Santa Natalia, 12 (esquina Carril del Conde). Mar Antillas (Pob. UVA, Hortaleza). **Paseo de La Habana, 52. Clara del Rey, 37. Dracena, 36 (zona Norte, Polígono Santa Marca). Paula de la Vega, 21 (fina Angel L. de la Herranz). Urbanización Villarrosa (Edificio Manhattan).**

VENTAS-SAN BLAS-CANILLEJAS

Ricardo Ortiz, 118. César González Ruano, 25. José María Pere-

suspiros

A los que **AMAN EN MEDIO RURAL:** Ustedes aman a una viejecita que se muere. Es un mundo que pertenece al dicho-so pasado que no va a volver. **Miguel Delibes** ha escrito sobre el "Disputado señor Cayo", que es de todos nosotros, quizá con la ternura desgastada del que clama en vano. Publicado (quizá a destiempo, o tarde) por **Ediciones Destino. Ancora y Delfín, con el número 533.**

A los que están **EXILIADOS:** Eduardo Galeano. Exiliado. Uruguayo. Treinta y ocho años. **Periodista.** Premio Casa de las Américas 1978. "En la Historia,

como en la Naturaleza, la podredumbre es el laboratorio de la vida". **Marx.** Aparece su "DIAS Y NOCHES DE AMOR Y DE GUERRA" después de su doble exilio. Lo edita Literatura Laia/Paperback.

A los que no quisieran estar **AQUI,** en IBIZA, por ejemplo. Pues entonces es que se quedan. En Pozuelo han abierto un local de "ambiente ibicenco", **LA CHARRACA,** en la calle Nuestra Señora del Carmen. Marcharse, lo que se dice marcharse, no es. Pero como Pozuelo anda lejos... En casa estamos igual. Cada uno quiere irse por un lado. Pero nos quedamos los tres. Nos veremos en **LA CHARRACA.**

A los que **SE VAN:** Pues miren, les envidiamos. Porque Navidad es en cualquier sitio, in-



cluso en el corazón de los hipócritas, y lo único que se pierden es **Madrid.** Que no es mala cosa por unos días. Hasta la vuelta, y **cuidado** en las carreteras, las azafatas, los pilotos, los revisores, las camareras. Quiero decir que cuidado con **hacérselo mal.**



garganta profunda

Si ayer, como deseo, le tocó a usted la lotería en su sorteo navideño, hoy debe celebrarlo por todo lo alto. Para ello no puede haber mejor lugar que **Horcher,** en Alfonso XII, 6.

El establecimiento, el más grato de Madrid para esta Garganta Profunda, fue inaugurado en los años 40 por un berlinés que vino huyendo de la quema. La cocina es insuperable. La caza

adquiere aquí calidades celestiales y la escenografía, pieza fundamental para una buena comida, es confortable, grata, equilibrada. Es el mejor servicio de la capital.

En estos días, además de dejarse llevar por los consejos de los maitres, tome de postre el famoso pastel de Navidad austriaco. La Navidad es así más dulce y golosa.

Ayuntamiento
El Ayuntamiento, al habla (de 5 a 8 de la tarde) 266 60 00

Información telefónica
Información del tiempo 094
Información deportiva 097

Urgencias

Ambulancias municipales	252 32 64
Ambulancias de la Cruz Roja	419 94 81
La Paz	734 55 00
1.º de Octubre	469 76 00

Puerta de Hierro	216 22 40
Clínico	244 15 00
	244 17 05
Ramón y Cajal (Pirámido)	733 40 43
Niño Jesús	274 60 00
Casas de Sogorro	
Arganzuela	265 08 67
Carabanchel	228 84 19

de Madrid
726

Helper



Yo no sé dónde está la frontera del exilio. Ni dónde el horizonte. Soy otro tipo de delincuente. Pero sé que vosotros, que estáis tan lejos de donde debierais, guardáis estos días un silencio demasiado grande para que nosotros podamos llenároslo. Por muy grandes que sean vuestras heridas evidentes, vuestras contradicciones son de la escuela ternurista de la que nació **Helper,** el tonto.

Julio Cortázar, que dio la vuelta al día en ochenta mundos, un rato, introdujo un pingüino en una furgoneta de esperanzas y escribió el **LI-**

EL DIA POR DELANTE

bro de Manuel (que publicó la Editorial Anagrama), y Miller sus **Tropicos** de esperanza (en Alfaguara), y su desesperanza Mary Shelley en **Frankenstein** (Mateu/Colección Maldoror).

Yo creía que TVE, idiota de propósito, que no por acaso, había deportado a perpetuidad a **Mazinger Z,** pero no. Vuelven los gases lacrimógenos y las bolas de goma, ahora que es Navidad. Los niños no tendrán tregua. No sé si la tuvieron alguna vez. Volveremos a confirmar lo seguros que están todos

los Centros de Energía Fotoatómica del mundo, gracias a esos Mazinger Z, y lo inseguros que estamos nosotros. Y todo esto es un síndrome más de la locura colectiva que nos está tragando. Porque en este país convivimos con vosotros, con **Helper** y con **Mazinger.**

Cuando **Máximo** escribía su **diario apócrifo** en aquella fantástica revista que era **POR FAVOR,** me daba la impresión de asistir a la lectura de la radiografía comatosa de un moribundo. (La editora de **POR**

FAVOR recopiló los trabajos de Máximo en un libro, "Lo mejor de...", creo que era). ¿Cómo lo ves ahora? Cáncer de limón. Lo suponía.

Eduardo Galeano, exiliado primero de Uruguay y luego de Argentina, terminó aquí en España sus "DIAS Y NOCHES DE AMOR Y GUERRA". Mazinger Z vuelve de su excedencia con Koji y Sayaka, ministros del Interior del Centro de Energía Fotoatómica, y **Helper** anda probándose contradicciones que estrenar para este año nuevo, y todas le caen pequeñas, porque está gordo. Será tonto,...



Miguel Delibes: "La política ha llegado tarde a los pueblos de Castilla"

Hay una insólita unanimidad a favor de Miguel Delibes que hace de cada uno de sus libros un acontecimiento cultural. Poderosos editores se le disputan, no tanto por el dinero como por el prestigio que da un Delibes al catálogo editorial. Pero él sigue fiel a aquella colección de Destino donde publicó su primer libro, "La sombra del ciprés es alargada" (Premio Nadal 1947), y donde publicó el último, "El disputado voto del señor Cayo", que aparece en estos días. Veinte novelas más entre uno y otro.

Delibes sigue en la Academia, en la cátedra, en la literatura y en el periodismo con una encomiable obstinación. Y por si fuera poco, cada vez que "en Madrid" quieren poner en marcha un nuevo periódico o renacer uno viejo, suena el nombre de Delibes como tabla de salvación. ¿Cuántas veces habrá tenido que decir Delibes "no"? Se resiste a caer en las garras de los mandarines y prefiere seguir alejado del centralismo cultural. Es de los pocos intelectuales que realmente disfruta lejos de la

ciudad, soportándola tan sólo lo estrictamente imprescindible, que ya le parece un exceso.

—¿Se ha arrepentido alguna vez de vivir ajeno al mundillo cultural?

—De eso jamás me he arrepentido. Estoy muy satisfecho de vivir como lo he hecho, aunque ahora me empieza a caer también gordo Valladolid, que se está convirtiendo en otra ciudad inhabitable. Cada vez me gusta más Sedano, los pueblos pequeños, el campo.

—De eso va "El disputado voto del señor Cayo".

—De eso va. La idea no es mala. Unos supuestos políticos se encuentran a los dos únicos habitantes de un pueblo, que encima no se hablan. Y surge el enfrentamiento con la cultura rural, con los campesinos que nunca han visto y jamás imaginaron, y los políticos se quedan perplejos. Ya digo que la idea no me parece mala, pero no sé cómo resultará la novela.

—¿Está seguro, al menos, de su progresivo perfeccionamiento?

—Estoy seguro, eso sí, de que "La

sombra del ciprés..." no era ni siquiera un libro mediano, por la cantidad de cosas que le sobraban. Ahora, al menos, he logrado sintetizar y lo cierto es que la síntesis va más conmigo.

—¿Cambió también su visión de la vida?

—Poco, eso poco. Yo la veía con tintes pesimistas a los siete años, y sigo viéndola igual a los cincuenta y ocho, que acabo de cumplir.

—"El disputado voto del señor Cayo" habla de votos, políticos, progres y demás. ¿También usted se lanza a la novela política?

—No, nada de eso. "El disputado voto del señor Cayo" es una novela en la que no trato de demostrar grandes cosas, pero sí que la política ha llegado tarde a muchos pueblos de Castilla.

—¿Y eso es malo?

—Es malo, sí, porque los políticos deberían haber impedido la erosión humana que se está produciendo en los pueblos. ¿De qué modo? No sé; fijando pequeñas industrias en determinados lugares... Porque me parece estúpido que Madrid se empeñe en vivir mal. Los madrileños podían vivir bien con un millón de habitantes y van por los cuatro, con el aplauso y el beneplácito de los alcaldes, que bautizan a los niños que marcan el nuevo millón.

—¿Y le ha afectado la democracia? ¿Escribe ahora con más libertad?

—A mí también. En la situación anterior tenía que ingeniármelas para decir lo que quería sin que lo notasen los censores; es decir, lo mismo que todo el mundo.

—¿Es usted de los privilegiados novelistas que puede vivir exclusivamente de los libros?

—Pues sí, puedo hacerlo, aunque de forma desigual. Pero de verdad que en mi vida el dinero tiene poco valor.

—¿Usted cree que existe algún novelista contemporáneo que sea un gran maestro?

—En España, Rafael Sánchez Ferlosio, pero, desgraciadamente, no quiere escribir más.

—¿Y no le entristece eso que dicen de que el cine puede acabar con la novela?

—No. Lo veo improbable, puesto que cada vez se venden más novelas. Lo que tenemos que hacer es escribirlas más cortas, porque la novela-río ya no tiene sentido. Antes no había otro método de diversión; ahora, los novelistas tenemos que convivir con el magnetófono, la radio, la televisión y el cine. Es demasiado.



Nativel Preciado



AMD, 40, 11, 13



"ideológicas" —como si las demás no lo fueran—.

PREMIOS Y OTRAS FRIVOLIDADES

El año que pasa nos trajo el Premio Nobel para el escritor polaco-norteamericano, de estirpe judía, Isaac B. Singer. Un escritor menor, pero de indudable talento. La mayor parte de la crítica española se rasgó las vestiduras al escuchar su nombre e hizo gala de no conocerlo. Curiosamente, Singer era un escritor profuamente traducido al castellano antes de recibir el premio.

El Nobel de las culturas hispánicas, el Miguel de Cervantes, se lo dieron a Dá-

maso Alonso, premiando así una larga carrera de filólogo y creador literario. Y en cuanto a los otros premios...

Cela dijo hace años que cuando se prohibieron las casas de tolerancia se debían de haber prohibido los premios literarios. El tiempo le ha dado razón. Especialmente la prepotencia y el mal gusto del señor Lara ha convertido en un lamentable espectáculo el Premio Planeta. Este año le ha tocado llevarse por delante a dos excelentes escritores, Juan Marsé y Alfonso Grosso, triturados en la máquina consumista del editor andaluz afincado en Barcelona.

Y el año literario —bastante pobre, ciertamente— se nos ha despedido con unos cuantos libros que lo han salvado del olvido futuro: "El disputado voto del señor

La Cauce MD

100

Cayo", de Delibes (Destino); "Extramuros", de Jesús Fernández Santos (Argos-Vergara), y "La consagración de la primavera", de Alejo Carpentier (Siglo XXI de España). En el capítulo de "best-sellers", al lado de los Vizcaíno Casas, Palomino, Luca de Tena y compañía, una obra digna y de auténtica calidad literaria: las dos novelas de "Claudio", de Robert Graves. Llevaban años y años editadas en castellano y nadie se acordaba de ellas. Pero llegó la televisión, y ¡adelante!

FUNDA
MIGUEL
DELIBES
Impresión Delibes

Sobre la última novela de Miguel Delibes



Costumbrismo superior

CON este artículo sobre la última novela de Miguel Delibes, Leopoldo Azancot, uno de los más prestigiosos críticos del momento, reinicia sus colaboraciones en *EL DIA*, ya empezadas el martes 9 de enero con un trabajo sobre el último premio Nadal de novela.

Nacido en Sevilla en 1935, Azancot fue durante varios años subdirector de la revista «Índice» y director de publicaciones de ISDIBER (Instituto de Sociología y Desarrollo de la Región Ibérica). Actualmente

es miembro de la Association Internationale de Critiques Littéraires y de la Asociación de Críticos Literarios españoles. Es también jurado de los premios de la Crítica, integrante del consejo de dirección de «Nuevas Estafetas» y de la secretaria en Madrid del congreso de Cultura Andaluza.

Leopoldo Azancot ha publicado una edición de la «Poesía» de Juan Eduardo Cirlot, una traducción del poeta francés Victor Segalen y una novela, «La novia judía», que ha recibido dos premios, va a ser traducida al francés y al polaco y llevada al cine.

CON su última novela, **El disputado voto del señor Cayo**,⁽¹⁾ Delibes vuelve por sus fueros, y, tras una serie de obras que, a mi parecer, supusieron un tropiezo en su carrera —**Parábola del naufrago**, **El príncipe destronado**, entre otras—, recupera su pulso narrativo, el dominio sobre un ámbito de la ficción en lengua española que él fuera el primero en acotar.

Después de un breve período de tanteos, Delibes alcanzó, a principios de la década del 50, la plenitud de su arte novelesco con libros como **Diario de un emigrante** y **Las ratas**, pequeñas obras maestras de un costumbrismo superior, en las que un dominio ejemplar de los elementos narrativos puestos en juego se aliaba felizmente con un estilo rico, contenido y jugoso, y con un humor de la mejor ley. Siguió una novela **iCinco horas con Mario**— que cerraba el ciclo precedente y se abría a nuevas perspectivas, aún mal definidas por entonces, y a continuación se produjo el hundimiento: bajo el impacto del boom de la narrativa latinoamericana, y del rechazo por parte de las nuevas generaciones de los supuestos

estéticos no sólo del realismo crítico, sino del realismo a secas, y de todo casticismo, Delibes se dio a un moderado experimentalismo que no se correspondía con sus dones, con resultados adversos. En **El disputado voto del señor Cayo**, afortunadamente, el prestigioso escritor vallisoletano ha logrado retomar el hilo perdido después de la publicación de **Cinco horas con Mario**. Como en esta última novela, el costumbrismo trascendente enlaza aquí con la historia, lo individual con lo colectivo, logrando así la madurez humana y artística de su autor su mejor expresión. Denuncia del abandono del campo y defensa en clave no reaccionaria de ciertos valores tradicionales, esta novela, que gira alrededor del tema de la incomunicación entre las culturas rural y urbana —fundamentalmente, en el plano del lenguaje—, es una sátira espléndida y nostálgica situada bajo el signo de la sabiduría.

Leopoldo AZANCOT

(1) Miguel Delibes: **El disputado voto del señor Cayo**. Ediciones Destino, Barcelona, 1978; 187 páginas.



Miguel Delibes